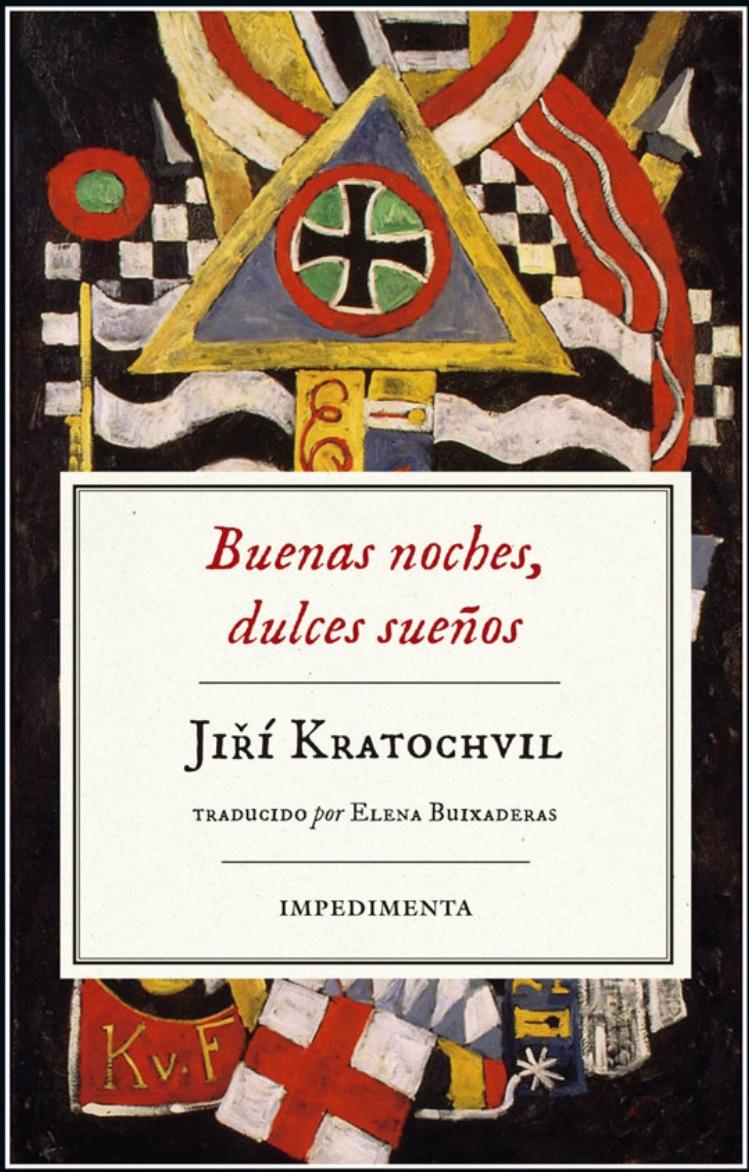

Buenas noches, dulces sueños

JIŘÍ KRATOCHVIL

TRADUCIDO *por* ELENA BUIXADERAS

IMPEDIMENTA

Buenas noches, dulces sueños

JIŘÍ KRATOCHVIL

Traducción del checo a cargo de
Elena Buixaderas

IMPEDIMENTA

Título original: *Dobrou noc, sladké sny*
Primera edición en Impedimenta: mayo de 2017
© Jiří Kratochvil, 2012
© Druhé més - Martin Reiner, 2012
Copyright de la traducción © Elena Buixaderas López, 2017
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2017
Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid
www.impedimenta.es

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.
Este libro ha contado con una ayuda a la traducción del Ministerio de Cultura de la República Checa.

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel
Corrección: Susana Rodríguez
Maquetación: Nerea Aguilera

Los editores quieren expresar su agradecimiento a Patricia Gonzalo de Jesús por la ayuda recibida en la edición de este libro.

ISBN: 978-84-17115-21-0

A mi mujer

Un inmenso pájaro es el nombre de Dios
de mi pecho echó a volar hacia los cielos.
Delante todo está nublado
y a mis espaldas quedó la jaula vacía.

Ósip Mandelstam[1]

CAPÍTULO I

ENCUENTRO AL FINAL DE LA GUERRA

Kuba había madrugado para llegar de los primeros al vestíbulo de la estación, porque esa hora tan temprana, o sea, justo antes del alba, cuando aún no estaba amaneciendo, sino que, por decirlo de alguna manera, empezaba a querer amanecer, cuando el vestíbulo solo estaba iluminado por faroles titilantes, velas, lámparas de carburo y de alcohol, era la más oportuna para realizar los chanchullos más jugosos. Aunque era también el momento más peligroso del día.

Hay una casa de cambio en la estación. Uno de esos sitios en los que se intercambian unas cosas por otras. Lo más solicitado, ahora que la ciudad está sumida en la desesperación, en la desesperación y el hambre, son los alimentos. Aquí se puede cambiar una pulsera de plata modernista por un cazo repleto de manteca con torreznos. Y un cuello de zorro por un kilo de salchichón de caballo. Y una cámara Leica por un trozo, bueno de verdad, de embuchado. Y un cubierto de plata por un tarro de miel pura de abeja. Y un jarrón chino por un kilo de embutido casero ahumado. Y una navaja seminueva por dos morcillas pequeñas. Y una figurita antigua por un poco de cocido con rábano y una botellita de licor de ciruelas. Y un collar de perlas auténticas por un pato asado y cinco botellas del mejor vino. Y, ¡vaya, qué hay aquí…! Un diente de oro que alguien se ha arrancado de sus propias encías para intercambiarlo por una hogaza enterita de pan recién hecho. Pero el cambio fluctúa, cada día es diferente, y si ayer por una piel de oveja se conseguían dos botes de carne de cerdo, hoy hay que añadir algo a dicha piel para obtener lo mismo. A este establecimiento acuden, por un lado, los que van vendiendo poco a poco la plata de la familia para conseguir algo que llevarse a la boca. Y, por otro, los que —ahora que los ocupantes se han largado y no vigilan el mercado negro— surten a la casa de cambio de viandas procedentes de las matanzas ilegales, así como de distintos manjares de sus despensas secretas para con

ellos conseguir otros artículos, cuyos precios se dispararán en un par de meses, elevando a sus propietarios a unas alturas adonde no podrían haber llegado nunca con la venta de sus morcillas y sus salchichones.

Kuba se deslizó entonces hacia el vestíbulo, abriéndose paso entre todo tipo de figuras indecisas, pero, antes de ir a la caza de los artículos que había ido a buscar, echó un cuidadoso vistazo a su alrededor. No quería ir a ciegas. Tenía que encontrar a la persona con la que se había citado allí el día anterior. De entre todos los trapicheadores que conocía, había elegido a uno en concreto que, según intuía, no trataría de timarle. Cierto que en esa época no se podía confiar en nada ni en nadie, pero Kuba poseía un talento indiscutible para saber de quién fiarse si se trataba de negocios. Cuando aún trabajaba en la fábrica de textiles de su padre, hubo un tiempo en el que se dedicaba precisamente a eso. No exagero un ápice si afirmo ahora que, solo por la forma de andar de sus socios comerciales, y ya desde lejos, podía adivinar si la posible transacción resultaría exitosa o si, por el contrario, se convertiría en una fuente de problemas. Y es que sus cinco sentidos eran unos detectores absolutamente fiables para toda clase de timos. Kuba reconocía el género de calidad con solo echar un vistazo, y siempre conseguía obtener el máximo beneficio de cualquier negociación en la que se embarcase. Y, a pesar de que en el vestíbulo de la estación era todo muy distinto a cuando trabajaba como representante de la fábrica de su padre, en este nuevo escenario tampoco encontraba problemas para orientarse y saber al instante con quién debería negociar y a quién dar la espalda. Aunque, sobre todo, sabía a quién no había que darle jamás la espalda.

El vestíbulo está repleto de grupos en constante movimiento que se crean en un abrir y cerrar de ojos para después disgregarse con la misma facilidad. Sin embargo, algunos se cierran herméticamente para que nadie más pueda ver sobre qué se inclinan sus cabezas. Y, mientras la hora del crepúsculo va dando paso con suma lentitud a la mañana, desde arriba y a través de las ventanas sucias y parcialmente rotas, un amanecer débil y esmirriado intenta alumbrar el vestíbulo. Los de abajo no tienen más remedio que seguir echando mano de sus linternas, cuyos haces de luz se pasean de vez en cuando por el alto techo. El vestíbulo de la estación (a pesar de haber sido alcanzado por un bombardeo) es, en estas primeras horas de la posguerra, el mercado más fantasmagórico que uno pudiera imaginarse.

Kuba ya ha visto a su socio comercial, y ha sacado del bolsillo

interior de su abrigo un estuche de oro de tres capas en el que se esconde un cronómetro suizo. De momento, lo cubre con ambas manos para que los reflejos dorados que provocan las linternas al dejar caer su luz sobre el oro no se conviertan en una provocación inútil. Pero después ocurre algo del todo inesperado: alguien levanta de repente un mástil entre Kuba y su socio comercial. En realidad, se trata de un palo largo alrededor del cual hay un lienzo enrollado, y su portador trata de hacer sitio para poder extender dicho lienzo. Al principio con desgana, pero después con curiosidad, los grupos que le rodean se separan para ir creando, con lentitud, un semicírculo. Las cabezas de la gente se vuelven en dirección al mástil, pues, aunque en este lugar se trapichea con todo tipo de objetos, resulta raro ver aparecer por allí grandes lienzos. Pero, en fin, el cuadro ya está extendido en toda su amplitud y los amantes del arte —todos aquí, sin discusión, lo son, ya que bajo la costra de sus almas trapicheantes esconden una famélica ternura— no solo se retiran, sino que hasta unen sus manos y, ¡venga!, cierran un círculo a su alrededor para evitar que, con el barullo del improvisado mercadillo, alguien tropiece y se caiga encima. El dueño del cuadro sostiene el enorme lienzo con ayuda del futuro comprador, ambos profundamente conmovidos por el inesperado interés que han despertado. Cada uno lo agarra desde un extremo y dan vueltas con él sobre su eje, para que todos los que forman el corro puedan recrearse en su contemplación. Casi al instante se encienden unas cuantas linternas y las luces deambulan sobre los rostros de ese retrato de grupo que pintó en el enorme lienzo un artista desconocido para ellos. Pero, para ser sinceros, los allí congregados esperaban encontrar en el lienzo una escena paradisíaca con una pradera florida ligeramente sombreada por un bosque esmeralda al fondo o, al menos, la imagen de un enorme salón en plena temporada de baile contemplada a través de unas puertas abiertas… Vamos, algo que elevara el corazón humano a unas alturas inalcanzables, algo que lograra que todos los presentes en el vestíbulo de la estación suspiraran al unísono: ¡aaaayyyyyy! Así que ¿podemos enfadarnos porque —a pesar de que no dejaran ver su decepción, porque para eso son unos estraperlistas y marchantes educados— al darse cuenta de que se encontraban ante un simple retrato de grupo de unos hombres barbudos, y no demasiado atractivos, fueran abandonando uno a uno el círculo sin pronunciar palabra?

Miro con curiosidad no solo el cuadro, sino también a esos dos

que aún lo sostienen extendido ante ellos. Y me veo obligado a reconocer que hay algo en esa escena que me atrae. Tanto es así que no puedo evitar acercarme a uno de ellos, hacia ese que, con acierto, adivino que es el comprador, y le indico que puede retirarse, que yo sostendré el lienzo en su lugar. El hombre asiente y da unos pasos hacia atrás para poder observarlo también él con todo detalle.

Cuando se coloca a la distancia adecuada, se queda de pie mirando el cuadro, y entonces me doy cuenta de que está literalmente hechizado y extasiado por la pintura. Sus labios se mueven en silencio y se echa más hacia atrás, aunque después se acerca todo lo que puede, y me percato de que está tentado de tocar un punto de la tela con el dedo, pero al final se lo piensa dos veces, retira la mano y se aleja. En fin, que sigue ahí de pie, examinando su posible compra, pero en ese mismo instante alguien diferente se coloca junto a él. Este último individuo no mira el cuadro, sino a mí, mientras agita una bolsa llena de provisiones. Sí, se trata de mi socio comercial, del que el lienzo me había separado por un momento.

Echo un vistazo a la bolsa, mientras Kosťa, con ese nombre se ha presentado el posible comprador del cuadro, enrolla el lienzo y se pone de acuerdo con el vendedor. No tengo ni idea de con qué le habrá pagado, porque justo en el momento en que se realizaba la transacción yo estaba hurgando en la bolsa, en la que encontré una mezcla disparatada de los más diversos alimentos, desde una hogaza de pan a unas manzanas, además de patatas, cebollas y zanahorias, pero también unos pedazos de manteca y de carne, cuidadosamente envueltos en unos periódicos con unos edictos escritos en alemán.

No sé, no sé…, le digo a mi chanchullero, y alejo el cronómetro suizo de su mano ávida. Sin embargo, sé muy bien que no tengo otra opción: tengo que dar y tengo que tomar. Así que, sin muchas ganas, finalmente le entrego el reloj de oro familiar. Unos dedos rapaces rematados en unas uñas llenas de mugre se abalanzan casi de inmediato sobre el estuche de oro y toquetean la esfera bajo la que se distinguen unos números romanos. Yo, para apartar de mi vista cuanto antes esa desagradable imagen, me vuelvo y me echo el saco al hombro, casi al mismo tiempo que Kosťa, mi nuevo amigo, se echa también al hombro ese palo largo alrededor del cual está enrollado el cuadro que acaba de adquirir.

Juntos salimos a la lúgubre mañana que se despliega ante el vestíbulo de la estación, y Kosťa bromea: ¿Qué, cogemos un taxi?

Amigo mío, ¿qué va a hacer usted con ese cuadro?, pregunto sin poder disimular mi interés. ¿Es que está organizando la inauguración de una exposición?

Y ¿qué otra cosa podría ser? ¡Con caviar y champán, además! Y habrá hermosas damas, tantas como pulgas, y en la entrada se repartirán auténticos puros cubanos. ¿Sabe qué?, me sugirió él expresando un deseo recíproco, me gustaría verle de nuevo. ¿Puedo invitarle a un té? Pero mejor a última hora de la tarde, que antes tengo que resolver unos asuntos de negocios en varios puntos de la ciudad. ¿Conoce el barrio de Židenice?

Nací en Brno.

Pues entonces veámonos en Karasekplatz, Karáskovo náměstí. Allí, justo detrás de la iglesia, hay una casa grande con una verja de metal azul. No pasa desapercibida. La calle se llama In den Zwickeln, aún tiene el cartel con su nombre en alemán. Le esperaré encantado.

Yo suelto entonces el saco y le doy la mano: Mi nombre es Jakub Pikula.

Él sonríe: Esto sí que es una coincidencia. Konstantin Maximovich Pakkala es el mío.

¿Ruso?

No del todo. Mi madre era finlandesa y también yo nací en Finlandia. Yo llevo su apellido finlandés en honor a su luminosa memoria. Aunque tengo que reconocer que no sé ni una palabra de finlandés. Mi madre murió al darme a luz, y el hombre que quedó a cargo de mi tutela me llevó entonces a Trieste en un barco italiano llamado *Miramare*, y de allí a Checoslovaquia. Mi tutor, o sea mi padrastro, Boris Nikolaievich Laguzhin, sí es ruso, y se casó aquí con una checa. Pero creo que me estoy extendiendo demasiado, ¿verdad? Venga a visitarme y charlaremos un rato. El mundo es extremadamente complicado, señor Pikula, y la vida aún más si cabe.

Eso ya lo sé, señor Pokala.

Pakkala, me corrige.

Claro, Pakkala. Iré a verle, no lo dude.

Asiente. Y después nos alejamos uno del otro caminando por unas vías de tranvía desiertas.

Se alejan, caminan por las vías cada uno hacia un lado. Los tranvías llevan sin funcionar un par de días. Una bomba había recortado una bonita pirámide, formada por una ancha base y los cuatro vértices de cuatro triángulos enfrentados, de una de las casas

que se encontraba justo frente a la estación. Recuerda un poco a cuando uno, con destreza y usando la correspondiente paleta de servir, corta de un enorme pastel una porción diminuta para su vecinita Martička. Los raíles no están completamente vacíos. Sobre las vías públicas aún descansan cascotes sin recoger, cristales, ladrillos, una puerta quemada y también un travesaño hecho añicos dentro de una especie de mandíbula de acero. Aunque al menos parece que los bombardeos han terminado de una vez por todas. Cuando uno levanta la cabeza, ya no se encuentra el cielo de Brno sembrado de bombas como un campo de margaritas.

Les ruego ahora, por favor, que no se enfaden si hago un breve inciso en este momento, antes de que la historia eche a rodar de verdad, para presentarles a Jakub Pikula. El tal Pikula proviene de una antigua familia de fabricantes de telas. Sin embargo, no es de origen judío, y por tanto sus parientes no se vieron obligados a ir a los transportes, sino que simplemente perdieron su fábrica de Zábrdovice, cuyas dependencias parecían estar hechas ex profeso para albergar una sucursal de la fábrica de armas Zbrojovka de Brno. Por lo tanto, después de confiscarles la propiedad, la dedicaron a la producción en cadena de hélices para los aviones Messerschmitt. Así que no es de extrañar que el bombardeo americano de agosto de 1944 se ensañara sobre todo con la fábrica. Y en esta ocasión los yanquis dieron en el blanco, excepcionalmente. Por si fuera poco, en 1945, los rusos lanzaron asimismo una bomba, quién sabe por qué, sobre el jardín de la mansión de los Pikula en Pisárky. Gracias a Dios, el jardín de la residencia familiar es bastante grande, así que solo tuvieron que lamentar la pérdida de dos longevos carpes, aunque la onda expansiva hizo también añicos todas las ventanas con vistas a los mismos.

Aquí, ahora, vive toda la familia Pikula, o al menos lo que ha quedado de ella. Los padres de Kuba, Oto y Valérie Pikula, son ya tan mayores que incluso se los podría comparar con dos secuoyas californianas (bueno, a lo mejor me he pasado un poco exagerando y tal vez no sea para tanto). Asimismo, viven aquí tres tías de Kuba que hace tiempo que enviudaron y que lanzaron a sus cuatro hijos al mundo, pero, no se preocupen, les prometo que nos les voy a contar qué fue de cada uno de ellos. Y están también dos tíos suyos, de los cuales solo uno, Rudolf Pikula, es comerciante de telas. Este último participó en la puesta en marcha de una famosa fábrica de paños finos (*Feintuchfabrik*) de la que además era socio. Pero, por desgracia, y como es bien sabido, la mayor parte de las acciones

eran propiedad de un comerciante judío de linaje aristocrático, Philipp Gomperz, de modo que, tras la ocupación, la empresa pasó a manos alemanas y el propio Gomperz y su hermana tuvieron que huir a Suiza. Los Gomperz se instalaron en Montreux, por si quieren más detalles. Los hijos de Rudolf se dieron entonces a la fuga, hicieron buenos matrimonios con sendas familias de banqueros de Praga y se marcharon a un lugar adonde nosotros, y eso lo puedo prometer ahora mismo, no iremos nunca. Es pues el otro tío de Jakub, René, al que llamaban Romadúr, en el que centraremos nuestra atención, aunque desde el punto de vista de los Pikula-textileros era solamente un cirquero apestoso. Pero a nosotros no nos apesta en absoluto, al contrario. Así que le dedicaremos a continuación un párrafo entero:

El circo del tío Romadúr, el Excelsior, pudo desplazarse de aquí para allá sin problemas durante la guerra, bajo el Protectorado de *Bohemia y Moravia*, gracias sobre todo al mérito de tres oficiales de la Wehrmacht, que supieron apreciar la doma de los cuatro tigres del tío y ejercieron de protectores y mecenas de su circo. Mi tío era, por cierto, un domador excepcional: sus cuatro tigres no solo saltaban a través de aros en llamas, sino que además eran capaces de bailar con gran nobleza una escena de *El lago de los cisnes* sobre las puntas de sus garras, transformándose en unos cisnes encantadores que portaban unos lirios blancos entre sus fauces. ¡Para desternillarse! Sin embargo, aquellos tres oficiales alemanes que durante el ballet tigrero jadeaban de gozo, se largaron con todo su armamento a cuestas, cierto día de octubre de 1941, a ver *El lago de los cisnes* interpretado por el famoso ballet moscovita, y de aquel viaje ya no regresaron vivos. Los vales de alimentos que proporcionaba el Protectorado no eran suficientes para mantener el circo, así que los tigres fueron palmando de hambre uno detrás de otro y las encantadoras trapecistas buscaron nuevos empleos en fábricas de cañones, donde los alemanes se encargaban con suma diligencia de la clase obrera checa. Finalmente, al tío le quedaron solo tres caballitos, un oso, dos ovejas amaestradas y una familia de enanos, además de un payaso y su propia hija, Vanesa, una funámbula. Al final de la guerra, cuando el sonido fluctuante de las sirenas se escuchaba por doquier, el tío, que ya no se encargaba del circo, se lo llevó todo, exceptuando al oso y a su hija, a un lugar donde pasar el invierno cerca de Pisárky, en Jundrov. Pero, en abril de 1945, una bomba rusa muy barriguda encontró el pajar en el que los vestigios del circo estaban hibernando e hizo que este, literalmente, se desintegrara. Vanesa, que llevaba un carro con

provisiones cada tres días hasta Jundrov, se presentó allí un día después de que el pajar se hubiera volatilizado, y cuando vio el cercado vacío que había quedado tras la desaparición de sus seres queridos, de los caballitos, de las ovejas amaestradas, del payaso y de la familia de enanos, decidió, se prometió a sí misma ceremoniosamente, que ya nunca más volvería a ver nada. Y de este modo se convirtió en una funámbula ciega. Fue, por cierto, la primera en su especialidad.

El depósito de tranvías de Pisárky se encontraba a veinte minutos de nuestra mansión. Era un día de final de primavera, después de comer, cuando cerré tras de mí la verja modernista y bajé a la calle principal de Pisárky, a Hlinky, que entonces se llamaba aún Lehmstatte, y fui a echar un vistazo por si se hubiera producido el milagro y los tranvías hubieran revivido ya. Pero, para decirlo sin rodeos, lo cierto es que allí solo me esperaba una visión apocalíptica. La bomba había hecho arder la cochera, igual que mi tío Rudolf prendía siempre con un puro un papel de seda en la estufa y después con el papel una astilla de madera (tenían que haberlo visto, en aquellos tiempos antiguos y felices arrodillándose sobre las baldosas de terrazo con su puro humeante entre los dientes e introduciendo, el muy bruto, su honorable cabeza en la estufa). En el incendio, por supuesto, habían desaparecido un montón de tranvías, y los que habían sobrevivido se encontraban lejos, en la explanada, adonde supongo que los conductores —empujándolos con la fuerza de unos toros bravos— los habían llevado para ponerlos a salvo. Allí estaban ahora, sin energía ni esperanzas de futuro. Como Brno aún no había recuperado el suministro eléctrico, sus noches eran negras igual que las conciencias de los colaboracionistas, y sus mañanas se desperezaban igual de poco diligentemente que mi tío Rudolf, quien, ahora que no le esperaba ningún delicioso puro, no encontraba ningún motivo para levantarse.

Comprendí entonces que me tocaba ir a Židenice a pie. En su huida, los ocupantes habían robado cualquier cosa con ruedas que me hubiera podido servir de medio de transporte. Así que no me quedó otra que echar a andar a lo largo de las vías junto a las que crecía una arboleda de castaños que verdeaba alegremente a propósito. Salí de Mendlovo náměstí (entonces aún llamada Mendelplatz) y atravesé después el centro de la ciudad y Zábrdovice, dejando a un lado las ruinas de nuestra fábrica, hasta llegar a Židenice. El final de la guerra había supuesto para mi orgullosa ciudad un paseo por el callejón de la vergüenza, donde

había recibido incontables golpes y patadas, de modo que debíamos estar contentos de que aún quedara algún edificio en pie. Una de cada tres fachadas estaba casi derribada, o al menos agujereada por las balas, como si se tratara de un queso. Una de cada cinco era un puro escombro, y las puertas de las tiendas y los comercios permanecían cerradas con tablas y de otros modos igualmente improvisados y poco efectivos para evitar los robos. Custodiando con sus fauces negras la entrada de los urinarios públicos, me topé también con los restos de un tanque quemado. Zábrdovice, con su fábrica Zbrojovka, y también Židenice, con su tripulación alemana (y no solo en los antiguos cuarteles de la Guardia de Svatopluk, donde mucho antes de la ocupación había tenido lugar ese hilarante intento de pucherazo fascista), habían recibido de lo lindo. Incluso la iglesia husita de Karáskovo náměstí estaba medio derruida. Pero, miren por dónde, la gran mansión de la verja azul y las altas vallas de la calle In den Zwickeln había permanecido intacta. No encontré fuera ningún timbre al que llamar ni ninguna placa con un nombre. Durante mi peregrinación desde Pisárky hasta Židenice, esa sobremesa de final de primavera había tenido tiempo de transformarse en una tarde de primavera, justo a la hora a la que había quedado con Kosťa en que iría a tomar el té. Pero en ese momento no estaba seguro de encontrarme en el lugar correcto. A pesar de ello, golpeé la verja. Y al cabo de un rato lo volví a hacer. Y ya iba a darle la espalda a la dichosa verja azul cuando esta chirrió y un sonriente Kosťa Pakkala apareció para recibirme con sus brazos eslavos (y finlandeses) bien abiertos.

La casa era de un solo piso, pero alargada como la cola de un cometa. Solo en ese instante vi lo que no había podido divisar antes a causa del alto muro: sobre el tejado se extendía un enorme toldo con una cruz roja cuya principal finalidad era disuadir a las fuerzas aéreas ansiosas de bombardeos.

¿Se trataba de un hospital?

Kosťa Pakkala sacudió la cabeza diciendo: Es una clínica privada, el sanatorio del doctor Laguzhin. Y esta escalera conduce directamente a mis dependencias personales… Por aquí evitaremos las salas hospitalarias.

Subimos entonces por un tunelillo oscuro y con forma de espiral hasta el primer piso y, una vez allí, atravesamos una terraza acristalada, desde donde, a pesar de la altura del muro que rodeaba la casa, se podía divisar un buen trozo del barrio de Židenice, con esos chupones de fuego que le habían dejado sus bombarderos enamorados. Cuando entramos a la habitación de Kosťa, mi

anfitrión pulsó un interruptor que se encontraba junto a la puerta, pero este se limitó a emitir un chasquido ahogado y, como me temía, no hizo que se encendiera ninguna luz.

¿Es que debería haberse encendido?

Nosotros no dependemos de la electricidad municipal. En el sótano, en la parte de abajo, tenemos un generador independiente sin el cual sería del todo imposible trabajar en las salas de operaciones. Solo quería comprobar si estaba encendido, pero, por lo general, lo usamos únicamente para el funcionamiento del hospital.

Mi anfitrión prendió una cerilla con la que encendió una lámpara de petróleo. Y entonces yo volví a ver el gran cuadro. El lienzo ocupaba una pared entera.

Es obra del maestro Repin, dijo, y colocó la lámpara en una silla que se encontraba bajo el cuadro. Aquella luz, que lo iluminaba desde abajo, le daba un aspecto aún más pesaroso.

Por lo que yo sé, es un Repin que ha pasado desapercibido. Todo el mundo conoce sus remeros del Volga, sus lienzos históricos y sus famosos retratos, pero este cuadro ni siquiera se menciona en esta gruesa monografía suya, añadió señalándome un libro que estaba sobre la mesa. Aunque también es comprensible, pues este volumen se publicó en Moscú en los años treinta y el cuadro lo pintó en Finlandia en 1918. Kosťa colocó su dedo sobre el lugar donde aparecían la firma y la fecha y también la palabra «Suomi», que significa Finlandia en finlandés. En 1910 las relaciones entre Finlandia y la Rusia revolucionaria no eran demasiado idílicas, y lo que es peor, vivían allí numerosos emigrantes rusos. En este retrato aparece, por ejemplo, el escritor Maxim Gorki en compañía de otros emigrantes. El mismo Repin ya no regresó a Rusia tras la revolución bolchevique, sino que echó raíces en Finlandia, donde permaneció hasta el fin de sus días. Así que, en sentido figurado, se puede afirmar que fue la gorra de Lenin la que tapó esa imagen de la censura. Pero, en fin, yo le había invitado a tomar el té.

Y Kosťa encendió un cubito de alcohol que se encontraba bajo un samovar que parecía una miniatura del *bogatyr*[2] Ilya Muromets, con las piernas abiertas y los brazos en jarras. Después me puso delante un platito y agitó una lata redondeada dejando caer sobre él unas pastas.

Y mire, a la izquierda, en el extremo, ese tipo con un sombrero como el de Chaplin, bigote y una pequeña perilla, ese que lleva una capa negra sobre los hombros, es el mismo Repin. Eso me lleva a pensar que, o bien lo pintó por el sistema del autodisparo, es decir,

que primero pintó a un grupo de seis personas de pie, y después saltó de su caballete y se colocó rápidamente en séptimo lugar, dejando sonar, ¡clic!, el autodisparador pictórico; o bien lo dibujó inspirándose en una instantánea de grupo del inolvidable fotógrafo de San Petersburgo Karel Karlovich Bulla. ¿Quién no conoce su legendaria y fantástica fotografía titulada *Tranvía en el Neva*, o su retrato de León Tolstói o el de Leonid Andréyev con su mujer? Por cierto, que el escritor Leonid Andréyev también aparece en este cuadro. Justo al lado de Gorki. En realidad, la atmósfera y la composición típica de este retrato de grupo, con un bosque esmeralda de fondo, nos llevan a concluir que fue pintado tomando como modelo la fotografía de Bulla. Mi padre conoció personalmente a Repin y a Bulla.

Después nos dedicamos a bebernos el té al estilo antiguo ruso, sorbiéndolo a través de un terrón de azúcar.

Pero, para terminar mi historia, añadió Kosťa retomando el hilo de la conversación, nada me sorprendió más que cuando en una de mis prácticamente diarias visitas al vestíbulo de la estación alguien me ofreció un Repin. Aunque eso no fue nada comparado con lo que me esperaba esta misma mañana. Usted ha sido testigo de mi reacción. Ese cuadro tiene para mí un valor incalculable, y no solo porque es un original de Repin desconocido hasta ahora, sino porque me une a él algo muy íntimo.

¿Y cómo está seguro de que es un original?

¿Y si me dejara terminar?, me pidió Kosťa. Pero está bien, tiene usted razón. ¿Cómo estoy seguro de que es un original? Ya le he dicho que mi padre conoció personalmente a Repin. Y eso sucedió antes de que este emigrara a Finlandia. Él era uno de los visitantes habituales de la hacienda del padre de mi padrastro, el *pomeshchik*[3] Laguzhin. De hecho, Repin llegó a inmortalizar la hacienda de Laguzhin en un cuadro con unas nubes rojizas ardientes de fondo. La amistad de mi padrastro con el pintor trajo consigo un montón de aburridas noches en las que me vi obligado a escuchar maravilladas filípicas sobre la maestría de Repin. Ese es el motivo por el que conozco prácticamente todo de este pintor, hasta el secreto del trazo de su pincel. Y, además, un falsificador de Repin no se habría molestado en pintar un lienzo tan enorme, tan alejado de su temática, de sus motivos más conocidos. Eso es. Pero ya basta de Repin.

Creo que quería usted hablar aún de algo que le une, ¿cómo ha dicho?, íntimamente con ese cuadro.

¿De verdad he dicho eso? Ah, enseguida se lo cuento, pero antes

tengo que hablarle de algo más urgente.

Dicho esto, Kosťa hizo un rápido aspaviento con la mano, tirando la lata de las pastas, que rodó armando un gran estrépito por el suelo. Inmediatamente me puse a cuatro patas para recogerla, y mi anfitrión agradeció mi agilidad y genuina rapidez, pero a la vez me advirtió de que tenía montañas de latas de pastas como esas y de que, con la oscuridad que había debajo de la mesa, sería mejor que me olvidara del asunto. Entonces me agarró del hombro y tiró de mí hacia arriba.

Jakub, ahora sea usted amable y regrese a su sitio, que me gustaría contarle por qué le he invitado en realidad. Y Konstantin Maximovich Pakkala, después de dar un breve paseo por el cuartito, se sentó también, se acomodó en la silla, se inclinó hacia delante y comenzó su historia.

Sí, eso, ¿por qué Kosťa había invitado a Jakub? Está claro que el que Kosťa hubiera confiado en él desde el primer momento había jugado un papel decisivo. Kuba era así, despertaba instintos amistosos y la gente solía abrirle el corazón. De hecho, en sus tiempos de representante comercial, también le habían abierto sus carteras y cuentas bancarias. Pero me gustaría hacer hincapié en que Kuba nunca, o casi nunca, se había aprovechado de ello. Kosťa, medio ruso medio finlandés, poseía, a su vez, las mejores cualidades de las dos naciones, cosa que ocurre, créanme, muy excepcionalmente, por no decir que casi nunca. Pero extendernos en este punto daría lugar a un largo debate que nos alejaría de nuestra historia. Y nuestra historia trata sobre el importante viaje que va a emprender Kosťa al día siguiente. Y también sobre que querría llevarse a Kuba con él.

Cuantos más vayamos, mayores serán las posibilidades de que la suerte nos acompañe y de que tengamos éxito. Mire…, y Kosťa abrió un cajón del que sacó dos paquetes de cigarrillos americanos, uno entero y otro abierto y aplastado que contenía solo tres cigarrillos. Si le apetece, enciéndase uno, dijo, dando un capirotazo a la parte inferior del paquete aplastado. Un cigarrillo asomó por la abertura del paquete, rabiando como una portera a la que le obligan a salir de su portería.

Pero yo no…, objetó Kuba.

Es un artículo que escasea. Su vecino le vendería a su mujer por solo un cigarrillo americano, y con dos podría agenciarse a un asesino a sueldo.

¿Así está el cambio?

Ya lo ve, Jakub, para mí esto no es un artículo de lujo, sino más bien la prueba de que en Brno hay yanquis. Y le metió el paquete aplastado con tres cigarrillos en el bolsillo.

Mire Kosťa, no se enfade, pero ¡yanquis aquí…! ¡Está usted loco! ¡Quién sabe de dónde han salido estos cigarrillos!

Kosťa agitó la cabeza y revolvió en la parte más profunda del cajón, del que sacó una lata de conserva que sostuvo a la luz del quinqué para que Kuba pudiera leer las letras UNRRA. Eran las siglas de la Administración de las Naciones Unidas para el Auxilio y la Rehabilitación, cuyos aviones lanzaban alimentos a la Europa bombardeada como si fuesen el cuerno de la abundancia.

¡Un cuarto de kilo de café auténtico, amigo!

¡Dios mío!, se sobresaltó Kuba. ¡Café de verdad! Con él se podría comprar ¡a tres asesinos a sueldo o a ocho mujeres de algún vecino!

Perdone, Jakub, pero ni Enrique VIII tuvo tantas mujeres, así que… ¡aún menos su vecino!

Kosťa devolvió la lata al cajón y se colocó junto a un ventanuco redondo que se abría en la pared. Durante un rato permaneció de espaldas a Jakub, como si estuviera dejando que recuperara el aliento.

Vayamos al asunto que nos ocupa, amigo mío. Por supuesto que no creo que una avanzadilla del ejército americano haya llegado a Brno. En realidad, no creo que nunca lleguen hasta aquí. Pero me apostaría el cuello a que no anda muy lejos un funcionario americano que se dedica a sellar libretas de la UNRRA. Los cigarrillos americanos y el café me los trajo un antiguo paciente. Por desgracia, no me los dio en mano, y cuando visité después a mis pacientes de entonces, a los que estaban registrados, no hallé al que me los había regalado.

Jakub, yo quisiera pedirle, le pido, ¿me oye?, que me ayude a encontrar a ese funcionario americano. Usted es brunense hasta la médula, mientras que yo soy solo un vagabundo, pero, si atravesamos juntos este laberinto, lograremos encontrar a ese yanqui de la UNRRA. Mi padrastro siempre decía que los yanquis tenían medicamentos mágicos. Eso es justo lo que yo ando buscando. Y, si hoy en día los alimentos valen su peso en oro, yo pagaré los medicamentos milagrosos con obras maestras de arte. Mientras que usted, Jakub, acude a la estación a cambiar objetos preciosos por comida, yo me llevo obras de arte a cambio de esos alimentos. Y si un día se gana mi afecto incondicional, si llego a abrirle mi corazón como si fuera la puerta de un pajar, le contaré cómo mi padrastro le salvó la vida a la hija de un oficial de las SS. Y

cómo cuidaba amistosamente de la salud de sus hijos. Y cómo el oficial, a modo de agradecimiento, cuando al final de la guerra decidió despojarse de su uniforme y huir del ejército soviético, aseguró el funcionamiento del hospital donando al sanatorio todas sus pertenencias, entre las que se encontraban principalmente una gran cantidad de provisiones. Porque ese oficial vividor había conseguido robar toda una montaña de manjares. Nos los trajo todos a la clínica en un camión del ejército, y había tantos que nos llenó el sótano a rebosar. Así que, de momento, y enfatizo ese «de momento», comida no nos falta. Lo único de lo que andamos escasos, y necesitamos con verdadera urgencia, son medicamentos. Además de, por supuesto, personal: médicos y enfermeras, matasanos y camilleros. Tras la muerte de mi padrastro solo han quedado un médico y dos enfermeras para atender a los heridos y a los enfermos. Cada semana se nos mueren cinco o seis pacientes. E ingresan seis o siete nuevos. El jardín que queda debajo de la ventana está a rebosar de pequeñas cruces de estaño.

Kosťa, ¿me está usted diciendo que los americanos tienen de verdad en su poder medicamentos milagrosos?

¿Es que no ha oído hablar de Mr. Penicilin?

Kosťa abrió un cajón, revolvió un rato en su interior y después sacó una fotografía con un marco tallado y se la tendió a Kuba. Era la imagen de un señor entrado en años con el pelo plateado, una pajarita de lunares y gafas sin montura. Un hombre apuesto proveniente de ese reino de cuento situado al otro lado del canal de la Mancha.

Este es sir Alexander Fleming, el microbiólogo. Él descubrió que las bacterias y los hongos son enemigos a muerte. Y consiguió extraer penicilina del moho. Mi padrastro deseaba con todas sus fuerzas hacerse con dicha penicilina, que sustituiría a las ineficaces sulfonamidas en numerosos tratamientos. Pero lo único que consiguió fue esta foto de Mr. Penicilin. Por lo que sé, los yanquis ya tienen en su poder este medicamento. Aunque no estoy tan loco como para creer que yo lo voy a conseguir sin más. Por eso estoy haciendo acopio de todas las obras de arte que puedo. Los nazis que las robaron de las galerías de arte europeas no tuvieron tiempo de llevárselas con ellos en su atropellada huida. Entre la gente de aquí circulan cuadros robados, yo ya he conseguido un par de piezas, y pretendo ofrecérselas a los yanquis a cambio de su milagrosa penicilina. Es el único camino que veo para conseguirla.

No sé, no sé…, dudó Kuba.

Si mañana me acompaña a buscar al yanqui penicilinero, a

nuestro particular Mr. Penicilin, le prometo que por la noche le llevaré al sótano y dejaré que se agencie un buen trozo de tocino y tantas patatas como guste. Y agua. Se podrá llevar varios cubos de agua. Y yo mismo le prestaré un carro para que pueda transportarlos. El agua se ha convertido en una buena moneda de cambio en el mercado negro.

Agua no me falta, pues vivo en Pisárky, reconoció Kuba, cerca del depósito de agua… A veces nos avisaban con antelación y nos daba tiempo a abastecernos de provisiones.

Bueno, ¿qué me dice, Jakub? ¿Se viene conmigo a buscar a Mr. Penicilin?

Creo que sí… Iré, de acuerdo, prometió Jakub.

No, no, no se levante aún. Me encantaría que se quedase a cenar conmigo. Solo le puedo ofrecer unas patatas chafadas con panceta ahumada, pero también habrá auténticos pepinillos, de los de verdad, amigo mío.

Una chica vestida con el traje regional moravo les llevó las patatas y una jarra con agua fría.

¿Sus sirvientas son moravas?, se sorprendió Kuba.

No, claro que no, se rio Kosťa. Solo se ha vestido así en su honor. Es una de las dos enfermeras que nos quedan, que es oriunda de Moravia, de Uherské Hradiště. Por un día se ha despojado de su uniforme de batalla y ha pescado algo de su armario. Lo tenía todo preparado de antemano. Esta mañana, cuando le conocí, decidí que intentaría convencerle para que me acompañase en mi viaje. Así que, para tal fin, le tenía reservados unos cuantos placeres inolvidables.

Después del café, Kosťa le contó a Kuba cómo funcionaba el sanatorio Laguzhin. Solo dispongo de dos enfermeras, añadió al final, y no paran un segundo, pero al menos no se quejan. Trabajan para mí a cambio de comida, aunque sé bien que, además de lo que les pongo en el plato, también sisan algo para sus propias cacerolas. Créame, querido Jakub, algún día recordaremos con emoción esta época salvaje en la frontera del tiempo.

¿Quiere que le llame a un taxi?, bromeó Kosťa de nuevo.

Ni por asomo, decidió Kuba. Creo que regresaré dando un paseo.

Ya veo que hacemos buena pareja, se rio Kosťa. Y, si me permite un consejo, le recomiendo que vuelva sobre sus pasos. Todavía se encuentran minas en algunas calles, así que, sin duda, por donde vino sin contratiempos, volverá también sin contratiempos. Los ocupantes de hoy han preparado a los ocupantes del mañana una ardorosa bienvenida.

¿Qué «ocupantes del mañana»? ¿A quiénes se refiere?

Nada, no he dicho nada, dijo Kosťa dando un manotazo al aire. Buenas noches, y dulces sueños.

Cuando regresaba de Židenice se estaba nublando y comenzaba a lloviznar. No me quedó otra que acelerar el paso, pero al llegar a Lažanské náměstí (por el suelo rodaban los carteles de chapa con el nombre Adolf-Hitler-Platz), me sentí exhausto. Un grupo de gente permanecía de pie en el parque junto a un gran roble. Eran los asistentes a un funeral. Me coloqué cerca de ellos, bajo un arce, y me apoyé en el tronco del árbol para descansar un poco mientras recobraba fuerzas durante el tiempo que durase esa pacífica ceremonia.

Al fondo se encontraban las ruinas de la hasta hace poco orgullosa Deutsches Haus, y delante de ellas se veían unas cuantas tumbas, de soldados soviéticos principalmente, con estrellas rojas en vez de cruces. El primer decreto que lanzó a toda prisa el Comité Revolucionario Nacional nada más instalarse en Brno se refería al enterramiento de los cadáveres, tanto en los jardines privados de la ciudad como en los parques públicos, de manera provisional, para que la población se pudiera librar cuanto antes de todos aquellos difuntos que se multiplicaban como hongos. Como el cementerio central quedaba lejos, al otro lado de la ciudad, y no había vehículos a disposición de los civiles, los vecinos empezaron a enterrar los cuerpos también en parques y jardines. Claro que, con la condición, como venía bien remarcado en negrita en el decreto, de que se les diera sepultura siempre en fosos de al menos dos metros de profundidad, para que la ciudad no fuera atacada por ninguna epidemia. Aunque me temo que no todos respetaban los dos metros.

Tranquilamente, con una sensación de profunda paz interior, asistí al funeral vespertino, iluminado con velas, linternas, lámparas de carburo y de alcohol, igual que ese mercado de cambio matutino y antematutino que cada día tenía lugar en el vestíbulo de la estación.

Aquel día tocaba a su fin, y yo sabía que mi encuentro con Kosťa había puesto en marcha algo muy peculiar en mi vida, algo que a partir de ese momento continuaría inexorablemente. Para mi sorpresa, aquella certeza me llenaba de una alegría silenciosa que hacía tiempo que no sentía. A pesar de que adivinaba que no debería haberlo hecho en ese instante, saqué del bolsillo un cigarrillo del paquete que me había dado Kosťa, ese que en nuestro

mundo tenía el valor de unas cuantas monedas de oro, y unas preciadas cerillas que me habían sobrado de mi viaje matutino a la estación. Después me arrimé todo lo que pude al tronco del arce e incliné la cabeza para tratar de ocultar el cigarrillo y las cerillas. Pero al colocar la cabeza de la cerilla en la lija, dudé

En el grupo que asistía al funeral, alguien —tal vez un cura o algún otro que conocía al difunto en profundidad, con el que puede que solo hace dos días hubiera celebrado el fin de la guerra abriendo una botella de licor de ciruelas cuidadosamente guardada o de vino casero de bayas de saúco— comenzó a hablar, a balbucear unas palabras. En ese momento, rasqué la cerilla contra la lija, y a pesar de que tenía la cabeza inclinada, comprendí que, durante dos o tres parpadeos, mi cara había destacado entre la oscuridad que reinaba bajo el arce. Aspiré entonces con fuerza el humo del cigarrillo. Aquel endiablado tabaco americano tan fuerte, unido a la falta de costumbre, hizo que la cabeza me comenzara a dar vueltas casi a la primera calada. Tanto es así que, si no me hubiera apoyado en el tronco del árbol, me habría tambaleado y habría caído al suelo. El cura (o quien fuera) estaba justo entonces finalizando su discurso, del que me llegaron algunos fragmentos de frases sueltas, como: … *las bolas ruedan cuesta arriba*… No me cupo duda de que la nicotina de aquel tabaco tan fuerte estaba haciendo cabriolas en mi cabeza.

Los invitados al entierro comenzaron a dispersarse, y ante mis ojos quedó un hoyo, que uno de los dos enterradores, que hasta entonces habían permanecido de pie en un lugar apartado, iluminó con su linterna. Antes de empezar su faena, miraron en dirección a mí, y yo me di cuenta de que el punto luminoso del cigarrillo, que había dejado de ocultar con mi mano, constituía un reclamo para ellos. En realidad, ya era tarde para hacer nada. Echaron a andar hacia mí con las palas en ristre. Cuando se aproximaron, me percaté de que se trataba de un enterrador y una recia enterradora, una especie de bruja ante la cual se habría cagado de miedo hasta el mismísimo Cid Campeador.

Me gustaría señalar que al menos respetaron las normas elementales de cortesía, porque fue el enterrador el que me ordenó que me abriera de piernas y el que se dedicó a cachearme y toquetearme, mientras la recia enterradora se llevaba a los morros el resto de mi cigarrillo. Me quitaron el paquete aplastado que aún contenía dos cigarrillos americanos más, y también las cerillas. Cuando las encontraron, lanzaron la cajetilla al aire y la cogieron de nuevo habilidosamente para demostrar su alegría.

Buen chico, me dijo la enterradora. Por un momento pensé que tendríamos que agrandar un poco este hoyo para que cupieras también en él, mocoso. Eso nos habría cabreado mucho, la verdad, porque ya hemos cavado bastante por hoy.

Y, después de echar un vistazo a la tumba, se fueron.

Había dejado de lloviznar, el cielo estaba despejado y se podían distinguir las estrellas brillando sobre Brno. ¿O acaso seguían siendo el producto de las cabriolas de la nicotina en mi cabeza?

CAPÍTULO II

TIEMPO CERO

Jindřich llegó en el tren más madrugador a la estación de Brno. En realidad, ni siquiera había amanecido aún. Solo las estrellas y unas lucernas fantasmales iluminaban los andenes repletos de escombros, ya que la central eléctrica seguía fuera de combate. Las vías, por el contrario, estaban despejadas.

No fue el único que se bajó con una mochila a la espalda. El vapor silbaba sobre las cabezas del resto de los pasajeros que se habían apeado con él y, justo detrás de ellos, pitaba la máquina del tren. Los recién llegados esquivaron como pudieron el enorme montón de escombros y se abrieron paso hasta el vestíbulo, que estaba repleto de gente. Jindra se vio obligado a abrirse camino literalmente con los puños. De repente, sintió cómo unas manos ansiosas le palpaban la mochila, así que decidió quitársela y llevarla en sus brazos. Lo único que quería era alcanzar la salida y llegar a su casa cuanto antes.

Enseguida se percató de que se había metido en una especie de mercadillo. Aquellos que, como él, provenían del campo, llevaban en sus mochilas, macutos y petates diversos alimentos que se apresuraban a cambiar allí por otros objetos en cuanto tenían la ocasión. Pero él solo había cogido lo justo para abastecerse durante los siguientes días. De modo que trató de abrirse paso hasta la salida, pero, de repente, entre la oscuridad y el gentío del mercado, entrevió cómo alguien alumbraba con una linterna el pecho de una niña. Una muchacha se agarraba una de sus pequeñas tetas y la ofrecía en medio de ese mercadillo seguramente a cambio de comida. En verdad, no resultaba nada sorprendente el toparse en un lugar así con mujeres de la calle ni que, entre los artículos que se intercambiaban, se pudieran encontrar también una gran variedad de ofertas amorosas.

Pero, de todas formas, la imagen le chocó. Avergonzado, se volvió de espaldas a la chica justo para darse de bruces con alguien

que levantaba ante él un palo y comenzaba a desenrollar un lienzo. Se trataba de un cuadro grande, un óleo, que despertó el interés ajeno haciendo que las luces de las linternas, faroles y lámparas de carburo se volvieran de inmediato hacia él. Dentro de sus posibilidades, la multitud apiñada alrededor se retiró un poco hacia atrás, y hasta Jindra retrocedió para poder contemplar mejor el extenso lienzo. Una tensión electrizante invadió a los presentes. Sí, ocurrió algo excepcional: en aquel momento todos ellos experimentaron al unísono ese instante en que un cuadro entra dentro de uno, ese instante en el que ataca con esa fuerza sobrenatural, cruel y a la vez amorosa, que solo el arte con mayúsculas posee. Él tuvo la certeza de que toda aquella chusma de feria que le rodeaba estaba a punto de postrarse de rodillas ante el milagro del arte.

Ya estaban sus rodillas preparándose para doblarse cuando el cuadro quedó completamente desplegado ante sus ojos y la magia del instante se desvaneció de repente. El círculo de efímeros amantes del arte se disgregó al punto y cada uno se fue por su lado. El lienzo solo representaba un retrato de grupo de lo más corriente: unos hombres ordinarios sobre el fondo de un bosque aún más ordinario. Ese cuadro nos ha molestado con su vacía insignificancia, decidió Jindra. Y continuó también él su camino hacia la salida del vestíbulo.

Al final consiguió salir, y ya estaba contemplando el oscuro firmamento que se iba iluminando poco a poco sobre la plaza de la estación, como si alguien estuviera moviendo con suma lentitud la ruedilla de un reóstato, cuando escuchó una voz que lo llamaba para que volviera: Señor, por favor, ¿no le quedaría por casualidad un pedacito de pan?

Ay, no tenía ningunas ganas de volver a internarse en la oscuridad del vestíbulo, pero, aun así, al final dio ese paso hacia atrás. En un rincón, junto a la salida, de cuchillas o tal vez sentada en una estera, en todo caso hecha un ovillo, estaba una mujer mayor. Los haces de luz de las lámparas y las linternas no dejaban de recorrer la oscuridad del vestíbulo. De repente, uno de ellos iluminó la cara de la mujer y Jindra descubrió que se trataba de una vieja gitana.

Él sabía muy bien que los gitanos lo tenían igual, o peor, que los judíos. Los de su raza, al igual que sus padres, habían desaparecido. Ya no se veían gitanos por las calles. Como si también se los hubiera tragado la tierra. Así que, ya sin dudarlo, dejó la mochila en el suelo y la abrió. No sabía lo que le habían metido en ella los

Peterka, de modo que se puso en cuclillas y comenzó a revolver su contenido con cierta curiosidad. Los Peterka le habían cuidado como a un miembro más de la familia durante el tiempo que había permanecido escondido, aunque en realidad no estaba emparentado con ellos ni de lejos. Los Peterka no eran judíos, pero la madre de Jindřich había sido compañera de estudios de la señora Peterková y habían forjado una estrecha amistad que había quedado más que demostrada durante esos tiempos difíciles.

Y ahora, cuando el peligro ya había pasado, los Peterka lo habían enviado de regreso a casa. Y le habían metido en la mochila, para el camino, uno de esos deliciosos panes que ellos mismos habían empezado a hacer al final de la guerra. Sacó pues la pequeña hogaza, acarició su corteza crujiente y aromática con sumo placer y, después de dudar un poco, se la tendió a la vieja gitana.

Muchas gracias, caballero.

Como para no darlas, vieja, pensó para sí. Estaba a punto de marcharse cuando, al levantarse, la mano huesuda de la mujer le tocó la rodilla: No tenga tanta prisa, señor. Me gustaría darle una cosa, por haber sido tan amable conmigo.

Él se quedó contemplando con una expresión divertida cómo ella se levantaba y, al final, la ayudó a ponerse de pie. Ligeramente jorobada, la mujer, que iba ataviada con algo parecido a una enorme manta, no soltaba la hogaza de pan que le acababa de dar.

Está aquí cerca, le aseguró. No lo lamentará.

Acto seguido, para su sorpresa, comenzó a correr con gran agilidad por la plaza de la estación. Él, impulsado por la curiosidad, se echó la mochila al hombro y salió tras ella. De camino, se entretuvo un momento mirando una especie de pirámide, compuesta de una base y los cuatro vértices de cuatro triángulos enfrentados, que el impacto de una bomba había formado en una de las casas frente a la estación. Le recordó a cuando uno, con destreza y una paleta de servir, corta de un enorme pastel una porción diminuta para su vecinita Martička.

A Jindřich esta pieza arquitectónica producto de la destrucción se le antojó casi una obra de arte, incluso más impresionante que el cuadro que acababa de ver en el vestíbulo. Como él había esperado a que acabara la guerra en un pueblo perdido que ni los aliados ni los rusos habían bombardeado, un lugar donde no se solían escuchar sirenas ni ese silbido tenebroso que producen las bombas al caer, las ruinas no le asustaban; ni siquiera las asociaba con la muerte.

La gitana torció hacia la izquierda rodeando una casa en la que

hasta hacía solo un par de días se encontraba la sede de la Administración del Gobierno del Protectorado y después siguió por una pendiente que pasaba por debajo de la catedral de San Pedro y San Pablo en Petrov. Al fin, se detuvo ante la puerta, entreabierta y sin picaporte, de un piso subterráneo.

Y de repente se vio entrando en lo que a primera vista parecía un tugurio oscuro y bastante desagradable que habría repelido a cualquier posible interesado en su contenido. Dos gatos, uno negro y otro con manchas, le dieron la bienvenida. La gitana abrió la puerta de par en par para dejar entrar algo de luz natural. Después, colocó la hogaza sobre el mantel de la mesa y se inclinó hacia los gatos, les explicó algo ininteligible para él, seguramente en su idioma, y se volvió de nuevo hacia Jindřich:

Nos haría un gran honor si aceptara sentarse con nosotras.

Ese nosotras debía de incluir a las dos gatas.

Intentaré encontrar una lámpara, sugirió la gitana.

El intento dio su fruto, y la mujer puso un quinqué sobre un gran baúl, aunque tardó un rato aún en encontrar unas cerillas, de modo que Jindřich tuvo que palpar con prudencia la silla antes de tomar asiento. Bajo la luz del quinqué, se percató de que no se encontraba en un cuchitril, sino en una estancia de techo bajo que se adentraba profundamente en la colina sobre la cual se erigía la catedral. Entonces cayó en la cuenta de que aquel lugar era uno de esos refugios antiaéreos, empezados a construir y nunca terminados, de los que había oído hablar en casa de los Peterka. Y mientras en la antesala solo había una mesa con dos sillas, en el fondo de la estancia se apelotonaban una gran cantidad de arcones grandes y pequeños, en cuyo interior se acumulaban todo tipo de objetos: cacerolas, jarritas, jarrones con extrañas plantas fotofóbicas y utensilios indescriptibles con los que Jindřich pensó que no querría convivir después de haberles echado un primer vistazo. Y, más atrás, al final del todo, vio, o más bien adivinó, una cama hecha y lo que le pareció un barril con agua y una puertecilla.

Se quedó allí sentado, observando una lámpara de techo apagada, adornada con numerosos abalorios y con figurillas muy extrañas, grandes y pequeñas, con las que tampoco querría haber pasado más tiempo del estrictamente necesario. La gitana se disculpó por no poder ofrecerle un té, ya que la estufa en la que se suponía que debía prepararlo llenaba de humo toda la estancia cuando se encendía, de modo que no podía agasajarle como es común con un invitado. Mientras le explicaba esto, sus arrugas se colocaron de tal manera que acabaron creando algo que podría

haber sido tomado por una sonrisa. Jindřich asintió y continuó sentado, consciente de que no sería educado marcharse al momento, pero con la única intención de aguardar solo un minuto antes de levantarse, como requiere el protocolo corriente en las visitas. Ya no esperaba nada extraordinario. Sin embargo, ¡qué equivocado estaba! Lo que sucedió a continuación lo sorprendió enormemente.

Entraban ya los rayos del sol en el piso de la gitana con toda la fuerza de abril, cuando esta se decidió a hablar. Empezó diciendo que había temido que no se encontraran, que él pasara de largo y no pudiera darle lo que tenía que darle. Si entonces Jindřich supuso que ella iba a entregarle un paquete, una caja o tal vez un sobre, o si lo están esperando ustedes también, más vale que lo olviden todos, él y ustedes. Se trataba solo de una entrega «de palabras», aunque seguramente su trascendencia era tan grande como un paquete postal de gran volumen, de esos que han de transportarse en un carro de maletas grande por el andén de una estación. Sin embargo, en retrospectiva, no se puede negar que al final recibió algo material para su viaje; y, de hecho, vivo. Supongo que ustedes ya intuyen que se trataba de una de las gatas. Pero les rogaría que de momento guardasen ese presentimiento en alguno de los cajones de sus ilusas mentes.

Así que el encuentro que para Jindřich había sido totalmente casual, en realidad había sido arreglado de antemano, pues la gitana estaba esperándolo en la estación.

Los alemanes suelen decir que *Zufall ist Schicksal*, la casualidad es el destino, le advirtió ella. Pero yo no he estado completamente segura de eso hasta que usted sacó de su mochila esa hogaza de pan. Precisamente a ella llevaba yo mucho tiempo esperándola en ese oscuro rincón de la estación. Aquí, mire —y estiró el brazo para tomar la mano de Jindřich y colocarla sobre la hogaza—, justo aquí, en la corteza, hay un símbolo en relieve. Es ese que ahora usted mismo está tocando. Su significado exacto no es importante, pero este símbolo por sí solo me indica lo que, sin lugar a dudas, he de hacer con aquel al que esperaba.

La gitana reconoció que no sabía ni cómo se llamaba Jindřich. Solo estaba al tanto de lo que necesitaba para convencerlo de que podía confiar en ella y de que debía tomarla en serio.

Sé que usted consiguió ponerse a salvo, pero a sus padres se los llevaron en un convoy junto al resto de personas que se encontraban en el piso subterráneo de la calle Francouzská.

Esto lo sabía también Jindřich. Los Peterka le habían

comunicado el suceso. Las primeras noticias sobre los campos de concentración, los campos de exterminio, se retransmitieron en los informativos de la BBC, y les llegaron asimismo a ellos. También conocía la existencia del piso subterráneo de la calle Francouzská. Ese, igual que el edificio de la escuela de la calle Merhautova, era solo una estación de paso, uno de los puntos de reunión, de recolecta, en los que se permanecía a la espera del siguiente convoy.

Seguramente allí convivían varias familias judías, cuyos pisos se habían arianizado, como se decía en la terminología nazi. El piso grande y lujoso —mejor dicho, la casa— de la familia de Jindřich en la calle Mečová no se libró de ser arianizado; además, varias familias de oficiales de la Gestapo se lo estaban rifando a los dados. Pero la casualidad quiso que la noche en la que fueron a por los Steinmann estuviera allí de visita (*Zufall ist Schicksal*, o si prefieren: *Zufall ist ein anderer Ausdruck für Schicksal, «*la casualidad es otro nombre para el destino») Tomáš Peterka. Los padres de Jindřich eran conscientes de que no saldrían con vida de lo que les esperaba, de modo que llegaron a un rápido acuerdo con Tomáš. En aquella época, todo tenía que caber en dos o tres palabras pronunciadas entre susurros. Tomáš Peterka preguntó después a los de la Gestapo dónde podría ir a visitar a los Steinmann a partir de entonces. Los oficiales se rieron con ganas y le comunicaron que la nueva sede del salón de visitas de los Steinmann se ubicaría en un piso subterráneo de la calle Francouzská, por entonces llamada Franz-Schubert-Strasse, claro.

Pero si tan deseoso está usted de pasar su tiempo en compañía de los judíos, basta con decirlo y le habilitaremos en ese piso una habitación especial para invitados filosemitas.

Tomáš cogió entonces a Jindřich de la mano, les dijo a sus padres que los visitaría pronto y pidió a los de la Gestapo la dirección exacta. Era como jugar a la lotería, claramente. Bueno, ni siquiera eso. No tenía ninguna posibilidad de encontrar un sitio seguro al que llevar a Jindra. Tomáš no podía seguir mucho tiempo con la mentira de que era su hijo. Los alemanes eran muy concienzudos y sabían muy bien a por quién iban. Pero estaba dispuesto a defender lo que había prometido a los padres de Jindra —que se lo llevaría un par de días al pueblo—, y a hacerse el tonto cuando se enterara de que aquello no era posible. De momento, prefería no pensar cómo reaccionaría la Gestapo ante eso. Para lo que sucedió después solo existe una explicación plausible, y es que ahí ya por entonces intervino *eso* de lo que Jindra se estaba

enterando en aquel instante. Sí, *eso* tenía otros planes para él, y por tal motivo *eso* lo sacó de la lúgubre corriente de los acontecimientos. Y lo hizo de tal modo que *eso* le imbuyó primero a Tomáš un valor desmedido y a continuación desorientó totalmente al de la Gestapo, que se quedó mirando embobado cómo Tomáš se llevaba al hijo de un judío. Y lo que es más, *eso* hizo desaparecer el expediente de Jindra definitivamente con un chas, no solo de la cabeza del oficial, sino también del ejemplar registro alemán donde figuraba. Y, por último, *eso* pegó en la boca de Jindra un esparadrapo invisible para que no pudiera decir *adiós mamá, adiós papá*, y este se dejó llevar a un lugar seguro sin oponer la menor resistencia.

Los convoys terminaban en campos de exterminio, de los que por desgracia no se regresaba jamás, como no habían vuelto sus padres ni nadie de su familia, le dijo la gitana en voz baja.

Jindřich ya lo suponía. Los Peterka hicieron todo lo que estuvo en sus manos para enterarse del destino de los padres de Jindra sin poner en peligro la seguridad del propio Jindra. Tomáš, por supuesto, no fue a visitar jamás a los Steinmann al sótano del piso de la calle Francouzka. Eso no se lo podía permitir, no podía correr ese riesgo.

Pero cuando pasó cerca del piso de sus amigos tan solo una semana más tarde, este ya estaba vacío: las ventanas del sótano y la puerta estaban abiertas de par en par, y en el patio había cosas tiradas por doquier. Tomáš echó un cuidadoso vistazo a su alrededor para cerciorarse de que nadie le estaba mirando y después saltó la verja tirada y recogió del suelo del patio un guante de rejilla que pensó que debería de haber pertenecido a la madre de Jindra.

Pensó que Jindřich ya se imaginaría que jamás volvería a ver a sus padres. Bueno, no se lo imaginaría, lo sabría con certeza. Pero una cosa es saber y otra escuchar esas cosas así, de boca de un extraño.

Aquí hay que añadir que, aunque la mujer parecía una vulgar gitana, y al principio incluso se comportaba como tal, incluso el ambiente de su morada respondía a su supuesta raza, justamente por lo que acababa de confiar a Jindra, sí, justamente por eso, ya nos entendemos, daba la impresión de que ella solo había sido la intermediaria de algo. Como si eso de lo que he hablado antes, solo eso, la hubiera utilizado con alguna finalidad concreta. Incluso su forma de hablar cambió por completo de naturaleza. Ya no tenía que fingir nada, y fue directa al grano.

Por favor, concédame aún un momento, le pidió. No nos queda mucho tiempo. En realidad, hasta mañana por la noche. Le contaré todo lo que puedo contarle. Pero lo más importante depende únicamente de usted. Yo solo soy su hada madrina, que ha ido a buscarle para avisarle de lo que le espera.

Vaya, ¡un hada madrina! ¡Cómo no se nos había ocurrido antes! Así que Jindřich se encontraba ahora a punto de empezar algo… Bueno, pues otra vez… ¿No sería todo esto solo una especie de decorado dispuesto con la única intención de confundirlo, algo que recubriría con unos cuantos velos a aquel con quien de verdad tenía que encontrarse? Ya no estaba seguro de cuál era la identidad de aquella mujer. ¿Estaría alguien jugando con él? Y, en tal caso, ¿se trataría de un juego bueno o malo?

Entonces intentó explicarle lo que era el tiempo cero.

Este solo ha aparecido en la historia en contadas ocasiones. Pero ha aparecido ahora, al final de esta guerra, durante la extinción de ese obsceno imperio teutónico, con sus hornos de cremación, frente a los cuales las antiguas epidemias de peste son un paseo de niños. Después de todo esto llega el tiempo cero (leche negra de la madrugada, la bebemos al atardecer),[4] este tiempo mínimamente detenido, en el que nada, ni grande ni pequeño, está aún decidido.

Con lo de grande se refería al fluir de la historia, esa roca que nunca deja de rodar y que, solo mañana por la tarde, en realidad mañana por la noche (¿de verdad solo entonces?), descubriremos dónde cae. Solo entonces se verá, se decidirá, cómo será este mundo de la posguerra para el tiempo venidero. La gitana después le explicó a Jindřich que él era el único privilegiado que sabría, durante las horas que les separaban de la noche del día siguiente, que se encontraban en dicho tiempo cero.

Se le van a conceder habilidades que solo poseen aquellos que deben saber. No, espere, lo diré de otro modo.

La gitana, o lo que fuera, se levantó de repente, y sus gatas reaccionaron al momento y corrieron hacia ella. Como si se hubiera olvidado de que tenía un invitado, la mujer se agachó y concentró su atención en ellas durante un largo rato. Jindřich se quedó mirando cómo las tocaba, cómo les acariciaba el pelo a favor y en contra, cómo les hacía suaves masajes bajo el cuello y detrás de las orejas y las manoseaba como si estuviera amasando un pastel. Los animales se deshacían bajo sus dedos para recomponerse de nuevo, y la mujer les estuvo dando coba hasta que consiguió que se estremecieran de puro placer. Jindřich percibió los destellos de sus felinas pupilas, que no dejaban de agrandarse y encogerse

alternativamente. La mujer permanecía en cuclillas de espaldas a Jindra, de modo que si este hubiera echado un disimulado vistazo al reloj que no tenía se habría dado cuenta de que el ritual ya duraba su buena media hora. Aun sin tener la certeza del tiempo exacto que llevaban así, el muchacho se levantó y buscó con la mirada su mochila. Pero la gitana, todavía en cuclillas, se volvió hacia él y le retuvo. Fue entonces cuando le contó que una de aquellas gatas le acompañaría, que se convertiría a partir de entonces en su guía. Y que su colaboración sería inestimable. Le ayudaría más de una vez, y en diferentes situaciones.

¡Ah, de acuerdo! Me encanta la idea, de veras.

Precisamente ahora se lo estaba explicando. He de decírselo en el lenguaje que mejor entienden. Y a ellas les corresponde tomar la decisión de cuál de las dos aceptará la tarea, quién le acompañará durante el período que conocemos como tiempo cero. Es algo que tengo que dejar en sus manos, ellas deciden.

¡Ah! Pues me siento muy honrado.

Pero no se levante aún. Todavía no he terminado. Debería ponerle al tanto al menos de lo más básico. El mundo no es ni será nunca justo. Esto por lo que acabamos de pasar es una prueba más de que es cruel y está lleno de odio. Y no existe ni la más mínima esperanza de que pueda ser distinto en su esencia. Pero el mal solo se puede realizar con la ocasional asistencia del bien. Necesita tener al bien a su lado, haciendo de contrincante, de contraste, de pantalla de proyección. El mal desaparecería sin la existencia del bien. Aunque también es cierto que el bien está aquí solo con permiso del mal. Sin embargo, eso puede considerarse hasta cierto punto una victoria del bien, porque, de ese modo la aguja de la balanza se inclina hacia el lado del mal, su platillo nunca desciende, nunca llega hasta abajo. Pero ni esto nos sale gratis. El mal necesita su contraste, pero no es capaz de crearlo a partir de su propia esencia. Somos nosotros los que tenemos que esforzarnos en hacerlo, depende única y exclusivamente de nosotros.

No se enfade, pero, en ese caso, me gustaría hacerle una réplica, intervino Jindřich. Si el mal se puede realizar, solo y necesariamente, con la asistencia del bien, entonces de ello por lógica se deduce que no hace falta que nos esforcemos demasiado… Basta con que le dejemos las manos libres al mal que, si este no cuenta con su contraste, él solo irá desapareciendo, ¿no?

Lo siento mucho, suspiró la gitana, me temo no me he expresado con exactitud. El mal es narcisista, le encanta observarse en una pantalla frente a su contraste, pero, si lo considera necesario, existe

incluso en ausencia del bien. Es autosuficiente, y debido a eso, por desgracia, consigue extenderse y engullir el mundo entero. Solo nosotros podemos evitar que esto ocurra.

¿No será, pensó él, en realidad esta mujer una catedrática de ética o más bien de no-ética?, ¿o no estaré yo en un seminario, en un aula de la Facultad de Filosofía? No podía evitar que le apenara que ella hubiera dejado de interpretar el papel de vidente gitana o lo que fuera. ¿Me enteraré algún día de con quién he tenido el honor de hablar?

Según veo, afirmó la gitana, ya está decidido: le acompañará Kaňka, la gata negra. Podríamos elegirle un nombre extraído de la mitología egipcia, azteca o maya, para que todo fuera más distinguido, pero creo que nos quedamos con Kaňka. La distinción solo es un falso envoltorio. Ya tiene pues su misión en este mundo; un mundo en el que el platillo del mal ha prevalecido y casi ha llegado a inclinar la balanza completamente a su favor. Su misión se completará en el gran mundo, y también en ese otro no tan grande. En realidad, puede decirse que tendrá dos misiones, una grande y otra no tan grande. Pero… ¿qué es grande y qué no tan grande?

Kaňka ya se había colocado junto a la puerta entreabierta. La palabrería interminable y aburrida de su comandante en jefe le había cargado su negro pelaje de una electricidad estática imponente.

Y no lo olvide: las capacidades que se le han concedido en el tiempo cero valen solo hasta mañana por la noche y únicamente en una cierta zona de esta ciudad. Pero eso ya tendrá ocasión de comprobarlo usted mismo. Durante todo ese tiempo, Kaňka será su fiel compañera.

Cuando el pelaje de Kaňka se descargó de golpe de toda esa electricidad estática, un relámpago, al que siguió su correspondiente trueno, llenó la estancia de luz. El resplandor fue tal que durante tres segundos iluminó hasta la lámpara de ese antiguo refugio antiaéreo.

Así que tengo dos misiones, se repitió Jindřich, una grande y otra no tan grande. Pero, a fin de cuentas, ¿qué es lo grande y qué lo no tan grande?

La gitana dio una palmada: ¡Desaparezca de mi vista! Corra, váyase, Jindřich…

(Pero vamos a esperar un momento antes de comenzar a vagar por el tiempo cero. El narrador no puede resistirlo y ha de hacer una confesión. Se ha servido de Kaňka, con ternura, para poner nombre a la más pura esencia de la extravagancia, y con ello ha

cumplido un objetivo que perseguía desde hace mucho tiempo y que no tiene que ser del gusto de todos. En este caso, el camino del narrador y los de algunos de ustedes a los que disguste esta treta se separan aquí y ahora.)

Kaňka caminaba unos diez pasos por delante de mí, y como ese era también mi camino, era el camino a nuestra mansión familiar en la calle Mečová, me encogí de hombros y la seguí… Ya veríamos adónde nos llevaba todo esto… Sin embargo, por mucho que intentara apartarlo de mi cabeza, no podía dejar de elucubrar qué sería lo que me esperaría en mi antiguo hogar. Y me dedicaba a empujar mis ideas de acá para allá como si estuviera trasladando muebles. Lo más probable es que la familia de la Gestapo que se apropió de nuestro piso de lujo en nuestra ausencia ya se hubiera dado a la fuga, pero no podía descartar que se hubieran atrincherado en él. Y aun cuando ellos hubieran abandonado el piso, también podría haber ocurrido que se nos hubiera colado en casa alguien más. Un montón de gente sin techo, cuyos hogares desaparecieron entre las llamas, vaga en estos días por las calles de Brno. Justo entonces me di cuenta de que había dicho: se nos hubiera colado en casa, aunque ya no hay ningún nos, ningún nosotros. A pesar de todo, no lograba librarme de la sensación de que tal vez mi familia hubiera regresado del campo de concentración y me estuvieran esperando. Tal vez al final sería como si en ese tiempo intermedio no hubiera sucedido nada…

En circunstancias normales, no se habría tardado ni un suspiro en llegar de la estación a la calle Mečová. Pero, ahora, entre dicha calle y la estación se erigía un mar de cascotes y ruinas que prolongaban innecesariamente el camino. Kaňka trepaba por ellas con agilidad felina, pero después le tocaba esperarme, aunque he de decir que fui incapaz de advertir en su morrito gatuno el menor rastro de disgusto por mi dilación.

Al llegar a Mečová, sentí una gran alegría al comprobar que tanto los americanos como los rusos habían respetado nuestra casa, que seguía en pie. Sabía, por los Peterka, que los bombardeos de los unos y los otros se habían cebado especialmente con Brno y, de hecho, la casa de al lado, la de la esquina de Mečová, donde la calle desemboca en Dominikánské náměstí, había sido demolida por dichos bombardeos. Lo único que quedaba de ella eran un agujero monstruoso y unas ruinas espantosas. Pero, en cambio, nuestra casa permanecía intacta. Era como si hubieran tendido sobre ella una red de seguridad que hubiera atrapado las bombas igual que los

pajareros italianos atrapan en grandes redes a los pájaros migratorios durante su paso hacia África. Nuestro antiguo hogar tiene dos pisos. Nosotros habitábamos el primero, el más lujoso, y les dejábamos el bajo a los Hlavička. Hlavička, el que en tiempos fuera el fiable contable de nuestra fábrica de Komarov, vivía en nuestra casa, en el piso del conserje. Cuando los colegas de la fábrica le preguntaban una y otra vez a mi padre por qué diantres no se construía una mansión espaciosa y elegante con un gran jardín en alguna parte del barrio residencial de Černá Pole, él replicaba que los Steinmann habían vivido en ella durante dos siglos, y que amaba esa casa como a su propia familia o a su trabajo. Su hogar conservaba una pátina histórica casi mágica y, además, era de lo más cómodo. No necesitaba ninguna mansión enorme que exhalara a los cuatro vientos su altanería monstruosa.

Kaňka se detuvo frente a la puerta de mi casa. Llamé al timbre. Casi al instante la cabeza de la señora Hlavicková asomó por una de las ventanas. La mujer clavó su mirada en mí durante un largo rato.

¿Es posible que sea usted, señor?

Hacía cuatro años de aquel fatídico día en que los de la Gestapo se había llevado a mis padres. Entonces aún se me podía considerar un niño: tenía trece años. Era amigo del hijo de los Hlavička, tan solo un año mayor que yo. En ese momento, me agaché para recoger a Kaňka, que dudaba a ojos vistas en el umbral, la tomé entre mis brazos y entré en el piso de los Hlavička, en el que solía sentirme como en mi propia casa. No pretendía quedarme mucho, solo quería enterarme de algunas cosas antes de encontrar el valor suficiente para subir.

Señor Steinmann, los de la Gestapo ocuparon la casa en cuanto se llevaron a sus padres. A nosotros también nos echaron. Volvimos hace solo un par de días.

¿Y qué me espera arriba?, dije mirando hacia el techo.

Al principio pareció que no hubiera entendido mi pregunta. Así que tuve que repetirla.

No se enfade, señor Steinmann, pero yo no estoy *capotada* para contestar a eso.

¿Qué?, la miré con los ojos desorbitados. Por el amor de Dios, ¿qué quiere decir con eso? ¿Quién está capacitado, entonces?

Ella tragó saliva, seguramente tanta como habría cabido en la bota de un pescador, para mantener ocupada su garganta.

Cuando los de la Gestapo se fueron, el Comité Revolucionario Nacional se lo dejó a uno de sus miembros. Es un miembro benemérito que dirigió una sección partisana en Vysočina. Se

dedicaban a volar puentes del ferrocarril. Por los aires, añadió en voz baja.

¡Qué tontería!, dije enfadado. Los de la Gestapo les robaron la casa a mis padres y, ahora que por fin se los ha llevado el diablo, ¡es nuestra otra vez! O sea, mía. Perdone, me disculpé, no quería gritar. Usted podría testificar que la casa era propiedad de mis padres. Y que ha pertenecido a nuestra familia desde hace varias generaciones.

Mis gritos hicieron venir al señor Hlavička, que llevaba una camisa preciosa de color violeta con botones amarillos.

Buenos días, señor Steinmann. Por desgracia, nosotros no podemos testificar nada. Ellos, y señaló hacia el techo, lo saben todo, por supuesto. No necesitan ningún testimonio.

¡De acuerdo! Entiendo, dije sin entender nada. Y…, ¿cómo está Evženek? Me encantaría saludar a su hijo.

Eso, por desgracia, no va a ser posible, dijo Hlavička. Y su mujer intervino al punto: Evženek está de servicio. Es guardia revolucionario, añadió con orgullo.

Escuche, señor Steinmann, agregó también el señor Hlavička con su camisa violeta con botones amarillos, debería saber que nosotros guardamos el secreto, que no les contamos a los de la Gestapo que no era usted el hijo del hombre que entonces se lo llevó, Peterka o como se llamara. Tampoco dijimos que era usted judío. De hecho, le salvamos la vida, porque si no, habría acabado como sus honorables padres.

Después de aquello ya no dije ni pío; me limité a caminar hacia las escaleras que conducían al piso superior. Que esa hubiera sido la camisa favorita de mi padre, que tenía un cajón de la cómoda repleto de ellas, no quería decir que no hubiera camisas violetas con botones amarillos a montones por todo el mundo… Por eso mismo el señor Hlavička no tenía por qué haberla cogido de nuestra cómoda. El preciado cuadro del pintor cubista Emil Filla que ahora se encontraba en la entrada de los Hlavička era sin duda el que estaba colgado en nuestro salón, pero yo qué sabía de lo que había ocurrido aquí durante estos años aciagos y si estaba *capotado* para juzgarlo. Además, Kaňka trataba de hacerme entender que seguía a mi lado y que no tenía nada que temer. Vale, vamos allá. Así que me quedé de pie ante la misma puerta a la que unos años antes habían llamado los ángeles de la muerte. Nuestra preciosa puerta marrón oscuro, una imitación perfecta del ébano, presentaba ahora unos feos arañazos, pues alguien había intentado inútilmente arrancar el letrero con letras góticas. Miré a Kaňka, que hizo un

gesto de asentimiento. Así que llamé. Después del ruido de la tapa de la mirilla, la puerta se abrió.

Mierda, ¿se puede saber quién le ha dejado entrar?, preguntó un tipo vestido con los pantalones de fustán de mi padre.

Soy Jindřich Steinmann, el dueño de esta casa.

El hombre que estaba en el umbral de mi piso se quedó mirándonos un rato, a mí y a Kaňka, que estaba en mis brazos, sin poder ocultar su desconcierto. No tardó mucho en recuperarse: Querrá decir *Herr Heinrich Steinmann*.

Está confundiendo usted las cosas. Soy checo, y mis padres murieron en un campo de concentración.

Debería usted tenerlo por escrito. Hoy en día cualquiera podría afirmar eso, me dijeron los pantalones de fustán con unos inconfundibles bolsillos, digamos bizcos, por los que mi padre sentía debilidad. Y además, continuaron los pantalones, su padre poseía una fábrica de…, esto…, calentadores de gas o algo así en Komarov.

No solo fabricábamos calentadores de agua, sino también cocinas y radiadores, dije para completar su información.

Tal vez usted aún no lo sepa, pero ha empezado una nueva era, señor Steinmann. Los tipos como su viejo han dejado de estar al mando. Es el fin de los tiempos capitalistas que nos llevaron a la ocupación nazi. Esta casa ahora pertenece a la gente trabajadora, así que, de momento, vuélvase por donde ha venido. Con el tiempo le asignarán oficialmente un apartamento adecuado.

Para entonces ya estaba a su lado el que seguramente fuera su hijo. Y, ¡cómo no!, con unos pantalones de loneta de mi padre. Se mantenían ambos de pie ante la puerta como un dique contra las hordas capitalistas, preparados para darme un puñetazo en la nariz, en caso de que este hubiera sido necesario.

Miré pues a Kaňka, que me guiñó un ojo. Así que metí la puntera del zapato entre la puerta y el marco y, ya sin temor, tomé aire.

Queridos camaradas, dije sin levantar un ápice una voz que casi no pude reconocer, pues poseía la voluntad inextinguible de los ejércitos míticos descendiendo de las montañas a los valles, y también la de las flotillas vencedoras atravesando una tormenta en el Pacífico, y a la vez la de las escuadras imperturbables rugiendo sobre el Himalaya, y además la fuerza y la voluntad de alguna otra cosa que no me gustaría enumerar aquí. En fin, que dije: Queridos camaradas, se van ustedes a bajar los pantalones de inmediato y los van a dejar bien doblados en la silla que se encuentra junto a la

chimenea y después se van a largar sin perder un minuto. Para mi inenarrable sorpresa, el padre y el hijo obedecieron mis órdenes al punto y sin pronunciar palabra: trajeron la silla hasta la puerta, se quitaron los pantalones, los doblaron y los depositaron sobre ella. Después, sin más, abandonaron el piso y la casa ataviados únicamente con unos calzoncillos de pata de gallo.

Solo entonces aparté la silla, crucé el umbral de la puerta con Kaňka aún en mis brazos y me apresuré a ir hasta la ventana. Dejé a Kaňka en el suelo para poder abrirla, pero ella saltó hasta el alféizar para no perder detalle. Juntos vemos cómo el padre y el hijo aceleran el paso por la calle Mečová, y juntos vemos aparecer en sentido contrario a Evženek, ataviado con la banda negra de la guarda revolucionaria (sí, te reconozco, camarada cabrón), y con el inolvidable sombrero de mi padre. Seguramente, vuelve del trabajo. Cuando divisa a sus superiores del Comité Nacional Revolucionario les saluda con un taconazo. Es tan idiota que ni siquiera se extraña al encontrárselos en calzoncillos de pata de gallo en plena calle. Debe de ser un miembro más de esa banda de iluminados que ya saben que ha comenzado otra época que trae consigo muchos fenómenos verdaderamente revolucionarios, incluidos los calzoncillos de pata de gallo. Kaňka me guiña un ojo por segunda vez. Pero en este momento me preocupa bastante pensar que semejante capullo integral solía ser amigo mío. ¿No arroja eso, de algún modo, también una luz funesta sobre mí?

Finalmente, el padre y el hijo, con sus calzoncillos de pata de gallo (que, por supuesto, no provenían de la cómoda del padre de Jindra. O bien formaban parte del equipamiento del Comité Revolucionario, o bien los habían heredado de los familiares de los de la Gestapo) desaparecieron de su vista. Jindřich se quedó entonces en medio de aquella habitación que una vez había sido el comedor y un gran pesar que era incapaz de aliviar con nada se le echó encima. Por fin estaba en casa, pero aquello ya no era su hogar. Por desgracia, sería para siempre el escenario en el que se había representado la escena de la entrada de los tipos de la Gestapo que se habían llevado a sus padres a ese lugar de donde no regresaba nadie. Y también el cruel escenario en el que él los había abandonado en los momentos más difíciles sin tan siquiera decirles adiós.

Pero la sensación de que algo no acababa de cuadrar en todo aquello lo sacó de sus negras reflexiones. Se había topado con el camarada padre y con el camarada hijo, así que, sin duda, por

alguna parte debía de estar aún la camarada esposa. Y, esa alguna parte sería probablemente el cuarto de baño. Se encaminó hacia allí y golpeó la puerta con los nudillos, al principio con discreción y después con más ímpetu. Luego le dio un último golpe con más fuerza aún. Como nadie respondía, decidió entrar. Solo descubrió una bañera polvorienta; ningún cosmético, nada que indicara una presencia femenina. Así que quedaba claro que, o bien el miembro del Comité Revolucionario estaba divorciado, o bien su mujer había fallecido durante algún desgraciado incidente militar. A Jindra aquello le debería haber resultado del todo indiferente, pero la posibilidad más plausible, o sea, la de que la esposa del miembro del Comité Revolucionario hubiera fallecido en trágicas circunstancias (pues, durante la ocupación alemana, los matrimonios, como oiremos a lo largo de esta historia de voces más competentes, se divorciaban solo en casos excepcionales, como cuando el marido o la mujer eran de origen judío y su pareja no quería arriesgarse a tener que acompañarlo a un campo de concentración), enviaba una especie de plegaria conciliadora tras los calzoncillos de pata de gallo.

Se puso a deambular entonces de una habitación a otra para después dedicarse a recorrer de cabo a rabo el gran salón, en el que de pequeño había sido capaz incluso de perderse, abriendo armarios, guardarropas, cómodas, alacenas, chifonieres, aparadores, cajones, librerías… Los primeros ocupantes de la casa, aquella familia de la Gestapo, solo se habían llevado en su precipitada huida sus joyas y las de los padres de Jindřich. Las mujeres de la Gestapo evidentemente habían recogido del baño, del *boudoir* y del dormitorio sus productos de cosmética, y del resto de la casa solo habían seleccionado aquello que se podía meter a presión en bolsos, maletines, maletas y neceseres, siempre y cuando no les estorbara en su viaje. De modo que las habitaciones habían quedado sembradas de un curioso revoltijo formado por los objetos de sus padres y los de la familia de la Gestapo. Las propiedades judías no debieron perturbar especialmente a los oficiales de la Gestapo y, hasta su huida, la *privatbesitz* alemana y la judía convivieron en paz y armonía sin prejuicios racistas.

Pero, aunque a los oficiales de la Gestapo no les hubieran molestado las pertenencias judías, a Jindřich, por el contrario, sí le asqueaban las de los alemanes. Se estaba dejando arrastrar irremisiblemente al racismo anti-Gestapo. De modo que se pasó el resto del día clasificando el contenido de cómodas, guardarropas, armarios, armaritos, chifonieres, aparadores, alacenas y tocadores,

para acabar haciendo un gran montón con la ropa y los objetos de uso cotidiano que apestaran al tufo de la Gestapo. Pero, como suele ocurrir, cualquier aversión ideológica, incluso el odio justificado, acaba siempre teñido de confusión y de errores, así que Jindřich se veía obligado a abalanzarse una y otra vez sobre el montón para reclasificar, uno a uno, los objetos que lo componían. Y en cada ocasión salvaba de la quema jerséis, chalecos, camisetas, toallas, ropa de cama, pantuflas, chales, juegos de té, jarras y cucharones que en principio había atribuido a la Gestapo, y de repente reconocía como objetos íntimos de su niñez. Cuando eso sucedía, los rescataba del montón, adonde, en algunas ocasiones, tras ser examinados con sumo cuidado, regresaban de nuevo. Por ejemplo, ¿es esta percha asquerosamente alemana o está aún impregnada del aroma de su hogar? ¿Y este matamoscas? ¿Mataban con él las moscas Frau Schücking gritando *Fahr zum Teufel!*[5] o lo hacía la madre de Jindra con un cariñoso *Hala, ¡lárgate al paraíso de las moscas, amiguita!*? No había duda de a quien había pertenecido *Mein Kampf*, pero ¿y *Das kalte Heerz*, de Hauff? El padre de Jindřich leía en checo, alemán y francés. Kaňka, necesito tu consejo. Pero Kaňka, sentada encima de uno de los montones, dedicada a su aseo diario, se lamía una pata para después frotarse con ella la oreja por dentro y por fuera, y repetía la ceremonia luego con la segunda oreja. Una tarea de lo más trabajosa. Así que a la pregunta directa de Jindra respondió solo con un gesto gatuno que se podría traducir como: Algunas cosas tendrás que resolverlas tú solito, chico.

Por la noche, Jindřich se caía de cansancio. Lo había examinado y clasificado todo innumerables veces, y se sentía como si hubiera estado cargando vagones durante todo el día. Y cuando, pasando ante la puerta de los Hlavička y bajando por la peligrosa escalera empinada hasta el sótano, consiguió arrastrar tras de sí un saco repleto de los objetos desechados, intuyó que dos pares de ojos le vigilaban. Hlavička, con los codos apoyados en la espalda de su mujer, que, agachada, lo miraba por el agujero de la cerradura, lo espiaba tras la mirilla. El destino final de esos sacos era el contenedor de basura, pero hacía mucho que todos ellos estaban desbordados. Brno llevaba ya una semana sin agua, sin luz y sin gas, y nadie recogía la basura que iba ribeteando las calles. La ciudad se encontraba, como ya sabemos, en el tiempo cero, en una especie de esclusa que la elevaba por completo y no tardaría demasiado en dejarla caer a esa aún innombrable (¡solo en apariencia innombrable!) realidad.

Jindřich no tenía ni idea de lo que le deparaba el futuro.

¿Volverían los camaradas, escondiendo sus calzoncillos de pata de gallo bajo los uniformes, acompañados de unos guardias? De momento, parecía que no. Ya había pasado un tiempo más que prudencial desde que los echara con cajas destempladas, y la sede del Comité Revolucionario estaba a la vuelta de la esquina, en Dominikanské náměstí. ¿Habría dibujado la gitana en torno a él alguna especie de círculo mágico o lo habría vestido con una escafandra invisible que lo protegía contra cualquier adversidad? ¿Y qué le esperaba en los próximos días? ¿Y qué pasaba con los Hlavička? De pronto, el peso de los acontecimientos le superó y sintió que necesitaba salir a tomar el aire. Echó antes un vistazo a los cajones y a los armarios abiertos, y se inclinó para recoger una margarita blanca artificial que se había quedado tirada en medio de la habitación tras el registro. Al descubrir que tenía un gancho, no pudo resistir la tentación y se la prendió al jersey. Después se metió a Kaňka bajo el brazo y salió a la tarde ligeramente encapotada y lluviosa que se iba ya ensombreciendo.

No llegó muy lejos. En la calle Veselá se topó con una inusual reunión. Lloviznaba un poco, pero a nadie se le había ocurrido abrir un paraguas. Aquellos que durante el día permanecían más bien arrimados a las paredes, se encontraban ahora de pie en medio de la calle, con las cabezas levantadas hacia el cielo. Una cuerda atravesaba la calle de lado a lado y, sobre ella, una funámbula caminaba de un tejado a otro. Incluso bajo la moribunda luz vespertina todos podían distinguir que la mujer llevaba una venda blanca cubriéndole los ojos. ¿Sería el reclamo del negocio: «la funámbula ciega»? Todos estaban paralizados, esperando que se cayera sobre sus cabezas de un momento a otro, pues, sin duda, con aquella llovizna, la cuerda resbalaría lo suyo. Solo yo sabía que no había nada que temer, porque Kaňka la cuidaba desde mi regazo, la vigilaba, la guiaba con sus ojos por la cuerda. Los ojos de la gata suplían a los ojos vendados de la funámbula, y las garras de la gata se clavaban en la cuerda que cruzaba el cielo sobre nosotros. La chica no corría peligro de resbalarse. Poco después me di cuenta de que Kaňka no era la única que velaba por ella; también un oso, que tenía pinta de pertenecer a un circo, la protegía. Debía de ser una actuación habitual para amenizar las veladas, porque nadie parecía temer al oso, e incluso le iban abriendo paso mientras caminaba por debajo de la cuerda con los brazos abiertos haciendo de red protectora.

Hacia el final de la exhibición, cuando la oscuridad ya había

tomado los tejados, unas bengalas militares irrumpieron en el cielo de la ciudad. Parecía que formaran parte del espectáculo, pues se elevaron e iluminaron el firmamento y a la chica con la venda blanca como si fuera una aparición celestial. Después, por alguna parte se dejó oír el rugido de una ametralladora. La lucha aún continuaba en ciertos barrios de la periferia.

Mientras la funámbula ciega recorría varias veces la cuerda de un extremo a otro, y luego, sin quitarse la venda, se deslizaba por un tejado hacia una claraboya y se introducía por ella arropada por un clamoroso aplauso, un hombre con un sombrero, seguramente el director, acompañado por el oso, también con un sombrero, deambulaba entre los espectadores. Se trataba de un animal manso y bien educado, que, para diversión de todos los allí presentes, era también increíblemente galante (se inclinaba ante las damas, doblando la rodilla en una suerte de maravillosa reverencia, como si acabara de salir de *La novia vendida*, de Smetana). Los espectadores llenaron con sumo gusto los sombreros del director y del oso, pero no con dinero del Protectorado o vales de comida, sino con las múltiples viandas que pescaban tras rebuscar en el interior de sus bolsas de la compra. El fervor era tal que el director se veía obligado a vaciar a cada rato los sombreros en un saco que llevaba a rastras.

No tardé mucho en enterarme de lo que allí sucedía. Cerca de aquel lugar, en Komenské náměstí, se instalaba muy temprano por las mañanas, a veces incluso al caer la noche, un mercadillo de alimentos. Ese tipo de bazares no era exclusivo de la estación, sino que proliferaban en diversos lugares de Brno. Entonces comprendí que la verdadera vida tomaba las calles de Brno solo durante la madrugada y bien entrada la noche. Yo, como no tenía nada mejor a mano, me quité la margarita blanca y la eché al sombrero del oso.

Otro gran aplauso. La chica, todavía con la venda en los ojos, apareció ante el umbral de la puerta de la casa con la claraboya. Allí, una vez más, extendió los brazos, como cuando caminaba sobre la cuerda, y se inclinó hacia delante a modo de despedida. Después, el director y el oso hicieron lo propio y, acto seguido, se colocaron los sombreros, cogieron a la funámbula cada uno de un brazo y se despidieron. Cuando se marchaban, la ciega, aún con la venda en los ojos, se volvió una vez más de modo que alcancé a ver cómo se prendía mi margarita blanca. Durante un breve instante, me quedé petrificado.

Unos segundos después, la calle estaba vacía.

Ya había oscurecido completamente, pero había dejado de

lloviznar. Las nubes se habían retirado dejando a la vista las más brillantes estrellas.

Eché una ojeada a mi alrededor. La cuerda se había quedado extendida sobre la calle Veselá.

CAPÍTULO III

30 DE ABRIL DE 1945

A la mañana siguiente, Kuba tuvo un sueño que no conseguiría sacarse de la cabeza durante mucho tiempo. En el sueño se encontraba ante un bloque de pisos sin el menor rasguño en la fachada, mas cuando la pesada puerta de la entrada se abría, él se daba cuenta de que aquel enorme edificio estaba completamente vacío, como una cáscara gigantesca. Se trataba del edificio opuesto al de la calle Kobližná, al que las bombas habían alcanzado en la fachada y las paredes laterales. Sin embargo, como por un milagro, sí había quedado en pie la escalera al completo y también las divisiones entre los pisos, dejando a la vista de todos sus detalles más íntimos: un armario abierto con ropa interior o un orinal debajo de la cama. El edificio destripado, el edificio sin entrañas del sueño de Kuba, y el edificio desnudo, las entrañas sin exterior de la casa de Kobližná, eran claramente las dos variantes, opuestas, del mismo propósito malvado.

Pero había otra cosa que a Kuba le había llamado la atención de ese sueño: la manera en la que se había vaciado la casa. Daba la impresión de que alguien se la hubiera comido. Como si después de retirar el tejado del edificio ese alguien hubiera echado sal a la escalera y a los pisos y se los hubiera zampado, para colocar después el tejado en su sitio de nuevo. En los tabiques interiores incluso se podían distinguir los arañazos de una cuchara gigantesca.

Kuba no tardó mucho en encontrar una explicación. A pesar de que la mansión Pikula tenía varios dormitorios, solía suceder, con una regularidad inmutable, que el tío Romadúr, la vergüenza circense de la familia, se instalara con perfecto conocimiento de causa, junto con el oso, en la misma habitación en la que dormía Kuba. Aunque ambos quedaban separados de Kuba por un biombo oriental, que no es precisamente el mejor aislante acústico, el tío y el oso roncaban de tal modo que el penetrante sonido, emitido por partida doble —en parte sincronizado y en parte del todo

descoordinado, como si uno roncara hacia la cima y el otro hacia el valle—, atravesaba el sueño de Kuba como una sierra circular. Aunque Kuba trataba de resistir y no despertarse a toda costa, el sonido doble siempre hacía de las suyas y acababa interrumpiendo su sueño. Aquel «edificio comido» parecía el resultado de ese doble sonido devastador, y a Kuba entonces le asaltó la imagen de un oso sujetando en su regazo peludo un edificio con sus patas traseras, mientras que con las delanteras lo arañaba con suma diligencia. Los rasponazos de las paredes serían, pues, producto de las garras del oso, y no de una cuchara gigantesca. Aunque no tuvo tiempo de analizar el sueño minuciosamente, pues el despertador estaba a punto de ponerse a zumbar. Kuba, que sabía muy bien cómo el timbre afectaba a la sensibilidad del oso y lo que podría, Dios no lo permitiera, suceder después, se abalanzó sobre él justo a tiempo.

Acabo de decidir que no es imprescindible que yo describa aquí cómo Kuba se viste a toda prisa y cómo recuerda que ese día no lo espera el vestíbulo de la estación sino la columna de la peste de náměstí Svobody, y tal vez hasta el increíble encuentro con un tal Mr. Penicilin. Tampoco me detendré a explicar que duda entre ponerse un jersey de gala adornado con unos ciervos berreando o una de esas americanas con las que solía ir a sus reuniones de negocios. Y una vez abandonadas todas estas descripciones y detalles, dedicaré el tiempo que me he ahorrado a disculparme por haber olvidado recordar en su momento que Kuba y Kosťa habían acordado verse esa mañana junto a dicha columna de la peste, que es el punto estratégico desde el que se va a desencadenar la búsqueda por todo Brno. Así que me disculpo educadamente ahora.

Y como, a pesar de todo, me ha quedado un pequeño vacío temporal, voy a pasar a relatar a continuación algo que en principio pretendía dejar para más tarde, pero que creo que puedo contar ahora.

Por lo relatado hasta este momento habrán supuesto que el oso de Romadúr era sobre todo una molestia. Pues se equivocan. En ese hogar, que debía sustentar, si cuento bien, a ocho personas, el oso era casi con total seguridad el miembro más útil. En la mayoría de las ocasiones se habría merecido una ración de comida mucho mayor que la de Kuba. Romadúr solía plantarse en diferentes puntos de la ciudad con el oso y un organillo como única compañía. Y a veces hasta se levantaban antes que Kuba. La panadería de Horní Heršpice, por ejemplo, abría en esa época poco después de las cuatro, y no tenía sentido llegar allí más tarde de esa hora, como tampoco lo tenía ir a la zona de los mataderos y el mercado de

carne después de las cuatro y media. Y todo por la sencilla razón de que algunos de los últimos francotiradores del ejército ocupante, que aún permanecían sentados tras las claraboyas, incluso en el mismo centro de Brno (los ocupantes habían huido del Ejército Rojo, pero habían dejado tras de sí a los jóvenes fanáticos de la Hitlerjugend), perdían su buena puntería cuando disparaban en la penumbra de la madrugada.

Romadúr, que siempre llevaba consigo una escoba y un recogedor, solía limpiar, ejemplar y ceremoniosamente, el lugar donde iban a actuar. Ese ritual de limpieza prematutina causaba un gran impacto en una ciudad en la que los barrenderos y los basureros habían desaparecido y se había instaurado el desorden y el caos. Brno era el reino de los desperdicios apilados. Solo después de que todo hubiera quedado como una patena, Romadúr se sentaba en su taburete y comenzaba a dar vueltas a la manilla del organillo mientras el oso bailaba al son de las diferentes melodías. No se trataba solo de un número de feria o de circo. Y es que la selección era especialmente patriótica. Incluía canciones del repertorio de Karel Hasler, un compositor asesinado en un campo de concentración, y también baladas sentimentales populares como *Hermosa Bohemia, Mi Bohemia* y *Moravia, Moravia, Moravita mía*. Romadúr levantaba la tapa del organillo y cambiaba los rodillos en un abrir y cerrar de ojos, y el corrillo de gente que se congregaba a su alrededor experimentaba no solo una profunda emoción, sino también una alegría embriagadora, presagio de un inminente mañana prometedor. Los clientes que salían de la panadería o del mercado de carne no podían evitar pararse en ese corrillo y, la mayor parte de las veces, acababan compartiendo parte de su compra con Romadúr.

Pero no se crean que aquello era el mercado de la abundancia. El dinero del Protectorado y los vales de comida se habían convertido en papeles sin valor, de modo que solían intercambiarse diversos bienes materiales: un espejo veneciano por una cabeza de cerdo, un medallón de plata por un pan recién hecho… Pues, a pesar de todo, la gente siempre estaba dispuesta a compartir con el osero del organillo parte de aquellos encarecidos regalos divinos, sobre todo cuando Romadúr se cambiaba con el oso, y mientras el animal daba vueltas a la manilla, él imitaba fielmente sus graciosos movimientos. Lo normal es que todo aquel que pasara por la calle —no se libraban ni los guardias con su banda roja en el brazo, enviados por el Comité Revolucionario para proteger la panadería y el matadero de las cuadrillas de vagabundos— acabara bailando al

son de la música. Y aquí me parece necesario enfatizar que el que no lo haya experimentado no puede imaginar siquiera lo que es la verdadera alegría, una danza loca bajo las estrellas de la madrugada durante la cual las lucecillas alegres que brillaban en los ojos del público se transformaban en esas migajas de los regalos de los dioses que luego se llevaban las zarpas del oso y de Romadúr.

Y ahora creo que ha llegado el momento de ponerle nombre al oso. Se lo merece tanto como cualquiera de nosotros. Así que llamémosle desde ahora Kubula, para que pegue con Kuba y con Pikula. Romadúr, y no nosotros, le puso ese nombre durante la ley marcial de junio de 1942, en memoria del escritor asesinado por los nazis Vladislav Vančura. Kubula es el nombre de un oso indolente que aparece en un cuento de Vančura.

Hala, vamos, Kubula, que ya estamos molestando en el escenario.

Pero, ¡vaya!, miren quién se ha quedado incluso después de que el corrillo se haya dispersado y Kubula y Romadúr se levantaran para irse. En un segundo taburete, que hasta ahora no habíamos mencionado, está sentada Vanesa. No ha sucumbido, como los demás, a esa alegría embriagadora y frenética. Después de que se le muriesen durante un bombardeo la familia de enanos, el payaso, las ovejas amaestradas y los caballos, no le sale. No encuentra el motivo para ser feliz, y por eso permanecía sentada detrás, de modo que se nos ha pasado desapercibida. Y justo ahora se ha desgajado de su soledad. Romadúr la mira y dice: Vanesa. También Kubula se detiene, y ambos esperan pacientemente.

Y una cosa más, si Romadúr, Vanesa y el oso se levantaban con frecuencia los primeros, para estar lo antes posible delante de la panadería de Heršpice, también solían irse a dormir los últimos, pues la actuación de la funámbula duraba hasta altas horas de la noche.

De la llovizna de ayer no quedaba ni rastro, y el cielo parecía barrido por un cepillo de cerdas de acero. Me presento sobre la hora convenida, casi puntualmente. Las cinco y cuarto. Pero este lugar es bastante más peligroso que el vestíbulo de la estación, pues aquí no habría testigos si alguien me atacara. Echo un vistazo cuidadoso alrededor. Alguien se asoma entre las ruinas de la casa de la esquina de la plaza, mira en mi dirección durante un rato y después se esconde de nuevo. Seguramente se trataba un buscador de oro. Los guardias tienen permitido disparar contra ellos, como si fueran alimañas. Son lo más parecido a una hiena, pues se dedican a

saquear las pertenencias de los muertos que han quedado entre las ruinas.

Pero las cosas nunca están tan claras. Las personas que husmean entre los escombros también pueden estar buscando a sus seres queridos, sus troncos o los restos de sus cuerpos, para poder enterrarlos con dignidad en el parque más cercano. Además, no es posible restringir esta triste obsesión a unas horas determinadas: los buscadores de difuntos se levantan incluso a medianoche y van una y otra vez a plantarse entre las ruinas como vampiros enamorados. Los guardias disparan sin falta a los buscadores solitarios, porque está establecido que las búsquedas deben realizarse en grupo a unas horas predeterminadas. Solo los guardias tienen permiso para husmear en solitario entre las ruinas.

Rodeo la columna de la peste, en cuya balaustrada de piedra han pegado numerosos avisos. En estos días se ha convertido en uno de los sitios predilectos para poner anuncios. Son notas en las que alguien busca sin cesar a otro alguien: *Por los clavos de Cristo, ¿saben algo de mi hijo, Mireček Sobol?, pagaré en oro cualquier información; Marie W. busca a Zbyněk Č., no he olvidado, no olvides; ¿Qué se sabe de los prisioneros que volvieron de Mauthausen? Zdeněk Najt busca a Liduška, en la parte de debajo de Sevis están ardiendo todas nuestras lucecitas… Si vives, da alguna señal; Korunka, avisa, ya sabes dónde encontrarme; Te llamo; Zaviš, extiende los brazos y palidece*. Pero también leo un anuncio clásico: *Compro un piano de cola, pero solo en buen estado. El vendedor puede hacer acto de presencia cualquier día a las 19 h en la fuente Parnas*. Soy incapaz de imaginar a nadie comprando un piano de cola en los tiempos que corren y llevándoselo a casa en un enorme camión, buscando con paciencia las calles y callejuelas por las que aún se puede transitar a través de los escombros de los muros derrumbados. Pero también encuentro algo que no sé si es una broma, una extravagancia o una simple provocación. Aunque, bien al contrario, podría tratarse de una oferta seria que se esconde cuidadosamente bajo una capa de ligero humor: *Compro a buen precio algún pariente partisano, o en su defecto alguien que pueda demostrar que ha participado en la resistencia con honor. En Parnas a diario a las 18 h.*

Así como la columna de la peste de náměstí Svobody es el lugar de los anuncios, la fuente Parnas del Zelný rynk se ha convertido en el punto de encuentro de los anunciantes. Allí, a diario y a las horas correspondientes —es decir, por la mañana temprano o por la noche —, se congregan grupos de gente que mira en todas direcciones: son los que han acudido a cuenta de algún anuncio. Los que pusieron

dicho anuncio, mientras tanto, se presentan unos minutos más tarde, para recorrer los grupos y examinar al detalle a los presentes. A veces se marchan enseguida sin dirigirle la palabra a nadie. La hora y el lugar siempre suelen ser válidos para más de un día, así que los anunciantes disponen de varios días para decidirse si han visto junto a la fuente a alguien de quien querrían comprar algo o a quien vender algo, o bien para tratar de asegurarse de si han visto por allá a sus seres perdidos, a sus ovejas queridas, o si estos son solo lobos con piel de cordero.

Buenos días, Jakub, encantado de verle de nuevo.

Apareció a mis espaldas como un fantasma. Cuando me volví, estaba mirando un trozo de papel en el que había escrito que buscábamos a Mr. Penicilin, y que acudiríamos a buscarlo a diario, excepto los domingos, a las 21 h a la fuente Parnas.

¿No debería haberlo escrito en inglés?

No creo que ese funcionario americano se vaya a acercar dando un paseo hasta aquí, hasta la columna de la peste. Seguro que se pasa el día sentado en su pequeña oficina sellando diligentemente de la mañana a la noche los vales de la UNRRA. Así que no nos estamos dirigiendo a él en concreto, sino a cualquiera que sepa de él. ¿Le queda claro?

Saca entonces no sé de dónde una botellita, se echa unas gotas de una sustancia apestosa en la mano y pega el anuncio en la balaustrada. Después se sienta, extiende sobre sus rodillas un plano de Brno y me enseña la ruta que vamos a seguir: Por aquí arriba hasta Česká, después atravesamos Žerotinovo náměstí, luego Tivoli y Veveří, hasta Žabovřesky, y de allí subimos por el bosque Wilsonovy hasta el barrio Úřednické. Y luego ya veremos. Tenemos que estar pendientes del reloj… Confío en que nuestro sentido del detalle, la intuición o la casualidad nos lleven hasta el yanqui.

No se enfade, Kosťa, repuse de nuevo, pero ¿no se está tomando todo esto como si fuera un juego de niños?

No niego que pueda parecerlo, asiente Kosťa. Tal vez no tengamos la menor probabilidad de encontrarlo. Sin embargo, es nuestra obligación intentarlo. El sanatorio Laguzhin necesita medicamentos imperiosamente.

También me interesaría saber, le insistí aún a Kosťa, a qué se refiere con eso de «nuestro sentido del detalle». ¿Acaso se imagina que lo descubriremos de repente en un balcón tendiendo calzoncillos con estrellas y barras? ¿Qué es la intuición cuando se trata de buscar a un funcionarillo americano? ¿Tiene usted por casualidad un radar que le irá gritando: *frío, templado, caliente, más*

caliente, quema, según nos acerquemos a la casa en la que nuestro yanqui sella sus vales? ¿Y qué me dice de la casualidad? ¿Se refiere a que puede que nos resbalemos, por ejemplo, al pisar un chicle que se encuentra justo bajo la ventana del tío Sam?

Sorprendido por un humor británico que no esperaba de mí, Kosťa se tiró de unos bigotes que no tenía y me miró con un ojo de mal agüero que tampoco poseía:

Mi muy estimado y para mí querido Jakub, sabe tan bien como yo que el esfuerzo humano la mayoría de las veces conduce solo a resultados inútiles, *vanitas vanitatum*, ¿verdad? Pues, entonces, ¿por qué iba a ser de otro modo en el caso de nuestro Mr. Penicilin? Siempre le queda la posibilidad de darse media vuelta y largarse, dejándome tirado con este asunto. Pero veo en sus ojos, gracias a Dios, que no tiene la menor intención de hacerlo.

Los errores siempre se pagan. Me gustaría haberle contestado así, con otra frase hecha, pues ahora estaba seguro por completo de que aquello era una auténtica locura, pero, en vez de eso, me tiré inmediatamente al suelo, al lado de Kosťa. Se me pusieron todos los pelos de punta y tuve que hacer un esfuerzo por mantener cerrados todos mis esfínteres.

El motor de un avión tronó tan cerca de nosotros que mis ojos de reserva, esos que del terror aparecieron en mi nuca, lo divisaron con tanta nitidez que incluso reconocieron un antojo del tamaño de un huevo de golondrina en la jeta del piloto. Yo esperé a que dejara caer uno de sus regalitos sobre la columna de la peste y después nos rociara con plomo. Pero se limitó a descender un poco para remontar acto seguido, pues no se trataba de un avión de combate. Solo se pitorreó de nosotros afectuosamente. Cuando al fin encontré valor para levantarme, ya solo alcancé a ver una estrella roja en el timón del halcón de Stalin.

Creo que se trataba de un Jak-9, recapituló Kosťa. Se ha quitado algunos insectos de la barriga. Vigilan el centro de la ciudad. Lo más probable es que en nuestro viaje nos crucemos con alguna de las patrullas de vigilancia rusas.

Pero no hay problema, ¿no?, le advertí a Kosťa. Les soltará usted un chaparrón de su espléndido ruso y los dejará empapados de su lengua materna.

¡Un chaparrón de mi espléndido ruso!, se rio Kosťa. ¡Eso sería mi fin, Jakubek! Si les hablara en ruso me tomarían por un emigrante o por un desertor, seguramente por un soldado del Ejército Blanco. O por el hijo de uno de ellos. Y acabaría mis días en algún campo de Siberia, si no me enviaban directo al paredón. Por si no lo sabe, los

rusos se portan peor con los renegados que con los hitlerianos. Si nos topamos con ellos, tendrá que hablar usted, porque yo corro el peligro de dejarme llevar por mi espléndido ruso como *letuchaya mysh v ambar*.[6]

Mientras manteníamos esta charla, nos íbamos limpiando las cacas de perro sobre cuya grata compañía nos habíamos sentado durante ese minuto. Lo siguiente era emprender la búsqueda de Mr. Penicilin. Eso sí, ya sin ninguna duda acerca del sentido de la búsqueda. (Bueno, quiero decir, con las dudas amortiguadas por el momento.)

A finales de abril, en Medlánky, en Řečkovice y en una zona de Králova Pole, en los alrededores de Brno, aún se podían encontrar unidades de ocupación que hasta el último momento se dedicaban a causar estragos con la furia de una manada de lobos hambrientos. Mientras, el resto de los barrios brunenses estaban ocupados por el Ejército Rojo, o bien por sus numerosas tumbas, *gde yim spat mogilny snom na vechnuyu pamyat*[7], o por sus *zhizniradostny molodci*[8], esos jóvenes sedientos de alegría, ante los que todo lo que llevaba faldas echaba a correr y se encaramaba en las copas de los abetos y los pinos de los parques de Brno. Entonces los *krasnoarmeyets*, los soldados rojos, se veían obligados a bajar a las muchachas de allí con unos palos con ganchos, de esos con los que se bajan las persianas de los comercios. Aquellos más cautelosos de entre los civiles alemanes, es decir, esos que hacía dos días aún iban tan contentos a ver cómo ejecutaban a los patriotas checos en las vías de la calle Kounicova, ahora, presintiendo el futuro, se habían instalado en los túneles subterráneos medievales que zigzaguean bajo la ciudad, decididos a sobrevivir en ellos como los cristianos en las catacumbas. Entre tanto, los guardias revolucionarios empezaron, con celo y cautela revolucionarios, a sembrar la paz y el orden en Brno, donde una buena parte de los ciudadanos se puso a ofrecer misas, un porrón de misas, para que, por Dios, no regresaran de los campos de concentración aquellos judíos de cuyas pertenencias habían estado cuidando con tanto mimo durante la guerra. Otra parte, en cambio, se apropió de las huérfanas propiedades de los alemanes, aunque hay que añadir que no sin tener que enfrentarse a ciertas dificultades. Ese fue el caso de la mansión de Černá Pole, cuyo propietario, un alto mando de la Wehrmacht, había emprendido su camino penitente hacia los brazos del ejército americano, dejando su antigua vivienda bajo la vigilancia de unos francotiradores, unos fieles reclutas que,

apostados tras las chimeneas del tejado, agujereaban a cualquiera que se atreviera a poner la mano en la manilla de la verja del jardín. En algunas puertas, por otro lado, se podían encontrar pinturas que representaban horcas. Mientras, en ciertos lugares, ya se decidía, aunque aún con cierta prudencia, quién era y quién no era colaboracionista y se componían listas de delatores con los que se contaba para los comités nacionales y para los nuevos gobiernos revolucionarios. Casi al mismo tiempo, dos locos de remate, Kuba y Kosťa, recorrían las calles de esta enloquecida urbe. El dios de los chiflados y los molineros, paisanos del lugar, debía de haber colocado sobre ellos su mano protectora.

Y ya que he mencionado que Dios cuidaba de los paisanos del lugar, debo añadir que hacía tiempo que ya no había paisanos en Brno ni en sus alrededores, así que Dios tuvo que pasarse a la fuerza a otros sujetos afines. Kosťa y Kuba, en concreto, tenían en común con los extintos paisanos esta especie de charlatanería trotamundana. Era imposible que dos paisanos molineros se encontraran en un camino y no se embarcaran en una animada charla.

Creo recordar que me había prometido, insistió Kuba, que me revelaría qué es ese algo íntimo que le une al cuadro de Repin.

¿Que le prometí qué?, se extrañó Kosťa. En fin, puede que lo hiciera, pero lamento decirle que ese momento aún no ha llegado. Cuando uno se decide a confesarle a alguien lo más íntimo de su vida, debería asegurarse antes de que el susodicho es cura, abogado o, al menos, médico de familia; o sea, uno de esos que saben cerrar el pico. Si no es el caso, Jakub, ni mu a nadie.

Pues me temo que jamás seré uno de ellos.

Pustyaky[9], sus temores son infundados. Ahora, tras la guerra, puede usted optar por estudiar Teología, Derecho o Medicina. Aunque, de momento, para que no se quede triste, le contaré algo menos íntimo de mi vida.

Cuando Kosťa se percató de lo mucho que su desconfianza había herido a Kuba, que estaba profundamente afectado, recuperó la compostura y se mostró dispuesto a contarle incluso lo más íntimo.

¡Pues claro que se lo voy a contar, Jakubek! Espere un segundo…, ¿ve esas dos ventanas con las persianas bajadas?

Estaban cerca del jardín botánico, delante de la plaza Tivoli. Y en una de las macizas casas modernistas (predecesoras de esos colosales edificios modernistas que rodeaban como una familia de gigantes con coronas de laureles esa placita a la vez acogedora y monumental) había dos ventanas con las persianas echadas.

Sí…, ¿y qué? ¿Ventanas con persianas? Hasta hace bien poco era obligatorio mantener siempre las persianas bajadas a ciertas horas. Los más asustadizos hasta se acostumbraron a vivir tras las persianas y las cortinas echadas ya fuera de día o de noche.

Jakub, ¿no le comenté yo antes algo sobre la intuición? Pues mi intuición atraviesa las paredes, traspasa los bloques de cemento, perfora las persianas metálicas, taladra las vigas de hierro, y jamás se avergüenza de mirar por los agujeros de las cerraduras. Y en este caso concreto mi intuición me dice que esas persianas están echadas porque el funcionario americano se ha pasado toda la noche sellando diligentemente vales de penicilina tras ellas y por la mañana ha caído rendido. Ahora duerme, y con la cabeza pegada a la primera persiana y los pies a la altura de la segunda.

Y ¿por qué cree que sella los vales por la noche?, dejó caer Kuba.

Porque sellar es, a su modo, un arte. Y la calma nocturna atrae a las musas. ¡Dios mío, el sellado nocturno no tiene parangón! De hecho, los funcionarios que han pasado a la historia fueron siempre animales nocturnos.

Kuba no tuvo nada que objetar a eso. Kosťa y él se acercaron a una pared decorada con dos bandas de azulejos verdes descascarillados y examinaron los timbres, aunque sin ninguna esperanza de encontrar allí el nombre del tío Sam. Ningún funcionario mínimamente razonable llamaría la atención sobre sí mismo. Después Kosťa trató de hacer girar el picaporte de la puerta. Y luego Kuba lo imitó. Y en ese instante se dieron cuenta de que a sus espaldas se encontraba un tipo vestido con un redingote antiguo, con los faldones un poco raídos. Agitaba un manojo de llaves. No es el momento de analizar ahora por qué se había puesto un redingote. Dejémoslo en que agitó las llaves y Kuba y Kosťa se apartaron inmediatamente de su camino. Pero, cuando les preguntó si buscaban a alguien, Kosťa se echó hacia atrás y señaló a las dos ventanas con las persianas bajadas.

Entonces me buscan a mí. El sol es el gran enemigo de los óleos para encáustica, ¿saben?

Pues es la primera vez que lo oigo, reconoció Kosťa. Entiendo que es usted pintor, así que tendremos que creerle. Como puede ver, Jakub, mi intuición no me ha traicionado: en este asunto se percibía la mano de las musas. Además, el tema me interesa mucho… Ando tras las pinturas como los atamanes cosacos tras el comandante Chapáyev. Solo que justo hoy no tengo tiempo para entretenerme con cuadros. ¡Otra vez será…! Tenemos que continuar.

Cometerían ustedes un gran error. Permítanme invitarles a subir. Un minuto menos no les va a matar. Es verdad que soy pintor, pero no quiero que suban para ver mis cuadros, sino porque sé que su corazón patriota se colmará de una inmensa alegría. Son ustedes patriotas, ¿no?

Kosťa le guiñó el ojo a Kuba. Vale, pero solo un momento, de verdad. Para que colme de alegría nuestros corazones patriotas…

Mr. Redingot abrió con su llave y los condujo hasta el segundo piso. Una vez allí, se quedó de pie ante la puerta y extendió los brazos, como si quisiera impedirles el paso.

Van a ser los primeros que lo vean, porque aún estoy preparando una fiesta de inauguración. En realidad, su presencia supone una suerte de bautismo, como se suele decir.

Después bajó los brazos, abrió la puerta y les invitó a entrar.

Ante ellos se abría un recibidor estrecho y largo. En una de sus paredes había una fila de percheros para dejar los abrigos y los sombreros, o cualquier otro tipo de cubrecabezas. Pero Kosťa y Kuba continuaron sin hacer uso de ellos. A la derecha, una puerta; a la izquierda, otra. Mr. Redingot, ahora sin el redingote, como un conejo al que le hubieran arrancado el pellejo, les llevó hasta el final del recibidor y apartó una cortina, una especie de telón que hacía las veces de puerta. La habitación a la que daba paso fue seguramente en su día un gran salón de visitas, pero en ese momento era algo así como una caseta de tiro de feria. El sol de abril la inundaba con su belicosidad primaveral. Kosťa comprendió que la puerta de la derecha, junto a la que habían pasado en el recibidor, llevaba a la habitación de las ventanas cubiertas. Casi sin darse cuenta, se encontró a sí mismo, y a su acompañante, tras un mostrador pensado para apoyar los codos cuando se cogieran las escopetas. Y justo al lado había un soporte para escopetas y carabinas. Y, tras él, a una generosa distancia -gracias al tamaño del que antaño fuera un salón de visitas-, se ubicaba una fila de dianas. Kosťa y Kuba al principio enmudecieron por completo. O tal vez llegaran a un silencioso acuerdo para aparentarlo, para halagar a su anfitrión. Ante ellos, haciendo de dianas, se desplegaba una larga hilera de bestias nazis: desde Hitler, pasando por Heydrich, Himmler, Göring, Goebbels y Hanlein, hasta K. H. Frank.

También había allí unos cuantos checos a los que el pintor acusaba de colaboracionismo: Emanuel Moravec, Lída Baarová, Adina Mandlová, Vlasta Burian, Emil Hácha. Todos olían aún a pintura al óleo, como si su creador acabara de soltar la paleta hacía solo un momento.

Caballeros, son ustedes mis primeros clientes, así que pueden disparar gratis. Pero, antes, ¡un brindis para celebrarlo!

Sacó entonces una botella y unos vasos de un pequeño armarito que se encontraba delante del mostrador, los llenó hasta el borde de licor de ciruelas y se los tendió a sus invitados: ¡Por la victoria de nuestro Ejército Rojo y por nuestra hermosa y amada patria! ¡Viva Checoslovaquia libre! Por cierto, me llamo Matěj, añadió con una leve inclinación de cabeza. (Por aquellos días, al final de la guerra, las leves inclinaciones estaban muy de moda.)

Nosotros somos Kosťa y Kuba, se rieron ellos, y se inclinaron al unísono y sorbieron el licor.

Las cabezas de los nazis y los colaboracionistas están pintadas con una fidelidad fotográfica, pero a la vez tienen algo que ninguna instantánea podría captar, dijo Kosťa elogiando las dianas.

Las figuras de los nazis y los colaboracionistas lucían en sus pechos los correspondientes círculos concéntricos. Göring tenía desabrochados dos botones en la zona de la tripa por donde le sobresalían unos vellos negros magistralmente pintados, para darle más realismo.

Matěj, nos ha dicho que es pintor, intervino de nuevo Kosťa. ¿No será usted por casualidad Matěj Lázeňský? Porque, en ese caso, tengo en mi casa dos cuadros suyos bien majos que compró mi padrastro hace tiempo. El del puente sobre el río Svitava en Bilovice y un búho sentado en un vagón de tren desenganchado.

¡Diana!, son míos, dijo con alegría Matěj. Pero por desgracia mis cuadros ya no despiertan ningún interés, así que ahora me dedico a pintar dianas.

Pues está usted del todo equivocado, maestro Lázeňský. Hasta que se estabilice el mercado tras la guerra, hasta que pasemos esta recesión económica, la gente solo se atreverá a invertir en algo que resista la inestabilidad económica: el arte. Sus cuadros, los lienzos de un maestro, despiertan en mí un interés insaciable.

Matěj dejó entonces a un lado las dos carabinas que iba a darles a Kuba y a Kosťa, e, iluminado por una luz interior (después de años de miseria espiritual, alguien lo llamaba maestro), rellenó su vaso (Kuba y Kosťa agitaron la cabeza para rechazar otro trago) y se lo echó al coleto. Sudaba ligeramente.

Jóvenes, les dijo afectuosamente a Kuba y a Kosťa, vuelvan ustedes al recibidor y allí, tras la puerta de la derecha, encontrarán el almacén en el que escondo mis cuadros. Enseguida les alcanzo.

Derecha, izquierda, ay… ¡Qué etiquetas más confusas, y no solo en política! Al pasar por el recibidor, yendo hacia ese telón tras el

que estaba la sala de tiro, Kosťa había visto, a su derecha, una puertecita tras la que adivinaba que estarían las ventanas con las persianas echadas. Y esta idea tan sugestiva se le quedó ya fija, aun cuando salió andando por pasillo en el sentido contrario. Seguía pensando que tras la puerta de su derecha seguiría estando la habitación con las persianas bajadas. Así que la abrió por error.

Me percaté al instante de que Kosťa abría la otra puerta, es decir, la que al entrar estaba a la izquierda, pero en cuanto la abrió supe que aquella era en realidad la puerta correcta. Daba paso a la habitación de las persianas echadas, sí, la que nos había llevado hasta allí. Al principio, solo alcancé a ver una gran cantidad de cosas amontonadas. A pesar de la penumbra, no tardé mucho en comprender que eran también dianas, que el pintor debía de haber retirado de sus caballetes para dejarlas tiradas por el suelo. Kosťa buscó a tientas el interruptor, pero, como era de esperar, este emitió un chasquido sin que se encendiera ninguna luz. De modo que me dirigí hacia las ventanas para levantar las dos persianas. Cuando lo conseguí, descubrí que desde allí se podía ver el jardín botánico, que sus nuevos ocupantes estaban tratando de convertir en un huerto; pepinos y coles asomaban bajo las palmeras. En ese momento apareció un tractor que transportaba algo tapado con una lona. Al poco, me disculpé por haberme distraído y me coloqué en cuclillas junto a Kosťa, que se había puesto a levantar y a darles la vuelta a aquellas dianas. La mano del maestro Matěj había pintado los retratos del presidente Franklin Roosevelt, del dictador Stalin, del general De Gaulle y, a juzgar por sus uniformes, unos cuantos generales ingleses y americanos más entre los que con toda probabilidad se encontraban Montgomery y Patton, de los que tanto habíamos oído hablar en las emisiones de radio extranjeras prohibidas, pero cuya apariencia hasta entonces no habíamos tenido la ocasión de conocer. En fin, que allí estaban todos los responsables de la derrota al ejército de Hitler que, a paso ligero, lo expulsaban ahora de los países ocupados.

Todas las dianas, sin excepción, presentaban gran cantidad de agujeros de los disparos de escopetas y carabinas. En el caso de Churchill, en concreto, alguien había disparado no solo a los círculos concéntricos del pecho, sino que también había apuntado, y acertado, entre los ojos.

Cuando mucho después lo hablamos con calma, caímos en la cuenta de que a un paso de la sala de tiro de Matěj, justamente a tiro de piedra, se encontraba, en el edificio ocupado de la Facultad

de Derecho, la central de la Gestapo. Puede que los oficiales de la Gestapo acudieran allí a practicar su puntería tras pasarse todo el día sentados ante sus mesas de oficinistas. Entre ellos había individuos afeminados que se dedicaban durante el día a firmar aplicadamente sentencias de muerte, pero cuyas almas delicadas no habrían resistido asistir a una ejecución. Tal vez lo compensaran de algún modo disparando a las dianas de Matěj.

Para entonces ya me había percatado de que nos habíamos convertido en testigos oculares de las actividades colaboracionistas de Matěj. En ese preciso instante, Kosťa silbó y, hala, ya se había puesto la cosa fea. Me di la vuelta y me topé con una carabina. No la desprecié en absoluto. Si el pintor nos disparaba entre los ojos a esa distancia, como ese oficial de la Gestapo furioso había hecho con su odiado Churchill… Solo que por suerte Matěj se detuvo dos segundos para tratar de resolver el siguiente problema: ¿a quién de los dos debía disparar primero, quién de nosotros era el más peligroso? Esos dos segundos le bastaron a Kosťa para acometer una acción salvadora. En un cara a cara con el cañón de la carabina de Matěj, soltó una perorata atronadora y orgullosa en ruso. Después me explicó que se trataba un fragmento de un furibundo poema de Pushkin dirigido a un censor del zar. Matěj se quedó de piedra, abrió los ojos como platos y, entonces, Kosťa aprovechó para arrancarle la carabina de las manos y darle un golpe con la culata. La lengua de los vencedores tenía en aquellos días un efecto cataléptico sobre los colaboracionistas y los soplones. Bueno, digamos que solo sobre los tontos. Y Matěj…, pues era Matěj. Lo dejamos allí tumbado, inconsciente. De momento éramos dos jueces ocasionales, no unos verdugos. Aun así, nos quitamos las togas deprisa y nos largamos de allí a toda velocidad.

Kosťa, pregunté torpemente, ¿no le parece que ahora nos mereceríamos una meriendita?

¡Pues claro!

Echamos un vistazo a la venerable plaza Tivoli. Allí donde la plaza lleva de vuelta a la calle Veveří (la plaza es un ensanchamiento de esta calle tan larga, como cuando se pisa una manguera de jardín), había un vagón de tranvía abandonado. Ha llegado la hora de componer un *pantun*[10] a los vagones de tranvía que quedaron abandonados por Brno después de la guerra. Había tantos desperdigados por la ciudad como amapolas por el campo, y es que cuando la fábrica de electricidad se apagaba de repente, todos los vagones que estaban circulando en ese momento se paraban donde les hubiera pillado el apagón; el conductor y el

revisor echaban a sus pasajeros para después marcharse también ellos y los tranvías pasaban a ser un hogar para los sin techo. Aunque, también hay que señalar que había una ley no escrita según la cual los indigentes no podían pasar allí más de una noche: duerma y deje el sitio libre, por favor. Y a los dormidores de los tranvías nos los disuadía de ocuparlos ni el hecho de que hacía tres semanas uno de aquellos vagones hubiese sido alcanzado por una bomba y hubiera ardido con todos los pasajeros dentro. Brno está repleto de necesitados, de gente de cuyos pisos ha quedado solamente una mecedora apenas reconocible que se balancea sobre el abismo de una escalera derruida. A veces una familia numerosa al completo pernocta en el mismo tranvía, colocando cabezas y pies de modo alterno. Los durmientes ocasionales, antes de marcharse, lo limpian todo con cuidado, dejando como mucho un cartel en la ventana, un mensaje para alguien que tal vez vaya, o tal vez no. Solo en contadas ocasiones, de verdad, algún cerdo integral apesta todo el vagón.

Nosotros tuvimos suerte. El tranvía estaba limpio como una patena, las granadas no lo habían tocado, excepto por una especie de flor tallada por una bala perdida que había en una ventanilla. Leímos con suma atención los mensajes escritos en los cristales o grabados en los asientos de madera. Pero como ninguno era para nosotros, nos dedicamos a nuestras cosas. Primero nos repartimos todo lo que habíamos llevado. Kosťa recibió de mí un huevo duro, y él, mucho más acaudalado, me ofreció una hermosa rebanada de pan con un trozo de tocino. Y apenas nos habíamos acomodado, Kosťa empezó a cumplir lo prometido. (Mientras tanto pelaba el huevo, y cuando un trozo de cáscara se le escapaba, se agachaba a por él y lo buscaba, incluso debajo del asiento, hasta que lo encontraba. Después se chupaba el dedo índice y recogía con él la cáscara, pues tampoco nosotros queríamos ensuciar el vagón, sino conservarlo tal y como lo habíamos encontrado. El buscador de cáscaras no interrumpía nunca su discurso. Su voz me llegaba desde debajo del asiento.)

Me gustaría contarle antes algo sobre Pushkin. Esos versos con los que hace un momento dejé paralizado a Matěj Lázeňský se los dedicó al censor del zar. En realidad, le dedicó dos poemas, a cual más mordaz. Mi padre adoraba a Pushkin. Su abuelo solía alojar al poeta en su hacienda y, cuando se quedaba con ellos, ordenaba que le prepararan, expresamente para él, *pelmeni, sibirskoye blyudo*.[11] El pobre pensaba, aunque se confundía, que así honraba el exilio siberiano de Pushkin. Solo que Alejandro I no había enviado a

Pushkin a Siberia, sino al sur, a Yekaterinoslav. Pero esa es otra historia que dejaremos para otro momento. Por su cumpleaños y su santo, y también por diferentes fiestas ortodoxas, que proliferan como las pulgas en el pelaje de un oso, en casa teníamos la costumbre de obsequiar a mi padrastro con su regalo favorito: aprendiéndonos *naizust*, de memoria, algún poema de Pushkin. Y como llevaba haciéndolo desde los cuatro años, cuando mi padrastro y las institutrices que él me pagaba me enseñaban latín y el alfabeto cirílico y después me dieron a leer la *Sochineniya*, de Pushkin, llegó el momento en el que me topé con los dos poemas del censor. De repente, algo interrumpió el relato de Kosťa. Desde el vagón del tranvía divisábamos, como desde una caseta de vigía, toda la plaza Tivoli y gran parte de la calle Veveří, hasta el edificio de la Facultad de Derecho. En aquella zona aún se escuchaba de vez en cuando el sonido de las metralletas, a veces hasta algunos morteros o disparos de cañones a lo lejos, y con frecuencia aparecía alguna patrulla rusa o pasaba zumbando un vehículo alemán espantado. Lo que nosotros oímos fue el ruido de los cascos de unos caballos avanzando sobre los adoquines. *Nu vot, diezhurny kazaki*,[12] dijo Kosťa con una mueca. No parecía haberle sorprendido que se dirigieran hacia donde nosotros estábamos. Caminamos, pues, hasta la plataforma descubierta del tranvía; Kosťa me enseñó a la velocidad del rayo cómo tenía que saludarles.

Zdravstvuyte, uvazhayemyye druzya,[13] dije en un maravilloso ruso brunense, mientras Kosťa mantenía su magnífica lengua rusa entre los dientes con cautela. Eso sí, les ofreció a los cosacos media rebanada de pan con tocino. Ellos dijeron entonces algo que no entendí, relincharon y se marcharon al galope.

Ambos nos quedamos mirando los traseros de sus caballos, que galopaban hacia Žerotínovo náměstí. Kosťa me explicó que, aparte de unos cuantos que se habían pasado al bando alemán durante la guerra, los cosacos seguían al servicio de Stalin, aunque sus padres, también cosacos, fueron los que dieron caza y mataron a palos al perro de Chapáyev.

¿Quién era el perro de Chapáyev?

Chapáyev fue un soviético, gran *geroy grazhdanskoy voyny*.[14]

¡Ah! Así que los cosacos lo cazaron.

Y en sus salones atamanes de la gloria, en Zaporiyia, en el Don, en el Volga, en el Cáucaso del norte, han clavado en la pared la cabellera de Chapáyev.

¿Su cabellera?, pregunté extrañado.

No es literalmente su cabellera. Se trata de una pequeña parte

del cuerpo de Chapáyev. Acérquese, Jakubek, no se asuste, que se lo voy a susurrar al oído.

Y ¿por qué me lo quiere susurrar al oído?

Buena pregunta, me elogió Kosťa. Se lo diré al oído porque el narrador de esta historia anda merodeando por aquí y no quiero que él lo oiga. Tampoco tiene por qué saberlo todo.

Echó una ojeada cautelosa alrededor y después se inclinó hacia mí (creo que ya en alguna parte he dicho que, alto y flaco, me sacaba además una cabeza. De hecho, cuando caminábamos juntos, parecíamos el Gordo y el Flaco) y me susurró unas palabras.

¿Qué? ¡Dios santo! ¿Esa parte de su cuerpo? Me había quedado sin palabras.

Pero en cuanto me recuperé, terminamos de comer, limpiamos las migas y, satisfechos tras el breve descanso (el tranvía era el espacio ideal para relatar y escuchar las historias de familia de Kosťa), salimos para ponernos de nuevo manos a la obra con nuestra tarea.

Apenas habían caminado diez, tal vez quince pasos, cuando Kuba comenzó a hablar. El vagón del tranvía le había despertado las ganas de charla.

Hace solo un par de días me encontré con Leoš Píšťala. Píšťala era el fotógrafo de nuestra empresa. ¿Sabía, Kosťa, que nuestra fábrica de tejidos, antes de la ocupación e incluso durante cierto período de la misma, organizó desfiles de moda? Teníamos por costumbre sacar todos nuestros tejidos, desde la ropa interior a los trajes, los chaqués y los esmóquines, a tomar el aire a la pasarela. Los espectadores acudían a verlos desde todos los rincones de la ciudad. ¡Dios, qué tiempos aquellos! Y Píšťala era el encargado de documentar nuestros desfiles para los periódicos y las revistas de moda, y para nuestro archivo familiar. Leoš es un fotógrafo fantástico. Kosťa, ¿recuerda usted que en la calle Joštova, la Jodokstrasse, ardió un tranvía?

¿Es que se puede olvidar algo así? Si no hace ni tres semanas… Un Shturmovik[15] soviético arrojó sobre él un proyectil explosivo. El peor ataque ruso durante la conquista de Brno. En realidad, se trataba de todo un racimo de proyectiles explosivos.

Sí, el jueves 12 de abril. Y entonces Kuba, perdido en ese recuerdo tan reciente, se detuvo. El fotógrafo Leonhard Píšťala vive allí mismo, en la calle Smetanova, en un edificio con balcones verdes. Pero la bomba solo le hizo un breve rasguño a su casa, dejó un surco nada más, como cuando una mujer te araña la espalda con una uña afilada…

Jamás olvidaré esa fecha, repitió Kosťa. El sonido de los cañonazos se prolongó durante todo el día y toda la noche. Los rusos ya habían cruzado el Morava, desbordado. Los alemanes habían abandonado Vranov. El río se había salido de su cauce desde su desembocadura en el Dyje hasta una anchura de ocho kilómetros. Esa aciaga jornada se produjeron unos cincuenta incendios en distintos puntos de Brno. Todavía hoy el humo me rasca en la garganta cuando lo recuerdo. Había altas columnas de humo por todas partes. Cincuenta banderas grises ondeaban al viento. Jakubek, el ataque americano de noviembre del año pasado fue mucho, mucho más destructivo, pero este de abril fue el que acabó con el Protectorado en Brno. Entonces tuvimos la certeza de que había llegado su fin, de que se había acabado el Projorobado, como nosotros lo llamábamos. Los alemanes emplearon en la lucha hasta las unidades policiales de las SS, e incluso a los de la Gestapo. También sacaron de sus madrigueras calentitas a los miembros del Volkssturm y los colocaron ante las puertas de la ciudad. Hasta los alemanes más prominentes de Brno se vieron obligados a arriesgar sus vidas por las dos grandes haches: por la *Heimat* y por Hitler. Nosotros, mientras tanto, nos afanábamos en la desagradable tarea de cavar trincheras y levantar muros de defensa.

Leošek ardía de emoción por haberme encontrado, recordaba Kuba, pues quería enseñarme muchas cosas. Yo suponía que serían fotos. Hacía mucho que no nos veíamos. Fue de los primeros a los que mandaron al *Totaleinsatz*. Estuvo trabajando en una fábrica en Hannover y después en Frankfurt, limpiando escombros tras los bombardeos. Pero este año, en marzo, lo mandaron de vuelta a Brno porque necesitaban mano de obra para una fábrica nueva en Židenice. Allí se habían empezado a fabricar unos estúpidos artefactos metálicos indefinidos, que, en teoría, estaban destinados a formar parte de una nueva arma que Hitler había encargado para el 20 de abril, la fecha de su cumpleaños. Los rusos bombardearon la fábrica el 12 de abril.

Entonces ocurrió esto: de pronto nos quedamos quietos, absortos en aquel día inolvidable, tratando de recordarlo lo más fielmente posible. Kosťa, ese admirador de los grandes cuadros de Repin, representó ese día, jueves 12 de abril, sobre un gran lienzo de este modo: un río desbordado, que, bajo el intenso fuego de los cañones y las ametralladoras, intentaba ser atravesado por una horda salvaje de tanques rusos y por la caballería cosaca, que se quedó atrapada durante interminables horas en la fría agua primaveral; un frente

inmóvil y entumecido en medio del ancho río, en el que flotaban un montón de carroña de caballo y de troncos humanos…

Así era el gran lienzo de la memoria de Kosťa, mientras que yo me concentraba en recordar una única escena de ese día: el tranvía calcinado. Una vez en su piso, Leo no me dejó tiempo para curiosear, pues abrió inmediatamente una carpeta y sacó de ella una foto en la que aparecía el esqueleto del tranvía carbonizado por la bomba y, en su interior, unos cuerpos achicharrados. El horror era indescriptible, pero a la vez tenía algo especial. Parecía más un cuadro que una fotografía, como si la hubieran pintado con un pincel mágico de luces y sombras. Me entraron muchas ganas de preguntarle si le parecía adecuado convertir ese horror en tal belleza lúgubre. La instantánea estaba impregnada de ese estilo de fotógrafo de desfiles de moda, no podía desprenderse de él. Y entonces dejó sobre la mesa otra fotografía. Esto también lo recordaba. Un domingo soleado maravilloso, el 8 de abril. El parque Koliště con cochecitos de bebé, mamás y los columpios llenos de niños. Después el ruido de los motores de los aviones, el primer bombardeo que cayó sobre Brno. Leošek había captado en un plano infernal las copas de los árboles, decoradas con los cuerpos despedazados de las mujeres y de los niños y con los armazones de los cochecitos. Y en otra aparecían las ruinas de una casa de la calle Údolní. La negra silueta del esqueleto de una pared, por cuya ventana se veía la luna blanquísima. Y, en otra más, unas cuantas chicas con las cabezas rapadas: muchachas checas que se habían metido en las camas de los *Sturmbannführer*.

A esta serie la llamo yo el círculo del infierno, me explicó Leošek. Tengo muchas más en los negativos. Ahora debería encontrar papel fotográfico para imprimirlas. Mi intención no es solo documentar, sino que las imágenes tengan la fuerza del *Infierno* de Dante.

¿Así que tratas de dotarlas de un estilo? ¿Quieres crear tu *chef-doeuvre*?

¡Y una mierda! Quiero documentar todo el horror y la miseria de esos días. Y, ahora, ¡mira!

Eran las ruinas de una casa de la que había quedado en pie solo una habitación en el primer piso con la pared frontal derrumbada. En dicha habitación, que parecía un escaparate, había dos cadáveres con las lenguas fuera, un hombre y una mujer, colgados de un travesaño que salía de debajo del tejado. ¡Alemanes de Brno! Pero no es lo que imaginas… ¡Esos se ahorcaron solos! Buscaron una casa adecuada para sus propósitos en el centro, en la calle

Janská, o Johannesgasse, y allí, en esa habitación sin fachada, de madrugada o tal vez a última hora de la tarde, colocaron unas sillas debajo del travesaño, se anudaron las sogas alrededor del cuello y, de una patada, arrojaron las sillas a la calle. Esta foto necesita una ampliación, que haré en cuanto encuentre papel fotográfico. Es bastante reciente, del día en que el Ejército Rojo ocupó la ciudad, cuando Brno fue liberado y ellos sabían que había llegado el final. Estos dos eran unos de esos abonados al anfiteatro de las vías de la calle Kounicova. Acudían allí para ver las ejecuciones de los patriotas checos con unos gemelos. Y aquí gritaron su odio con su propia y atroz muerte.

Me dio una lupa para que viera las lenguas y pudiera leer lo que ponía en los dos carteles idénticos que se habían colgado del cuello. Él: *¡Pudríos, jodidos checos!* Ella: *¡Pudríos, jodidos checos!*

¿Te imaginas un odio mayor? Y fíjate, solo una persona, un único monstruo, consiguió bombear a una nación entera este veneno fantasmagórico…

¿Qué habrá pasado con el bombeador?, preguntó Kosťa. Dicen que los rusos ya han llegado a Berlín.

Espera… Leošek guardaba en esa carpeta una foto más. Un soldado con una banda de la guardia revolucionaria. Dispara, despreocupadamente, con su pistola a tres miembros de la Gestapo vestidos con uniformes negros y armados con metralletas. El primero ya está tendido en el suelo, el segundo está agachado, y el tercero ha soltado la metralleta y se toca la barriga.

Eso no sería de verdad.

No, claro, era un montaje. Pero los que le encargaron la foto se lo tomaron muy en serio. Buscaron uniformes negros, o se hicieron unas réplicas de los uniformes. Lo más difícil fue colocar a los tres figurantes. Creo que Leo se tiró un día entero con eso. Para que estuvieran sincronizados, para crear un conjunto que impresionara.

No lo entiendo. ¿No podía haberles dicho: Camaradas, yo no me dedico a esto?

No podía porque no quería. Era el fin de la guerra, con todo lo que eso suponía. Quería documentar incluso la necesidad de falsear la realidad.

Ay… Levemos anclas, Jakubek.

CAPÍTULO IV

UN DUCADO DE ORO

También Jindřich se despertó temprano. Había tenido un sueño de lo más nítido: una cuerda enorme cruzaba el cielo sobre náměstí Svobody, pero, en vez de una funámbula, caminaba por ella un oso con una venda sobre los ojos que se mantenía en equilibrio con ayuda de una larga vara. En la acera, junto al escaparate roto de las galerías comerciales JEPA, que habían sido bombardeadas, entre los cristales, estaba la funámbula. Con los ojos grandes bien abiertos, se balanceaba despacio sobre un caballito de madera. Jindřich, aún inmerso en el sueño cuyas imágenes se desvanecieron rápidamente hasta desaparecer, se incorporó. El día se desperezaba despacio. Era la mañana del 30 de abril. Desorientado, recorrió con la mirada la habitación en la que había dormido. Y no tardó mucho en recordar que se encontraba en la buhardilla de su piso. Cuando vivían sus padres, no le permitían subir. Allí dormía la criada, y él debía respetar su intimidad, igual que debía respetar la intimidad del ama de llaves, que ocupaba la habitación que se encontraba detrás de la cocina. Pero la noche anterior se había dado cuenta de que era incapaz de dormir en su propia casa. Y no solo porque antes hubieran dormido allí los de la Gestapo, llenando el aire de las emanaciones de todos sus orificios corporales, y justo después de ellos los revolucionarios de los calzoncillos de pata de gallo. No, la razón principal era que aquel ya no era el hogar de sus padres. Le habría sido imposible soportar la nostalgia. Así que cogió una sábana, una almohada y un edredón del armario y se fue a la buhardilla, donde no le pesaba el silencio de esa casa abandonada. Aquella estancia le resultaba completamente ajena. De hecho, era la primera vez en su vida que entraba en ella.

Una vez allí, se hizo la cama de la criada y colocó junto a ella la mochila abierta, de modo que, por la mañana, cuando se dio cuenta de dónde estaba, alargó la mano y rebuscó en ella hasta que dio con su desayuno: un trozo de queso y una manzana que se comió sin

levantarse de la cama. Solo después echó un vistazo a la habitación abuhardillada, donde los de la Gestapo habrían alojado también a su criada. A los revolucionarios probablemente no les debía de haber dado ni tiempo de subir a la buhardilla.

Enseguida se convenció de que no se equivocaba: los revolucionarios de las patas de gallo no habían metido la nariz allí. Se dio cuenta cuando, en la penumbra, se tropezó con algo que estaba junto a la ventana: un rifle alemán. Nosotros sabemos que se trataba del último modelo de fusil, un G43 de calibre 7,92 mm, del que los armeros alemanes estaban sumamente orgullosos, aunque su orgullo no les valiera una mierda, pues la Wehrmacht no avanzaba en la batalla de Stalingrado. Jindřich no podía saber eso, pero no le cupo duda de cuál había sido la utilidad de ese Gewehr que estaba a los pies de la ventana. Era un fusil de francotirador, lo supo porque tenía una mira telescópica. El propio Hitler había dispuesto que una partida de esos increíbles fusiles semiautomáticos fuera destinada a los francotiradores.

La ventana de la buhardilla daba al cruce de las calles Mačová, Panská y Dominikánská, y por tanto también se podía divisar desde allí la entrada a Dominikánské náměstí. El francotirador debía de haber hecho allí su agosto. Pero una familia de la Gestapo jamás se habría puesto en peligro dando cobijo a un francotirador. Así que, entre la huida de la familia y la llegada de los revolucionarios de las patas de gallo, debía de haber existido un vacío temporal en el que un francotirador, uno de esos fanáticos de la Hitlerjugend, se había apostado junto a la ventana de la buhardilla… Supongo que los oficiales que salieron huyendo lo colocaron allí antes de marcharse y se despidieron dándole unas palmaditas en el hombro. No debieron de alentarlo bastante, porque al parecer también él había salido zumbando.

Jindřich supo entonces con seguridad que jamás volvería a vivir en ese enorme piso donde había pasado su infancia y sus primeros años de adolescencia. La buhardilla podía ser una especie de solución provisional, después ya se vería, aunque por otro lado le parecía inmoral dejar vacía la mansión en unos tiempos en los que la tercera parte de Brno era inhabitable. Y de repente se acordó de la vieja gitana. Ojalá estuviera allí con él. Y también podría dar cobijo a más gente sin techo, a esos mismos a los que el día anterior, sin ir más lejos, les habría impedido la entrada aun a costa de tener que levantar una barricada con sus propias manos. Sí, podría convertirlo en una pensión bastante decente. Allí cabrían, incluso, dos familias enteras. Ya se vería. No olvidaba el peligro de

que se presentaran de un momento a otro los guardias del Comité Revolucionario Nacional, que ya habían «nacionalizado» el piso. Pero, sorprendentemente, Jindřich no temía que ocurriera. Si no habían aparecido la noche anterior, ya no tenía que preocuparse por ellos. Algo, y es mejor no preguntar qué, les había bloqueado el camino a su casa.

Ahora le tocaba desayunar a Kaňka. Jindřich le dio la vuelta a su mochila y la invitó a acercarse al contenido que había quedado desparramado por el suelo. Le peló con una navaja un pedazo de salchichón, y observó cómo Kaňka se lo comía con deleite. Después bajó a la cocina, y cogió un cuenco, lo llenó de agua y se lo llevó a la gata. Entonces se le ocurrió que debería tratar de recuperar los sacos con las pertenencias de los de la Gestapo. En su afán por deshacerse de todo, se había precipitado, pues tal vez hubiera tirado cosas que podía haber intercambiado en el vestíbulo de la estación por alimentos que darían de comer a los huéspedes de su futura pensión. Y como en estos tiempos la falta de suministro eléctrico hacía que no se pudiera confiar en el frigorífico, tendría que buscar un lugar adecuado, tal vez el sótano, en el que almacenar dichos alimentos. Pero ya habría tiempo para esas preocupaciones prácticas. Ahora, iremos a por tu comandante, le propuso a Kaňka.

Y se fueron, atravesando el Zelný rynk. Descubrió que también allí se instalaba por la mañana uno de esos mercadillos de intercambio, si es que se puede llamar así a esas cinco personillas que deambulaban alrededor de la fuente. Zelný rynk había sido, solo hacía un par de días, el paraíso de los francotiradores: los ocupantes, esa última manada de Hitlerjugend, habían dejado ahí su sangrienta firma sobre los regocijados ciudadanos. Por eso no era de extrañar que la mayoría de los negociantes prefirieran el vestíbulo cubierto para sus transacciones, a pesar de que los francotiradores hubieran dejado sus fusiles en los desvanes y tejados de las casas que rodeaban la plaza antes de ingresar en prisión. Aunque los soldados rojos los hubieran expulsado del centro de la ciudad, el miedo a los ocupantes aún dominaba su existencia. El terror era un remolque largo y negro que tiraba del ejército de Hitler en su retirada.

Cuando Jindra y Kaňka sobrepasaron los escombros que separaban Kapucínské náměstí de la avenida central de Brno, vieron a un grupo de jóvenes con una escalera. En la calma de esas horas del amanecer, quitaban, con la ayuda de palancas y tenazas, un cartel en dos idiomas: Hermann-Göring-Strasse, la calle de Hermann Göring, para sustituirlo por otro donde simplemente se podía leer:

calle Masarykova. Los carteles nuevos eran de cartón, y desaparecerían al primer chaparrón, pero la gente no podía evitar pararse ante ellos y mirarlos con fascinación.

Desde Nádražní náměstí, llegó alguien montando una yegua, que, con un esmero inagotable, se dedicó a pisotear los carteles alemanes que estaban tirados por el suelo. Kaňka, que corría por la acera al lado de Jindřich, se dio cuenta al cruzarse con la yegua de que tenía algo que decirle, de modo que se detuvo un instante para intercambiar con ella dos complicadas frases en código morse mediante parpadeos. En ese mismo momento, una poderosa sensación de felicidad que atravesó todo su cuerpo, de los pulgares de sus pies hasta la parte superior de su cráneo, desde donde rebotó y a través de los agujeros de su nariz salió y se difuminó entre el grupo de gente que contemplaba la ruidosa caída de los carteles, se apoderó de Jindřich. Brno, al menos el centro de la ciudad, ¡era por fin libre! Solo que los conciudadanos de Jindřich, al igual que él mismo, necesitaban un rito visual y sonoro, sí, esta misa ruidosa, festiva y callejera, para que esa felicidad los atravesara con ¡el poderoso ímpetu del león de dos colas![16] La calle Masarykova era de nuevo la calle Masarykova, y hasta un perro que andaba por allí, como alguien reconoció con alegría, había dejado de ladrar su *wau wau* alemán para volver a un bonito checo: *haf, haf*.

No debería sorprendernos en absoluto que Jindřich no encontrara a la gitana en su miserable piso subterráneo. Allí solo quedaba un espacio diáfano que en su día fue un refugio antiaéreo. Jindřich, estupefacto por el vacío absoluto, lo recorrió de un lado a otro sin encontrar nada que llevase a pensar que el día anterior hubiera estado habitado. Además, todo sonaba en aquel lugar como si se encontrara en el interior de una gran cacerola metálica. También supuso una sorpresa para Kaňka, que no dejaba de pasearse por la cueva con el rabo tieso y los ojos desorbitados profiriendo maullidos de asombro. Nosotros entendemos que el comportamiento de Kaňka era solo la expresión de su solidaridad con las sensaciones de Jindřich. Sabía identificarse con él cuando era lo que se esperaba de ella, pero, en realidad, ese espacio vacío no le había llamado la atención. Aunque quizá esté exagerando un poco, ella siempre había sido la mano derecha de la gitana, que la tenía informada de todo.

Finalmente, Jindřich comprendió que la desaparición de la gitana era una señal. En aquel momento, en aquel lugar, todo se tornaba irreversible e irreparable. Algo que no cambiaba para nada su propósito de encontrar a alguien a quien ofrecerle su piso vacío.

Regresaron entonces a la calle Masarykova. No tuvieron que buscar mucho rato. No lejos de la iglesia de María Magdalena había aparcado uno de esos vagones de tranvía que servían de refugio a aquellos que habían perdido su hogar. Y en ese vagón en concreto dormían dos familias. Bueno, ya no dormían, pues el ruido de los carteles metálicos al caer los había despertado. Ahora se apiñaban junto a las ventanillas y miraban hacia fuera.

Contemplé cómo se apelotonaban para mirar por las ventanillas, y esperé con paciencia hasta que el improvisado espectáculo dejara de divertirles, se cambiaran sus ropas de dormir por unos trajes de calle decentes y salieran a dar un paseo. Uno de los niños que se encontraban detrás del cristal, un chico sucio con un chándal raído y mugriento, señaló a la gata, que permanecía de pie, inmóvil, un poco separada de mí. Yo la cogí en brazos, me acerqué con ella al vagón, y Kaňka representó para él su número estrella: se puso una pata sobre el morro y le mandó al desarrapado un beso. El niño daba saltos de alegría. Entre tanto, un tipo sin afeitar bajó del tranvía bostezando. Les solté mi proposición de inmediato:

Me gustaría invitarles a una pensión bastante mejor que este tranvía.

Se rieron con ganas: Pues entonces está en mal sitio. No nos da para ninguna pensión. Nuestra única dirección conocida es este tranvía. Lo perdimos todo durante el bombardeo. Y nuestros vecinos —y con ello se refería sin duda a la otra familia que pernoctaba en el vagón—, también. Cuando regresamos del refugio que se encuentra bajo la caja de ahorros de la calle Janská, de nuestra casa quedaba solo un montón de escombros en cuya cima estaba nuestra mesa de jugar a las cartas, como si de un sombrero se tratara. Y ahí sigue, a día de hoy. Así que nuestro club de *bridge* desapareció también con nuestras casas.

Me quedé casi hechizado mirando su nariz, que, en mi opinión, quedaba un poco más abajo (o ¿más arriba?) del lugar donde suelen estar situadas las narices. Su curvatura le daba al pernoctador del tranvía un aspecto de alce bondadoso. Al menos a mí me recordaba a los alces de la gran foto enmarcada que había hecho mi padre durante su peregrinaje por Noruega, adonde se había ido con mi madre en un aventurero viaje de novios. Y justo entonces me percaté de que no había visto al alce enmarcado cuando recorrí el piso tras mi regreso. Ese macho de alce, de matices azules gracias a la destreza del fotógrafo, presidía desde siempre el refectorio, como llamaba mi padre jocosamente a nuestro comedor, que, por sus

dimensiones, está claro que no por su mobiliario, parecía el comedor de un monasterio. Por lo que sé, los de la «raza superior» tenían en gran estima a los países nórdicos y bien podría haber ocurrido que los de la Gestapo subieran nuestro alce a ese carro con el que se largaron de vuelta a Hamburgo o a Göttingen.

Seguramente le extrañará, me contó el pernoctador del tranvía, siguiendo mi mirada hechizada por su nariz de alce, pero gracias a esta napia conseguí a mi esposa. Cuán inescrutable es el corazón de una mujer…

Como quería tomarme la revancha por haberse permitido semejantes confianzas, le interrumpí para decirle que yo también sabía lo que era perderlo todo. Es verdad que al menos me había quedado la casa, pero tanto mis padres como el resto de mis parientes habían fallecido. Y no durante el bombardeo…

Entre tanto, los siete ocupantes del vagón del tranvía habían salido y habían formado un círculo a mi alrededor.

Dos matrimonios y tres niños, dos chicos de unos cinco y nueve años y una niña, que debía de tener unos ocho. Todos ellos vestidos como en una penosa representación de aficionados de la ópera *Los miserables*. Bueno, no pasa nada, tengo los armarios y los roperos a rebosar, así que eso no supondrá un problema. Y comencé a distribuirlos mentalmente por las diferentes habitaciones. Hay dos dormitorios de matrimonio, así que cada uno podrá disponer de su propia habitación. Pero no puedo poner juntos a los tres niños: la niña de ocho años necesita su *boudoir*. Me vendrá bien la antigua habitación del ama de llaves y la que fuera mi habitación de niño, mi *chambre separé*. Y todavía me quedará sitio para dos sin techo más. A uno lo colocaré en el antiguo estudio de mi padre, y al otro, en el salón de fumadores. Bueno, tal vez si fueran capaces de compartir habitación cupiera incluso uno más. Es decir, *summa summarum*, si albergaba a siete adultos y a tres niños, quedaría aún suficiente espacio para que no se tropezaran ni se dieran de tortas entre ellos.

El alojamiento sería gratuito, claro. Porque a cambio me evitaré la angustia de vivir solo. Bueno, al menos durante el tiempo que todavía me quede aquí.

Y, si puedo preguntar, ¿qué les pasó a sus padres?, quiso saber el que estaba junto al de la nariz de alce. Era un tipo vestido con una camisola marrón que hacía que pareciera un campesino.

Observé a mis inquilinos, intentando adivinar a qué se dedicaría cada uno, o más bien, a qué se habrían dedicado. Al de la nariz de alce lo asocié con una carnicería, pero estaba seguro de que me

equivocaba, lo más probable era que hubiera conducido un camión. Aunque…, ¡no! Lo retiro. Creo que debía de ser carnicero o charcutero.

Claro que puede preguntar. No sé si tiene idea de lo que eran los campos de concentración…

Sí, algo hemos oído, dijo la mujer del de la nariz de alce. Era una morena encantadora, que no perdía un ápice de su belleza ni por ir despeinada (acababa de levantarse del banco del tranvía) ni por llevar una especie de delantal de cocina. Algo hemos oído. Los alemanes liquidaban allí a los judíos.

Así es, asentí. Mis padres y mis parientes llevaban en su ropa una estrella de David amarilla. Pero no la disfrutaron mucho. Desaparecieron en uno de los primeros convoys.

Lo siento mucho, dijo la morena. Y durante un ratito todos nos quedamos allí de pie, en silencio.

Yo carraspeé entonces para interrumpir aquel piadoso momento y la morena me preguntó qué quería decir con eso de que el alojamiento sería gratuito.

Eso mismo: no les va a costar nada.

Nada es gratis, y menos en estos tiempos, dijo dubitativa la otra mujer, una morena menos llamativa que llevaba un vistoso medallón (¿de san Antonio?) al cuello.

Me reí: No se preocupen, no soy un usurero, a pesar de que sea judío. Ni les estoy tendiendo una trampa.

Aún confundidos, todos empezaron a reír con nerviosismo. Yo les pedí que recogieran sus cosas, porque mi intención era conducirlos a su nuevo alojamiento cuanto antes. Está en la calle Mečová, a la vuelta de la esquina. En columna de a dos y ¡en marcha!, ordené bromeando. Y nos alejamos a paso de marcha. Dejaron el tranvía sin volver la vista atrás.

Una vez de vuelta en casa, les enseñé las habitaciones y dejé que ellos mismos escogieran el dormitorio que prefirieran. Recalqué que todo quedaba a su disposición. En la parte de atrás está el cuarto de baño, y aquí, tras este pasillito, la cocina, equipada con todo tipo de electrodomésticos, unas máquinas muy listas que ahora mismo no funcionan porque necesitan electricidad. Junto a algunos enchufes de la cocina encontrarán velas, y por alguna parte debería haber un quinqué. Si no dan con él, les bajaré el que tengo en la buhardilla. El único problema, damas y caballeros, van a ser las llaves. Solo tengo un juego, y las cerrajerías de momento no funcionan, creo, así que siempre deberá quedarse alguien en casa cuando los demás salgan. El timbre funciona con pilas, de modo que pueden usarlo

para llamar. Y, si no les oyen, aporreen la puerta.

La encantadora morena se acercó a mí con los ojos anegados en lágrimas y me preguntó si me podía besar en la mejilla. Al final me plantó un beso en los labios, pero no tuve nada que objetar. Y, de repente, me di un golpe en la frente…, ¡si me había olvidado de presentarme! Casualmente, resultó que las dos familias conocían la fábrica Steinmann, pues ambas tenían calentadores de gas en la casa que se había llevado por delante el bombardeo.

Con los calentadores de la fábrica de su padre, dijo la morena, vivíamos en el paraíso.

Et cum spiritu tuo, añadí. Y cuando cada uno estuvo ubicado en su lugar, me fui a la buhardilla para pensar un poquito en todo esto.

Sin duda, había cometido un error al esconder en el sótano todas las propiedades de los de la Gestapo que se podían cambiar por alimentos. Recuperaría paulatinamente su contenido para llevarlo al mercado de la estación. Y entonces se me ocurrió que, aunque no tenía ni idea de cómo habían conseguido comida hasta entonces los inquilinos, sabía con seguridad cómo la iban a conseguir a partir de ahora. Sin embargo, el contenido de los sacos no alcanzaría para alimentar durante mucho tiempo a todas aquellas bocas hambrientas. Y, cuando llegaran las vacas flacas, olvidarían el agradecimiento que ahora sentían por mí y que les brillaba en los ojos como estrellas en la noche polar. Su hambre sería inmisericorde y arrasaría y saquearía sin escrúpulos todos los armarios, guardarropas, cómodas y roperos que una vez pertenecieron a mis padres.

Pero, puesto que los he alojado, he de aceptar que esto sucederá. Y más si pienso sacar de las calles a otros tres inquilinos. Yo mismo me siento aferrado a las propiedades de mis padres con una cadena mortal, y no sería capaz de hacer negocios con ellas. Así que en realidad a lo mejor no está tan mal que otros se encarguen de eso por mí y que todos estos trastos acaben en el vestíbulo de la estación. Aquí lo único que puede pasar es que terminen empapados por mis lágrimas, sin la esperanza siquiera de que al menos un día crezcan de ellos unas matas de tomillo.

Pero había llegado la hora de ir a la calle Francouzská e intentar encontrar esa casa con el piso subterráneo donde hacía unos años mi madre y mi padre esperaron al convoy junto a otros cuantos desdichados.

Dejé que Kaňka decidiera si quería acompañarme o si me daba permiso para ir solo. Creo que ella misma llegó a la conclusión de que le había tocado ser mi guía en el inframundo, a través del

purgatorio y del infierno, algo así como mi Virgilio, y que, por lo tanto, no debería dejarme a mi libre albedrío. Salimos juntos.

Cuando vivía de incógnito en el campo, escondido en casa de los amigos de mi madre, no sabía nada sobre los bombardeos. La guerra, por suerte, se olvidó de esa aldea encantadora que llevaba el delicioso nombre de Nahniličko.[17] Los sonidos del frente quedaban más allá del horizonte y, en vez de bombas, en aquel lugar solo revoloteaban las bolas esponjosas de los dientes de león. En Brno, en cambio, me iba topando con cráteres y hoyos en forma de embudo casi en cada calle.

Los bombarderos se lo pasaron de lo lindo, por ejemplo, en el parque de Koliště. Cortaron un montón de madera y además se dejaron, por así decirlo, el hacha allí clavada. Y, antes de llegar a Francouzská, nos encontramos con algunas casas cortadas por la mitad como por una motosierra y otras machacadas por una especie de almirez gigante. Una ceniza fina flotaba por todas partes, como si alguien nos estuviera señalando el camino a nosotros, liliputienses, tirando las cenizas de la urna del incinerado Gulliver. No quería ni imaginar cómo sería la situación en esas ciudades alemanas que habían sido objeto de los terribles bombardeos en alfombra.

La calle Francouzská. Eché una ojeada, ¿cuál de aquellas casas sería la del piso del sótano y el patio en el que Tomáš había encontrado el guante de rejilla de mi madre? La calle Francouzská es, como sabemos, bastante larga; llega hasta Cejl. Así que comencé a caminar por ella. Y, entonces, algo como una frontera tras la que el aire cambiaba de color se erigió ante mí. De repente recordé que la gitana me había advertido que el tiempo cero acababa ese mismo día a las doce de la noche. Y que no estaba delimitado solo por horas y minutos.

¿Me encontraba, pues, en la frontera espaciotemporal del tiempo cero? Así era. Acerqué el hombro al telón y me di cuenta de que una especie de cortina invisible separaba el espacio en el que me había movido hasta entonces del espacio al que intentaba entrar. Y después ocurrió. Intenté dar otro paso, para atravesar esa cortina invisible, pero alguien a mi espalda gritó: ¡Quieto, gusano!

Me asusté, quién no se hubiera asustado, y retrocedí a toda prisa. En ese mismo instante escuché un disparo y eso que parecía una cortina invisible ondeó (o yo tuve la sensación de que ondeaba). Asustado, levanté las manos, y una bala templada, que venía del otro lado de la cortina invisible y ondeante, golpeó una de mis palmas abiertas. ¡Un francotirador!

Me volví y descubrí a Kaňka, sentada con un gesto de culpabilidad en la cara. Se disculpó al punto por haberme llamado gusano: Tenía que pararte a toda costa, y sin el «gusano» no habría funcionado.

Me gustaría señalar aquí que la voz de Kaňka no reflejaba para nada su apariencia gatuna y que, además, se había quedado suspendida a un metro sobre su cabeza.

Mi guía y yo mantuvimos en aquel momento nuestra primera conversación.

La gata empezó repitiéndome lo que yo ya sabía por la gitana: que en el espacio del tiempo cero estoy protegido de todo peligro, pero que en ningún caso debo traspasarlo. Al menos no antes de la medianoche. Y la gitana me había dado a Kaňka para que ella actuara en esos casos.

Cinco francotiradores de la Hitlerjugend permanecen escondidos desde el final de la guerra en los aledaños del centro de la ciudad, me aleccionó mi guía. Los dejó el ejército en retirada para tratar de vengar su derrota. Son los cancerberos de la orilla del río Estigia de Tercer Reich. Después —yo tenía aún en mi mano la bala templada — me explicó que me había escondido sus habilidades vocales porque aún eran imperfectas, como ya habría notado. Me he pasado toda la noche practicando, mientras dormías, en el tejado de la buhardilla. Realmente, su capacidad era aún muy básica: su voz se asemejaba en un momento dado a la de un guardagujas carrasposo de una estación de carga —así al menos me lo imaginaba yo— para justo después convertirse en la de uno de los basureros de mi niñez que en el día de Año Nuevo llamaba al timbre para desearles *un feliz año al señor y a la señora*. Y esos diferentes registros gatunos no solo aparecían y desaparecían en una misma frase, sino que además tenían la peculiaridad de no ser capaces de aferrarse a la cabeza de la gata.

O bien se elevaban sobre ella, o bien se escapaban por un lado. Se podría haber dicho que esas voces bizqueaban y que de vez en cuando una de ellas corría como un ratón hasta perderse por una esquina.

Bueno, a lo que íbamos. La calle Francouzská era inaccesible. Podía mirar en las primeras casas, pero en ellas no había sótanos, y el resto de la calle se encontraba tras el telón invisible. No me quedaba otra que abandonar la búsqueda del piso subterráneo en el que mis padres habían pasado un par de días antes de que los asignaran al convoy. Tuve que rendirme. Kaňka me explicaba ahora que no había más remedio con una voz en la que se aunaban el tono

rudo de un maquinista de tren con el tono servil de un camarero de la pastelería Tomanova. Y este dúo se dedicó a dar vueltas en espiral sobre mi cabeza hasta posarse en mi hombro.

Espanté pues al dúo de mi hombro y, para recuperarme de aquel incidente, y también para tratar de encontrar otros lugares donde se pudiera hallar la frontera del tiempo cero, decidí callejear un poco más por otra zona de la ciudad. Antes, dejé caer la bala que debía de haberme eliminado de este mundo, y que aún estaba templada, en mi bolsillo y, acto seguido, acompañado por Kaňka, me puse en camino.

Estos días Brno no es precisamente un buen regalo de cumpleaños. Por eso no encuentro motivos para describir aquí ni los sitios por los que pasamos ni lo que en ellos vimos, ni tampoco lo que hubiéramos querido no ver. Un deseo secreto que Kaňka no sospechaba impulsaba también mi paseo por esa ciudad que yacía como un pez muerto. Y es que deseaba encontrarme de nuevo con la «funámbula ciega». Por supuesto, en un lugar que los estragos de la guerra habían convertido en un auténtico hormiguero, aquella idea resultaba del todo disparatada. La casualidad solo colabora con nosotros cuando ella quiere. En realidad, no me quedaba otra que esperar hasta la noche. Entonces, la calle Veselá se llenaría de nuevo de espectadores ávidos de contemplar una vez más al oso y a la funámbula.

Pero volvamos a nuestra historia. La gitana tenía razón. Nos topamos en varios sitios con la frontera del tiempo cero, ese telón invisible tras el cual todo estaba matizado con una luz un poco distinta. De hecho, toqué unas cuantas veces más esa cortina de un tejido invisible que podía atrapar una bala, como una telaraña a una mosca, y que a la vez yo era capaz de atravesar sin problemas. Kaňka y yo continuamos nuestro paseo sin temor, incluso por medio de la calle, pero siempre dentro de la zona. No volví a intentar asomar la nariz fuera de sus límites.

Habría necesitado varios días para comprobar por dónde discurría esa frontera y delimitar sus confines cuidadosamente. Un tiempo del que no disponía, porque ese mismo día, antes de la medianoche, el tiempo cero, ese espacio en el que justo ahora se estaba decidiendo cómo sería el mundo del mañana, se acabaría. Así que solo alcancé esa frontera, ese telón, unas cuantas veces. Cuando salimos desde Pisárek al barrio Úřednické, encontré ese telón invisible al final de la calle Barvičova, que entonces se llamaba aún Schillergasse. Pero mientras atravesábamos Úřednické ocurrió algo de lo más curioso. Me gustaría que lo contara Kaňka,

porque desde su punto de vista podría resultar incluso más divertido. Pero de momento no está capacitada para ello. Aún tiene que hacer ejercicios de vocalización, está buscando su auténtica voz para enseñarle, además, buenos modales. De todos modos, me he atrevido a pedirle que nos relatara este curioso episodio.

Ella me ha explicado, como esperaba, que su repertorio vocal y lingüístico no está aún maduro para semejante relato. Así que lo haré yo:

Caminamos a lo largo de la calle Barvičova, que el bombardeo había evitado milagrosamente. Kaňka iba ejercitando su voz con este trabalenguas: *Tres tristes tigres comían trigo en un trigal*. En ese instante, su desagradable tono era el de un afilador ambulante, y la voz no dejaba de darle vueltas como un halo de santo alrededor de la cabeza. Mientras, yo iba pensando, y lo digo en serio, de qué color serían los ojos de la «funámbula ciega» cuando abrirse los párpados que cubría esa venda blanca. Me cabreaba que el sueño en el que la había visto con los ojos abiertos hubiera sido en blanco y negro. Y de pronto algo pasó silbando bruscamente a mi lado. Me gustaría señalar que, la primera vez que me sucedió algo parecido —es decir, en la calle Francouzská—, no me dio tiempo de asustarme siquiera. Lo único que me hizo dar un respingo fue aquel «gusano» que me había gritado Kaňka para avisarme. Pero, ahora me atacaban por segunda vez en ese mismo día, y yo reaccioné dando un salto hacia atrás y echándome al suelo.

Kaňka, esa bestia de pelo corto, estalló en carcajadas. Y después, con esa lengua trabada que se aún se le enredaba al hablar, me intentó explicar que no corríamos peligro, que, como no habíamos cruzado la frontera del tiempo cero, estábamos a salvo.

Me sentí abochornado. Me levanté despacio y eché un vistazo a mi alrededor. Cerca de mí, sobre los adoquines, brillaba un ducado de oro. Y no había nadie en muchos metros a la redonda que hubiera podido arrojárnoslo.

Espera, dijo Kaňka, y lo mordió. Es auténtico, oro de veinticuatro quilates.

Ambos sabíamos que podríamos cambiarlo por medio cochinillo asado para llevar a la casa de la calle Mečová en el mercadillo de la estación. Porque el cambio del oro subía a cada minuto. Aun así, nos quedamos mucho tiempo parados, sin movernos del sitio, esperando a ver si alguien reclamaba el ducado. En la calle desierta no apareció nadie, de modo que al final decidimos quedarnos con la moneda como si de la ofrenda de un donante anónimo se tratara. Yo me la eché al bolsillo, donde enseguida confraternizó con la bala

aún templada. Después, Kaňka y yo nos inclinamos hacia todas direcciones para darle las gracias a nuestro invisible benefactor y continuamos nuestro camino.

¿Qué pasa?, preguntó Kaňka cuando me paré con la cabeza girada hacia un lado.

¿No es eso la marcha nupcial de *Lohengrin*?

Kaňka se encogió de hombros. Aunque en realidad no sé si, en su caso, puede decirse así.

Yo iba pensando que ya habíamos caminado bastante y que tal vez deberíamos volver tranquilamente a casa, para ver cómo se encontraban nuestros inquilinos y, en el caso de que fuera necesario, calmar la discordia que pudiera haber surgido entre ellos durante nuestra ausencia. Y estaba a punto de decírselo a Kaňka, cuando tuvimos la mala suerte de que un tipo de hombros anchos con una banda de la guardia revolucionaria en la manga y un revólver en el cinto se interpusiera en nuestro camino. Así que no me han olvidado, me dije en cuanto lo vi. Me van a hacer pagar con creces el vergonzoso espectáculo que monté ayer con los camaradas de las patas de gallo. Estos tristes pensamientos invadieron mi cabeza, incluso salpicados de ilustraciones explícitas de lo que pretendían hacer conmigo. Y entonces el guardia dijo:

Buenos días, conciudadano. Espero que no le moleste que le haya parado para pedirle ayuda.

Esa última frase me dejó claro que aquel tipo de hombros anchos que llevaba un revólver traía buenas intenciones y que no pretendía emprender una fea venganza contra mí por lo que yo les había hecho a sus compadres.

Cada día destinamos a este lugar, continuó con una voz amigable y tranquila, un escuadrón cuya misión es recoger y enterrar a los difuntos. Si no lo hiciéramos, la peste caería de inmediato sobre Brno. Adivino que es usted un tipo razonable y entiende, igual que yo, que no está nada bien dejar a los muertos tirados en la calle o bajo las ruinas de las casas en esta época del año, por no hablar de la falta de dignidad de semejante comportamiento con nuestros antiguos conciudadanos o con las tropas de nuestros liberadores. Se lo diré sin rodeos: como el centro de la ciudad ya está limpio, hoy nos toca acudir a una zona peligrosa donde a veces todavía se producen enfrentamientos entre liberadores y ocupantes.

Me pareció que era un tipo bastante educado. Debería empezar a diferenciar entre unos guardias y otros. Algunos seguramente trabajaban por el bienestar de nuestra patria, que se despertaba de

la esclavitud nazi. Pero, como no reaccioné al momento a su invitación, se vio obligado a apretarme un poco las tuercas. Añadió entonces que suponía que no había entendido bien sus argumentos, y que por ese motivo iba a acompañarle voluntariamente para formar parte del escuadrón de recogida y enterramiento.

Asentí. No solo porque entendí sus razones, sino también porque tenía la sensación de que, al haber echado del piso y haber avergonzado a sus camaradas, de algún modo estaba obligado a condescender. Pero una cosa más acabó de convencerme: una mancha de kétchup o algo parecido que adornaba el bolsillo derecho de su uniforme y que me pareció de lo más entrañable. También es cierto que después, sin tener en absoluto en cuenta lo que el guardia pudiera pensar, me puse en cuclillas junto a Kaňka para debatir con ella mi decisión.

No sé si sabes, me advirtió Kaňka con una voz suave cuyo ascenso helicoidal oculté todo lo rápido que pude con la mano extendida, que si le acompañas cruzarás la frontera de la región protegida, de ese espacio en el que nos hemos movido hasta ahora. Te pondrás en peligro, y yo no podré acompañarte.

Yo le respondí que había permanecido escondido en un pueblo, en casa de los Peterka, durante toda la ocupación, mientras mis padres morían en un campo de concentración. Le expliqué que si tuviera que vivir escondido para siempre, me pasaría el resto de mi vida avergonzado. Ella no dijo nada más. Después de despedirnos con un ligero roce —la posé en el suelo, bajé la cabeza y froté mi frente con la suya—, crucé la frontera del tiempo cero sin que esta vez me esperara una bala de francotirador y la dejé al otro lado. Mucho más adelante comprendí que esta única violación del espacio protegido me estaba predestinada y que Kaňka lo sabía muy bien; y si no hubiera querido ir por mi propia voluntad, habría tenido que empujarme, incluso. Este riesgo no debía evitarlo.

De camino a Lužánky, el guardia captó a otros dos conciudadanos para el escuadrón de recogida y enterramiento. Con uno de ellos, en concreto, tuvo que ponerse realmente serio, porque el ciudadano en cuestión se negaba en redondo a participar en la recogida de difuntos, dando a entender que le parecía humillante. Y entonces me quedó claro que al igual que no todos los guardias están cortados por el mismo patrón, también entre los civiles hay faldas y pantalones. Aunque debo añadir que, mientras el tipo que acabo de mencionar se demostró como un egoísta del más alto calibre o, peor aún, un parásito humano, y se negó a colaborar, (con este, con Cyril, tendré que arreglar un par de cosillas al final de este

capítulo, acuérdense), la disposición patriótica del otro (llamado Mirek) resultó admirable. Parecía muy joven, y cuando el guardia le preguntó cuántos años tenía, porque no le estaba permitido reclutar para el trabajo a menores de edad, el chico se añadió algún año más para que lo aceptáramos.

En el parque Lužánky, transformado ahora en un cementerio provisional, nos esperaba, para mi sorpresa, un gran carro similar a los que usaban para llevar la cosecha de cereal hasta el aventadero en el pueblo de la familia Peterka. Junto a él se encontraban cuatro «recogedores de difuntos» más, y con ellos otro guardia, esta vez un antiguo legionario que afirmaba haber estado en los campos de Siberia. Iba vestido con una camisa militar en la que no llevaba ningún distintivo, salvo la banda de la guardia que rodeaba su brazo, pero sorprendentemente en la cabeza llevaba una gorra como la de Masaryk. Tras presentarse, nos dio un breve discurso. Durante nuestro camino comprendería que era bastante aficionado a los discursos. En ese momento nos explicó que nos esperaba una tarea bastante complicada. Como seguramente sabrán, nos advirtió, en Řečkovice y en Medlánky aún quedan un destacamento de la Wehrmacht y otro de las SS, y ambos están intentando entrar en Králova Pole, aunque de momento el Ejército Rojo ha sido capaz de contenerlos. Nosotros llegaremos hasta la línea de fuego, y no podemos excluir la posibilidad de que entremos en una zona donde se esté desarrollando una violenta contienda. Ambos bandos conocen la existencia de los recogedores de cadáveres, y los respetan, pero ante el peligro que supone situarse en primera línea de fuego voy a tener que exigirles una disciplina militar.

Me gustaría saber, preguntó uno de mis compañeros, por qué no llevamos un camión o un tractor. ¿Por qué tenemos que apañarnos este carro miserable?

Sabe usted muy bien que no hay ni gasolina ni nafta. Los vehículos a motor son inútiles en nuestros días.

Y, ¿cuánto tiempo vamos a estar esperando al caballo que tirará de este carro?

Ni un minuto, se rio el legionario. Los soldados rojos, o los de Hitler, requisarían al instante cualquier caballo que vieran, así que nosotros haremos de caballos. Por eso somos nueve, para poder mover el carro entre todos, una vez cargado con los cuerpos de los difuntos. Cada escuadrón de recogida, incluido el nuestro, debe ser capaz de llevar al menos un carro lleno.

La mera idea del carro lleno de difuntos me provocó un mareo. Tres de mis compañeros, probablemente también conmocionados

por las palabras del legionario, anunciaron en ese momento que abandonaban, que se iban. Este nos comunicó entonces que el escuadrón de recogida, preparado para entrar en primera línea, se consideraba una unidad militar y, como tal, se encontraba regido por la disciplina más severa, de modo que cualquier intento de deserción se castigaría con un disparo.

¡Me cago en tu padre, legionario de mierda!, dijo Cyril. Y de repente un disparo hizo que saliera volando un botón de su camisa. ¡Hala…, como Tom Mix!, suspiró alguien con admiración. Había sido ese chico de quince años, el que afirmaba que tenía diecisiete. El legionario devolvió después el revólver a su funda. Cyril se debió cagar un poquito, como demostró el hecho de que tuvo que ocultarse tras un arbusto para limpiarse otro poquito. El legionario, en cambio, se había ganado nuestro respeto de un plumazo, y supo mantenerlo hasta el final de nuestra expedición.

Nos colocamos, pues, alrededor del carro vacío y atravesamos el cruce que quedaba sobre Lužánky para dirigirnos hacia Králova Pole. Pero, al llegar a la calle principal, en ese sitio donde empieza la calle Hrnčířská, ahora Losselgasse, nos topamos con una patrulla del Ejército Rojo. Alrededor de un Sherman, uno de esos tanques americanos con los que el Ejército de los Estados Unidos había dotado al Ejército Rojo, se congregaba un grupo de soldados que fumaban sus *papiroski*, unos cigarros de cartón. El legionario se nos adelantó y fue hacia la patrulla. Pude escuchar cómo decía: *Zdravstvuyte, my idom sobirat' trupy i mertvetsov*…[18] Y entonces el soldado rojo nos miró, se echó a reír, *otlichno, molodtsy, nado sobirat'*,[19] y nos dejó pasar.

Empujamos el carro por la desierta avenida Palackého, en la que reinaba un silencio cadavérico, ese que en el frente consideran un negro augurio. Por esta zona aún se podían encontrar, sentados ante las entradas de las casas, en las escaleras, numerosos soldados. A menudo eran asiáticos, incluso mongoles, y algunos jugaban en silencio con cartuchos vacíos que colocaban y retiraban alternativamente a una especie de juego que de lejos se parecía a las damas. No nos prestaron la menor atención. Los restos de algunos Panzer, hierro retorcido y trozos de acero parecidos a prótesis dentales gigantescas, permanecían en mitad de la calle. Tuvimos que subir el carro a la acera para evitarlos. Allí encontramos a los primeros muertos: tres soldados soviéticos y dos civiles. Era como si alguien los hubiera tirado en medio de aquella calle. Desde lejos solo parecían unos muñecos rotos con los brazos desarmados.

Supuse que coger un cadáver para colocarlo en el carro, ya fuera por las manos o por las piernas, resultaría bastante complicado. El silencio insidioso que nos rodeaba y la conciencia de que a cada momento podría hacerse pedazos con alguna explosión ensordecedora o con el sonido de una ametralladora, ya fuera Pulemiot o Maschiengewehr, nos mantenía a todos, excepto a los dos guardias, en una especie de estado de *shock*. Nos movíamos mecánicamente, como si estuviésemos hipnotizados, y ese trance nos ayudó, en cierto modo, a convertir en una especie de rutina inalterable lo que de otro modo habría sido una tarea bastante desagradable. Resultaba increíble ver con qué soltura agarrábamos a cada muerto, uno por las piernas y otro por los brazos, y después lo balanceábamos para que cogiera impulso antes de lanzarlo por encima del lateral del carro. Cierto que en aquella manera de tratar a los difuntos, lanzándolos al carro por encima del lateral, había poco respeto a su memoria, pero en las actuales circunstancias no podíamos permitirnos hacerlo de otro modo: no podíamos perder el tiempo haciendo que dos de nosotros subieran al carro y otros dos les pasaran el cuerpo por encima del lateral. Se trataba de recoger el mayor número de difuntos posible y, por nuestra propia seguridad, en el menor tiempo posible.

El legionario caminaba por delante de nosotros, examinando el terreno. Buscaba con la mirada los posibles peligros y, en casos excepcionales, se pensaba si no sería mejor optar por una calle lateral para que evitásemos los puntos más controvertidos, que quedarían al cargo de los escuadrones que viniesen detrás del nuestro —en caso, claro, de que el lugar fuera más seguro—. También se dedicaba a seleccionar el yacimiento donde podríamos hacernos con más cuerpos. Ahora, mientras lo escribo, me doy cuenta de que las dos tareas que el legionario se había impuesto se llevaban entre sí como el perro y el gato, pues el yacimiento mayor siempre se encontraba en la zona más peligrosa. Si queríamos recoger el mayor número posible de difuntos en el menor tiempo posible, no nos quedaba otra que meternos en la boca del lobo. Recoger cuerpos en los tramos más seguros solo alargaría nuestra estancia en primera línea. Al final, nos quedamos en la avenida Palackého. El tenso silencio era roto a veces por disparos que provenían de las calles laterales que, erróneamente, habíamos tomado por las más seguras.

Descubrimos los restos de un bloque de pisos, que nos pareció que estaría tan repleto de difuntos como plagada de setas está la tierra húmeda del bosque con alto contenido en cal, cerca de la

calle Veleslavínova. El legionario entró el primero para comprobar que no hubiera quedado alguna bomba sin explosionar o si había peligro de que un mal paso desequilibrara el más alto e inestable fragmento de una fachada. La disciplina militar era completamente imprescindible para sacar los cuerpos de los difuntos de debajo de las paredes derrumbadas. Los dos guardias coordinaban nuestros movimientos a la perfección. Y me apresuro a añadir algo que hasta ahora no había mencionado, que el tío de los hombros anchos y el buen carácter que me había reclutado era un subordinado: no mandaba, solo velaba para que se cumplieran las órdenes.

Después, empujando nuestro carro, nos acercamos hasta la línea móvil de fuego entre los amigos de Hitler y los liberadores, una línea que los alemanes intentaban alejar lo más posible de Králova Pole y que los rusos trataban de devolver a Řečkovice a toda costa. Y, de repente, levantamos los ojos del pavimento y de las puertas agujereadas de las casas en las que buscábamos a los difuntos y nos encontramos mirando directamente a los ojos de unos soldados alemanes parapetados tras sus ametralladoras. Moverse, ya fuera hacia delante o hacia atrás, estaba más allá de nuestras posibilidades, pues las piernas se nos habían paralizado del terror. Exceptuando las del legionario, al que esta situación no pareció sorprenderle en absoluto. Él mismo nos dio a entender que podíamos seguir caminando con total tranquilidad. Y realmente no pasó nada; al revés, uno de los soldados alemanes nos dedicó una afectuosa inclinación de cabeza. Los recogedores de difuntos eran tolerados por ambos bandos: tanto los rusos como los alemanes nos veían como a una suerte de escarabajos peloteros realizando su higiénica labor. Sin embargo, el legionario, que siempre sonreía a los soldados rojos cada vez que nos los cruzábamos, aunque fueran antiguos enemigos suyos, nos dio esta vez la orden de no responder de ningún modo a la amigable sonrisa de los soldados alemanes.

Quedaba aproximadamente una hora para el mediodía cuando volvimos con el carro lleno de difuntos cuyas piernas y brazos quedaban colgando a ambos lados. Con el traqueteo, los cuerpos se desplazaban y se movían de tal manera que algunas extremidades acababan arrastrándose por el suelo. Y cuando esto sucedía, el legionario nos ordenaba subir al carro y colocar los cuerpos dignamente.

Para nosotros resulta muy triste, y difícil de aceptar, nos explicaba el legionario, que sean justo los alemanes, y no los rusos, los que más se preocupan de sus muertos, incluso en el fragor de la batalla. Siempre que pueden los entierran al punto. Fíjense en

cuántos soldados rusos llevamos en el carro y qué pocos alemanes. Aún recuerdo que en el año 1919, cuando reteníamos una parte de Siberia a costa de enfrentamientos repetidos con los bolcheviques bajo el mando del almirante Kolchak, la explanada helada que nos rodeaba estaba sembrada de cadáveres, los lobos se llevaban a rastras los cuerpos ensangrentados, y la corriente del Lena y el Yenisei transportaba a los muertos hasta el océano Ártico. Además, los alemanes tienen un reglamento militar muy estricto respecto a la profundidad de las fosas. Řečkovice está en manos de una facción bastante violenta de las SS, y por lo que nos han contado unos habitantes que lograron escapar, hace poco que los de las SS ejecutaron a unos cuantos lugareños solo porque habían escondido algo de comida. También, por esos mismos refugiados, supimos que obligaban a los condenados a cavarse sus propias tumbas. Un oficial de las SS medía con un palo la profundidad, y si estas no respondían al reglamento, los condenados tenían que seguir cavando bajo la atenta mirada del paciente escuadrón de fusilamiento.

Por el camino me había dado cuenta de que el chico que se hacía pasar por adulto para poder realizar ese trabajo, para poder servir a la patria, estaba soportando con suma valentía todo lo que nos íbamos encontrando e intentaba no echarse atrás ante el contacto con los difuntos. En ese momento, en cambio, mientras el legionario hablaba sobre aquella *anábasis* siberiana, que después adornó con detalles tan escabrosos que no quiero ni mencionar (los he pasado por una fuerte censura, créanme), el chico palideció y sus ojos se llenaron de lágrimas infantiles. El legionario, al verlas, guardó silencio.

Nos encontrábamos en el camino de regreso, justo a la altura de la calle Hrnčířská, desde donde se veía el cruce con Lužánky, cuando aquello que habíamos intentado evitar durante toda la recogida finalmente estalló. Después me enteré de que había sido uno de los últimos y más audaces y desesperados ataques de los alemanes, con el que trataban de escapar de su confinamiento. De pronto, se desató un infierno tan espantoso que todos corrimos a escondernos debajo del carro repleto de cadáveres. El ruido de explosiones y disparos venía de todas partes y el carro se agitaba con las balas perdidas que se clavaban furiosamente desde todas direcciones en los cadáveres que se encontraban sobre nuestras cabezas. Estábamos tan apretados debajo del carro, tan amalgamados en una única masa viviente, que hasta saltábamos al unísono con las sacudidas de los zarandeados difuntos. El único que no se unió a nuestro espectáculo rítmico fue el legionario. Le vi, a

través de la cortina de brazos y piernas colgantes, sentado tranquilamente junto a nuestro coche funerario sobre algo que parecía, y de hecho era, una funda de violonchelo, que había aparecido de la nada; estaba tan tranquilo y se liaba un cigarrillo. De vez en cuando, es verdad, movía la cabeza con brusquedad y, en ciertas ocasiones, hasta todo el cuerpo, a la derecha o a la izquierda, para no detener el camino de alguna bala que volaba descuidadamente en su dirección. Creo que el hecho de que estuviera allí sentado con esa calma, casi como si de una diana se tratase, iba en contra del reglamento militar, ya que como comandante de nuestro escuadrón de recogida debería haber permanecido a cubierto. Todo dependía de él, pues sin él éramos, y perdonen la comparación, la cizaña del trigo o un montón de colillas en una isleta de una parada de tranvía. Pero lo más probable es que su anábasis siberiana le hubiera acostumbrado a ciertos hábitos que no habría tenido sentido intentar cambiar. Por todas partes se oían gritos rusos y alemanes y el estrépito de las ametralladoras y un gran estruendo y detonaciones y el rugido de los vehículos militares y también lanzaminas y cañones, pero de pronto la intensidad de aquel ruido llegó a su punto álgido, tras lo cual se apagó súbitamente y se hizo un silencio sepulcral. Entendimos que los alemanes debían de haber desistido de su intento de ataque y se habían retirado. Aun así, nos quedamos debajo del carro un rato más, hasta que el legionario se terminó su cigarrillo, aplastó con cuidado la colilla con el pie e hizo un gesto con la cabeza a su subordinado y otro a nosotros para que fuéramos saliendo de debajo del carro.

El parque de Lužánky se había convertido en un gran cementerio provisional. Al final de la guerra, las víctimas de las batallas y de los bombardeos se enterraban sobre todo en el parque Tyršův, no muy lejos de Lužánky. El parque Tyršův había sido antiguamente un camposanto, de lo que daba fe una cruz funeraria de hierro forjado que aún se erigía allí. Pero cuando este se llenó, hubo que enterrar de forma provisional a los difuntos en otros parques y bosques, y fue así como llegaron hasta Lužánky, que tenía la suerte, o más bien la desgracia indiscutible, de ser la puerta de entrada a Králova Pole, que quedaba justo al lado de los campos de batalla.

El escuadrón del legionario descargó el carro junto a las fosas ya preparadas, que habían sido cavadas por los miembros del escuadrón funerario anterior. Al final de la guerra, el cuidado de los difuntos era el único servicio «voluntariamente obligatorio» de los ciudadanos de Brno. Las grandes epidemias de posguerra, después

de la Segunda Guerra Mundial, estaban aún frescas en la memoria de muchos. Siguiendo las instrucciones de los legionarios, se separaba a los civiles de los soldados. Los alemanes se solían llevar a sus muertos para enterrarlos, pero como esta vez había solo un soldado alemán en el carro, tomamos la decisión, sin ningún cargo de conciencia, de enterrarlo junto a los civiles. Además de las tumbas, también estaban preparadas unas improvisadas cruces de madera hechas a base de dos tablas o ramas grandes. Los legionarios y algunas de sus almas gemelas (aquellos que se encargaban de organizar los enterramientos en Brno y que habían hecho que el Comité Revolucionario colgara por la ciudad un aviso que establecía la profundidad obligatoria de las tumbas) vigilaban de cerca que el proceso fuera medianamente decente.

Mientras que los difuntos recogidos en Králova Pole en medio de la calle no llevaban ni relojes ni otros objetos encima, pues los soldados rusos ya se habían encargado de limpiarlos, los muertos que sacaban de las casas derrumbadas aún estaban «arrelojados».

¿Por qué no?, preguntó uno del escuadrón. Ellos ya están muertos, pero lo que llevan encima aún puede servirles a los vivos.

No somos hienas, le advirtió el legionario. Nadie se atrevió a replicarle, y el susodicho se agachó y devolvió el reloj a la muñeca del difunto. No hay nada que una más a la gente que participar en un escuadrón de recogida. A aquellas alturas, los miembros del grupo se llamaban unos a otros por sus nombres de pila, como si fuesen amigos de toda la vida de una pandilla callejera. Luděk, Jindra, Cyril, Honza, y además otro Honza, ayudados por Eda y Mirek, colocaron primero a los difuntos en las tumbas ya listas (los soldados soviéticos tenían su propia fila, sin cruces de madera, pero con una estrella soviética en una placa metálica al comienzo) y después dejaron las palas a un lado y se frotaron las manos contra los pantalones.

Chicos, no os marchéis todavía, que se me ha ocurrido una idea. Dicen que han abierto de nuevo la taberna U Stopky. He oído que tienen unos barriles de cerveza reservados en el sótano, para cuando esto se acabe, para cuando la Wehrmacht y el destacamento de las SS se larguen definitivamente de Řečkovice.

¡De eso ni hablar! Lo primero, advirtió Eda, como acaba de quedar bastante claro, la Wehrmacht y los de las SS no se han largadoaún. Y, en segundo lugar, no creo que semejante homenaje sea para unos idiotas como nosotros. ¿Te imaginas, Jindra, lo que puede costar allí una birra?

Me imagino, contestó Jindřich, palpándose los bolsillos y

mostrándoles a todos el ducado de oro.

Espera, déjamelo un segundo, dijo Luděk. Pero, tío, ¡si es oro de verdad! Y, mira, un águila de dos cabezas. *Austriae imperator*! ¡Esto tiene que valer una fortuna! ¿Sabes por qué lo cambiaría yo en la estación? ¡Por un cochinillo asado, enterito!

¿Y sabes lo que nos darían por él en U Stopky? Os invito a comer allí. Y a ustedes, caballeros, dijo haciendo un gesto con la cabeza hacia el legionario y su subordinado. A ustedes también.

Jindřich se guardó de nuevo el ducado en el bolsillo y todos levantaron la cabeza para escuchar con solemnes semblantes cómo sonaban las campanadas del mediodía.

Le agradezco la invitación, dijo el legionario, apenas terminaron las campanadas. Me encantaría acompañarles a U Stopky,
pero me temo que todavía no podemos ir a ninguna parte. Primero tenemos que volver a por los muertos que habrán quedado tras ese tiroteo en la calle. Eso es cosa nuestra. Después señaló hacia un barril de agua potable con un cazo y un cuenco que estaba a nuestro lado. Beban, muchachos, que nos acercaremos a por ellos ahora mismo. Solo será un momento.

Todos se quedaron de piedra. Permanecieron de pie inmóviles durante un instante, pero nadie se atrevió a decir nada. Acto seguido bebieron del barril, cogieron el carro de nuevo y salieron de Lužánky.

En Králova Pole todo estaba tranquilo. El silencio había vuelto a tomar las calles, igual que una perdiz que, después de salir volando asustada, se sienta otra vez sobre sus huevos: la paz de los campos reales… Parecía que el asunto sería rápido: cargarían los cuerpos a toda velocidad, los descargarían en Lužánky para enterrarlos y serían libres.

Se encontraron nueve soldados rusos muertos y dos alemanes. Pero, por desgracia, parecía que los dos bandos estuvieran esperando a que el escuadrón, cargado con su carro, apareciera de nuevo, y en cuanto llegaron al punto de recogida, el ruido de las ametralladoras volvió a romper el silencio. Se trataba de otro ataque sorpresa. Todos los miembros del escuadrón funerario se echaron cuerpo a tierra, tan pegados al suelo como si quisieran dejarle marcada su forma convexa. Permanecieron un buen rato allí tumbados, aun mucho después de que se hubiera apagado el eco del último disparo. Los soldados rusos, dándolos por muertos, se acercaron a ellos, dispuestos a limpiarles los bolsillos. Pero entonces el legionario levantó una mano y les dijo: *Dobro pozhalovat',*

tovarishchi, da zdravstvuyet druzhba mezhdu sovetskimi soldatami i cheshskimi grazhdanami.[20] Después de dedicarles una sonrisa amistosa, los rusos se retiraron a sus anteriores posiciones.

Eda, Luděk, Mirek, Cyril, Honza y el otro Honza se incorporaron con desconfianza. Mirek llamó luego a Jindřich. Primero en voz baja y después a gritos. Pero este no le respondía. Luděk se levantó para tratar de averiguar lo que pasaba y descubrió que estaba tumbado bocabajo con la cara hacia el suelo. Despacio y con sumo cuidado, sus compañeros le dieron la vuelta. Fue entonces cuando se dieron cuenta de que la sangre le brotaba de la nuca, empapando su pelo y su cara. Luděk, nervioso, agitó su cuerpo inerte mientras le gritaba: Jindra, ¡deja de hacer el tonto! Pero como este seguía sin reaccionar, le puso los dedos en la arteria del cuello y se volvió hacia los demás, que estaban esperando en silencio, agitando la cabeza con pesar. El legionario repitió después todo el proceso y también negó con la cabeza.

¡Joder!, dijo Eda. ¡La hostia!, dijo Mirek. ¡Me cago en…!, dijo Cyril. ¡A tomar por culo!, dijo Luděk. ¡Mierda!, dijo Honza. ¡Me cago en sus muertos!, dijo el otro Honza. El legionario y su subordinado, en cambio, se pusieron a recoger cadáveres sin pronunciar palabra. Cuando le llegó el turno a Jindra, no balancearon su cuerpo para lanzarlo sobre el carro, sino que esperaron a que Mirek y Eda se colocaran arriba y para después pasarles a Jindřich con suma delicadeza.

Fui con mis padres y otras familias judías en un vagón de ganado, y éramos tantos y estábamos tan apretados que no se podía ni respirar. Algunos se habían puesto de puntillas y se apiñaban contra dos pequeñas ventanillas con rejas. Otros estaban tumbados en el suelo y ya casi no respiraban. Eso me cabreó de tal modo que, con gran esfuerzo, me dirigí al final del vagón y aporré la pared. Al poco, se abrió una puerta corredera metálica y aparecieron los dos miembros de las SS que se ocupaban del convoy. Pude divisar, por encima de sus cabezas, un trozo de bosque y unos campos que se extendían a lo largo de las vías, praderas peinadas por el viento y granjas y pajares de algunos de los pueblos por los que pasábamos. Con la puerta del vagón abierta y el tren en marcha, los de las SS encontraban cierta dificultad para agarrarse; estaban literalmente colgados, uno a cada lado de la puerta. Escucharon mi queja atentamente, con cara de resignación.

Tiene usted razón, dijo uno de ellos. Es un escándalo transportar a la gente como si fuera ganado. No tardaron mucho en ponerle remedio. Al poco rato, el tren se paró en la estación más cercana, se abrieron las

puertas de todos los vagones y nos hicieron bajar al andén. Respiramos el aire fresco de esa mañana de verano. Nos quedamos contemplando las ventanas de la estación, en las que no faltaban maceteros con violetas. Nos refrescamos con el agua de un pozo. Y los SS se vaciaron los bolsillos y nos compraron a cada uno de nosotros algo que llevarnos a la boca. Prácticamente, arrasaron con las existencias del pequeño establecimiento. Desayunamos con tranquilidad y escuchamos el concierto que nos dieron los pájaros desde las copas de unos castaños y unos robles. Y, mientras tanto, llegó otro tren equipado con cómodos cupés con asientos acolchados y vagones litera, como los trenes americanos. A partir de ahí, el viaje fue rápido. Al llegar, un rótulo, Arbeit macht frei[21], *nos dio la bienvenida al campamento, algo que me pareció bastante simpático. Yo propuse que se añadieran otros rótulos en la misma línea*: Faulenzen macht frei, Lachen macht frei, Riechen macht frei, *y* Schwätzen macht frei *y* Pipi macht frei *y* Frei macht frei[22] *y también* Konzentrationslager mit menschlichem Antlitz.[23] *Accedieron a mis deseos amablemente y colocaron los nuevos rótulos.*

El campamento consistía en una serie de largos barracones de madera que se encontraban dentro de un recinto vallado con alambres de pinchos y cercas eléctricas. Inmediatamente informé a los educados SS que se ocupaban del campo de concentración de que las alambradas y las vallas eléctricas me parecían inhumanas, del todo intolerables. ¿No se les había ocurrido que precisamente en corrales semejantes se encierra al ganado? Asintieron, diciendo que yo tenía razón y que sí se les había ocurrido, y trajeron de alguna parte un vagón lleno de rosas y las prendieron con delicadeza de las alambradas; parecía que estuviéramos en una rosaleda.

En los barracones había literas de tres pisos, y, por cada nueve huéspedes apretujados en los camastros, solo dos mantas agujereadas. Tras mi protesta, rápidamente y sin dilación, la dirección del campo se mostró de acuerdo en que esa situación no podía continuar así por más tiempo, y a los dos días trajeron al campo otros barracones, que me recordaron a las sólidas casas finlandesas. Y cuando conseguimos espacios habitables más grandes y cambiaron las literas de tres pisos por camas individuales, los SS se disculparon porque aún no habían podido conseguir edredones de plumas para todos, pero prometieron que pronto los habría, estaban trabajando en ello. Sus padres llegaron en el primer convoy del Protectorado, me explicaron, así que no nos tome a mal que aún no estén las cosas como debieran. Acabamos casi de empezar con la «solución definitiva», y por eso todavía caemos en muchos errores de novatos, pero tratamos de solucionarlo todo sobre la marcha.

Les dije que el nombre de «solución definitiva» no me gustaba nada y

que tal vez deberían barajar ponerle un nombre en latín como «Homo res sacra homini». Prometieron que lo pensarían. Así que me quedé a vivir con mis padres y me ocupé de ellos lo mejor que pude. Cada vez que era necesario intervenir, yo estaba allí. Les conseguí un trabajo decente y trabajé codo con codo con ellos. Al principio nos dedicábamos a hacer pedazos, en la cantera, unas piedras colosales, pero cuando me quejé a los vigilantes de que el tamaño de las piedras no era adecuado para la edad y el estado físico de mis padres, redujeron su tamaño hasta que fueron como unas canicas. A partir de entonces, me pasé los días jugando con mi madre y mi padre a echar las canicas a un hoyo que había hecho con el tacón de mi zapato. Sabía que no se regresaba de aquel lugar, y por eso intenté que mis padres pasaran el resto de sus días dignamente. Al menos pude ver en sus ojos un brillo de satisfacción.

A sus padres les toca mañana, me dijo un día un SS que se encargaba del asunto, y me preguntó si también quería participar. Le dije que por descontado contaba con ello, y me prometió que me lo permitirían.

Delante del campo había un gran autobús en el que los presos elegidos abandonaban el lugar a diario. Al día siguiente, cuando nos tocó el turno, el SS encargado de llevarnos hasta el autobús se disculpó diciendo que no habían podido equiparlo con nada para que nos resultara más cómodo. Todo está en sus comienzos, me explicó. El Zyklon B, por desgracia, no se usa todavía, y los hornos crematorios aún no están construidos. Esta es la desventaja de los primeros convoys.

Subimos al autobús en el que ya esperaban unos treinta pasajeros, y al rato se encendió el motor. El vehículo comenzó a acelerar, pero sin moverse del sitio, y nos dimos cuenta de que habían puesto dentro una tubería que al principio tosía y ladraba y después escupía en el interior los gases del tubo de escape. Como comenzábamos a asfixiarnos, golpeamos las ventanas y las puertas para notificar a los SS lo que estaba ocurriendo y advertirles que aquello no era compatible con la buena educación ni con el Himno a la alegría, de Beethoven. Los SS rodearon el autobús tratando de explicarnos, a través del cristal, que nos deseaban suerte. Nos sonreían conciliadoramente, y en sus labios pudimos leer que nos decían: ¡Nosotros estamos con vosotros, estad también vosotros con nosotros! En el autobús estalló una terrible confusión, y yo me abrí camino hasta donde estaban mis padres. Nos abrazamos y no nos soltamos hasta que después nos tiraron junto con los otros treinta cuerpos muertos a una fosa común y nos cubrieron de tierra.

El legionario invitó a pasar a Eda, Honza, Mirek, Luděk y el otro

Honza al despachito que ocupaba en la escuela local de la calle Antonínska (que entonces tenía el rótulo de Antonsgasse), y les pidió que le dictasen sus nombres y apellidos. Él los escribió y les selló (con un antiguo sello ferroviario) sendos documentos que certificaban que habían participado en la recogida de cadáveres.

Esto no quiere decir, les advirtió el legionario, que no puedan volver a ser requeridos para otro servicio a la patria semejante, lo que pasa es que la próxima vez no será obligatorio, sino totalmente voluntario, y por eso mismo su participación sería mucho más valiosa.

Una vez hubo repartido los certificados, se acercó a un discreto armarito de la pared, que parecía la caja de los plomos de la electricidad o de la toma del gas o del agua, y sacó de allí una botella con un líquido transparente y unos vasitos. Y como no tenía suficientes, primero brindó con su subalterno, con Eda y con Luděk, y después dijo, un momentito, y se fue a enjuagar los vasitos a los baños del colegio. Pero antes se acercó a la fila de los urinarios, leyó las pintadas que decían ¡Hitler es un cabrón! y ¡Stalin es un héroe! y, con un movimiento de cabeza, validó la legitimidad de ambas afirmaciones. En ese instante se dio cuenta de que no tenía dónde lavarse las manos ni dónde enjuagar los vasos. El suministro de agua aún seguía cortado y, a primera vista, no divisó ningún cubo en los alrededores.

El legionario volvió entonces con los demás y les comunicó que no había agua y les preguntó si les daba asco beber de los vasos que acababan de emplear sus compañeros. Como ellos contestaron que no les importaba, sirvió un trago a los que no habían bebido, y también otro a sí mismo, para poder brindar con ellos.

Me gustaría decirles que lamento profundamente lo de su amigo Jindřich. Aunque, por otro lado, su sacrificio en el altar de la patria es lo más valioso que le podía haber ocurrido en la vida. Supongo que acabarán comprendiéndolo algún día. ¿Alguien conoce a sus familiares?

Pero Honza, el otro Honza, Mirek, Eda y Luděk negaron con la cabeza. Se dieron cuenta de que nadie sabía siquiera el apellido de Jindřich. Y tampoco conocían sus respectivos apellidos. No sabían nada los unos de los otros. Jindřich solo era alguien a quien habían visto por primera vez en su vida, y por última, ese día.

Así termina uno cayendo en el *no ser*, pensaba en ese momento el subalterno, que además de ser el maestro que le había proporcionado al primer guardia, o sea al legionario, el despachito en la escuela de la calle Antonínska, era también un gran lector de

Otakar Březina. Y entonces recordó unos versos de dicho poeta: *En el calor del verano nuestro, del jardín de la muerte llega la helada, y muchos de los que están ya muertos caminan aún vivos a nuestro lado*. Como necrológica para un recogedor de cadáveres fallecido no resultaban muy acertados, pero, a su edad, el viejo maestro se sentía orgulloso de sí mismo cada vez que era capaz de recitar de memoria siquiera un fragmento de un poema. ¡Un momento! ¡Un momento!, además de Jindřich nos falta otra persona, recordó de pronto el legionario. Eda, Honza, Mirek, el otro Honza y Luděk miraron alrededor, como buscando al que faltaba, y entonces el otro Honza dijo: ¡Claro, falta Cyril!

Al principio no habían tenido en cuenta su ausencia, ya que Cyril no le había caído bien a nadie, y es posible que incluso hasta hubieran agradecido su desaparición.

Tendría prisa por volver a casa, sugirió el maestro. Lo malo, dijo el legionario, es que como no se ha llevado su certificado, podrían obligarle a incorporarse a otro grupo de recogida de nuevo. ¿Sabe alguien cómo hacérselo llegar?

Eda, Luděk, Honza, el otro Honza y Mirek negaron con la cabeza. Y como ya no podían ir al restaurante U Stopky, pues no estaba Jindřich para invitarles, se despidieron unos de otros y se marcharon a sus respectivas casas. Suponiendo que las tuvieran.

Sentí que tenía la boca llena de tierra y que no podía escupirla porque sobre mí había varias capas de arena. Sentí que me empezaba a asfixiar. Y de repente alguien empezó a cavar en la dirección en la que yo me encontraba como si, en lugar de a mí, a ese alguien le fuera la vida en ello. Solo cuando llegó hasta mi cara y descubrió mi rostro, se detuvo durante un instante, pero después siguió cavando, aunque esta vez se desplazó un poco más abajo, hacia la zona donde se encontraban mis piernas. Yo estaba tan rígido que no me pude mover, a pesar de que intenté abrir los ojos, que tenía pegados por la tierra, para averiguar quién era el que me estaba desenterrando con tanto afán. ¡Vaya, mira, si es Cyril! En ese momento, este llegó hasta el bolsillo de mis pantalones y, tras dudar un segundo, metió la mano y sacó el ducado de oro.

Pero para entonces yo ya me había sentado. Cyril gritó asustado, dio un salto hacia atrás y a punto estuvo de caerse en la fosa de al lado, aunque al menos soltó el ducado. Después intentó huir, pero yo lo detuve gritando: ¿Qué haces, gusano? La palabra gusano, bien usada, produce unos efectos milagrosos, como ya me había demostrado mi experiencia con Kaňka, la cual, si recordamos bien,

también me había detenido gritando: ¡Quieto, gusano! en la calle Francouzská cuando yo estaba a punto de cruzarme con el disparo del francotirador.

Pero tú…, ¿no estabas muerto?, me preguntó Cyril. Aquella pregunta tan tonta y conmovedora me enterneció tanto que, a pesar de que estaba lleno de tierra, no pude reprimir el deseo de abrazarle.

¡Parece que hicisteis un diagnóstico erróneo! Solo entonces abrí los abrazos y solté al todavía asustado Cyril, y después me agaché para recuperar el ducado de oro, que había caído al suelo.

Cyril, tal vez no sepas que cuando Caronte conducía a los difuntos a través del Estigia al inframundo recogía un óbolo, una moneda de oro, de las bocas de los muertos. Como tú me has traído de vuelta del Estigia, de la tumba a la vida de nuevo, te debo también un óbolo. Y entonces me desabroché la camisa, para poder frotar la moneda con la parte interior, que estaba limpia y, una vez concluida mi tarea, le expliqué a Cyril que tenía que recoger el óbolo de mi boca. Abrí entonces las mandíbulas todo lo que pude, me coloqué el ducado sobre la lengua, cerca de una muela mal empastada, y me tumbé otra vez en la fosa.

Cyril parecía muy confundido, quizá acababa de enterarse de quién era Caronte gracias al ducado de oro que le miraba desde mi boca, así que tuve que alargar el brazo, atrapar su muñeca y acercar su mano a mi cara. Y cuando trataba de animarle con un movimiento de cabeza, Cyril volvió en sí, rebuscó en mi boca y pescó el ducado ensalivado.

Finalmente, lo dejé a solas con la pequeña fortuna que se había ganado y, sin despedirme de él —al fin y al cabo se había comportado como un miserable ladrón de tumbas—, me apresuré a salir de Lužánky, limpiándome la tierra de las manos en los pantalones.

En la calle Botanická, de nuevo en el espacio del tiempo cero, me estaba esperando Kaňka, la pequeña fiera de pelo corto. Una brizna de hierba asomaba de sus labios. Cuando vio que me acercaba a ella, se la pasó una vez más de un extremo a otro de la boca sin dejar de masticarla y se la tragó, un gesto bastante común entre la raza felina. Aunque Kaňka fuera culta, y tal vez hasta una erudita, al fin y al cabo era una gata, y comía hierba para limpiar sus intestinos como hacen los gatos.

Bienvenido, Jindřich. Estaba preocupada por ti.

Tus palabras no me conmueven en absoluto, bestia charlatana. Tú sabes tan bien como yo que tengo una misión y que por eso no

me puede ocurrir nada malo.

Sabía que debías cruzar la frontera de lo seguro para ir allí y que yo no podría hacer nada para detenerte. Pero, a pesar de todo, tenía miedo. ¿Es que ahora me vas a prohibir hasta eso?

Entonces, ¿me confirmas que lo que allí me sucedió solo fue una pesadilla que nada tuvo que ver con la muerte?

Una pesadilla que nunca jamás volverás a tener, me dijo Kaňka, pero ahora debo hacerte una pregunta.

Venga, suéltala.

¿Tuviste algún sueño? ¿No soñaste nada mientras permaneciste en ese otro estado?

Vaya, así que tú a eso lo llamas otro estado. ¿Es que debería haber soñado algo?

Te prescribieron ese sueño para que te quitaras la sensación de culpa que sientes con respecto a tus padres. Y tú debías perseguir ese sueño hasta la frontera donde pondrías en peligro tu vida. Si no, no habría funcionado.

¡De acuerdo! Pero también yo tengo una pregunta.

Venga, suéltala.

¿Qué te ha pasado? Resulta que ahora hablas con una voz que podría denominarse de persona normal. Y encima dicha voz ha dejado de revolotear sobre tu cabeza como las moscas sobre el mostrador de un carnicero.

Es que, mientras te esperaba, he estado practicando. Detrás de esta voz que ahora escuchas hay una hora de agotador trabajo fonético que no podrías llegar a imaginar. Pero, en fin, es hora de comer, advirtió.

Así que regresamos a la calle Mečová. Y de camino recluté a otros dos sin techo.

Pero de esto hablaremos en un momento.

CAPÍTULO V

LA MARCHA NUPCIAL DE *LOHENGRIN*

Era poco después de las ocho (de la mañana del 30 de abril) cuando se acercaron a Žabovřesky. Acababan de dejar atrás la Facultad de Derecho, que hasta hacía tres días había sido la sede de la central de la Gestapo. Desde el día en que los funcionarios alemanes habían salido huyendo, sus ventanas permanecían abiertas de par en par. (Blitzfl ucht?). Un emblema con una cruz gamada colocado en la puerta cerrada y un cartel que colgaba de la ventana del tercer piso (Deutschland siegt an allen Fronten für Europa)[24] eran las únicas señales que quedaban de los antiguos ocupantes de Brno y sus alrededores. Para los lugareños, en cambio, ese edificio era todavía tabú; tendrían que llamar a un exorcista y expulsar al diablo de ese lugar que, a pesar de haber sido profanado, aún representaba para ellos el Derecho y la Justicia. Incluso los ladrones, que saqueaban sin dudarlo un instante los pisos que habían dejado vacíos los de las SS y los oficiales de la Wehrmacht, no se habían atrevido a pasar de dar unas vueltas alrededor de la central de la Gestapo en círculos cada vez más estrechos. Seguramente una de las causas era que todavía podía haber francotiradores fanáticos vigilando la entrada *a lasciate ogni speranza*.

El padre de mi padrastro, iba relatándome Kosťa por el camino, poseía una gran hacienda con muchos terrenos a unos cuarenta kilómetros de Tsárskoye Seló, la residencia de verano de los zares. Pero no piense, le advirtió a Kuba, que fue un horrible *pomeshchik,*[25] directamente sacado de las *Almas muertas*, de Gógol. A su manera, era un altruista, igual que mi padrastro, un filántropo *samootvrzhennyy*,[26] pero acabó como el más sarnoso *sobaka*.[27] En noviembre de 1917, una parte de los revolucionarios salvajes que habían tomado Tsárskoye Seló se atrevió a adentrarse hasta el territorio donde estaba la siguiente estación ferroviaria, pues por toda la provincia corría la leyenda de que en la hacienda de mi

padrastro se ocultaba un gran tesoro abandonado. La propiedad de Boris Ivanovich Laguzhin tenía la desventaja, que durante mucho tiempo se tomó por ventaja, de que la línea del ferrocarril hacía una parada en mitad de sus dominios. Los revolucionarios, con las antorchas ardientes de las grandes ideas marxistas en ristre, bajaron del tren en dicha estación y corrieron hasta las tierras de mi padrastro. Una vez allí, asesinaron a Boris Ivanovich y a su familia, arrasaron la heredad y dedicaron, en vano, tres días y tres noches a tratar de encontrar la gran fortuna, *volshebnoye sokrovishche*,[28] hasta que, desesperados, arrojaron las antorchas en llamas al pajar, un gran hangar que servía de silo. El fuego marxista se tragó lo que quedaba de la hacienda dejando tan solo una gran montaña humeante. Por aquella época, mi padrastro estaba en Finlandia.

Y así, charlando, salimos de Žabovřesky, la parte más bonita de Brno, que había logrado conservar, a pesar de la guerra, su polen embriagador y la magia perezosa de sus ondulantes campos de girasoles, si me permiten decirlo así. Por supuesto, se trata solo una comparación simbólica: no encontrarán aquí girasol alguno. ¿Tenía sentido buscar por allí a un yanqui de la UNRRA? Cuando al fin me atreví a preguntárselo a Kosťa, este interrumpió con visible disgusto su historia sobre la matanza de la familia Laguzhin y, tras echar un vistazo a la avenida de Žabovřesky —tan bien conservada—, me respondió: ¿Por qué no? Y después me empujó con el dedo meñique, cruzó la calle y se encaminó hacia una puerta en una especie de verja. Al llegar junto a ella, bajó el picaporte y entró en el recinto delimitado por la verja para salir poco después con una larga escalera.

En ese momento, una anciana, con un cesto lleno de gatitos recién nacidos (solo entonces caí en la cuenta de que al día siguiente era el ¡1 de mayo!), se acercó a nosotros. Pero al descubrir la larguísima escalera que estaba entre las zarpas de Kosťa, le dirigió una mirada aterrorizada, como si fuera un ala arrancada de un Messerschmitt, y se detuvo. También podría haber sido un ala del arcángel Miguel.

No tema, abuela, ¡somos buena gente!, le grité amigablemente, pero la anciana tiró la cesta y salió corriendo despavorida como alma que lleva el diablo. Los pobres mininos echaron a correr hacia la ventana del sótano, sobre la que alguien había pintado con cal las palabras *Luft schutzraum.*[29] Poco después nos cruzamos con un ciclista que iba hacia la ciudad y que cuando llegó a nuestra altura comenzó a pedalear con más fuerza. También unos cuantos

habitantes cautelosos de Žabovřesky, al vernos, regresaron a todo correr a sus casas, de donde habían salido para sacar a pasear sus extremidades bajo el tenue sol de mayo.

¿Qué hacemos con esto?, pregunté señalando la escalera.

Kosťa me indicó con la cabeza una casa de dos pisos, en cuya fachada se apoyaba un enorme triángulo metálico, ligeramente oxidado y arañado por la metralla. No fuimos capaces de adivinar cuál había sido su utilidad: ¿habría formado parte de alguna máquina de combate o tal vez era solo un pesado utensilio en el que alguien había ensayado el teorema de Pitágoras? Resoplando, apartamos el triángulo y apoyamos en su lugar la escalera con sumo cuidado, para no asustar a los supuestos ocupantes de la habitación a la que Kosťa quería echar un vistazo en secreto. Mi amigo subió uno a uno los peldaños y apoyó la cara en la zona de pared más próxima a la ventana, de modo que pudo contemplar el interior sin ser visto. Y allí se quedó un buen rato. No lejos de aquel lugar, en alguna parte entre Králova Pole y Žabovřesky, se escuchó el sonido de una metralleta seguido de unos disparos de fusiles.

Sabíamos que los últimos ocupantes habían quedado confinados en una única zona, Řečkovice, o quizá también en Medlánky, pero que intentarían atravesar Králova Pole. Allí aún se peleaba por cada casa, mientras el resto de la ciudad había recobrado ya la calma, expuesta solamente al terror de los guardias revolucionarios y de algunos francotiradores fanáticos que se habían quedado rezagados escondidos en los desvanes y los tejados de las casas. Los soldados rojos no se anduvieron con chiquitas: los barrieron con sus lanzamisiles llevándose además un trozo de cada tejado.

Cuando Kosťa descendió de la escalera, ¡qué cosas!, en los ojos le brillaban unas chispas huidizas. Pero entonces se frotó los párpados con los puños y estas desaparecieron.

¿Quién estaba ahí? No era el de la UNRRA, dijo, y ya no quiso hablar más sobre el tema. Acto seguido, señaló otra casa, junto a la que colocamos de nuevo la escalera. Estaba seguro desde el principio de que no tenía sentido buscar al yanqui en el centro de la ciudad, ni en los pisos bajos. Por eso la periferia de Žabovřesky le había parecido una de las mejores opciones para dar con él, y la escalera, una herramienta imprescindible para la tarea. Así que continuó, pero no parándose exhaustivamente en cada casa, pues, a veces, se saltaba por sorpresa alguna, tal vez siguiendo un misterioso código desconocido para mí, y otras se quedaba mirando una fachada de un modo extraño durante mucho rato. La verdad es que como ninguno de los dos tenía ninguna experiencia en la

búsqueda de yanquis, admití que su sistema tal vez pudiera dar sus frutos. Es su estilo, su manera de hacer las cosas, y tengo que respetarlo aunque me parezca bastante estrafalario. Después bajamos por la calle Rumunská hasta la plaza U Kapličky, pero antes de internarnos en las profundidades de Žabovřesky, Kosťa me hizo un gesto con la cabeza desde la plaza —más bien placita— y juntos colocamos la escalera en la acera.

Estábamos ante el escaparate roto de una tienda de muebles en la que se había empotrado una motocicleta militar. Allí seguía incrustada. ¿Les habría dado tiempo a sus ocupantes a saltar? El sidecar había salido volando y se había estrellado contra la pared. Kosťa entró en el escaparate, tratando de evitar pisar los trozos de cristal, se acercó hasta donde estaba la alforja de la moto y se agachó para abrirla. Con un ademán victorioso, sacó de ella unos grandes binoculares militares, otra herramienta de gran utilidad para buscar al yanqui.

Pero ahora, Kosťa, dígame, de verdad, ¿cómo sabía que iba a encontrar esta escalera que nos iba a servir de ayuda detrás de aquella verja y unos binoculares, que nos resultarán tan útiles, en esa bolsa?

No lo sabía.

Penetramos en las profundidades de Žabovřesky, como un escalpelo introduciéndose en la pared abdominal. A veces nos bastaba con cruzarnos de acera y mirar al segundo piso con los binoculares militares, pero otras no teníamos más remedio que recurrir a la escalera, aunque las persianas o las cortinas estuvieran echadas, porque ninguna estaba tan bien cerrada como para que no se pudiera encontrar un agujerito, aunque fuera del tamaño de un guisante, donde bastara colocar un ojo del tamaño del guisante, sí un guisante sobre otro, para saber lo que ocurría en el interior, mis amigos fisgones y *voyeurs*.

¿Muchachos, qué hacen?, preguntó el jardinero de la casa, que estaba de rodillas trasplantando unos rododendros de unos tiestos a unos parterres, para después cubrir cada agujero con tierra de turba. Para él, la guerra había terminado definitivamente, y por eso al levantar la cabeza le sorprendió descubrir a Kosťa subiendo por la escalera e intentando atisbar el interior del ático a través de una cortina echada.

Perdonen, muchachos, pero eso que están ustedes espiando es mi ático. Sepan que ahí guardo una buena colección de mariposas. ¡Ni se imaginan lo grande que es! Por supuesto no he despreciado mariposas comunes como la *Papilio macaón* o la *Maniola jurtina*,

pues confieso que en el fondo soy un demócrata masarykofilo… Ahora ya se puede decir otra vez, ¿eh?, dijo el jardinero. Pero las mariposas aristócratas son eso: aristócratas. Así es, jovencitos.

Y entonces el jardinero cogió una paletada de turba, la dejó caer en un agujero de rododendro y continuó: Por ejemplo, he conseguido un maravilloso lord naranja *Appias nero*, que no tiene nombre común checo, pero yo le llamo Filipinec porque proviene de las Filipinas. Y también una condesa morada *Polyxena*, de esas que cuando se posan sobre las paredes de las casas en Colombia o Argentina la gente ya sabe qué hora es. O un príncipe *Morpho menelaus*, que tengo por partida doble, ya que también logré hacerme con una princesa de las selvas brasileñas. Aunque soy un jardinero diligente, y me paso toda la primavera, el verano y el otoño de rodillas, para mí las joyas lepidópteras están por encima de cualquier hermosura floral: si una *Doxocopa cherubina* abre sus alas, por ejemplo, hasta la más bella de las orquídeas debería avergonzarse ante semejante hermosura. También les debo advertir de que, a través de esa cortina y con esta oscuridad, no van a distinguir nada de nada. Pero si esperan un rato, yo mismo les llevaré a mi desván y podrán contemplarlas acompañadas además de las pertinentes explicaciones de un especialista.

Después de que Kosťa y yo viéramos, con bastante prisa, la colección de mariposas y rechazáramos con verdadera lástima una invitación para comer algo que no intentamos siquiera adivinar lo que era, nos despedimos efusivamente del jardinero asegurándole que intercederíamos para que en el nuevo escudo de la ciudad liberada de Brno, o al menos en el de Žabovřesky, aparecieran unas alas de mariposa desplegadas. Acto seguido, continuamos nuestra peregrinación por Žabiny, hasta llegar al bosquecillo que queda entre Žabovřesky y el barrio Úřednické. Y entonces le pregunté a Kosťa si de verdad pensaba caminar entre los árboles pertrechado con semejante escalera. Él negó con la cabeza, echó un vistazo alrededor, y después, con mi ayuda, depositó la escalera, que era en verdad enorme, al lado de la verja ornamental de la mansión de cuento del arquitecto Dusan Jurkovič.

¿Así que de repente habíamos dejado de buscar en Žabovřesky y nos pasábamos al barrio Úřednické? Kosťa, usted sabe tan bien como yo que no vamos a encontrar a ningún yanqui, hasta lo ha reconocido. De hecho, ya casi ni lo buscamos. No tenemos la menor probabilidad de hallarlo. Y, desde luego, jamás lo conseguiremos si seguimos buscándolo de esta manera tan insensata.

Yo nunca he reconocido tal cosa, mi olvidadizo Jakub. Me limité

a pronunciar algunas dudas en voz alta. Es probable que ese yanqui ya no esté aquí. Sin embargo, yo no tengo derecho a pensarlo. Pero eso no quiere decir que no pueda dudar de ello. Soy un agnóstico integral, un escéptico pertinaz, pero a la vez sé muy bien que necesitamos la penicilina imperiosamente. Y, por lo tanto, es mi deber encontrar al yanqui, aunque me vea obligado a sacarlo a patadas de debajo de la tierra. Jakub, no le llevé al sanatorio, así que no tuvo la oportunidad de contemplar con sus propios ojos la impotencia que produce encontrarse cara a cara con la muerte cada día, y eso sabiendo que hay un medicamento milagroso que podría cambiarlo todo. Puede que mi obsesión por luchar por unas vidas perdidas en un sanatorio perdido, cuando la muerte es aquí y ahora tan habitual que hay escuadrones organizados para recoger cadáveres y todos los parques y jardines se han convertido en cementerios, le haga gracia. Sin embargo, creo que tenemos que intentarlo. Nada me da derecho a rendirme. Y ya basta. ¡Vamos! Además, me parece que es más probable que se encuentre en el barrio Úřednické que en el de Žabovřesky. Esta zona está más retirada, justo lo que un americano necesita en una ciudad en la que aún quedan restos del ejército de Hitler.

Como no parecía que nos fuésemos a encontrar con el despacho de nuestro americano debajo de uno de los abetos del bosque, Kosťa aprovechó ese trecho, durante el que nos tocaba caminar zigzagueando entre los árboles, para continuar la historia de la familia Laguzhin.

Bueno, Jakub, ¿dónde nos habíamos quedado? En fin, pues cuando los revolucionarios atacaron la hacienda del padre de mi padrastro, este último andaba por Finlandia. Y tenía una razón más que legítima para vagabundear por aquel país: se había enamorado desesperadamente, *s otchayaniyem*, de una hermosa finlandesa, *pryamo prelestnoy*. De mi madre. Y, como suele ocurrir, por aquella época ella estaba enamorada de otro… Pero, en vez de rendirse y darse al *beshenstvo* bebedor (y eso que los finlandeses habrían sido bastante comprensivos con él, ya que, al igual que los rusos, conocen muy bien el arte del *pyanstvovat* y caer en la desesperación autodestructiva), y en vez de apagar su dolor por las *kabaky* finlandesas, mi padrastro actuó de acuerdo a su carácter *nesokrushimoy*[30] y se dedicó a curar las heridas de otros. ¿He mencionado ya que mi padrastro había estudiado Medicina y que por aquella época ya ejercía como médico? Él se ocupó de los primeros refugiados que llegaban de Rusia con unas heridas tan terribles que solo de milagro seguían con vida. Y por ellos se enteró

de lo que había ocurrido en San Petersburgo, no lejos de Tsarko Seló y de la hacienda de su padre. En cuanto lo supo, acabó la operación que estaba realizando, vendó a su paciente y, temiendo lo peor, emprendió el camino de regreso a casa. Cuando llegó, descubrió que la realidad superaba con creces sus peores temores. Con grandes dificultades, encontró a un pope, que, bajo una tormenta de nieve fantasmal y muerto de miedo, intentó proporcionarles un entierro digno a los restos de sus padres que había podido encontrar. Por desgracia, las palabras del pope resultaban prácticamente inaudibles en medio de semejante ventisca; de hecho, al final ni siquiera se le veía: *okrestnost izchezlavo mgle mutnoy i zheltovatoy, skvoz kotoruyu leteli belyye zlopya snegu, nebo slilos s zemloyu*.[31] Aquel vendaval se convirtió en una suerte de devastadora misa funeraria. Después de estos terribles acontecimientos, seguro de que ya nada lo retenía en la madre Rusia, regresó a Finlandia para despedirse por siempre de mi madre, Marja Pakkala, que estaba enamorada de otro. Solo que esta vez el tiempo había pasado volando como una *ispugannaya*[32] *troika* rusa. Cuando llegó, todo había cambiado. Mi madre había sido abandonada por su caballero, que la había dejado en un avanzado estado de gravidez, pero al menos tuvo la suerte de que mi padrastro apareciera en el momento oportuno y consiguiera, gracias a su buen hacer como médico, salvar al niño en el complicado parto. Pero a ella no pudo salvarla. La enterraron en un bosque, no lejos del lago que había sido testigo, en otra época, de sus *lyubovnoy vstrechi*.[33] Y el resto de la narración ya lo conoce. Yo me quedé con mi padrastro. Y el barco *Miramare* zarpó, con nosotros a bordo, hacia Trieste, ese puerto libre que los Habsburgo acababan de soltar de su abrazo. Mi padrastro eligió Trieste solo como punto de partida para internarse en la asalvajada Europa. Créame, Jakub: cuando alguien afirma que la guerra es un acelerador de la historia, eso solo es cierto en el peor de los sentidos. Hicimos también una parada en Suiza. Y es que, a diferencia de los revolucionarios marxistas que habían asesinado a su familia, él sí sabía dónde había guardado su padre el tesoro de la familia. Trieste era un lugar maravilloso, uno de los puertos con más magia del mundo, pero también una central importante de espionaje llena de futuros revolucionarios que se pasaban el día buscando nuevos puntos donde prender los siguientes puros de la revolución. Por eso mismo, mi padrastro no tenía la menor intención de educar allí a su protegido. Durante un tiempo, barajó incluso la posibilidad de instalarse en Francia. Pero solo durante un breve período, porque enseguida recordó que

Francia es, desde hace mucho, y tras la revolución bolchevique aún más, la segunda patria de los emigrantes rusos, y él no quería verse atado con un cordón de emigrante a su *zlopoluchnoy otchiznie.*[34] De todas formas, tenía un motivo más para descartar Francia, un motivo heredado de su padre. No habría estado bien que solo hubiera heredado de su padre una cuenta en Suiza y no se hubiera quedado además con sus manías. El padre de mi padrastro siempre había afirmado que Poincaré era un tremendo bribón, o al menos un pusilánime, pues como presidente de Francia que era en aquel entonces estaba obligado a detener un asesinato que solo él habría podido impedir. Y es que no canceló la ejecución que había tenido lugar al abrigo de la penumbra matinal del bosque de Vincennes. El padre de mi padrastro no había llegado a conocer personalmente a Margaretha Zelle-McLeod, pues esta no había llevado sus *tournées* de baile hasta la corte del zar en Tsarske Seló; sin embargo, Mata Hari, como él la conocía por la leyenda y de oídas, era una de las protagonistas de sus sueños. Así que, Francia, el país responsable de su asesinato, no era una opción para mi padrastro. Al final, pasó en Trieste casi un año, hasta que se decidió por Checoslovaquia, ese pequeño país que justo entonces comenzaba su historia y que tenía como presidente a un filósofo, algo impensable en la Europa de aquellos tiempos: un país que había apostado por la democracia y la libertad. Y ahora, mi querido Jakub, mire este roble. Cuando era un adolescente grabé en su corteza un corazón con las iniciales de mi primer amor. Pero ¿lo ve? Con el paso de los años se ha endurecido y resulta ilegible. Al igual que se ha endurecido en mi memoria. Sin embargo, el recuerdo de mi padrastro permanece grabado en una corteza que no se endurece jamás. Le prometí que encontraría la penicilina. Y el hecho de que esa promesa tal vez sea irrealizable no tiene la menor importancia.

Nos adentramos en el barrio Úřednické, que, como me advirtió Kosťa, no había sido bombardeado ni por los aliados ni por los soviéticos. Allí se había luchado con armamento ligero, como mucho ametralladoras. Las únicas huellas que quedaban de la guerra por aquella zona eran pues los agujeros de las fachadas y los cristales rotos de las ventanas.

Escuche, Kosťa, me acordé de pronto, ¿no ha llegado ya el momento de que me confiese eso tan íntimo que le une al enorme lienzo de Repin?

Kosťa me miró divertido. ¿Eso le prometí? Querido Jakubek, le voy a defraudar. Olvídelo, ese momento no ha llegado aún.

Pero cuando me miró con atención y se percató de lo

profundamente que me había herido su desconfianza, se recompuso y yo mismo percibí que estaba dispuesto a confiarme eso tan íntimo que le unía al cuadro de Repin. Y ya lo tenía en la punta de la lengua, estaba a punto de soltarlo, cuando se detuvo de un modo tan brusco que no pude evitar chocar contra él. Con expresión confundida, me señaló hacia arriba, a la azotea de una casa.

¿Son cariátides?, preguntó.

Yo también levanté la cabeza. En absoluto, Konstantin Maximovich. Brno está repleto de cariátides, hay tantas como perdigones en el culo de un cazador, pero precisamente esas no lo son. Por nada del mundo se subirían a una construcción funcionalista. Las cariátides son alérgicas al funcionalismo. Kosťa, veo que la arquitectura no es su fuerte. Estas figuras sujetan siempre algo en una fachada o en un portal. O, para decirlo con precisión, parece que sujetan algo, por lo general los aleros de las ventanas o los salientes que quedan entre ellas. Sin embargo, estas a las que usted se refiere no sujetan nada, sino que están colocadas arriba, en el tejado, creando un conjunto figurativo, un grupo de figurillas de piedra muy bien organizado. Son, cómo podría explicárselo…

Pero no se lo expliqué. Me interrumpí en medio de la frase y levanté la vista, bastante confundido, hacia el grupo de figuras de piedra. Algo no encajaba. En los dos extremos del tejado, el derecho y el izquierdo, había unas figuras a gatas que se agarraban de los hombros, con las cabecitas vueltas hacia sí mismas confiadamente, mientras que, en medio, un gran grupo levantaba sobre sus cabezas a otra figura vestida con —sí, no cabía duda— un vestido blanco de novia. Y entonces me percaté de que las esculturas del tejado eran de colores, algo bastante atípico en lo que a esculturas de fachadas se refiere.

Los muy bribones nos están mirando, me advirtió Kosťa, ese halcón ruso-finlandés que si hubiera querido habría sido capaz de ver hasta a un elefante haciendo señales con un espejo de bolsillo desde Neptuno.

Dios mío, pero ¡si yo conozco esas caras! Bueno, algunas de ellas. ¡Me están mirando a mí! ¡Son los enanos del circo de Romadúr! Y su mano se levantó al punto para saludarles. Justo en ese momento, las pícaras figurillas cobraron vida de repente y nos invitaron a subir. Sin más dilación, entramos en la casa y corrimos escaleras arriba, los cinco pisos, y después subimos por la escalera de incendios hasta la azotea, que era más grande que un campo de fútbol. Claro, tenían que caber todos. Toda la familia de enanos del

circo Romadúr, y las ovejas amaestradas y los ponis y el payaso; todos aquellos que pensamos que habían fallecido durante el bombardeo al campamento de invierno del circo. Y junto a ellos había muchos otros enanos, vestidos de boda, con fracs, esmóquines y chaqués diminutos. Entonces Kosťa, que con su analítico cerebro ruso-finlandés evaluó de inmediato lo que ocurría, me dio un empujón en las costillas, y acto seguido desapareció, para regresar al cabo de un rato, ese que necesité yo para entenderlo todo, con un ramo de novia en la mano.

No creo que Kosťa y Kuba pasaran en la boda de los enanos demasiado tiempo. Tenían otras obligaciones más urgentes que eran el motor que los impulsaba a continuar. Pero ni siquiera esa media hora escasa que pasaron allí se podía considerar perdida, ya que entre los invitados encontraron a alguien, a uno de los enanos, que podría ayudarles a llevar su peregrinación a su anhelado fin. Llegaremos a ese punto, no se preocupen, pero todo a su debido momento.

Ante todo, ¿puedo preguntarles ahora cómo se imaginan que era el ramo que llevó Kosťa? Los más listos de entre ustedes ya habrán adivinado que lo había traído de casa del jardinero y que estaba formado por las mariposas más maravillosas que puedan encontrarse, todas ellas con las alas desplegadas, colocadas por el jardinero como si fueran un ramo de flores y tapadas con una película transparente: había seis ejemplares de *Eryphanis polyxena* alrededor de cuatro ejemplares azules de *Euploea mulcibera* y, en el centro, una mariposa pavo real. El ramo más bonito que una novia jamás se habría atrevido a soñar. El jardinero se lo dio a Kosťa a cambio de la repetida promesa de que haría todo lo posible para se añadieran al escudo del barrio de Žabovřesky un par de alas de mariposa. Las promesas se hacen, los locos quedan complacidos, pero nosotros sabemos hoy en día que ni Kosťa ni nadie más consiguió lo del escudo. Aunque el futuro está por escribir, quién sabe, tal vez un día alguien consiga incorporarle esas dos alas.

Es necesario hacer hincapié aquí en que la pareja de enanos del circo ya había pasado por una boda. Una boda de circo. Ningún otro circo había contado jamás con una atracción tan conmovedora. Se celebró bajo el resplandor de los focos, y el velo largo y blanco que llevaba tras de sí la enana Roxana por la pista, cuyo serrín olía aún a sudor de tigre bailando con esfuerzo *El lago de los cisnes*, envolvió los corazones de los espectadores, y lo hacía de una forma tan poderosa que sus dolorosos suspiros volaban como globos hacia

la cima de la carpa.

Solo que la boda de los enanos en el circo, esa boda preparada para emocionar al público, no era en absoluto la que deseaban Roxana y Fredy. Es decir, no era una verdadera boda, con todos sus componentes… Para empezar, faltaban un cura y una ceremonia real que los uniera en la vida y en la muerte. Así que este bis nupcial en el tejado de una casa funcionalista en el barrio Úřednické, justamente esta boda, llenó también de lágrimas los ojos de Roxana y de Fredy.

Pero aquí voy a necesitar dar un pequeño rodeo para explicar algo. Cuando al final de la guerra el ejército alemán en retirada se libró de toda la carga sobrante, se libró también de sus enanos.

Forma parte de la larga historia de varias familias de enanos alemanes, tan larga como ese velo nupcial, que querrán escuchar al menos en su versión resumida:

El objetivo ideológico original de los nazis era limpiar la etnia alemana «de todo lo defectuoso». Y así, tras la subida de Hitler al poder, se eliminaba a los integrantes de la nación alemana que estaban discapacitados mental o físicamente en unas instituciones especiales, y habrían acabado con todos los enanos alemanes, con su baja talla y sus figuras encorvadas, indignas de la raza superior, si entre ellos, paradójicamente, no hubiera habido algunos individuos geniales. En principio, eso no tendría por qué haberles salvado, pues ya conocemos el destino de los judíos alemanes, por muy geniales que estos fueran, en los tiempos del imperio nazi. Pero, atención, que estamos hablando de Gerhard Moser y de Wilhem Auerbach, un par de primos lejanos que contribuyeron de un modo fundamental al desarrollo de los milagrosos misiles V1 y V2. Cuando los americanos, al final de la guerra, capturaron al constructor de cohetes Wernher von Braun para que trabajara en su investigación militar y cósmica, no tenían ni idea de que en realidad Von Braun solo ayudaba a Moser y a Auerbach en la construcción de cohetes en Peenemunde, y tampoco sabían que todo lo que había hecho después, incluida la construcción del cohete *Saturno V*, que llevó más tarde a los astronautas americanos hasta la luna, lo había copiado de sus maestros enanos. Además, al propio Von Braun le interesaba mantener cerrado el pico y no revelar nada. Pero a nosotros nos interesa este tema por otro motivo, y es que Moser y Auerbach pusieron una condición para construir esas armas milagrosas: que todos los enanos (y aquí me apresuro a enfatizar que no solo los alemanes) fueran intocables. Al final de la guerra, los enanos alemanes, mucho más solidarios con el

destino de otros enanos que con el destino de la nación alemana (Hitler lo sabía muy bien, y por eso en cuanto Moser y Auerbach dejaron de resultarle útiles, cuando estuvo claro que ya era tarde para desarrollar esa arma milagrosa que sobrevolara el Atlántico y alcanzara Washington y Nueva York, ordenó que acabaran con ellos. Aunque también lo hizo, claro está, para que no cayeran en manos de los americanos), se unieron a los enanos checos. Su primera acción conjunta fue precisamente la boda de Roxana y Fredy en Brno. A diferencia de los checos, los enanos alemanes sí tenían a su disposición a un capellán enano, así que esta vez en la ceremonia no faltó de nada. Y además fue la primera boda que se ofició en Brno después de la guerra.

En el tejado se congregaba una especie de marabunta nupcial. Para que cupieran todos, buena parte de los invitados tenía que permanecer sentada sobre los ponis del circo y las ovejas amaestradas. Pero si reparan ahora conmigo en el desarrollo de la boda, entenderán que hasta ese apelotonamiento cumplía un papel específico y trascendente en la ceremonia nupcial. Hoy día, estamos acostumbrados a organizar bodas en góndolas, globos aerostáticos o en el fondo de embalses, y por eso no encontramos nada demasiado extravagante en esa densa boda del tejado. Pero, a finales de abril de 1945, aquello fue no solo excéntrico, sino también peligroso. Semejante acumulación de gente podría haber puesto nervioso, *raznervichatsya*, como dicen los rusos, a cualquier bombardero soviético que por allí pasara y que podría haber soltado sobre el tejado de aquella perla funcionalista un *privet* del *tovarishch*[35] Stalin para tranquilizarse. Pero la amenaza solo podía provenir del cielo, la boda estaba a salvo de un posible tiroteo desde la calle. Los invitados, a los que habían instado a no llamar la atención, no debían acercarse a los bordes del tejado, así que desde abajo no se les veía. La exhibición que habían hecho para Kuba y Kosťa había sido una verdadera excepción.

En ese instante, Kuba se separó de Kosťa y se abrió paso hasta donde estaban Roxana y Fredy y los levantó a ambos en brazos sin avergonzarse de regarlos al tiempo con sus lágrimas. Solo después se acercó al payaso que estaba sentado sobre la más aguerrida de las ovejas amaestradas y le soltó: No quiero ser inoportuno, amigo, pero no sabíamos nada de vosotros desde hacía diez días. No os podéis ni imaginar lo desgraciada que se sintió Vanesa al encontrar el campamento del circo hecho cenizas. Cayó en una tristeza tan profunda que se quedó ciega al instante: no quiere ver ya nada, no quiere ver un mundo donde no están Roxana ni Fredy ni sus amadas

ovejas y ponis, ni tú, ¡payaso chiflado! Y, aun así, ciega, ¡continúa haciendo de funámbula! ¡Es una obsesión suicida!

¡Qué horror!, comentó asustado el payaso. Pero déjame explicártelo. No es culpa nuestra. Cuando nos lanzaron las empanadillas de Stalin sobre el campamento, estábamos celebrando un picnic prenupcial en el bosque, detrás de Jundrov. Y al descubrir lo que había quedado del campamento, enviamos de inmediato a un hombre con el mensaje de que habíamos sobrevivido al bombardeo, que nos habíamos refugiado en el barrio Úřednické, en la mansión de unos oficiales de la Wehrmacht, y que estábamos preparando la boda de Roxana y Fredy, que se celebraría en el tejado. El mensajero no regresó, pero pensamos que aparecería más tarde, acompañando al resto de los invitados que hubiesen decidido asistir a la boda. Sin embargo, como a estas alturas aún no ha venido nadie, hemos mandado a otro mensajero enano en esa dirección, hará como una media hora. Seguimos esperando a que los demás se presenten aquí para dar comienzo a la ceremonia. Al principio supuse que ustedes se lo habrían topado por el camino, aunque ya veo que no, que no saben nada de él.

Jakub negó con la cabeza.

No creí necesario explicarle al payaso lo que me había llevado allí, así que me limité a recordarle que abrigaba la esperanza de que su mensajero hubiera llegado al lugar adecuado: la entrada de nuestra mansión de Pisárky. Si así fuera, podríamos reunirnos todos allí enseguida.

Eso espero, me dijo el payaso para tranquilizarme, pues aunque los mensajeros enanos tienen las piernas cortas y son, por ese motivo, bastante lentos, también resultan tremendamente fiables.

No entiendo. ¿Qué quieres decir con eso de tremendamente?, inquirí.

Solo quería decir que cuando uno le confía una tarea a un enano, sabe que la llevará a cabo aunque para ello tenga que pasar por encima del cadáver de cualquiera.

Ese no será nuestro caso, le refuté.

El payaso se sentó de nuevo en su oveja y se puso a peinar y cardar su lana nerviosamente; las manos saltaban sobre su lomo como si estuviera quitando malas hierbas.

Busqué con la vista a Kosťa. Por suerte, sobresalíamos mucho por encima de ese rebaño de ovejas y enanos, de modo que no tardé mucho en divisarlo. Estaba, o al menos eso me pareció a mí, tratando de cumplir un viejo sueño, tal vez de la niñez (así me lo

expliqué a mí mismo). Mi amigo intentaba a toda costa sentar a un enano sobre uno de los ponis, a pesar de que el enano en cuestión agitaba las piernas frenéticamente y el animal repartía coces a diestro y siniestro. Creo que la espera estaba logrando ponernos a todos nerviosos. Quería haber dicho algo al respecto, pero el payaso me lo quitó de la punta de la lengua: deberíamos empezar, seguro que están a punto de llegar. Todo está preparado. Hay que celebrar ya la misa nupcial, la va a oficiar el padre Zeilheisses, dijo señalando a otro enano, y queremos realizar el resto de ritos típicos que suelen acompañar a nuestras bodas, pues, además de los checos, solemos practicar ciertos rituales alemanes y hasta algunos propios de los enanos. Retrasar aún más el comienzo puede resultar fatal. Si no empezamos en breve, no me hago responsable de lo que pueda pasar.

No había duda de que tenía razón. De momento, los enanos se divertían y el murmullo de las animadas conversaciones checo-alemanas flotaba sobre los invitados como la niebla matinal sobre un prado, pero no podíamos estar seguros en absoluto de que no se les fuera a terminar la paciencia en cualquier momento y el día de Roxana y Fredy se echara finalmente a perder.

Retrasar el comienzo, eso ya nos lo conocemos del circo, continuó el payaso. Cuando, por alguna razón —por ejemplo cuando a la trapecista le daba un ataque de histeria—, se corría el peligro de que ese tiempo de espera se alargara indefinidamente mientras el público impaciente ya ocupaba sus correspondientes asientos, nosotros, los payasos, sabíamos que nos tocaba salir a animar el cotarro, pues, de lo contrario, se iría todo a la mierda. ¿Te acuerdas de la trapecista Adriana?

¿Quién no se acordaba de Adriana?, asentí. Cuanto más hermosas son las mujeres, más histéricas. No es su belleza lo que hace temblar la historia, sino su naturaleza histérica.

Exacto, asintió el payaso. Yo mantengo, aunque algunos lo considerarían una herejía, que estaríamos mucho mejor si el mundo fuese tan feo como un culo cervecero y las mujeres llevaran puestas máscaras de sapo cubriendo sus caras.

Eso mismo iba a decir yo, y asentí. La humanidad paga un precio demasiado alto por la belleza.

Y, entonces, el payaso se rebuscó en los bolsillos, en los que tenía más pañuelos que llaves un capellán, y sacó un ducado.

Parece que es de oro.

Exacto. De veinticuatro quilates. ¿Cara o cruz?, preguntó.

Espera, ¿qué nos jugamos? En fin, de acuerdo…, cara.

El payaso asintió de nuevo y lanzó la moneda, el ducado de oro, sobre nuestras cabezas. Yo entendí que debía de tratarse de una de las costumbres de la boda y me quedé mirando cómo la moneda daba vueltas en el aire ascendiendo helicoidalmente, hasta que los rayos del sol me impidieron distinguirla. Me pareció que tardaba demasiado en bajar. Pero entonces, desde abajo, desde la calle, me llegó el sonido del tintineo del oro: el ducado había caído sobre los adoquines. El payaso me agarró del brazo justo cuando estaba a punto de asomarme a mirar.

Así no podré saber si ha salido cara.

Desde esta altura, tampoco lo distinguirías. Y, además, ¿sabes qué? Has de alegrarte de no saberlo. En los tiempos que corren, es mejor no saber ciertas cosas.

¿Qué? ¿De qué va todo esto? ¿Qué es lo que nos hemos jugado, ruin alma de dromedario?

El payaso encogió entonces sus dos jorobas y ambos levantamos a la vez nuestras cabezas. La orquesta de los enanos comenzaba a ensayar la marcha nupcial de *Lohengrin*.

CAPÍTULO VI

EL MINOTAURO

Sí, los alimentos. Es muy fácil llenar la casa con una horda de gentes sin techo, pero el que los ha metido allí tiene que ocuparse después de sus inquilinos. Y no solo de aquellos que están en el primer piso, sino también de los del bajo, los Havličkovi, a pesar de que su comportamiento fue francamente vergonzoso y estaría en su derecho de mandarlos a la porra. De momento, gracias a Dios, dispongo de los sacos con las pertenencias de los de la Gestapo, un montón de trastos susceptibles de ser cambiados por provisiones en la estación. Visto de este modo, el legado de la Gestapo ya no me echaba para atrás.

Y, ahora que me he cerciorado de que soy capaz de mantener a todas esas bocas hambrientas a las que he dado cobijo, voy a buscar a un par de sin techo más para que compartan con nosotros el piso de mis padres. Y con esto ya termino. La casa no da más de sí.

Dicho y hecho: de camino a la calle Mečová, recluté a dos sin techo «individuales», porque sería más fácil y más cómodo que encontrar a una pareja sin hijos. Uno lo descubrió Kaňka en un hueco de una casa de la calle Křenová. Estaba encogido, con las rodillas pegadas a la barbilla y sumido en una profunda melancolía, como un cubo metido en un pozo. Cuando me dirigí a él agitó la cabeza, malhumorado, se levantó sin ganas y vino con nosotros.

Dos aviones soviéticos planeaban sobre nuestras cabezas, y en algún lado, a lo lejos, tosió un mortero. Eso es un *katyusha*, dijo el melancólico, que estaba bien informado, y enseguida se sumió de nuevo en su pozo de autismo. Kaňka quiso añadir algo, pero se dio cuenta a tiempo de que no debía exhibir sus habilidades ante extraños. Por el camino recogimos a un último sin techo, que, al enterarse de que iba a tener a su disposición una habitación gratis en una casa muy agradable, cayó en tal arrebato de alegría que hizo una buena parte del camino hasta su nuevo hogar corriendo sobre sus manos.

El melancólico se instaló enseguida en el cuarto que le ofrecimos, sin decir nada, si es que se puede llamar «instalar» a volver a agacharse con las rodillas pegadas a la barbilla. El otro, un sanguíneo seguramente, recorrió toda la casa sin poder ocultar su nerviosismo y se puso a charlar con las familias ya asentadas con las que se topó. Yo esperaba que todos se llevaran bien, para que, cuando se separaran de nuevo en el futuro, conservaran un bonito recuerdo de su estancia aquí, uno de esos recuerdos que se quedan dando vueltas como una rueca que no deja de hilar su hilo.

Cuando todos estuvieron ubicados, me quedé inmóvil ante las escaleras que llevaban al ático, tan hechizado por mis buenas acciones (ay, soy tan bueno como el tañido de las campanas que se eleva sobre las cortinas, ¡como el pan recién salido del horno!) que Kaňka tuvo que empujarme para que reaccionara. Para reforzar el efecto del empujón, tomó prestada la voz de un pegador de carteles: Bueno, ya vale, no te vayas a mear encima de gusto, querido. Bajé pues al sótano y cuando ya me dirigía al piso de arriba cargado con el primero de los sacos (con grandes dificultades, pues la escalera era bastante empinada), me encontré a la señora Havličkova de pie junto a la puerta entreabierta de su piso. La mujer se dirigió a mí del modo más servil que pudo encontrar: Buenos días, señor Steinmann. No se enfade, por favor, pero tengo que decirle que ha tenido usted una visita. Como no estaba en casa, me ha dicho que volvería.

Ah, y ¿quién era y qué quería?

Era un señor muy fino, muy bien vestido. Pero no dijo ni su nombre ni lo que quería.

Se quedó callada pero al poco soltó: Además, me gustaría decirle, señor Steinmann, que siento mucho lo que pasó…

Déjelo estar, dije haciendo un gesto con la mano. Sepa que no tengo nada en contra de ustedes. Fueron buenos amigos de mis padres, y estaría encantado de que ahora fueran también amigos míos.

Y me dispuse a levantar el saco para continuar mi camino, pero la señora Havličkova protestó: ¡Haga el favor de no cargar con semejante peso! Mi marido le echará una mano… ¡Rudolf!, gritó.

Pero yo rechacé rotundamente su ayuda y continué subiendo.

Después de dejar el primero en un lugar seguro, bajé de nuevo al sótano a por el resto de los sacos. Estaba subiendo, despacio, cargado con ellos, cuando la señora Havlicková me interceptó de nuevo: Mientras usted se encontraba en el sótano ha vuelto a aparecer el señor de antes. Pero no ha querido esperar y ha subido

directamente arriba, a su piso, añadió disculpándose.

Está bien, asentí.

Había dejado la puerta del piso abierta mientras terminaba de subir todos los sacos y, para mi sorpresa, en lugar de esperar fuera, el visitante entró hasta el ático. Resulta que se había topado con mi inquilino diligente y sanguíneo, que no había tardado mucho en conocer a sus compañeros de casa. De hecho, debía de haberse ocupado él mismo del visitante.

Se habían sentado en unas sillas y tenían las piernas apoyadas en un armarito que solo contenía, como averigüé mucho más tarde, dos grandes mantas de pelo de camello. Mi avispado inquilino me puso al tanto de la conversación enseguida. Mantenían un animado debate sobre si, durante los primeros años de la posguerra, seguirían teniendo vigencia los vales de alimentos o si se acabaría el mercado negro, pues era un hecho que los ocupantes nos habían dejado sin comida. La gente de la ciudad se vería obligada a emplear sus balcones como criaderos de conejos, o tal vez de gallinas. Pero cuando mi huésped comprendió que su presencia ya no era necesaria, se levantó sin disimular su disgusto y, desde la puerta, se despidió de mi visitante. Aunque este, como si lo hubiera borrado de su mente, no reaccionó a su despedida.

El visitante era un hombre de complexión mediana. Bastante bien vestido, con un traje casi nuevo y unos pantalones blancos de gala, de los que se denominaban «de porcelana», una corbata marrón, cuidadosamente afeitado y con el cabello canoso recortado con elegancia, a primera vista parecía un notario o un abogado de prestigio. Infundía una suerte de respeto amable.

Apenas cerré la puerta tras mi sanguíneo inquilino, cuando el visitante se levantó, salió a mi encuentro y se detuvo a aproximadamente un metro de distancia de donde yo me encontraba. Permaneció en silencio durante un breve instante y después, de sopetón, me lo dijo.

¿Qué?, preguntó Jindřich mirando a ese elegante aunque delgado oficinista, en cuyas gafitas se reflejaba ahora ese espejo grande y redondo situado a sus espaldas.

Soy un minotauro, repitió el visitante. El espacio en el que se halla el mundo durante este tiempo es un laberinto y yo soy su señor. Si no me da muerte en este mismo instante, el mundo será mi presa para siempre.

El espejo redondo a la espalda de Jindřich, el que se reflejaba en las gafitas del visitante, reflejaba ahora las gafitas del visitante, y en ellas se reflejaba de nuevo el espejo redondo que reflejaba las

gafitas, y así una y otra vez. Jindřich, confundido, alargó la mano como si quisiera darle un empujón al visitante, pero este estaba ocupado buscando algo en las profundidades de su larga americana. El visitante depositó entonces sobre la mano extendida de Jindřich un cuchillo, una daga con una hoja larga y afilada, y dio un par de pasos al frente para que le resultase más fácil apuñalarlo. Pero Jindřich miró asustado el cuchillo y lo dejó caer al suelo. El oficinista apartó la daga con el pie y se rio: Le entiendo. No es tan fácil. Espere, no huya de mí.

Acto seguido se volvió, se dirigió hacia la ventana y regresó con el fusil que había dejado el francotirador. Lo estudió, lo revisó, le quitó el seguro y se lo tendió a Jindřich, colocando la boca del fusil contra su pecho al tiempo que decía:
El fusil está cargado y el seguro quitado. Me está apuntando directamente al corazón, así que vale con que apriete el gatillo.

Durante un instante, se quedaron uno frente al otro: el estupefacto Jindřich, con el fusil en la mano, y el visitante, con el pecho apoyado contra la boca del fusil.

¡Vaya, vaya!, comentó el oficinista cuando Jindřich dejó el fusil en el suelo. Todo dependía de usted. Y usted ya ha decidido. Nadie volverá a tener jamás una oportunidad semejante. El mundo seguirá siendo para siempre este intento de mierda… ¡Un momento, yo tenía por aquí un sombrero!

Y el visitante, desorientado, echó un vistazo a su alrededor hasta que dio con el sombrero, que estaba sobre un zapatero. Fíjese, jamás hubiera pensado que lo había dejado aquí. Aunque creo que mi descuido se puede disculpar… No estaba seguro de cómo iba a reaccionar usted. En fin, nada más, cuídese.

Y, acto seguido, el minotauro se colocó graciosamente su sombrero y salió a cumplir con sus obligaciones.

CAPÍTULO VII

EL *STURMBANNFÜHRER* Y TEREZA

Admitámoslo, la encantadora boda de los enanos no se nos olvidará fácilmente. Estuvo repleta de ceremonias inolvidables y conmovedoras aunque indescriptibles con mi pobre vocabulario, de rituales cuyo origen se remonta hasta un supuesto y lejano pasado liliputiense, si es que existiera un pasado semejante. Y es que, en el caso de nuestros enanos, su discapacidad no era una herencia familiar, sino más bien algo aleatorio, como un retraso en el desarrollo o como la joroba doble del payaso. Por cierto, ¿cómo es que los nazis, que tras su ley eugenésica a punto estuvieron de exterminar la talla enana, permitieron que el enorme pie zambo de Goebbels llegara arrastrándose hasta el puesto de ministro de Propaganda?

Por desgracia, tuvimos que salir zumbando de la boda antes de tiempo, pues Kosťa insistía en que Mr. Penicilin, como le llamábamos, nos estaba esperando impaciente en algún lugar de esta ciudad perdida de la mano de Dios. Sin embargo, esta vez estábamos, por así decirlo, en el buen camino. Uno de los asistentes a la boda, el enano alemán Werner Müller, nos informó de la existencia de un detective privado, un tal Daniel Kočí, con el que él, y también algunos cuantos más, había tenido muy buena experiencia. Nos convenció de que había que dejar la búsqueda en manos de especialistas.

Para entonces estábamos ya impregnados de una fe ciega en los milagros. Sí, en la boda vivimos algo que nos devolvió la confianza en el final feliz de nuestras infelices historias: Vanesa, la ciega, tuvo una visión.

Cuando al fin aparecieron el domador con el oso y Vanesa y terminó la espera de los invitados a la boda, la funámbula ciega tuvo la oportunidad de tocar a las ovejas amaestradas, a los ponis, al payaso de la doble joroba y a sus queridos enanos, Roxana y Fredy. Y con ello también tuvo la oportunidad de liberarse de la

promesa que había hecho de no volver a ver la luz del sol, la luna y las estrellas, porque sus seres queridos, supuestamente enterrados bajo los escombros del campamento de invierno, tampoco la iban a ver.

Debo decir que no se presentó allí ningún miembro más de la familia de los textileros. Todos se disculparon, dijeron que lo sentían mucho, pero que a su matusalénica edad ya no se atrevían a arrastrarse hasta el tejado del edificio funcionalista, aunque por supuesto enviaban sus felicitaciones a los amables recién casados además de un regalito de boda: unos retales de las mejores telas para hacer pijamitas, camisoncitos, toallitas, sabanitas, cojincitos y batitas. Sí, yo también aborrezco estos tontos diminutivos, pero ¡qué le vamos a hacer! No debemos olvidar que los agasajados eran enanos.

Como ya hemos dicho, nos convencieron de que las búsquedas como la nuestra se deben dejar en manos de profesionales, o sea, de detectives privados. Así que bajamos del tejado nupcial y, ¡miren por dónde!, en el polvo del camino, no lejos de la acera, nos topamos con el pequeño círculo que había dejado el ducado de oro ausente. En esa época, no debería habernos sorprendido que no nos hubiera esperado. Alguien lo había birlado. Así que nunca sabré si había salido cara o cruz. No podía saberse por la huella dejada en el polvo, a pesar de que me agaché y estuve un rato acariciando el círculo con la mirada, sin darme cuenta de que de todas formas tampoco habría sabido lo que quería decir aquel oráculo.

La casa de la calle Orlí, número 18, adonde nos había dirigido el amigable invitado enano, es un edificio encantador que hace esquina, con ventanas que dan tanto a la misma calle Orlí como a la calle Josefská. Está, además, decorado con un encantador *risalto*, que me gusta especialmente. Alguien podría defender que es más un mirador que un *risalto*, pero creo que eso no tiene demasiada importancia. Descubrimos un cartelito sobre los timbres de la casa que nos convenció de que nos encontrábamos en el lugar adecuado: Dan Kočí, detective privado, servicios altamente profesionales y discretos. Búsquedas de cualquier tipo, incluso operaciones especiales.

Estábamos de suerte. El timbre era a pilas, unas buenas pilas de las de antes de la guerra, así que llamamos. El detective privado estaba en casa. El hombre se acababa de enterar de una buena noticia por uno de sus informantes y estaba ansioso por celebrarlo con alguien, así que se alegró de vernos. Tan emocionado estaba que, sin preguntarnos siquiera quiénes éramos ni qué queríamos,

nos empujó *ipso facto* escaleras arriba.

Caballeros, ¡los rusos han llegado a Berlín! ¿Saben lo que eso significa? ¿Se imaginan lo que supondría para Hitler que la ciudad cayera en manos de los rusos? Stalin lo enviaría al Kremlin dentro de una jaula de monos y, una vez allí, se entretendría pinchándole con un atizador al rojo vivo. A Hitler solo le queda una opción: ¡el suicidio! Aunque también podría ocurrir que alguno de sus oficiales más cercanos lo liquidara para luego poder presumir cuando cayeran en manos de los rusos.

Dan Kočí vivía en el penúltimo piso de aquel edificio tan sólido y ligeramente modernista, pero, ay, sin ascensor. El detective subía las escaleras a tal velocidad, para celebrar con nosotros la toma de Berlín y la muerte de Hitler, que solo le seguíamos el ritmo gracias a que en cada piso, con las lenguas fuera, nos parábamos a hacer un breve descanso, mientras que él seguía hablando sin parar y, solo en contadas ocasiones, se volvía hacia nosotros con impaciencia.

Se trataba de un piso de soltero, aunque a primera vista se reconocía que una mano femenina le daba unos toques de vez en cuando. Alguien que está tan reventado como lo estábamos nosotros tras la subida agradece que su anfitrión le ponga debajo del trasero un cómodo sillón.

Enfrente del sillón en el que me derrumbé, colgaba un cuadro de la iglesia de San Jacobo, un relieve en madera tallado con tanto detalle que hasta se podía distinguir la granulosidad de los muros de la iglesia. Además, un pequeño ventanuco abierto en uno de los muros dejaba ver parte de la sacristía. Era un grabado tan peculiar que lo atribuí a una especie de Durero nacido en Brno. Dan Kočí, que había detectado mi mirada de admiración, me contó que, en efecto, se trataba de un regalo de un auténtico maestro, uno de sus clientes, cuyo nombre en ese momento no le venía a la memoria, ya que había tenido tantos que se había visto obligado a comprarse un fichero, y ya saben cómo acaban las cosas cuando se hace uno con un fichero, ¿no? Se le borra la memoria.

Es embarazoso, se disculpó, pero aquí no tengo nada de beber para ofrecerles, solo licor de huevo. También fue un regalo de un cliente, o más bien de una clienta. Y se puso a servirlo en unos vasos.

Bueno, brindemos… ¡Por Hitler *kaput*!

Solo cuando hubimos brindado tuvo el detective a bien preguntarnos qué asunto nos había llevado hasta allí.

Si les digo la verdad, yo tampoco creo que quede ningún yanqui en Brno, pero si ese tal Mr. Penicilin aún anda por aquí no supondrá

un problema encontrarlo. Dispongo de una buena red de informantes. Uno de ellos, de hecho, fue el que me trajo la noticia de que los rusos habían entrado en Berlín. Y me apostaría tranquilamente lo que fuera a que cuando la central eléctrica se ponga de nuevo en funcionamiento y encendamos la radio enseguida oiremos que en el Reichstag ondea… ¡la bandera soviética! Pero supongo que se estarán preguntando cómo he encontrado a mis informantes.

No nos lo preguntábamos, pero sí queríamos que se pusiera a buscar cuanto antes. Éramos capaces de aguantar con suma paciencia cualquier cosa si eso nos abría el camino hasta Mr. Penicilin.

Para que nos entendamos: mi agencia no es un negocio que dé grandes beneficios. La policía del Protectorado y la Gestapo tenían el monopolio de los asesinatos, así que nunca me inmiscuí en esos asuntos. Trabajaba tres turnos al día en una fábrica, y eso me daba para vivir bastante bien. En realidad, siempre he considerado la agencia una especie de pasatiempo. Esta me permitía dedicarme a algo que me entretenía, y me entretiene mucho: las infidelidades. En definitiva, que la mayoría de mis clientes eran cornudos y cornudas. No me pagaban, ni me pagan ahora, con billetes del Protectorado, sino con mercancía: alimentos, objetos, lo que fuera. Pero a la mayoría les expliqué que lo que realmente necesita una agencia de detectives es disponer de unas buenas antenas desplegadas por todas partes, y que la información es para mí tan importante como, pongamos por ejemplo, un codillo de cerdo o un grabado de madera de la iglesia de San Jacobo. Y como, por desgracia, los cornudos abundan en este mundo, creé con ellos una red de informantes bastante amplia. Mis servicios de información se componen de rebaños enteros de cornudos, cuyos cuernos se arquean apretándose sobre Brno, hasta incluso tocarse, creando unas líneas de astas por las que circula con gran fluidez la información. Yo, como si estuviera en una central telefónica, me limito a conectar las clavijas. Sí, los cornudos han resultado de lo más útiles…

Entonces, para asegurarse de que la filípica de los cornudos no nos había ofendido, se calló un instante y nos echó una mirada de reojo a Kosťa y a mí. Solo después continuó: Seguro que ahora quieren saber cómo es que mis clientes, esos a los que confirmo la infidelidad de sus parejas, después me lo agradecen casi hasta el día de su muerte. Eso es porque trabajo de manera individual. Algunos, no pocos, son curiosos, de esos que realmente necesitan confirmar

una infidelidad, así que en cierto modo satisfago sus almas masoquistas. A otros, una infidelidad demostrada les haría mucho daño, de modo que al final siempre consigo darle la vuelta, como un escapista habilidoso, para transformarla en algo con el efecto contrario. Se trata de un secreto profesional que algún día le pasaré a mi hijo, o a mi nieto, si es que no tengo un hijo varón. ¿Son conscientes de cómo las infidelidades han mejorado nuestras vidas matrimoniales? La guerra y la situación agobiante del Protectorado se han convertido en los más potentes afrodisíacos. Créanme, el sexo aquí explota directamente, como si alguien removiera un nido de avispas. Las mujeres se ofrecen al primer encuentro, sobre todo durante las alarmas en los refugios antiaéreos, a cualquiera que esté a mano, al que tengan al lado, como si los aullidos de las sirenas, al igual que las trompetas de Jericó, derrumbaran las murallas del recato, como si el olor a muerte activara la obsesión por reproducirse, como si el instinto de la vida fuese en el mismo paquete que la muerte. Las más ansiosas se ofrecen hasta en los lugares más extraños: en ascensores inmóviles de casas a medio derrumbar, en cabinas de teléfono chamuscadas, en vagones de tren descarrilados, en carros de combate abandonados, en barricadas, pero también en trincheras antitanques cavadas recientemente o en colchones amatorios dejados por las bombas. Y, ahora, agárrense, caballeros, pues los que caen en ese frenético apasionamiento se llevan a sus amantes casuales incluso a esas casetas donde guardan los folletos propagandísticos del ministro Moravec. Pero en todo esto hay una gran paradoja, y es que, a pesar de que ahora haya más cornudos desesperados que corzos en un coto de caza, los divorcios son algo excepcional. En la guerra los matrimonios son más firmes que la fe helvética.

Kosťa quería interrumpirle, porque en ese preciso momento no estábamos ansiosos por escuchar una ponencia sobre infidelidades y divorcios en la época del Protectorado.

No teman, continuó Dan Kočí, si Mr. Penicilin anda por aquí, no habrá problema para localizarlo. O bien mis cornudos ya saben dónde está, o bien lo encontrarán a no mucho tardar.

En cuanto Kuba y Kosťa se quedaron a solas, Kuba se acordó de algo: Quería preguntarle una cosa, Konstantin Maximovich. Me prometió que me contaría eso tan íntimo que le une al cuadro de Repin, ese que compró ayer en el vestíbulo de la estación.

Ay, no deja usted de dar la lata con eso…

No, no lo dejo, dijo Kuba con aire triunfante. Esa pregunta se ha

quedado clavada dentro de mí como una hormiga león dentro de una trampa embudo para cazar hormigas o como una vela solitaria en una tarta de cumpleaños de un niño de un año.

Ay, me está usted asustando, honorable Jakub, ¿de verdad que esa pregunta se ha quedado clavada en su interior de esa forma?

No solo eso, se rio Kuba, también se me ha quedado clavada como…

¡Por los clavos de Cristo, pare!, gimió Kosťa. ¡Me está usted chantajeando! Claro que, por otro lado, no sé por qué no se lo iba a contar. Aunque reconozco que me une al cuadro de Repin uno de los lazos más íntimos que existen sobre la faz de la Tierra. Y por eso no me gusta contárselo al primero que pasa. En estas pocas horas que hemos compartido, he comprobado que puedo hablar con usted de cualquier cosa. Es usted un alma que se abre solo a otras similares a la suya; es decir, a mí y tal vez a nadie más.

Entonces Kosťa suspiró sinceramente y dijo que iba a contarle ese secreto íntimo, como una rueda pinchada soltaba el aire, pero justo en ese momento se abrió la puerta y entró Dan con una sonrisa de oreja a oreja: Amigos, todo va sobre ruedas, espero que aguanten un poco más de tiempo. Los cornudos están peinando la ciudad, y si escuchan ahora con atención, incluso oirán sus resoplidos por el esfuerzo. Y para que ese tiempo, hasta que tengamos noticias de Mr. Penicilin, discurra agradablemente, les voy a contar una historia de lo más curiosa.

Kosťa y Kuba se miraron. Si es verdad que todo va por el buen camino, no tenemos motivos para no recompensar al detective privado con un poco de atención auditiva. Así que se arrebujaron lo más cómodamente posible en los sillones mientras Dan giraba su silla y se sentaba en ella a horcajadas colocando los codos en los reposabrazos.

Esta historia es tan curiosa porque, entre otras cosas, me la contó una mujer que no vino a verme para aclarar las cosas en torno a la infidelidad de su marido. En este caso ella era la infiel, y fue ella la que vino a mí. Puesto que yo no soy ni psicoanalista ni confesor, el asunto no era de mi competencia, pero resulta que la narradora era amiga de una clienta mía que había quedado extremadamente satisfecha y por eso acabé cediendo. Yo era muy conocido como un escucha confidencial. Y es que cuando algo cruza la frontera de lo comprensible de un modo tan fatal como ocurrió en el episodio que les voy a relatar, el asunto le reconcome de tal manera que necesita sacarlo fuera del espacio en el que ocurrió. Y entonces hay que encontrar a un escucha externo, del todo ajeno al

asunto y sin embargo confidencial.

Para empezar, se trata de la historia de un gran amor, tan incomprensiblemente grande que ni siquiera la razón puede aprehenderlo. Pero, por otro lado, es una historia-farsa, algo tan disparatado que tampoco puede ser aprehendido por la razón. Se trata pues de un amor real, grande y asombroso, y a la vez de una comedia que provoca carcajadas; de un roce con lo absoluto, y a la vez de una broma muy pesada. Y, otra cosa: ni siquiera el diablo sabe cómo ocurrió todo ni lo que fue en realidad.

Aquí es preciso hacer hincapié en que Dan, además de ser un gran detective privado, era también un narrador muy ingenioso. Mientras hablaba, Kosťa y Kuba estuvieron a punto de olvidarse de por qué estaban allí. Se sumieron de tal manera en la historia que al final parecía que hubieran ido a aquel lugar solo para escucharla, sin ninguna otra intención. Es difícil reproducirlo aquí, porque no solo se trataba de cómo el detective usaba las palabras. Su voz cambiaba de registros, se calmaba y después se amplificaba, se elevaba y luego bajaba, corría hacia delante y a continuación durante un instante era como si se quedara atrás. Por desgracia, nosotros aquí tenemos que conformarnos con las meras palabras.

Se conocieron, comenzó relatando Dan, por una increíble casualidad. Al menos así les pareció a ambos, pues ninguno de ellos sospechaba que en realidad habían sido víctimas de una casualidad orquestada. Pero esto lo dejaremos para más tarde. Creo que tampoco es en verdad importante que Tereza fuera extremadamente hermosa, porque el comandante de la Gestapo, el SS *Sturmbannführer* Klaus Hippel, era un toro ario que estaba harto de seducir como si nada a manadas de bellezas del Reich y del Protectorado. Entonces, ¿cómo es que sucumbió a esta beldad en concreto? ¿Cómo es que ambos sucumbieron recíprocamente? Y eso aunque los dos tenían buenas razones para resistirse. Lo más probable es que lo hicieran, seguro que se enfrentaron a ello como pudieron, pero fue inútil, como cuando el ingenioso hidalgo se enfrentó a los molinos de viento. Les afectó eso que sucede solo a ciertas parejas excepcionales en épocas extraordinarias. Y, por descontado, nadie esperaba que justo ellos dos estuvieran predispuestos a algo así. Al revés, todo parecía estar en contra.

Aquí me veo obligado a recalcar que ni ella se llamaba Tereza ni el *Sturmbannführer* se llamaba Klaus Hippel. Además de que tenía, por así decirlo, un pelín de otro rango. Todo sucedió hace poco, en febrero de este año, y la historia se encajó a la perfección en este corto mes como un polichinela de muelle en su pequeña cajita.

Llegado a este punto, Dan se levantó, se dirigió a una estantería con libros, rebuscó detrás de los de Alois Jirásek, sacó una cajita y les mostró a Kosťa y a Kuba cómo tras apretar la tapa sonaba un chillido y saltaba una especie de polichinela, que, en realidad, era un pequeño Hitler con una soga al cuello. Después, amorosamente, encajó de nuevo a Hitler en la cajita, lo metió detrás de Jirásek y continuó:

Como todo ocurrió hace tan poco tiempo, no quiero que exista la posibilidad de que averigüen quiénes son los protagonistas de la historia. Estoy ligado al secreto profesional como un sacerdote, un abogado o un médico. Soy un escucha confidencial. Por ello les contaré los hechos omitiendo los nombres reales y cambiaré además un poco las circunstancias.

El *Sturmbannführer* tenía su despacho en el edificio de la Facultad de Derecho, que como seguramente saben se había apropiado la Gestapo. Pero vivía en Lužánky, pongamos en la calle Sadová, en Parkstrasse, en un piso de lujo arianizado. Tereza, por supuesto, no sabía que había sido el piso de una familia judía exterminada. Pero enseguida le interesaron los cuadros de la entrada y del resto de las habitaciones. Tereza era una dama con estudios, así que tras echar un vistazo por la vivienda dedujo que un hombre que tenía cuadros de Marek Slavík, Rudolf Kremlička, Jan Trampota o Vláclav Špála y, en la biblioteca, una edición de bibliófilo de *El cuervo*, de Poe, en idioma original, no podía ser una fanática bestia nazi. En realidad, el alemán había heredado todo esto, junto con el propio piso, de una familia judía gaseada, aunque sí había eliminado cuidadosamente de la colección de cuadros el *entartete Kunst*, el «arte superficial»: Bohumil Kubišta, Emil Filla, Jindřich Štyrský y Toyen. Quién sabe por qué se había quedado con *El cuervo*, de Poe. Y encima en su idioma original. Lo más probable es que se hubiera olvidado de limpiar la biblioteca. Aunque suene increíble, puede que tuviera que pagar más adelante el precio de este descuido. Cuando, algo después, él se sentó al piano y se puso a tocar a Mozart y a Chopin, ella ya no dudó de su juicio. Por supuesto, sabía muy bien que empezar a salir con un oficial de las SS era la peor de las colaboraciones. Pero en aquel instante, después de que el caballero nazi se ofreciera, en la calle desierta, a llevarla a la ciudad y ella decidiera aceptar su invitación a tomar una taza de té caliente, tenía que buscar argumentos que hablaran a favor de él. Y, sin embargo, en esta historia los argumentos no jugaron ningún papel importante. Aunque no hubiera encontrado ninguno, todo habría ocurrido como tenía que ocurrir. Ambos fueron inducidos a

ello, sus vidas se salieron de sus carriles, a cuenta de lo cual el *Sturmbannführer* pagó con su propia vida y Tereza ya no tuvo la oportunidad de recuperarse jamás. Bueno, pues este ha sido el primer nivel de la historia. El patético. El mortal. Y ahora les contaré cómo ocurrió todo en realidad.

Pero entonces Dan agitó la cabeza y se corrigió: Perdonen, nadie tiene derecho a suponer que todo ocurriese de un modo diferente. Como he dicho antes, las dos variantes son válidas: fue un amor fatídico y a la vez una farsa. Y, sobre todo, se convirtió en un juego estúpido que se les fue de las manos a aquellos que intentaban orquestarlo. Pero ni Tereza ni el *Sturmbannführer* sabían nada de lo que pasaba entre bambalinas.

El detective privado miró el reloj y decidió hacer una pausa.

Yo diría que mis queridos cornudos están ahora rebuscando diligentemente en sótanos y buhardillas, agitando manzanos y perales, levantando tapas de las alcantarillas y dando la vuelta a losas en los caminos. Si está por aquí, ese tal Mr. Penicilin no se les escapará. Aunque tal vez tampoco se les escape incluso aunque no esté aquí. Por cierto, ¿puedo preguntarles algo? ¿Qué tiene la penicilina para ser tan milagrosa?

Bueno, mi padre era médico, dijo Kosťa, y decía que con la penicilina iba a comenzar una época revolucionaria en la medicina, que la mayoría de los pacientes que ahora morían en los hospitales y sanatorios podrían ser salvados gracias a ella. No sé nada más. Tal vez pueda añadir que él estaba seguro de que la era de penicilina iba a durar unos cincuenta años, no más. Después se terminaría y nos veríamos igual de jorobados que ahora, en la era pre-penicilina.

El detective, que por su profesión estaba acostumbrado a meterse en todo, de inmediato y con gran vehemencia se puso a contar sus propias suposiciones acerca de la penicilina, pero al percatarnos de que estas se habrían podido alargar como una caravana en el desierto, tuvimos que cortarlas por lo sano.

¿No ha llegado ya el momento, pregunté, de conocer la segunda versión de la historia de amor del *Sturmbannführer* y Tereza, si es que fue una historia de amor? Kosťa se sumó a mí. En ese instante era inimaginable para nosotros la idea de perdernos cómo había sido todo, o no había sido, de quedarnos sin conocer la otra cara de la moneda. Y, a pesar de que preferiría no decir ahora nada sacrílego, lo diré: durante unos segundos me invadió la sensación de que aquella historia amorosa había pasado a ser para nosotros más importante que toda la penicilina del mundo junta. Y me apostaría

el cuello a que Kosťa compartía conmigo la misma sensación, aunque nunca lo habría admitido. Así que miramos al detective con tanta intensidad que, lo quisiera o no, tuvo que continuar.

En el edificio de la Facultad de Derecho, continuó el detective, trabajaba cierto alemán de Brno que formaba parte de la plantilla de la Gestapo. Nos conformaremos con su nombre de pila: Kurt. Tenía un empleo civil, de administrador económico o algo similar, y lo más probable es que no estuviera al día de las operaciones militares. Y es que jamás se depositaba la misma confianza en un alemán del Protectorado que en un alemán de Alemania. Antes de que Kurt entrara al servicio de la Gestapo había trabajado en otro sitio, pongamos que fuera una farmacia. Y en esa supuesta botica llevaría el libro de cuentas, por ejemplo, y se haría cargo de la caja. Trabajaba mano a mano con el licenciado, a quien pondremos el nombre de Čeněk, y de hecho se llevaba tan bien con él que este lo aceptó en su grupo de póquer. En él participaban también Filip, supongamos que era un médico interno del hospital de Santa Ana, y Štěpán, un profesor de instituto, por ejemplo. Bueno, también había pertenecido al grupo un tal Matouš, que por desgracia no había regresado del *Totaleinsatz*, los trabajos forzados, de los que al contrario sí habían escapado con cierta maña Čeněk, Filip y Štěpán. Cuando en 1942 Kurt dejó la farmacia y entró a trabajar en la administración de la Gestapo, abandonó enseguida y voluntariamente las partidas de póquer. El nuevo grupo en el que se encontraba entonces había pasado a ser para él más importante. Pero, en enero de 1942, cuando las verdaderas cartas ya estaban sobre la mesa, comprendió que debía volver al redil.

Al principio fueron muy cautelosos con él, aunque también comprendieron que Kurt necesitaba compensar de alguna manera todos esos años bajo los servicios de la Gestapo. Les contó entonces las relaciones que había en las oficinas, aunque sabía que arriesgaba mucho, pues los alemanes castigaban sus renegados de las maneras más brutales imaginables. Filip tuvo en ese momento una idea. Sabía, por Kurt, muchas cosas sobre el *Sturmbannführer* Hippel, que destacaba, incluso entre los oficiales de la Gestapo, por su brutalidad bestial. Él mismo torturaba personalmente a los interrogados, e incluso al final de la guerra, cuando esta ya estaba perdida, había seguido firmando una sentencia de muerte tras otra. Además, rubio y delgado, era tan parecido a Heydrich que resultaba bastante chocante. Eliminarlo habría salvado las vidas de muchos presos, cuyos expedientes se encontraban sobre la mesa del *Sturmbannführer*. Filip estaba convencido de que un atentado

exitoso contra él, ahora que el final de la guerra estaba próximo, provocaría el pánico entre los alemanes, en lugar de un deseo de revancha. Pero eso era controvertido. Un atentado contra Klaus Hippel también podría llevar a la más feroz de las venganzas. Entonces Filip explicó con más detalle su idea. Si el atentado se produjera en su propio piso, tendrían la posibilidad de camuflarlo, apañarlo para que pareciera un suicidio. Y, de este modo, todos tenían la oportunidad de comprobar si Kurt estaba de verdad de su lado. El susodicho les llevó un documento sin importancia con la letra y la firma del oficial, algo para lo que no había tenido que ir a ninguna caja fuerte ni a ningún cajón. Se trataba de una declaración del *Sturmbannführer* sobre el consumo de gasolina durante el mes de enero, un documento de los que no se archivaban y que por su insignificancia pertenecía a esa clase de cosas que Kurt solía destruir. Štěpán, que era aficionado a la grafología teórica y práctica, escribió luego a partir ese modelo, mordiéndose la lengua, una carta de despedida del *Sturmbannführer*. En ella Klaus Hippel reconocía la inminencia de la guerra perdida e informaba de su decisión de elegir una muerte voluntaria antes que el cautiverio ruso.

Por supuesto, esa carta nunca se llegó a utilizar. Digámoslo abiertamente, todo aquello era solo una especie de juego, bastante más emocionante que el póquer. Fingían uno frente a otro, afirmando que serían capaces de correr semejante riesgo. Estaban convencidos de que si llevaban a cabo su plan mejorarían su imagen pública. No eran ningunos colaboracionistas, eso no, pero en el Protectorado la habían cagado con algunas cosas. Por no mencionar que un acto tan capital, un atentado contra el Heydrich de Brno, les aseguraría una destacada posición tras la guerra, con vistas a la renovación de la autonomía de Moravia o un Estado moravo-sileso con Brno como capital. Y sus méritos en la renovación de una Moravia autónoma les abrirían las puertas de una incipiente carrera política. Después Filip explicó su idea con más detalle, si cabe. Como solía escribir bajo seudónimo novelitas de detectives de bolsillo, los detalles no suponían ningún problema para él. Todavía era solo un juego, pero esos jugadores de póquer tan ingeniosos habían dado un paso más, aunque no podían imaginar que resultaría decisivo.

En este punto, Dan Kočí se levantó de la silla: Creo que ha llegado el momento de ofrecerles un café. Por desgracia, no tengo café de verdad. Hace unos tres años alguien me pagó por mis

servicios con auténtico café brasileño, pero, incluso entonces, el café era algo más bien excepcional. Mi reino por un café, diría Ricardo III. Sin embargo, me queda achicoria, que no deleita tanto el paladar ni acaricia tanto el alma, pero por otra parte no daña el corazón. Dan se dirigió a la cocina pero, al llegar a la puerta, se dio una palmada en la frente: ¡Si seré tonto…! El gas y la electricidad siguen sin funcionar, y no tengo dónde prepararlo.

Da lo mismo, saltaron al unísono Kosťa y Kuba. No necesitamos nada. Y además uno no debe apartarse de la historia, le advirtió Kosťa. Una historia no se puede meter en una cuadra ni atar a una caseta de perro, dijo una vez Alexandr Ivanovich Kuprin. Y, otra cosa, yo tengo en casa una lata de la UNRRA con café de verdad, algo que certifica que por alguna parte tiene que estar ese yanqui, y también un calentador de alcohol. Será todo un honor invitarles a tomar un café otro día a mi casa. En cuanto tengamos la penicilina para el sanatorio de Židenice.

Dan asintió, sonrió y paseó en círculos por la habitación recopilando detalles dentro de su cabeza. Después regresó a su silla y se quedó callado un rato.

Ay, sí, a veces me parece que el tiempo pasa asquerosamente despacio, que no vamos a ver el fin de estos días, pero en realidad el tiempo vuela, todo esto que les estoy contando ha pasado hace bien poco, tan solo dos meses… ¡Y cómo ha cambiado todo en apenas sesenta días! Estamos viviendo ahora el comienzo de otra época histórica. *Eto verno, molodtsy*?

Imenno tak,[36] asintió Kosťa.

Bueno, pues, justo a comienzos de febrero era el cumpleaños de la madre de Tereza. Y en esa fecha ella solía viajar con su marido a Tišnov. Pero esta vez se adelantaría tres días, porque quería aprovechar que uno de los jugadores de póquer, el licenciado Čeněk, pretendía emprender un viaje de negocios a Žďár y pasaría por Tišnov. El marido de Tereza tenía asuntos laborales que resolver en Brno y no podría sumarse a la celebración hasta el mismo día del cumpleaños. El hecho de que ella fuera en coche antes era una buena idea porque los tanques americanos, y también los aviones soviéticos que bombardeaban la línea ferroviaria, solían elegir como objetivos de sus ataques a los trenes de pasajeros, sospechosos de transportar armas. Las carreteras se consideraban, por eso mismo, mucho más seguras.

Pero tú sí vas a ir en tren, replicó Tereza. ¿Es que crees que a ti no te puede pasar nada?

Él sacudió la cabeza: No se trata de un asunto de vida o muerte,

solo de algo bastante incómodo. Si se diera el caso de que nos fueran a atacar, y no creas que pasa tan a menudo, los pilotos siempre suelen hacer vuelos de aproximación sobre el tren durante un rato, para dar a entender que van a lanzar sus bombas. Así que en esas contadas ocasiones el tren se detiene y a los pasajeros les da tiempo a salir corriendo y a desperdigarse por los campos.

Y, de ese modo, se inició la partida: era un juego tonto y en principio sin compromiso. Todo empezó de una manera muy agradable. Čeněk se presentó con su flamante automóvil de la marca Praga en la parte delantera de la casa. Estaba claro que había puesto a punto el coche para que fuera digno de llevar en él a una de las bellezas más impresionantes de Brno. Desayunaron huevos con tocino, lo que en estos tiempos se considera un *breakfast* de ensueño. Afuera revoloteaban con suma delicadeza unos copos de nieve. El marido acompañó a Tereza hasta el coche: Que te lo pases bien con tu madre, dentro de tres días nos vemos. Y, dicho esto, se apresuró a abrirle la puerta galantemente. Después, la puerta se cerró tras ella, el motor ronroneó y arrancó sin problemas. Salieron sin dilación hacia la carretera de Tišnov, pero, antes de llegar a Ivanovice, ocurrió algo del todo inesperado. Čeněk frenó de repente y detuvo el coche en el arcén, y luego todo sucedió muy deprisa, como en un torbellino. Se abalanzó sobre Tereza. Ella, que lo conocía bien del grupo de póquer y lo tenía por alguien muy amable y amistoso, quizá un poco demasiado jovial, pero en cualquier caso inofensivo, no salía de su asombro. Jamás en su vida se le habría ocurrido que iba a intentar forzarla. Pero enseguida comprendió que por desgracia no se trataba de ninguna broma. Al principio solo gritó, y después comenzó a defenderse con desesperación, le golpeó en la cara y hasta le mordió una de sus lascivas garras. Por la cabeza le pasó el pensamiento de cómo el señor licenciado explicaría a sus compañeros de juego aquel mordisco cuando fuera a repartir las cartas con esa mano. Por fin, consiguió encontrar la manilla de la puerta y salió huyendo del coche.

Seguía nevando ligeramente, y Tereza inspiró unos copos de nieve antes de girarse y, aún indecisa y en estado de *shock*, volver andando hacia Brno. Entonces, tras una pequeña vacilación, oyó a sus espaldas cómo el coche, con el cerdo de Čeněk en su interior, se ponía en marcha y continuaba hacia Tišnov.

El resto ya lo conocemos. Un caballero nazi que volvía de su casita en Ivanovice (lugar que le servía de picadero) se ofreció a llevar a Brno a una mujer que caminaba por una carretera desierta.

Y esta, sorprendentemente (en parte se debía al estupor y al estado de *shock*), aceptó incluso una invitación a tomar una taza de té caliente en un piso repleto de cuadros heredados de sus dueños gaseados. El *Sturmbannführer* le tocó a Mozart y a Chopin en un piano arianizado, y el día transcurrió más deprisa de lo que ambos habrían esperado. Tereza decidió que cogería el tren de la mañana a Tišnov para ir a ver a su madre. El *Sturmbannführer* era un lobo solitario en lo que respectaba a su vida sentimental: no llevaba a sus parejas más que a hoteles, pensiones o, en casos extremos, a la casita de Ivanovice, pero nunca a su casa en la ciudad. En esa ocasión, por primera vez, rompió la regla. No se le ocurrió que estuviera abriendo una puerta que daba a alguna parte de la que ya no había camino de vuelta. Lo mismo le sucedió a Tereza, que no comprendía las implicaciones de lo que estaba a punto de hacer: ¡pasar la noche con un oficial de la Gestapo! Pero el *fatum* les guiñaba el ojo a ambos confidencialmente, como diciéndoles: ¡Bienvenidos a mi reino!

Pero, en fin, volvamos de nuevo a la carretera, sugirió el detective. El auto de Čeněk, después de abandonar a Tereza, se alejó a toda velocidad para no cruzarse con el coche del *Sturmbannführer* Hippel, que a esa hora, como sabían por Kurt, el alemán de Brno que trabajaba en la administración de la Gestapo, regresaba de su casita de Ivanovice, donde siempre tenía instalada a su amante más reciente. Hippel era preciso como un cronómetro suizo, lo que casi con total seguridad exigía también de sus subalternos: la administración de la Gestapo era gracias a sus méritos un gran reloj de precisión.

Yo no lo resistí y levanté la mano: ¿Cómo podía conocer ese alemán de Brno, un civil de la administración de la Gestapo en el que no confiaban del todo, detalles tan íntimos de la vida amorosa del *Sturmbannführer*?

Muy sencillo, porque el *Sturmbannführer* los aireaba con gusto, explicó el detective. Había colocado una frontera muy precisa entre los asuntos de trabajo, que eran la mayoría, y aquello por lo que se jactaba de ser un tipo duro. En lo referente a temas de trabajo, se mostraba siempre exigente y severo, aunque lo compensaba por otro lado con una alegre chulería que recordaba a la de cierto famoso oficinista austrohúngaro de antaño. Pero en él había algo distinto, algo más, esa conocida obscenidad de la Gestapo que daba a entender que hacía mucho que la vida humana había perdido su valor: un polvo era solo un polvo, algo para entretener a las *kompaniede* las SS.

De nuevo levanté la mano: Supongo que el grupito de póquer tenía la intención de colocar a Tereza en el piso de Klaus para poder sondearlo a través de sus ojos. Pero ¿de verdad necesitaban usar a esa hermosa mujer a la que seguramente amaban?

Claro, convino el detective. En tiempos de locos suceden cosas de locos. Y una vez se les ocurrió la idea, sucumbieron a ella como jugadores apasionados. Lo que quiere decir que esa locura seguía siendo para ellos solo un juego. Se imaginaban que el *Sturmbannführerse* ofrecería a llevar a Tereza a la ciudad, pero que ella casi con total seguridad no aceptaría una posible invitación. O que la aceptaría, pero que luego habría más variantes del juego. No se comieron demasiado la cabeza en aquel momento, pues lo que les preocupaba era el pasaje en el que Čeněk tenía que fingir un intento de violación para conseguir que Tereza saliera a la carretera en el preciso instante en el que regresaba Klaus Hippel. Por un lado, a Čeněk se le revolvía el estómago solo de pensar en fingir una violación y, por otro, creía que no iba a ser capaz de llevarlo a cabo. Pero, al final, la actuación le quedó de Óscar. Y, tras pasar Ivanovice, cogió una carretera vecinal y regresó a Brno para evitar que alguien de la zona de Tišnov lo viera. En realidad, no necesitaba ir a Žďár para nada. De hecho, ni siquiera habría tenido gasolina para semejante viaje. Todo el combustible que, con sumo esfuerzo, pudieron juntar los del póquer daba justo para realizar esta maniobra del juego, y encima Čeněk corría el peligro de que la gasolina no le alcanzara y se viera obligado a empujar el coche de vuelta hasta Brno.

Y aquí fue Kosťa el que levantó la mano: Pero todo eso tuvo que tener un epílogo, cuando Tereza regresara a casa…

El detective privado asintió: Precisamente. Pero hasta ese epílogo incluía, como es de imaginar, más variantes del juego. La más hermosa, con la que no se contaba mucho, o más bien nada, era que Klaus Hippel se lanzaría sobre Tereza y que esta no lo rechazaría y empezaría una apasionada relación con él. Después, según el escenario ideal imaginado por el grupo de póquer, una noche se abriría la puerta del desván del piso del de la Gestapo y los conspiradores, a través del tejado de la casa de al lado, se deslizarían por el tragaluz a su interior. Pero lo cierto es que esta variante se descartó desde el principio; se quedó solo una idea encantadora. La más plausible era que Tereza no dejara que el oficial la llevara a la ciudad y que no pasara nada en absoluto. Regresaría caminando a casa, donde su marido y los restantes miembros del grupo de póquer le explicarían todo y se disculparían

por su absurdo plan.

De nuevo, a sabiendas de que me estaba haciendo pesado, levanté la mano: Un momento, ¿es que cree que semejante desatino se podía explicar y disculpar?

Hmmm, probablemente no. Pero esas cosas no preocupaban para nada a los jugadores. De nuevo debo hacer hincapié en que para ellos se trataba solo de un juego, que, precisamente por rozar la realidad, se volvía aún más excitante. Sería el reto más fantástico de toda su vida. Solo que al final surgió una variante con la que no habrían contado ni en sus sueños más fantasiosos.

Y ahora les voy a hacer una pregunta yo a ustedes, propuso Dan a Kuba y a Kosťa. ¿Qué es según ustedes eso que en alemán se dice *Liebe*, en inglés *love*, en francés *l'amour* y en ruso *liubov*? A ver ¿qué es, eh? ¿Se trata de una especie de atracción química o tal vez de una predestinación genética? ¿Es que entre nosotros sigue viviendo el mito ancestral de que estamos destinados a buscar a esa mitad inequívoca, verdadera, de la que fuimos separados y a la que no tenemos la posibilidad de encontrar entre tantos miles de millones de individuos, y por eso no nos queda más remedio que conformarnos con un sucedáneo, con alguien que al menos durante un tiempo recree en nosotros la ilusión de la predestinación? Cuando, en el abismo de las épocas, en esa caldera en la que los destinos dan vueltas como imperceptibles granos de arena, cuando ocurre que Teseo encuentra a Ariadna, Orfeo a Eurídice, Dante a Beatriz, Romeo a Julieta y Abelardo a Eloísa, estos humanos son capaces de bajar al inframundo, de entrar en el laberinto, incluso de ir al infierno o de crear un sistema filosófico herético para sublimar la negación. Sin embargo, esto no es en absoluto lo que deberíamos desear. Porque los verdaderos encuentros de aquellos que se pertenecen inequívocamente son casi siempre letales. Un mortal común tiene que conformarse, y gracias a Dios casi siempre nos conformamos, con sucedáneos.

El *Sturmbannführer* sentía la esencia de esos sucedáneos con mucha intensidad en sus encuentros amorosos, y por ello trataba a las mujeres como las trataba. Pero cuando en febrero recogió en una carretera desierta a su Eloísa, o Eurídice, ocurrió algo asombroso: un mito entró en su piso. Toda su vida anterior se transformó en un sucedáneo y su uniforme de la Gestapo y su estricta lealtad por el régimen nazi de repente pasaron a convertirse en nimiedades. En aquel instante dejó de ser un *Sturmbannführer* y la victoria del Reich de repente le importaba un pimiento.

Comprendió que su vida anterior había sido solo una larga espera. Y ese encuentro afectó a Tereza con la misma vehemencia. Se trataba de la conjunción de dos mitades que se pertenecían inequívocamente. El grupo de póquer se asustó, cuando sus miembros se enteraron, por el relato de Tereza, de lo lejos que había llegado todo. Y es que Tereza estaba dispuesta a arder con su amante en el infierno de Dresden. Así que a los del póquer no les quedó más remedio que explicarle quién era en realidad Klaus Hippel y organizarle un encuentro, cara a cara, con uno de los que había pasado por sus manos y, excepcionalmente, podía contarlo. Más tarde se enteró de que el encuentro en la carretera desierta había sido una maniobra preparada por ellos, una especie de juego que en realidad nunca se hubieran atrevido a culminar. Cuando Tereza lo hubo escuchado todo, dejó de interesarse por sus explicaciones, dio media vuelta y se marchó. Compró papel de carta y un sobre en una papelería y se sentó después junto a una mesita en la oficina de correos para escribirle a Klaus un mensaje muy escueto. No conseguía aceptar que su amante era un asesino de la Gestapo. *Nevermore*! Sabía muy bien que ese mensaje le infligiría una herida mortal, pero no había otra solución: su destino no era ningún juego con diferentes alternativas. Ambos habían caído en una trampa mítica mortal, como Daniel en el pozo de los leones. Klaus Hippel se pegó un tiro, y así lo encontraron sus colegas de la Gestapo cuando unos días después echaron la puerta de su piso abajo. Dan Kočí concluyó aquí su relato.

Kosťa y Kuba levantaron la mano al tiempo.

Creo que adivino lo que quieren objetar, asintió Dan, que al final el grupo de póquer sí había conseguido perpetrar el atentado. Y es verdad, pero lo hicieron de una manera bastante distinta a la que habían pensado, y sin ser conscientes de ello. En aquellos días tenían otras preocupaciones muy pero que muy diferentes en la cabeza. La desaparición de Tereza, y lo que pasaría después, les metió el terror en el cuerpo. Pero sus temores eran infundados, pues no pasó nada. Nada que los amenazara. Lo único que sucedía era que Tereza había desparecido.

(Ahora les pido perdón y hago una interrupción. Al narrador de esta novela, o sea a mí, le resulta embarazoso, pero siente que tiene que intervenir en el relato de Dan con su latosa omnisciencia narrativa y completar un detalle importante que todos los implicados desconocían, hasta la propia Tereza. Antes de dispararse, Klaus escribió una larga carta. Los de la Gestapo, más tarde, en interés de la memoria de Hippel, destruyeron esa nota que

habían encontrado en un taburete junto a su cuerpo. Pero ¡nosotros conocemos el contenido de esa misiva! En ella Klaus reconoce la certeza de que la guerra está perdida y escoge una muerte voluntaria en vez del cautiverio ruso. Casi me apostaría a que, si comparasen la carta real de Hippel y la falsa que había preparado el grupo de póquer para su atentado virtual, sí, esa que había escrito Štěpán, el grafólogo *amateur*, con la lengua entre los dientes, no conseguirían distinguirlas. Se trataba casi del mismo texto, escrito con idéntica letra, y tal vez finalmente la carta de Štěpán les habría resultado hasta más auténtica. Y es que el *fatum* tiene, créanme, un gran sentido del humor, y en ciertas ocasiones consigue llevar algunos detalles a la perfección con la única intención de deleitarse. Cuando Klaus Hippel escribió esa nota sabía muy bien que sería la prueba de su cobardía, pero le daba lo mismo, *es war ihm ganz Wurst.*[37] En realidad, él jamás había temido el cautiverio ruso. ¡Por Dios!, si era un nazi de los más duros… Pero con esa nota quería distraer la atención de la auténtica causa de su suicidio. Por supuesto, había destruido el mensaje de Tereza (*Nevermore!*) y borrado todas las huellas de su presencia. Eso era lo único que le interesaba antes de morir: proteger a Tereza.)

La macabra historia amorosa que tenía que acortar nuestra espera tocaba a su fin, pero nosotros mientras tanto habíamos llegado a la conclusión de que no podíamos dejar la búsqueda de Mr. Penicilin solo en manos de los cornudos.

¡Vaya historia tan loca!, suspiró Kosťa. Gracias, pero deberíamos irnos ya.

No tengan tanta prisa, por favor, nos advirtió el detective privado. Mi novia regresará en cualquier momento y tal vez haya conseguido hacerse con algo más que achicoria.

Volvimos la cabeza hacia la puerta en la que sonó una llave.

¿Puedo presentarles a Tereza?, dijo con cara de jugador de póquer. Ahora ya lo puedo reconocer: antes estaba echándome un farol. Ella sí se llama así. A todos los demás les he cambiado el nombre, pero el de Tereza lo he mantenido.

Tuvimos que cerrar los ojos ante semejante belleza. Kosťa, que es más valiente que yo, me propinó un puntapié: Joder, abre los ojos de una vez, que oportunidades así no va a tener muchas en la vida.

Por desgracia, no ha conseguido agenciarse nada mejor que achicoria, nos informó el detective privado disculpándose. Los caballeros ya se iban, dijo dirigiéndose a Tereza.

Tereza no dijo ni palabra, se limitó a hacer una ligera inclinación. El detective nos acompañó hasta la puerta —bueno, hasta detrás de la puerta—, y una vez allí nos comentó en voz baja: Yo soy para ella un miserable sucedáneo de Klaus Hippel. La gané, como saben, en un juego de azar ajeno. Y esta es la única carta favorable de esta malvada historia. Pero me temo que un día también desaparecerá y se marchará a otra parte, a la nada.

Después acordamos que en cuanto tuviera noticias de los cornudos el detective sacaría por la ventana una nutria disecada para hacérnoslo saber. Yo pregunté por qué una nutria disecada. Él abrió los brazos y así, según estaba, se inclinó ceremoniosamente. Más ceremoniosamente que Tereza. Intentamos devolverle la reverencia al unísono.

Cuando regresamos a la calle, cogí a Kosťa del brazo, porque en nuestro camino se acababa de cruzar un gato negro. Pero el joven que iba con el gato dijo: No tema, Kaňka es un alma generosa, solo da alegrías. Igual que un electrodoméstico mal aislado da descargas eléctricas.

CAPÍTULO VIII

EL LAGO DAR

Pero la cosa no había terminado. Tras la salida de su zona segura a Jindřich le esperaba otra sorpresa desagradable en su propia casa. Nada más poner la mano en el picaporte de la puerta sintió que algo no andaba bien. Bueno, en realidad la que lo sintió fue Kaňka, y enseguida se lo hizo saber. Jindřich, precavido, bajó la manilla con cautela, como cuando un cazador al acecho deja a un lado los prismáticos y, con cuidado, coge la escopeta. Esta comparación no es en vano, porque tras la puerta se encontró precisamente con una escopeta. Después de que Jindřich pasara por el martirio de recoger cadáveres, por su prematuro entierro y por el encuentro con el minotauro, estaba tan curtido que miró a los ojos del sin techo que le apuntaba con tanta decisión que este retrocedió y durante un instante bajó la cabeza, para luego levantarla de nuevo y continuar con lo suyo.

¿Qué pasa aquí, si puede saberse?

Enseguida lo verá, dijo ese que Jindřich había traído a casa hacía solo unas horas. De los dos sin techo era el más vivaz, sí, recuerden: ese que después en la buhardilla charlaba con el minotauro. Jindřich recordaba muy bien —ni el entierro prematuro ni la recogida de cadáveres habían hecho mella en su memoria— que tras la visita del minotauro había cerrado la buhardilla y que el fusil Gewehr de calibre 7,92 mm seguía bajo la ventana. Eso solo quería decir que para el sin techo abrir cualquier cerradura debía de ser un juego de niños. Nosotros aquí vamos a añadir que el sin techo en cuestión pertenecía al inframundo de Brno, cuyos habitantes habían acabado, en su mayoría, en los campos de concentración. Sin embargo, Ganzúa (ese era el apodo que lo llevaba acompañando fielmente toda la vida), con mucha sensatez, había reducido sus actividades desvalijadoras y había contribuido con cierta regularidad a la producción de componentes para un sistema de dirección de misiles (después de que los Aliados

comenzaran a bombardear las fábricas de las ciudades alemanas, Brno se había transformado en uno de los centros armamentísticos principales y no existía ninguna fábrica que no contribuyera, por ejemplo, fabricando botones para uniformes militares o bandas con el rótulo *Gott mit uns*)[38] en la fábrica Ottahalova de Brno. Solo de vez en cuando, para no perder la forma, se dedicaba a desvalijar alguna casa. Pero en cuanto acabó la guerra quiso volver a su antigua profesión y, como enseguida veremos, al parecer se estaba preparando para ello.

Entraron al comedor grande, aquel que los padres de Jindřich llamaban a veces *salla terrena*, aunque él solo recordaba aquello vagamente. Se trataba de una habitación amplia, en la que incluso se producía eco, como en algunas salas de los palacios florentinos, desde la que, por una ventana con forma de arco, el panorama se abría a una especie de atrio situado en el bloque angular cerrado por las calles Mečová y Starobrněnská. Y, si me permiten detenerme aquí un poco más, por esa gran ventana en forma de arco se veía un atrio octogonal, una especie de patio, repleto de parterres, descuidados en la época de nuestra historia, entre los que se hallaba, a cuatro patas, un león mítico de cuyas orgullosas fauces felinas crecía una espesa melena pétrea. Pero demos marcha atrás, hasta el comedor, ya que desde allí podremos echar un vistazo siempre que queramos a esa aguerrida figura animal.

El hombre de la nariz de alce, su hermosa y morena mujer y su hijo permanecían sentados, y atados, a tres sillas colocadas en las tres esquinas del comedor. Estaban, además, amordazados.

¿Se ha vuelto usted loco? ¡Suéltelos de inmediato!, le ordenó Jindřich.

No sabe lo que está diciendo, negó con la cabeza Ganzúa cambiándose la escopeta de mano. Son alemanes. Como son muy astutos, emplean el checo, pero los he pillado por casualidad hablando con su hijo en alemán. Alguien que habla en alemán con sus hijos tiene que ser alemán.

Así que, si no me equivoco, pretende usted entregarlos a los guardias revolucionarios.

No, sería un tonto si lo hiciera. ¡Que cacen ellos a sus propios alemanes! Soy de la opinión de que cada checo debería atrapar a su propio alemán y, teniendo en cuenta que ya no quedan tantos rondando por ahí, pues muchos se han dado a la fuga, yo estoy encantado de haber podido atrapar al menos a estos.

Pues se ha equivocado, le advirtió Jindřich, porque, a estos los traje yo a mi casa. Así que haga el favor de no tocármelos.

¡Qué va, está usted equivocado!, dijo Ganzúa. Usted se los trajo pensando que eran checos. He sido yo el que ha descubierto a los alemanes que llevaban dentro.

Una clarividencia así le honra, reconoció Jindřich, pero debo insistir en una cosa. Nariz de alce, su mujer y su hijo son mis invitados, igual que usted y los demás a los que traje a mi casa. Los invitados son sagrados. Y solo puede tratarlos como a mis huéspedes. ¿Por qué no sale a la caza, por ejemplo, de un Hitlerjugend o de algún francotirador alemán, eh?

¿Sabe, señor Steinmann?, dijo con una mueca Ganzúa, le voy a preguntar una cosa. ¿Qué dirían sus padres, que murieron en un *konzentrationslager*, según afirma usted, si vieran que ha alojado aquí a unos teutones, eh? ¿Qué pensarían todos esos pobres judíos a los que los alemanes transformaron en un humo apestoso…?

Ganzúa habría estado mucho mejor callado. Jindřich, preso de un ataque de ira, se abalanzó sobre él, le clavó la rodilla en las pelotas y le quitó el fusil de las manos: ¡Lárguese de aquí ahora mismo!

Déjeme al menos irme con dignidad, gimió Ganzúa hecho un ovillo.

¡Y una mierda!, replicó Jindřich, con el cañón del fusil apoyado en Ganzúa. ¡Váyase a cuatro patas! Contaré hasta cinco, y si después aún sigue aquí le haré un segundo agujero en el culo.

Eso ha estado muy bien, aplaudió después Kaňka. Pero he de reconocer que tenía preparada una alternativa para el caso de que Ganzúa se escondiera algún as en la manga.

De verdad que consigues cabrear a cualquiera, suspiró Jindřich. Pero si prácticamente no he tenido que esforzarme. Además, si hubieras visto que no podía solo con Ganzúa, habrías intervenido, ¿no? En fin, entonces, se detuvo Jindra, ¿ese sin techo mío era de verdad el famoso Ganzúa?

Sí, asintió Kaňka. Y no te enfades, que estoy aquí para protegerte.

Y también para mandarme un poco, ¿no?

A ti aún te reconcome el haber dejado escapar a ese falso minotauro. Bueno, crees que has fallado, pero no fue así en absoluto. Ahora te lo puedo decir. Acuérdate de que salí corriendo antes de que apareciera. Pero cuando entraste en la buhardilla yo ya estaba dentro. Bajo la apariencia del minotauro yo tenía un aparato vocalizador estupendo, podía hablar como un diputado del Parlamento, dijo con añoranza. Entiéndelo, se trataba de una prueba. Acuérdate de cómo te puse, bueno, de cómo te puso el

minotauro un cuchillo en la mano y después el fusil. Necesitábamos saber si eras capaz de matar. Tenemos grandes planes para ti, pero no queremos a ningún asesino. Nadie cuyos retoños pudieran heredar instintos asesinos.

Pero a Ganzúa, después de lo que dijo de mis padres, sí lo podría haber matado. Ya has visto que lo habría hecho.

¡Qué va! No habrías sido capaz.

Un momento, se alteró de nuevo Jindřich, ¿quién eres tú? ¿Quién eres en realidad? ¿Puedo enterarme ya de esos grandes planes que tenéis para mí?

De pronto me di cuenta de que estaba tan alterado que mientras hablaba con Kaňka me había olvidado de nariz de alce y de su familia. Estos seguían sentados en las sillas, atados y amordazados. Cuando al fin les corté las cuerdas, miraron asustados a Kaňka. Sí, claro, tenían mordazas, pero no tapones en los oídos, y lo habían escuchado todo.

Siento mucho lo que ha ocurrido en mi ausencia. Y les prometo que no se repetirá de nuevo. No daré alojamiento a ningún otro Ganzúa. Siguen siendo mis invitados, y ahora les agradecería mucho que comieran conmigo. Es solo una comida humilde, pero mañana las cosas irán mejor, porque aún nos quedan algunos objetos de valor que podremos cambiar por alimentos en el vestíbulo de la estación.

Pero, en cuanto los liberé de las cuerdas, los narices de alce se agarraron de las manos y se apiñaron junto a la pared más cercana a la puerta.

¿Podemos marcharnos?, preguntó la morena.

¿Por qué no iban a poder? Pero lo sentiré mucho si se van. Y, además, sin motivo. Porque eso que les ha pasado hoy, de verdad que ya no se va a repetir, y lo otro que ahora les intranquiliza y no entienden se lo podría explicar con el tiempo. Esta gata negra es una criatura muy amable. Tomé a Kaňka entre los brazos y di un par de pasos hacia el hijo, para que la pudiera acariciar. La mujer morena gritó y nariz de alce se interpuso en mi camino, amenazándome con su plana cornamenta inexistente. Así que retrocedí y los dejé marchar.

Después fui con Kaňka a ver a los demás invitados. ¿Tenía que sorprendernos que solo encontráramos al segundo sin techo? ¿Qué había pasado con la otra familia, la que había traído del albergue del tranvía? ¿Qué había hecho Ganzúa con ellos? Como me sucede a veces, por la cabeza me pasaron unas imágenes terribles y

desagradables: en los huecos de las tres chimeneas, sí, de las dos chimeneas de las salas y la de la estufa de la cocina, vi colgado al otro matrimonio con sus dos hijas. Me desagrada sobremanera describir cómo esas dos niñas se balanceaban ligeramente a causa de la corriente de la chimenea del salón mientras sus cabecitas de cristal susurraban al rozarse. Tuve que agitar con brusquedad la cabeza un par de veces para sacar esas imágenes de mi fea filmoteca personal.

El segundo sin techo se encontraba en el salón de fumadores, bajo un cuadro del Zelnýť rynk, con sus puestos de colores y sus alegres verduleras. Pero el sin techo estaba allí sentado, como era su costumbre, sumido en un profundo ensimismamiento, con las rodillas pegadas a la barbilla. Levanté la mano, para hacerle a Kaňka una señal y que se quedara donde estaba. Después me acerqué al melancólico y posé con delicadeza la otra mano sobre su hombro. Pero en ese momento levantó él la suya y apartó la mía de su hombro.

Perdone, me disculpé. Solo quería saber qué había pasado aquí.

¿Así que le han ajustado las cuentas a Ganzúa?, preguntó. No dudaba de que podrían con él, de que su gata lo conseguiría. Enseguida supe que era una criatura excepcional.

Está en un error, dije casi con tono agraviado, pues lo hice yo solo, sin ayuda gatuna. Kaňka lo corroboró asintiendo con la cabeza.

Ah, asintió también el melancólico, no se enfade, no pretendía ofenderle.

Su rostro estaba surcado de arrugas, como un mapa en relieve de Vysočina. Si hubiera tenido suficiente paciencia, me habría dedicado a estudiar ese mapa durante un buen rato. Alrededor del cuello llevaba un pañuelo morado y, encima, un jersey dado de sí que evidentemente había cambiado de dueño como una ávida viudita de queridos. Parecía un poco simple, y no debía de saber ni siquiera su nombre, aunque sí recordaba el apodo del primer sin techo. Pero, por algún extraño motivo, no me atreví a preguntarle, así que en mi cabeza se quedó registrado para siempre como «el melancólico».

Ya ha visto cómo se ha portado Ganzúa con los Bierbaumovi, dijo el melancólico. Pero a los Hanakovi, los de las dos niñas, no les ha pasado nada, no se preocupe. Huyeron de él a tiempo. Ganzúa no solo se apoderó del piso, sino que también pensaba traerse aquí a todos sus compinches. Pretendía que yo me quedara en la casa como miembro «del servicio», para limpiar los traseros de todos

esos maleantes. Lo cierto es que tengo que quedarme de todos modos, porque tengo algo hacer aquí, un deber que cumplir. Además, contaba con que ustedes dos le ajustarían las cuentas al dichoso Ganzúa.

¿Qué?, exclamé alegre, ¿usted también tiene una misión? ¿Y tampoco sabe mucho de ella? Entonces es, por así decirlo, mi compañero de armas. Pero enseguida me disculpé por haber dicho algo tan tonto. Por supuesto, no me refería a un verdadero compañero de armas, sino, tal como lo veo yo, más bien a un guerrero de la misma orden espiritual. Ay, Dios mío, gemí, hoy no suelto más que tonterías. Perdone, olvide lo que acabo de decir…

Ya está olvidado, asintió el melancólico, y continuó lanzando una pregunta retórica: Se preguntará por qué me quedé mirando en silencio cuando Ganzúa ataba a las sillas a los Bierbaum y a su hijo. Y eso que aún no sabe que después también me quedé mirando en silencio mientras los golpeaba brutalmente. No, no fue así, no me quedé mirando, me largué en cuanto pude, pero no me sirvió de nada, porque oía los gritos de los Bierbaum incluso a través de tres puertas cerradas y de dos oídos tapados. ¿Es que nadie se ha dado cuenta de que, tras estos seis años, aquí, en Brno, nos hemos acostumbrado a quedarnos mirando en silencio cualquier cosa que sucede a nuestro alrededor? Y eso que se han cometido dislates mucho peores que lo que ha pasado hoy en su comedor. No quiero disculparme, pero Ganzúa tenía la escopeta cargada y a mí no me acompañaba ninguna Kaňka que pudiera intervenir en caso de que hiciera falta, por si no hubiera conseguido reducir yo mismo a Ganzúa.

Pero yo no le reprochaba nada. ¿Cómo habría podido? Al revés, lo invité a sentarse a la mesa. Era ya la hora de comer. Traje de la buhardilla la comida que nos había sobrado y dimos preferencia al salón de fumadores sobre el comedor. No es nada del otro mundo, más bien las sobras de la mesa de unos señores, pero mañana iremos al vestíbulo de la estación y nos daremos un extraordinario festín.

Kaňka insistió en que comería como lo hacen los gatos, en un cuenco a nuestros pies. Me pareció embarazoso e inadecuado y pensé que tal vez debería dar un taconazo, levantarla y sentarla a la mesa, pero por desgracia no fui capaz de oponerme a su deseo, y como además al melancólico le daba lo mismo, nuestra conversación de sobremesa tuvo que trasladarse a ratos bajo la mesa. La voz cantante la llevaba el melancólico, que una vez que se puso a hablar ya no supo cuándo parar. Aquel hombre vivía entre

dos extremos: el silencio obstinado y la charlatanería empedernida. Pero mientras comíamos bolitas de pan untadas en manteca con torreznos, de pronto cambió de tercio y nos contó el motivo por el cual había echado el ancla en mi casa.

Seguramente no habrán oído hablar nunca del lago Dar. No sé por qué se llama así, si hay que entenderlo según la etimología checa y entonces se refiere a algo que nos es dado, o que se da, o si ese nombre guarda un secreto mitológico y tiene su origen en el arameo o el hitita. Lo que sí sé con seguridad es que se trata de un lago enorme y tan profundo que no llegaría hasta él ni el pozo artesiano más hondo. Y entonces el melancólico, usando dos dedos, levantó una bolita de pan mojada en manteca de torreznos de su plato con decoración rococó (nuestra encantadora porcelana de Sajonia sobrevivió sin accidentes durante su convivencia con los de la Gestapo y la invasión de los guardias revolucionarios, mientras que el servicio de café, más frágil, no tuvo la misma suerte, cosa que pienso reclamar algún día) como si fuera un cura levantando una hostia, la mantuvo así unos tres segundos y la examinó con atención para después colocársela sobre la lengua y, rápido como un látigo, dejarla caer a sus melancólicas entrañas, mientras continuaba su relato sobre el lago:

Todo lo que voy a contar a continuación es sumamente importarte, porque, en realidad, yo soy el buscador del lago. Esa es mi tarea, mi misión, aunque a decir verdad no sé cómo llegué a ella. En cuanto nos encontramos y ustedes me invitaron a venir aquí, supe que este era el camino adecuado. Y cuando entré en esta casa me invadió la certera intuición de que lo que busco se encuentra justo aquí. Dar es un lago enorme que se extiende por debajo de la ciudad, pero resulta que el único acceso está en esta casa.

Durante la pausa que hizo el melancólico, llegó hasta nosotros el sonido de un lanza-morteros, un Katyusha, uno de esos «órganos estalinistas». En ese mismo momento se me ocurrió que los rusos intentarían hacer una brecha hacia Řečkovice y que los recogedores de difuntos que estuvieran de guardia llenarían hasta tres carros, porque en Řečkovice y en Medlánky los alemanes tenían su último baluarte. Sin duda se produciría una masacre en ambos bandos; por no mencionar a todos los civiles que se llevarían por delante. El Katyusha todavía tosía en ráfagas, y nosotros, mirando el techo, escuchamos otros bombarderos que seguramente tenían como objetivo el mismo lugar. ¡Menudo estruendo! *Sobre los impíos hará llover calamidades; fuego, azufre y viento abrasador será la porción del cáliz suyo*. Salmo 11, versículo 6.

Comprendo que hasta ahora no sabían de la existencia del lago Dar, dijo el melancólico mientras sacaba de una fuente con verdura una zanahoria larga parecida a una lengua de serpiente, pero tal vez tampoco hayan oído hablar de un lago que está por Escocia, en cuyas profundidades habita una criatura prehistórica. Pues, créanme, no tengo ni idea de qué clase de ser puede vivir, o podría sobrevivir, en el lago más profundo y enorme del mundo, el que está ubicado bajo nuestra ciudad. De hecho, desconozco asimismo si sus aguas son calientes o heladas, si está poblado de plantas acuáticas o si por él navegan icebergs, o si, por ejemplo, un ducado de oro que se tirara allí se sumiría girando hacia las profundidades o si algo le pegaría una dentellada al momento. Pero la única manera que tengo de enterarme es bajando allí.

¡Estupendo!, dije yo. Pero, a ser posible, después de acabarnos la compota de manzana.

Esperamos también a que Kaňka se comiera todo lo que con cariño le habíamos servido en su cuenco, y para cuando nos terminamos la compota la paciencia del melancólico estaba a punto de terminarse.

He supuesto que esta casa contaría con un sótano gótico de varios pisos y me he preparado para la ocasión, reconoció mostrándonosuna lámpara de petróleo y una caja de cerillas.

Conocía bien aquella lámpara, de esas contadas ocasiones en las que se iba la luz durante mi niñez. El quinqué parecía estar esperando siempre ese momento. Y cuando se producía enseguida lo encendíamos, como si de una custodia doméstica se tratara. Tenía un asa especial, dispuesta de modo que se pudiera transportar estando encendido sin quemarse. En cuanto vi cómo el melancólico se remangaba el jersey y agarraba el asa, comprendí lo bien que le había venido.

¡Hala, vamos, niños!, nos animó Kaňka. Acto seguido, cogimos la llave del sótano de una escarpia que estaba junto a la puerta, cerramos el piso y, pasando ante la puerta de los Havličkovi, bajamos hasta el sótano. Aunque yo ya había antes en aquel sótano gótico, en ese momento se me ocurrió que aquella escalera larga y empinada daba la impresión de encontrarse en una columna hueca de una gran catedral.

Melón (a partir de ahora llamaremos así al melancólico, porque en la penumbra de la empinada escalera podríamos acabar tropezándonos con esa larga terminación, -ancólico) se puso en marcha con el quinqué encendido, yo me coloqué detrás obedientemente y Kaňka cerraba la marcha. En realidad, yo ya

había subido y bajado muchos sacos por aquellas escaleras, y lo había conseguido con la única ayuda de una linterna, pero Kaňka me prohibió que la cogiera en brazos porque prefería que yo tuviera las manos libres esta vez. Era una bajada más peligrosa de lo que parecía, que se complicó, además, porque de pronto me encontré en el inestable territorio de las preguntas y respuestas insidiosas. Y es que Kaňka por fin se decidió a responder a mi pregunta sobre quién era, bueno, quiénes eran ellos y qué planes tenían para mí. Y también a provocarme para que yo formulara otras preguntas que aún seguían sin pronunciar. Probablemente, para llegar a esta situación, necesitaba ese descenso a las profundidades.

Bien, dijo Kaňka, ya es hora de «soltarlo» todo y revelarte por qué nos conocimos. Y se puso a ello con el ahínco del que quiere pasar el trago cuanto antes. Bajaba detrás de mí por esa escalera demasiado empinada, justo pegada a mí, unos escalones más arriba, así que era como si le fuera hablando a mi espalda. A veces, cuando un escalón estaba demasiado resbaladizo, tenía que pararme, y entonces la luz del quinqué bailaba como ebria sobre las piedras de las húmedas paredes. En esos momentos, Kaňka me golpeaba el hombro, debajo del omoplato, con el morro.

Trataré de explicártelo, aunque voy a permitirme alguna simplificación, me propuso Kaňka: digamos que somos esos que piensan que tienen la obligación de manipular los destinos de la gente. Nuestros motivos no son ahora importantes. O tal vez lo sean, pero dejémoslo estar. Vosotros sabéis de nuestra existencia hace mucho, o al menos la intuís, y por eso hace tiempo que nos habéis puesto nombre. A veces nos imagináis como dioses, dioses de diferentes clases que tienen ciertos planes para vosotros y no soportan una desviación de dichos planes. Otras, creéis que somos extraterrestres que un día se apiadaron de la humanidad y decidieron empujaros para volver al buen camino o que siguieron una suerte de instinto cósmico. Supongo que nos consideráis una especie de señores de vuestros destinos que caminan normalmente entre vosotros y que solo son reconocibles por sus elegantes vestimentas, a las que no somos capaces de renunciar. Y debo reconocer que durante mucho tiempo estuvimos dudando sobre qué aspecto tomar en tu caso. Me disculpo ahora por nuestra decisión final, que tal vez no haya sido la mejor. Aunque también contábamos con tu sentido del humor. En fin, el resultado no fue precisamente para morirse de la risa: una anciana que se cruza de golpe en tu camino con una gata negra. Pero eso no resultó, a la postre, tan importante, porque tú nos aceptaste así. La pregunta

fundamental sigue abierta: ¿era necesaria nuestra intromisión en los destinos de la gente? Pero tratar de responderla, mi querido Jindřich, supondría un largo debate axiológico. Y esta escalera no es tan larga como para que nos dé tiempo a llegar a ninguna conclusión por el camino. Aunque te confesaré que, en principio, creemos que cuando nos inmiscuimos en los destinos humanos hay poca cosa que en verdad podamos hacer. Tal vez desviar ligeramente algo hacia cierta dirección que nos parece provechosa para vosotros. Sin embargo, la realidad es que no queremos, y tampoco está en nuestro poder, regir los destinos de la humanidad, los destinos de las personas. Intentaré explicarlo con una comparación: somos como restauradores reparando un cuadro al que querrían devolver su apariencia original.

Entonces Melón se detuvo, se volvió con cuidado y levantó el quinqué, que llevaba agarrado con un guante de piel por su asa especial, a la altura de la cara. Una imagen espantosa asaltó de repente mis pensamientos: el quinqué se le resbala y nos salpica de petróleo, gritamos y nos caemos por el hueco de la escalera ardiendo en llamas. Pero conseguí dominarme, y la imagen volvió deprisa a mi fea filmoteca.

¿Y de dónde sacáis la seguridad de que ese cuadro que queréis restaurar era realmente como os lo imagináis vosotros, y de que vais a conseguir devolverle ahora su apariencia original?, preguntó Melón a Kaňka.

Melón y yo estábamos frente a frente. Él se había parado dos escalones más abajo, y Kaňka cinco más arriba, de modo que quedaba a la altura de mi hombro, o tal vez un poco más alta incluso, y miraba por encima de mí al quinqué y a la cara de Melón.

Buena pregunta, reconoció. Por supuesto, es un riesgo que corremos. Ese cuadro podría ser un poco distinto de lo que nos imaginamos.

O muy diferente, como en el caso de que el lienzo dañado fuera, por ejemplo, *Las señoritas de Avignon*, de Picasso, y vosotros lo restaurarais como si representara una reunión de unas damiselas para tomar el té, le advirtió Melón. Algo así no puede obviarse, a pesar de vuestra arrogancia. Me temo que el juego de restaurar la realidad resulta muy peligroso. Y, respecto a eso que has dicho de que corréis un riesgo en el caso de que cometáis un error, me temo que estáis confundidos de medio a medio. Si tal cosa sucediera, el precio lo pagaríamos nosotros, los humanos. Y, por lo tanto, el riesgo es nuestro.

Melón se cambió el quinqué de mano y bajó de nuevo la

lámpara a la altura de su cintura. Después se dio la vuelta y, juntos, continuamos nuestra bajada.

Las piedras empañadas de las paredes del sótano tenían un tamaño considerable y orígenes de lo más variopintos, pero lo que más llamaba la atención es que estaban colocadas de manera que, en algunos lugares, creaban algo así como una espiral arrugada, y en otros, relieves sencillos de rostros. Seré más concreto: me recordaban a *El grito*, de Munch. Cuando arrastraba de peldaño en peldaño los sacos con las pertenencias de los oficiales de la Gestapo, no me había fijado ni en la espiral ni en los rostros. Pero ahora, al parecer, mis sentidos se habían agudizado.

Poco podemos hacer, reconoció Kaňka, sobre todo porque estamos limitados por el tiempo, por la escasa duración de ese momento en el que tenemos la capacidad de actuar. Y dicho momento es precisamente este, al final del horror de la guerra, en el tiempo y espacio cero. Algo, dentro de su propia esencia, está rompiéndose, quebrándose durante estos días. Justo ahora nos encontramos en ese único e irrepetible instante que decidirá sobre el futuro de todas y cada una de las cosas. Y justo ahora se da también la oportunidad de participar en ello. Pero ese instante está limitado a unas pocas horas del día de hoy.

Melón se detuvo de nuevo, aunque esta vez no trató de volverse en la estrecha escalera.

No te enfades, Kaňka, o como tenga que llamarte, pero me parece que exageras con respecto a vuestras posibilidades. Intentáis crear una bonita historia, trabajar con el tejido vivo del caos como si fuera plastilina, aunque en realidad podéis hacer muy poco. Como queráis… Pero la realidad no conoce la lógica de las historias. En verdad no hay historias, son solo casualidades, son solo miles de millones de situaciones, de dados diversos echados por la generosa mano del caos. Y cada uno puede tomar lo que quiera de esos dados para crear su propio cuadro, su propia historia, su propia ilusión. Los alemanes negaron su miseria con la historia de la superioridad aria y con la historia de su salvador, Hitler. Pero ahora, como castigo, están metidos hasta el cuello en el caos más terrible y se están ahogando en él.

Oye, Melón, dijo Kaňka encrespando su pelaje, confiesa: ¿quién eres en realidad?

Melón se puso en marcha de nuevo. Sostenía la lámpara en su mano izquierda y utilizaba la derecha para irse apoyando, de cuando en cuando, en la pared. Pero hablaba sin parar, y hacia abajo, hacia la oscuridad, mientras que Kaňka le respondía a mis

espaldas. Bajábamos muy despacio, y su charla contribuía a frenar nuestro descenso, y también las palabras, que se pronunciaban con lentitud y prudencia, como si con ellas, en el hueco de esa escalera, en esa especie de columna hueca de una catedral, debajo de nosotros y por encima de nuestras cabezas, se estuviera construyendo una torre llena de columnas huecas, hacia arriba y hacia abajo.

¿Que quién soy? Esa es también una buena pregunta. Parece que ha llegado el momento de confesar, dijo Melón. Así que, Jindřich, Kaňka, soy un hombre sin hogar, un hombre sin esperanza. En esta guerra he perdido a mi familia, a mis amigos… Lo he perdido todo. Ahora solo soy el buscador del lago. Pero el dado de la casualidad caótica me ha llevado hasta vosotros. Y por eso soy también tu imprescindible contrario, Kaňka, tu indispensable contrapeso, el jang de tu jin, soy ese que se cruzó en vuestro camino por casualidad, pero por eso soy también aquel sin el que no podéis ser esos que decís, de quienes me gustaría pensar que estáis en lo cierto. Me gustaría pensar que Jindřich, el elegido, cumplirá la misión escogida por vosotros, pero también soy ese que tiene que llevaros la contraria, colocaros obstáculos en el camino y advertiros de que el futuro quedará siempre fuera de vuestras posibilidades y de las nuestras. No sabemos nada en absoluto sobre el futuro, y por tanto no podemos influir en él. Solo después, retrospectivamente, nos puede dar la sensación de que vemos los contornos de la historia, que parecía que ya conocíamos de antemano. Sí, soy tu abogado del diablo.

Y continuaron con su inteligente conversación mientras bajábamos por las escaleras. Cuando ya tenía la sensación de que me apetecería participar en ella, cuando ya se me pasaban por la cabeza multitud de preguntas diversas, puesto que la charla me incluía también a mí, me quedaba siempre dubitativo, porque lo cierto es que no sabía cómo llamar a Kaňka, pues ya no era Kaňka, sino algo en plural, tal vez toda una sociedad, como había comprendido finalmente; casi como una institución, con la que ahora Melón se peleaba con sumo gusto. Pero de repente vi algo en los escalones y tuve que agacharme a recogerlo, interrumpiendo, sin querer, la inteligente conversación. Los dos contemplaron con disgusto cómo cogía la tapa de un tubito que debía de haberse caído de uno de los sacos que había llevado al sótano en su momento.

Eres como un ama de casa que se apresura a barrer una mísera plumita, comentó desabrido Melón mientras esperaba a que yo recogiera la estúpida tapita.

Cuando llegamos al final de la escalera, evidentemente, no encontramos allí ningún lago. En el sótano solo nos esperaban los sacos con la ropa de los de la Gestapo que yo mismo había dejado el día anterior. Entonces Kaňka se apartó a un lado y yo me quedé mirando cómo Melón retiraba los sacos y se acuclillaba junto a ellos. Palpando un montón de barro, encontró una anilla de metal.

Justo así me lo había imaginado, constata Melón, apartando el barro amontonado para poder colocar la lámpara. Después, en cuclillas, agarra con las dos manos la anilla y haciendo un gran esfuerzo se encorva más y más hasta que consigue levantar una gran trampilla. Debajo ya no hay ninguna escalinata de piedra, sino una escalerilla de color verde.

Esta vez nos colocamos de modo que Melón bajó tras Kaňka y yo me quedé el último. En vista de su debate anterior, que aún no había terminado, era mejor que camináramos siguiendo ese orden. Pero, apenas habíamos posado un pie en la escalerilla verde, se me ocurrió que estábamos bajando a un pozo. Bajo la trampilla había un anillo de granito, por debajo del cual continuaba una pared de piedra. Desde las profundidades ascendía un frío metálico.

Ahora nos veíamos obligados a descender con más precaución aún, pues el metal húmedo es todavía más traicionero que la piedra húmeda. En las paredes seguían apareciendo espirales arrugadas y relieves, y Melón continuaba discutiendo con Kaňka sobre la posibilidad o imposibilidad de influir en el destino humano y pronunciarse sobre su futuro. Melón citaba a un filósofo inglés que afirmaba que las acciones que se suceden están unidas solo por una secuencia temporal, no por causa y efecto, y que por eso nadie puede saber lo que va a ocurrir en el siguiente instante.

Y justo en ese momento llegamos a un lugar que resultó ser una orilla. Solo tuvimos que caminar unos trescientos metros para encontrarnos con la superficie negra de un lago inmenso. Durante un breve instante, los tres nos quedamos paralizados ante semejante descubrimiento, pero no tardó en espabilarnos el frío, que era tan intenso que nos apresuramos a refugiarnos en un camarote de un barquito que permanecía anclado en la orilla. Las paredes de dicho camarote estaban recubiertas de una especie de pelaje, y la puerta y la ventana parecían provistas de un aislante.

¿Así que este lago se extiende bajo toda la ciudad? ¿Y quién ha colocado esa escalerilla verde y quién ha anclado aquí un barco, señor Melón?, pregunté.

Preguntas demasiado, joven amigo. Pero me apostaría el cuello a que lo que ahora consideramos la orilla de una tierra subterránea es

en realidad una isla situada en el lago, porque este tiene el mismo tamaño que la ciudad que se extiende sobre él, dijo ensoñadoramente Melón. Sí, es su reflejo negro subterráneo.

¿De verdad?, ¿así es?, se rio Kaňka. ¿Así que tu bonita historia sobre el lago se tenía que cumplir a rajatabla y lo que habías predicho se iba a cumplir con total seguridad?, añadió con ironía.

¿Y quién ha colocado la escalerilla verde?, pregunté yo de nuevo. ¿Y quién ha dejado aquí la barca?

¿Y quién ha forrado las paredes de pelo de gato?, quiso saber Kaňka cuando restregó su pelaje contra la pared. ¿Y cuántos pobres gatos han tenido que sucumbir para ello?

Melón se encogió de hombros: Supongo que el lago lo descubriría alguno de tus antecesores. Entonces me tendió un librito que había encontrado en una estantería, bajo un ojo de buey. *Asidero de las enseñanzas morales*, del estoico Epíteto. Editado por Jan Laichter en Kralovské Vinohrady, Praga, en el año 1901.

«Todos los asuntos tienen dos asas: por una son manejables, por la otra no», leí mientras me castañeteaban los dientes.

Creo que debemos volver, sugirió Kaňka, aunque a ella su pelaje la protegía del frío. Pero este era tal que no resultaba posible permanecer por más tiempo allí.

Mi abuelo o quien fuese debía de calentarse con algo. Pero ¿con qué, señor Melón?

Tal vez si nos hubiésemos abrigado mejor… Puede que su abuelo o quien fuese bajara aquí vestido como si fuera a emprender un viaje en un barco ballenero. Y quizá incluso cazara ballenas de verdad en este lago. Aunque otra vez estoy diciendo bobadas: no hay ballenas de agua dulce.

¿Y por qué no podría haber ballenas de agua dulce?, intervino Kaňka. ¿Por qué no se puede inventar una bonita historia sobre un pescador del lago situado debajo de nuestra ciudad?

Ay, el sarcasmo no te pega nada, mi hermosa amiga, dijo Melón.

Pero esto lo íbamos hablando ya de vuelta; primero, subiendo por la escalerilla verde, y después, por la escalinata de piedra. Cuando salimos del sótano, nos esperaba un día de abril ligeramente marchito. Tras la mirilla de la puerta de los Havlička había un ojo, atento como un arponero en la proa de un barco ballenero. Y entonces oímos cómo sobre nuestra calle de nuevo volaba un Shturmovik ruso con un racimo de bombas cargado bajo las alas. Sin embargo, durante el vuelo de reconocimiento, el Shturmovik debió de juzgar que la calle Mečová ya había recibido bastante. Melón pasó de nuevo a ser el melancólico y Kaňka puso

cara de «a mí que me registren». Todos los asuntos tienen dos asas, recordé la sabiduría de Epíteto y le pregunté al melancólico si no le apetecía tomarse un trago de licor de junípero.

¿Que si me apetece? Pues sí, y ¡mucho!, se rio.

Estupendo, debería tener una botella en la buhardilla. Si es que no me la mangó el minotauro cuando me estuvo esperando allí con Ganzúa.

Ay, el sarcasmo no te pega nada, se rio Kaňka.

CAPÍTULO IX

¡GOMAS, GOMAS, GOMAS!

Kosťa y yo ya habíamos decidido que no le dejaríamos todo el trabajo al detective privado y a sus fisgones cornudos —porque realmente eso sería algo embarazoso—, y que, por tanto, nosotros también seguiríamos buscando por nuestra cuenta. Estábamos al final de la calle Orlí, y justo allí nos dio por exponer nuestras reflexiones sobre el asunto. Pero, de repente, Kosťa se puso a husmear. Aquí debería decir que la calle Orlí no desembocaba en la Hermann-Göring-Strasse, sino que había cambiado su nombre de nuevo a Masarykova. Unos jóvenes con una escalera avanzaban de casa en casa —¡qué familiar nos era eso de peregrinar con una escalera en ristre!— e iban colocando los letreros de las calles o los cambiaban por otros, que de momento eran solo de cartón. Pero no quiero irme por las ramas: Kosťa se puso a husmear.

Como tuve la ocasión de comprobar luego durante ese día y varias veces, Kosťa tenía muy desarrollado el sentido del olfato, lo que le debía de causar muchos problemas en el sanatorio, repleto de olores inmundos. Aunque, por otro lado, una única gota de miel pendida en el aire puro, de la que los invidentes olfativos no tenemos ni pajolera idea, llevaba a Kosťa al paraíso de los deleites olorosos. Llevo acompañando a Kosťa muy poco tiempo, en realidad solo unas horas, y ya sé que su esencia ruso-finlandesa, sumergida en el entorno checo, ha florecido, la muy bribona, como un capullo maravilloso. Pero no quiero irme por las ramas: Kosťa se puso a husmear. Y juntos caminamos hacia la dirección que nos indicaba su nariz.

Es la hora de almorzar, dijo Kosťa, y el restaurante U Stopky ya debe de estar abierto. De hecho, me llega hasta aquí el olor del menú entero. La añoranza le hizo estremecerse. Hay sopa de col con longaniza de Wallachia, mataría por ella. Y además sé con certeza que allí estará nuestro hombre. Seguramente de incógnito, pero, como tenemos la certeza de que nos lo vamos a encontrar en ese

lugar, basta con estar atento a los detalles que siempre delatan a los yanquis. Hasta yo percibía ese aroma que habría dejado postrada de rodillas a una persona de naturaleza más débil. A la entrada de U Stopky había dos guardias revolucionarios con bandas rojas y revólveres. Como comprendimos enseguida, solo dejaban acceder al local a los que demostraban que podían permitirse el lujo de una comida semejante. No había duda… ¡La libertad también pasa por el estómago! ¡Pero solo por los estómagos de aquellos que se lo pueden permitir!

Ha llegado la hora de comerse estas dos cucharillas de plata, sugirió Kosťa sacándoselas de un bolsillo. ¡Siempre lograba sorprenderme con algo! Cuando al fin conseguimos abrirnos paso entre el gentío, Kosťa se las enseñó a uno de los guardias. Al principio, tuve la sensación de que el guardia, que padecía un feo prognatismo, iba a morder una de ellas para comprobar la calidad de la plata. Pero no hizo tal cosa, y al final nos dejó entrar en el famoso restaurante de Brno, cuyas chimeneas escupían humo con mucho afán.

Accedimos al comedor por una cómoda escalera. Allí, unos camareros corrían solícitamente de un lado a otro. Su profesionalidad, que saltaba a la vista, era típica de los tiempos anteriores al Protectorado, y eso apuntaba a que el señor Stopka los había tenido escondidos durante toda la ocupación en lo más profundo del sótano, refrigerados junto a los alimentos y con grandes reservas de agua potable. Por cierto, ¿se ha percatado ya alguien de lo gélidos que son los sótanos de esta ciudad? Es como si Brno entero estuviera colocado sobre unos postes metálicos que surgieran de un enorme lago subterráneo.

No nos sorprendió en absoluto encontrar allí a algunos guardias atiborrándose. Y por supuesto no se atiborraban de balas de cañón, sino de los mejores manjares salidos de los fogones de U Stopky. Nos pusimos a especular sobre si, cuando se hartaran, los relevarían los guardias que estaban vigilando la puerta, ya que resultaría beneficioso tenerlos contentos para que pudieran mantener a raya a la hambrienta multitud, que de otro modo habría echado el restaurante abajo.

Apenas habíamos encontrado una mesa libre, se colocó a nuestro lado un camarero con un menú de antes de la guerra. Kosťa pidió una sopa de col, un estofado checo tradicional y dos enormes jarras de cerveza. Nuestro camarero fue relevado enseguida por el encargado, que nos informó de que había que pagar por adelantado. Kosťa le tendió las cucharillas de plata. El encargado se inclinó y

nos aseguró que se sentía muy honrado de que hubiéramos elegido justamente ese restaurante. No teníamos nada que responder a eso, y él tampoco esperaba respuesta alguna.

Echamos un vistazo a las mesas de alrededor. Todas ellas estaban equipadas con antiguos candelabros que iluminaban los manteles y las vajillas de lujo. Aunque Mr. Penicilin no hubiera llegado aún, contábamos con que aparecería en cualquier momento. Bueno, Kosťa contaba con ello. No estaba dispuesto a admitir que el yanqui pudiera evitar dejarse seducir por el restaurante más prestigioso de Brno y su cocina de antes de la guerra. Así que nos dedicamos a examinar a cada uno de los clientes que llegaban, levantándonos una y otra vez y fingiendo que buscábamos los baños, para poder fijarnos de cerca en sus caras y en sus comportamientos en la mesa. Kosťa repetía que el americano se delataría con los detalles. Nos volvimos a nuestra mesa con el convencimiento (bueno, solo Kosťa estaba convencido de ello) de que Mr. Penicilin no estaba aún allí, pero que no tardaría mucho en aparecer. Como además nos habíamos sentado frente a la percha de sombreros y paraguas, situada sobre la escalera, los nuevos clientes tenían que desfilar por delante de nuestras narices, de modo que era imposible que los pasáramos por alto.

Trajeron la sopa de col. Kosťa la probó y se relamió satisfecho, y acto seguido nos colocamos las servilletas en el regazo. En ese preciso momento, continuó su relato. Así que, sumergiendo la cuchara y de nuevo elevándola y de nuevo sumergiéndola, intercalaba la degustación de ese delicioso alimento con el relato sobre su padrastro.

En Trieste, como ya sabe usted, Jakub, mi padrastro, decidió que iríamos a Checoslovaquia. Pero el camino de Trieste hasta Praga, a través de Eslovenia y Austria, lo trajo hasta Brno, de donde pensaba, en principio, salir enseguida en un vagón-litera del antiguo Ferrocarril del Norte del Emperador Fernando. Pero, como el tren no tenía vagón restaurante y era la hora de comer, se le ocurrió usar esa larga parada para, aunando lo placentero con lo útil, visitar alguna tabernilla de la ciudad y, además, escuchar allí el idioma de nuestra nueva patria. Yo tenía tres años e iba correteando tras él. Dejamos las maletas en la consigna de la estación, pero no llegamos muy lejos, porque la primera frase que escuchamos, nada más salir del vestíbulo, fue un grito: ¿Hay aquí algún médico? Por la urgencia de la voz mi padrastro comprendió que alguien lo necesitaba de verdad. Y al momento se agachó junto a un carro de panadero contra el cual había chocado bruscamente un loco al

volante. Antes de que llegara la ambulancia, ya se había ocupado del joven herido, y después acompañó al paciente hasta el hospital, para supervisar su tratamiento. Tampoco yo perdí el tiempo en el hospital. Durante todo el rato que mi padrastro permaneció al lado de su paciente, yo me quedé tras la puerta de la sala de operaciones. Me coloqué junto a una chica, la hermana del joven, que miraba hacia la sala por una ventanilla redonda, y a la que convencí para que me cogiera la mano. Para entonces yo ya había decidido que ella sería mi madrastra. Y, por supuesto, a mi padrastro ya no le quedó más remedio que instalarse en Brno. El checo se convirtió después en mi lengua madrastra, mi padrastro me enseñó ruso (a los cuatro años ya recitaba a largos fragmentos de *Eugenio Onegin*) y, además, contrató a dos institutrices, que me iniciaron en el alemán y el inglés. Solo el finlandés, mi idioma materno, se quedó como mi *böhmisches Dorf*, por decirlo de alguna manera.

Pero, veamos, ¡un auténtico y delicioso estofado checo! No, no hemos malgastado en absoluto las cucharillas de plata…

Las jarras de cerveza llegaron inmediatamente después. Era inimaginable que en ese momento estuviéramos pegándonos semejante comilona en una ciudad bombardeada sobre la que todavía sobrevolaban los Shturmovik rusos que a veces soltaban alguna de sus cargas, aunque ya no en el centro de la ciudad, donde se dejaba oír aún el ladrido de las ametralladoras y la tos de los *katyushas*, donde se moría sin cesar y bajo las ruinas de las casas había enterradas fa

milias enteras. En realidad, había algo desvergonzado, hasta vergonzoso, y tengo que reconocer que también obsceno, en el hecho de estar degustando un estofado checo en medio de todo ese horror y esa miseria. Lo único que en cierto modo nos disculpaba era que el motivo de nuestra opípara comida era la búsqueda de Mr. Penicilin.

Kosťa continuó hablando por encima de su delicioso estofado: Mi padrino enseguida se hizo un buen nombre en los círculos de médicos de Brno, así que no le resultó difícil encontrar un puesto en uno de sus hospitales. Pero eso no era de su agrado. Él se había instalado en Brno con la principal intención de dar buen uso a la fortuna de su padre, y para ello construyó su propio sanatorio. Dedicó mucho tiempo a buscar un lugar apropiado, preferentemente un terreno con una pradera verde, pero finalmente acabó adquiriendo un complejo de edificios en Židenice que tuvo que reformar. En principio, aquellas construcciones estaban destinadas a

ser cuadras para caballos de carreras, pero su dueño pronto comprendió que Pardubice, con su ya entonces famosa *steeplechase*, era un sitio mucho más adecuado para tal inversión y le dejó las cuadras a mi padre por un precio bastante aceptable. Entonces aun vivíamos en uno de esos bloques de pisos de la calle Křenová. Pero mi padrastro conoció allí a un alemán de Brno, Horst Görlich. Un tipo interesante, sorprendentemente inteligente y erudito para ser funcionario y, además, sin ningún indicio de la típica soberbia alemana; un brunense como la copa de un pino, un ciudadano checoslovaco. Este tipo dominaba a la perfección ambas lenguas y conseguía además deformarlas con placer mezclándolas con el dialecto de Brno. Cuando después nos mudamos a las zonas habitables de la obra terminada, mi padrastro mantuvo el contacto con Horst y se convirtió en el médico personal de su hijo y de sus dos hijas, a una de las cuales curó de tuberculosis. No se trataba solo de un conocido del vecindario, entre ellos surgió una verdadera amistad. Ni los años treinta lograron cambiar eso, a pesar de que después Görlich entró en una Gesellschaft, donde ya se empezaba a saludar con el brazo en alto.

¡Un momentito!, exclamó entonces Kosťa, y se levantó para ir a estudiar de cerca a un cliente que acababa de llegar. Rodeó discretamente su mesa y luego se paró en dos esquinas opuestas, para poder contemplarlo desde dos perspectivas diferentes. Después regresó, movió la cabeza negativamente y me preguntó: ¿Dónde lo habíamos dejado?

En que el alemán de Brno, Görlich, había empezado a saludar con la mano levantada. Pero, Kosťa, antes de que continúe, me gustaría recordarle que varias veces me ha prometido que me contaría eso tan íntimo y personal que lo une al cuadro de Repin que compró en el vestíbulo de la estación.

Jakubek, no mezclemos peras con manzanas. Görlich y el cuadro de Repin son dos realidades muy alejadas. Así que volvamos a Görlich. Al principio no se tomó muy en serio eso de saludar con el brazo en alto, según le dijo a mi padrino, lo consideró solo un juego social con una graciosa agitación de la mano derecha. Pero conforme pasó el tiempo (y este de verdad corría al galope) y al ver cómo utilizaban a sus parientes alemanes, cantar la cancioncilla *Deutschland, Deutschland über alles* («Hitler tiene en el culo perales», la continuábamos entonces) se convirtió para Görlich en una cuestión de honor. Y, enseguida, tras el acuerdo de Múnich, vino a anunciar a mi padre que iba a abandonar el partido a modo de protesta. ¿De qué partido hablas?, ¿es que perteneces a algún

partido, Horst? Al Nacionalsocialista, le confesó a mi padrastro.

Pero más tarde se lo pensó mejor y no se salió. Y, después de que nos mandaran a las hordas nazis, Görlich vino a explicarle a mi padrastro que…, pero mi padrastro no le dejó hablar. Entonces Görlich depositó en la mesa una gran cantidad de dinero, le dijo a mi padre que era para el mantenimiento del sanatorio y desapareció. Mi padrastro cogió el dinero… Tengo que admitir que, sin las contribuciones regulares y generosas de Görlich, el sanatorio no habría salido adelante, ya que la fortuna de mi padrastro se había acabado, y él, que en el fondo era un gran admirador de Tolstói, seguía sin renunciar a sus principios y por eso les prestaba especial atención a los pacientes más pobres. Estoy convencido de que, por parte de Görlich, la ayuda no se limitaba solo al terreno económico, porque, sorprendentemente, la administración alemana jamás molestó a mi padrastro, a pesar de que era ruso. Durante esos años, la única forma de comunicación entre mi padrastro y Görlich fueron esas transacciones financieras, que para Görlich debían de ser también más aceptables que cualquier otro tipo de interacción, porque ¿de qué podrían haber hablado mi padre y él? Görlich se dedicaba por entonces a arianizar una gran propiedad judía, creo que se trataba de la fábrica textil de Cejl, lo que a la vez era la fuente de sus contribuciones monetarias. En las facciones de las SS el hecho de que conociera a un antiguo funcionario fiscal de Brno fue más que bienvenido. La minoría alemana, Jakubek, no solía ser aceptada en la Wehrmacht, sino que pasaban a formar parte de las divisiones de las Allgemeine SS. Puedo imaginarme que Görlich tendría la gran tentación de hablarle a mi padrastro de esa ceremonia ritual en la que había pasado bajo la luz de las antorchas llameantes y de cómo después le habían dado una daga personal, le habían tatuado en la axila un símbolo rúnico, le habían colgado en el armario el uniforme negro de ceremonias con los símbolos mortíferos y de cómo de repente él, hasta entonces un insignificante alemán de Brno, tenía todos los privilegios de los miembros de las SS, con los que pronto iba a descubrir el tesoro legendario de los nibelungos… Ay, ¡cómo le habría gustado presumir ante su mejor amigo de antaño! Y cómo le habría gustado bailar para él vestido con ese uniforme, dos pasos adelante, tres atrás, una vuelta a la derecha y otra a la izquierda. Pero, obviamente, tuvo claro que con ello no iba a conmover al doctor Laguzhin. Después trabajó en las SS, principalmente como gran conocedor de todos los entresijos de Brno y también como intérprete. No era ningún pez gordo, solo tenía el rango más bajo, porque los nazis no confiaban demasiado

en la minoría alemana de nuestra ciudad. Pero, por supuesto, no tuvo que ir al frente, pues resultaba más útil como conocedor de las costumbres y, además, ya tenía sus años. Esa sagrada obligación para con el Reich la cumplió su hijo, que participó activamente en la conquista victoriosa de Europa. Görlich era, con seguridad, una persona llena de contradicciones que no destacaba por su valor, y lo que es peor, sospecho que habría abandonado sin el menor cargo de conciencia esa especie de amistad latente con mi padrastro si así hubiera podido ascender en la carrera nazi, como un aeronauta que tirara un saco de arena para subir con su globo. Cualquier contacto con mi padre habría sido para él inoportuno y tal vez hasta peligroso. Ninguno de sus superiores le había reprochado nada hasta entonces, pero lo que no pasaba hoy podía pasar mañana. También temía por las propiedades judías que había robado. Pero no fue hasta el exterminio de Lidice cuando se le presentó su gran oportunidad. Esa aniquilación brutal de una aldea tranquila fue una cuña que se introdujo entre mi padrastro y el nazi de Görlich. Y si mi padrastro pensó entonces que esto empujaría a Görlich a decidir quién era de verdad, no se equivocó. Realmente se decidió y canceló todo tipo de contacto con él. Dejó de contribuir al funcionamiento del sanatorio, como si con ello quisiera decir: por favor, acepta de una vez que soy un nazi, un asesino de checos. Solo que apenas cinco meses después ocurrió algo decisivo: su único hijo cayó en Stalingrado. Stalingrado, como cabía esperar, cambió el modo de pensar de muchos, y no solo de la minoría alemana. No se quitó la piel nazi, para eso era demasiado cobarde, además de estúpido, pero un día algo reventó en su interior y acudió a llorarle a mi padrastro sobre el hombro. Y mi padrastro, que en el fondo era un tolstoiano convencido, lo aceptó, le secó las lágrimas y le dio un pañuelo… Y Görlich comenzó de nuevo a contribuir económicamente con el sanatorio de Laguzhin. Pero se quedó con su daga nazi.

¿Desean tomar café los caballeros? ¿Un vienés o un turco?

Levantamos la cabeza. Si hay café, que sea vienés.

El camarero desapareció. Fue el mismísimo señor Stopka, el famoso restaurador, el que nos trajo el café. En la bandeja, junto a las tacitas, estaban las dos cucharas de plata.

¿Algo no va bien, caballeros?

Todo va de maravilla, dijo Kosťa.

Créanme, caballeros, se trata de auténtico café brasileño. Y también la crema es…

De vacas auténticas, asintió Kosťa. Nadie duda de ello.

Es un placer para mí proporcionarles esta experiencia auténtica. Pero una cosa más… El señor Stopka hizo una pausa de cortesía y después preguntó: ¿Les importaría, caballeros, que me sentara un momento con ustedes?

Una molestia así la agradeceremos encantados, lo invitó Kosťa.

Y solo después Stopka hizo un gesto al camarero para que también le trajera un café.

¿Se han quedado los caballeros satisfechos con la comida?

Más que satisfechos, le aseguré. Hemos puesto un pie en el paraíso.

Estoy muy contento por ello, caballeros. Su visita a mi negocio significa mucho más de lo que puedo expresar con palabras. Y su satisfacción es mi recompensa. Su padrastro —y se volvió hacia Kosťa— era uno de mis clientes más fieles. Cuidaba de la salud de mi familia y de la mía personalmente. Su repentina partida me ha afectado en lo más profundo. Y después señaló al techo. Yo supuse que estaba señalando al lugar hacia donde había partido el padrastro de Kosťa. Pero no era así para nada, ese dedo levantado hacia arriba señalaba un bombardero ruso que, aunque no era visible, era perfectamente audible. De hecho, su motor hizo tintinear las copas de la mesa de al lado. Los rusos están atacando Řečkovice, y los nazis no van a aguantar mucho más allí, nos aseguró el señor Stopka. Habían pensado hacer de Brno un fuerte inexpugnable, pero ya están en las últimas. Sin embargo, querría pedirles algo, caballeros. Cuando den vueltas a su café, limpien por favor esas cucharillas de plata con la servilleta y guárdenselas de nuevo en esos bolsillos en los que las han traído. Son ustedes mis invitados, y no aceptaré nada a cambio. Solo…, y Stopka entonces se quedó dudando un rato hasta que por fin lo soltó, solo necesitaría un favorcillo de amigos…

Bueno, vayamos al grano, señor Stopka, le dijo Kosťa, que no se chupaba el dedo.

Sí, claro, convino el señor Stopka. Se trata de lo siguiente: de ayudar a una persona cuya vida corre peligro. Y después Stopka se inclinó hacia ellos y continuó en su susurro: Aquí dentro y también ahí afuera lo esperan unos matones que quieren eliminarlo por todos los medios. Para que lo entiendan, en estos días aún nos encontramos en una situación muy especial, ya que resulta posible ajustar cuentas impunemente, hasta asesinar, porque un muerto más o menos no cuenta, se pierde en medio de la guerra. La policía del Protectorado se ha retirado, ya no actúa, y esos guardias que andan por ahí, bueno, qué vamos a decir… Así que es la

oportunidad perfecta para eliminar a los testigos molestos. Pero, para ser más concreto, caballeros, esta persona de la que hablo fue testigo presencial de muchas marranadas colaboracionistas y, por lo tanto, aquellos que las cometieron querrían hacerle callar. En este lugar no se atreven, pero si saliera de aquí… Dentro de un par de días se acabará la guerra y volveremos a una vida normal, en la que no será posible liquidar a alguien sin más. Así que es la última oportunidad que les queda de acabar con su vida.

¿Y qué tenemos que ver nosotros con todo esto?, quiso saber Kosťa. ¿No estará pensando que nosotros podemos protegerle? Mi padrastro, que cuidó de que tuviera una buena educación, me pagó al mejor entrenador de boxeo de Brno, pero después llegó la crisis económica y tuvimos que prescindir de muchas cosas, así que no conseguí aprender esos estereotipos dinámicos del boxeo sin los que uno está perdido en el ring. Y aquí mi compañero, Jakubek, sobresale más bien por su extremada educación, pues cuando alguien le tira una piedra él devuelve el agravio lanzándole un trozo de pan… Pero, dejémonos de bromas, señor Stopka, nos encantaría, pero no podemos ayudarle en esto.

Y Kosťa desplazó hacia el señor Stopka con la servilleta las dos cucharillas de plata limpias, pero este enseguida las deslizó de vuelta hacia Kosťa.

Creo que me han entendido mal. En realidad, se trata de un gracioso intercambio. Necesito llevar al testigo de esas marranadas colaboracionistas a un lugar seguro. Su compañero, Jakub, se quedaría aquí y usted se marcharía con ese testigo en lugar de con él.

¿Está diciéndome que Jakub y ese testigo son gemelos idénticos?

¡Claro que no! Mire, yo voy a apostar por estos ciervos en celo. Y Stopka, suavemente, me apretó con el dedo índice el pecho, acariciando a los ciervos que adornaban mi jersey.

Stopka extendió la mano y con el dedo índice tocó ligeramente el jersey de Kuba, adornado con las cabezas de seis ciervos berreando sobre un fondo esmeralda.

Todo este intercambio va a depender de dos artimañas que utilizó el escritor Chesterton en uno de sus relatos sobre el padre Brown. ¿Conocen a Chesterton y al padre Brown?

Kuba y Kosťa asintieron al unísono.

Como he dicho, depende de dos artimañas. La primera consiste en que lo ostentoso siempre queda por encima y cuando se echa un vistazo rápido a algo borra de un plumazo los detalles diferentes que no llaman la atención. Aquí, su compañero, el señor Kuba —y

Stopka se inclinó ligeramente—, lleva una prenda de ropa bastante llamativa, este jersey con ciervos berreando, pero su rostro es tan poco especial —y Stopka se inclinó de nuevo, aunque esta vez disculpándose— como el rostro del testigo en cuestión, así que podemos intercambiarlos con tanta facilidad como un habilidoso mago intercambia dos cartas. Bueno, eso suponiendo que sea válida esta segunda artimaña: cuando se quiere cambiar XY por YX, basta con embarcarse con XY en una animada conversación, cuyo fluir ininterrumpido oculta el cambio igual que el pañuelo de un ilusionista.

Y entonces Kuba se levanta y, acompañado por Stopka, que habla y habla y habla, llega hasta la puerta de la cocina, tras la que espera el testigo amenazado y, mientras Stopka habla y habla y habla, Kuba le da su jersey al testigo y este sale con él puesto, acompañado por Stopka y por los ciervos berreando, y llega hasta Kosťa, que se levanta de inmediato para abandonar, con él, el restaurante.

Stopka se queda de pie en medio de su restaurante y está tan embalado que solo habla y habla y habla y habla y habla y habla, hasta que uno de los camareros se acerca y le susurra: ¡Pare ya, jefe!

Kosťa dejó el restaurante caminando al lado del testigo engalanado con los ciervos berreantes. Tuvo que reconocer que se sentía confundido por el rápido desarrollo de los acontecimientos. Es un maravilloso día de finales de abril de este último año de guerra pero a la vez el primero de paz. Desde Řečkovice y Králova Pole llega de nuevo el sonido de disparos y explosiones de bombas de racimo. Kosťa hace algún comentario al respecto, pero el testigo está mudo, con una mudez pesada y sobresaliente, como si se hubiera comprometido a hablar solo cuando tenga la posibilidad de testificar, y a Kosťa no le queda otra que respetarlo. Llegan a náměstí Sbovody (hasta anteayer aún llamada Viktoria-Platz). Allí, en el banco de Moravia, en su magullada fachada, situado frente al bombardeado centro comercial JEPA, hay colgada no solo una bandera checoslovaca, sino también una roja, en cuyo centro algún hábil boicoteador ha cubierto la esvástica con una hoz y un martillo.

Aquí el testigo se detiene de repente, se saca el jersey por la cabeza, se lo da a Kosťa, dice Thank you, echa un rápido vistazo alrededor y se va corriendo por la calle Zámečnická. Y Kosťa se queda en medio de la plaza y sacude y sacude y sacude y sacude la cabeza.

Kosťa y yo estamos sentados en la cocina de U Stopky, ambos un poco anonadados de lo valerosamente que hemos superado la tarea que nos ha sido encomendada (o sea, usar las dos artimañas de Chesterton) y como recompensa nos estamos poniendo las botas. Mientras tanto pensamos, claro, que la fuga del testigo se podía haber realizado de mil maneras mucho más sencillas que no requirieran para nada de nuestra participación. Pero entendemos muy bien que un gran admirador de Chesterton, y el restaurador Stopka claramente lo es, no podía dejar pasar semejante oportunidad de hacer un homenaje a su amado autor y, por eso, nos había embarcado en esa actuación digna de los mismos dioses. Y eso lo apreciamos de veras, y mucho. Justo en el momento en que estamos comiendo con nuestras cucharillas de plata una copa de helado de chocolate (que ha salido a la superficie del gélido sótano junto a unos esturiones, sin que se contaminara con el sabor del pescado, todo hay que decirlo), Stopka nos lo suelta.

Amigos, adivino que esto no les va a hacer ninguna gracia, pero tengo que confesarles que los he engañado un poco, aunque no lo he hecho con mala intención. Ese hombre no era ningún testigo amenazado, eso me lo he inventado por expreso deseo suyo, para proteger su identidad. Pero ahora que ya está lejos de aquí, puedo revelarles que, en realidad, era un paracaidista que anteayer lanzaron los yanquis sobre un bosque de los alrededores de Brno para que trajera a la ciudad la primera tanda de la UNRRA: alimentos y medicinas.

¿Qué?, exclamó Kosťa saltando de la silla. Y durante dos segundos se quedó como si lo hubiera partido un rayo. Y después salió corriendo de la cocina, del comedor y del restaurante.

Ese va a volver enseguida, dijo Stopka con un suspiro. Al paracaidista lo estaba esperando una moto con sidecar en Dominikanské náměstí. Ahora les toca el turno a otros. Su jefe no conseguirá darle alcance.

No es mi jefe, le hice notar.

¡Vaya! Y yo que pensaba que usted era el radiólogo del sanatorio del señor Kosťa en Zábrdovice…

Joder, y ¿por qué precisamente radiólogo? ¿Tendrán este aspecto los radiólogos?, pienso.

En mi vida he ejercido de radiólogo y no pienso convertirme en uno ahora, le explico a Stopka. Y, además, el sanatorio Laguzhin no está en Zábrdovice sino en Židenice. La gente siempre confunde estos dos barrios.

Ah, pues me ha quitado un peso de encima, reconoció Stopka. Nunca me han gustado los radiólogos y nunca me gustarán.

(Aquí abro un paréntesis, para poder ir dando un rodeo hasta las profundidades de los bosques de Adamov, donde hace dos días, sí, ya hace dos días, los americanos lanzaron un paracaídas con Mr. Penicilin y otro con una mochila en la que, aparte de ciento treinta cartones de penicilina, con cincuenta dosis cada uno, había latas de conserva y algunos medicamentos más, como aspirinas y sulfonamidas. Mientras que Mr. Penicilin tuvo la suerte de aterrizar en una pradera, el paracaídas con la mochila se quedó colgado en la copa de un pino. El yanqui intentó trepar al árbol, pero fue inútil: el paracaídas y la mochila estaban tan arriba que no los alcanzaba ni saltando con carrerilla. Había una pistola en la mochila. El paracaidista tenía consigo solamente una brújula, un plano y un regalo, un paquete de café brasileño, para su contacto en Brno. Ese contacto, que debía ser un anglófilo de fiar y tocar el saxo esporádicamente, era el señor Stopka, el cual tenía la misión de encontrarle un escondrijo desde el que poder distribuir la penicilina. Pero Mr. Penicilin no llevaba consigo ninguna dosis de penicilina, aunque estaba provisto de un sentido de la orientación extraordinario, algo que había sido decisivo durante su elección en el campamento de entrenamiento. Así que se sentó en un tronco, estudió el plano para orientarse y se dirigió hacia la ciudad para tratar de encontrar a su contacto de Brno.

Mientras, desde el 8 de abril, en el puerto rumano de Constanza permanecía anclado un barco americano con ayuda alimenticia para una Europa depauperada por la guerra, y me imagino que se llamaba *Thomas Jefferson*, como el presidente americano que aprobó la Declaración de la Independencia… En fin, pues mientras su carga se transportaba hasta el ferrocarril, varios aviones especiales Douglas se dirigían a diferentes países en los que el frente alemán se estaba desintegrando y sembraban los bosques de esa Europa liberada de paracaidistas especiales y mochilas, porque era necesario hacer llegar a los hospitales la milagrosa penicilina, y los aviones eran varias veces más rápidos que el ferrocarril. Y en esta situación cada hora era decisiva para que la penicilina pudiera salvar más vidas.

El paracaidista salió hacia Útěchov, pero después tuvo que bordearlo dando un gran rodeo porque allí aún continuaba la lucha. En su caso, lo importante no era mostrar valor militar, sino preocuparse de la distribución segura de la penicilina. Así que también bordeó Soběšice, desde donde le llegaban, asimismo, el

ruido de los cañones y las ametralladoras, pero, a pesar de que tenía un sentido de la orientación extraordinario, avanzaba por el terreno boscoso muy despacio, casi parecía que anduviera perdido, porque tenía que ir evitando objetivos y esperar a que el camino quedara libre para seguir avanzando. Una vez incluso pasó la noche en un comedero para ciervos y corzos, o más bien metido en el heno encima del comedero. Tampoco le resultó fácil abrirse paso por la periferia, porque precisamente en el borde norte se luchaba todavía por cada casa. Ese fue el tramo más difícil, pero, sin embargo, después entró finalmente en la ciudad, que ya estaba en manos del *Krasnoy armii.*[39] Por suerte, en la base había tomado un curso rápido de ruso y de checo, así que conocía un par de frases eslavas y pudo salir airoso de varias situaciones delicadas. Cuando por fin encontró el restaurante de Stopka, no entendió qué querían de él esos *cowboys* con bandas rojas de la entrada. Pero lo cierto es que cuando les mostró su brújula lo dejaron pasar. Y Stopka lo condujo de inmediato a la cocina.

Yes, tengo fiambre, reconoció el paracaidista, pero Stopka le explicó en inglés que fiambre y hambre son dos cosas diferentes, aunque ambas estaban relacionadas. El paracaidista no deseaba comer en la cocina, sino en el comedor, para escuchar el idioma checo y aprender así esos detalles refinados del idioma, como eso del fiambre y hambre. Stopka accedió a su deseo y le colocó una mesita tras la puerta de la cocina y le sirvió un plato típico de cerdo y col, pero ¡entonces llegó el primer lío! Apenas Mr. Penicilin hubo probado ese genuino plato checo, cayó en tal orgasmo gastronómico que salieron de él espontáneamente varios juramentos americanos. Solo esa lluvia de tacos americanos auténticos, que no me gustaría repetir aquí, podía poner en palabras esa experiencia gustativa irrefrenable, ese sabor, ¡ah!, ese inmenso deleite, con el que el yanqui aún no se había topado en su vida, que por otro lado había sido tan variopinta. Stopka, por supuesto, ya no tenía miedo de que alguno de los clientes se levantara y corriera a delatar al yanqui a la Gestapo. ¡Dónde estaría ahora la Gestapo! Pero ocurrió algo aún peor, si se puede decir así. Todos se dieron cuenta de que había llegado el ángel redentor, ¡el esperado americano de la UNRRA! Hacía ya unos días que se extendía, entre felices cuchicheos, la noticia de que un americano les traería unos regalos milagrosos. Y ¿qué eran para los clientes de U Stopky esos regalos milagrosos? Nada de penicilina, sino *chewing gums* y gomas…, ¡condones americanos! No se pueden hacer a la idea del ansia que había por ellos al final de la guerra… Sí, ¡había hambre por esas gomas! ¡La

gente podría hacer pedazos a ese Mr. Chewingum! ¡Gomas, gomas, gomas, gomas!, gritaban abandonando sus platos y jarras. ¡Gomas, gomas, gomas!, pronunciaban hasta los *cowboys* de las bandas rojas, que… ¡también estaban hambrientos de gomas!

La gente habría hecho pedazos al pobre paracaidista, así que tuve que esconderlo, afirmó Stopka, y explicar a los clientes del restaurante que las gomas aún no habían llegado. El yanqui las tiene en una mochila que, de momento, está escondida en el bosque, les dije. Creo que no me creyeron del todo, pero al menos esa primera ola de ansia se calmó. El restaurante, por desgracia, no cuenta con ninguna salida trasera para sacar discretamente al yanqui, así que no me quedó otra que esperar la ocasión propicia, que se presentó cuando llegaron ustedes.

Entonces, ¿no tiene usted ni idea de donde está ese pino con la mochila del paracaidista?, quiso saber Kosťa, abrumado.

No se lo pregunté. Yo no necesitaba saberlo. Solo busqué a unos tipos con un sidecar para que se llevaran al yanqui hasta el lugar, que además iban equipados con cadenas especiales para subir a los árboles. El yanqui los guiará hasta ese pino y ellos le bajarán la mochila. Tengo pensado un lugar para esconder al paracaidista, una casita en Komarov donde se podrá instalar enseguida y a partir de mañana podrá «despachar» sus asuntos. Después lo pondré en conocimiento de todos los hospitales, para que vayan allí a por medicamentos. Por supuesto, se cuenta también con el sanatorio Laguzhin, solo hace falta tener un poco de paciencia.

¡Así que paciencia!, se enfadó Kosťa. Joder, ¿es que no se da cuenta de que cada hora se me muere algún paciente? ¡Yo necesito la penicilina hoy mismo!

Y después me empujó. ¡Vamos!

Me limpié la barbilla de helado de chocolate y seguí a Kosťa. ¿Adónde?

Pensemos con lógica… Veamos, al bosque de Soběšice ni pensarlo, porque en el norte aún quedan alemanes y todavía continúa la lucha, así que a los yanquis no se les habría ocurrido lanzar ahí a Mr. Penicilin. Pero ¿sabe dónde sí, Jakubek? ¡En el embalse! Está rodeado de bosques espesos que llegan hasta el castillo de Veveří.

¡Pero está hablando de un área inmensa! ¿Cómo pretende peinarla toda? No tenemos ni la más mínima posibilidad.

¡Eso ni lo piense, Jakubek! ¿Es que acaso cree que vamos a esperar aquí sentados sobre nuestros traseros a que llegue una

citación oficial que nos dé carta blanca para pasar a recoger la penicilina? De eso nada. Vamos a ir a buscar esa moto con sidecar que lleva al yanqui y a su mochila. Y, si no me equivoco, solo hay una carretera transitable que llegue a la ciudad desde el embalse.

Llevábamos desde por la mañana deambulando por esa *zakoldovana horoda*,[40] como había llamado Kosťa a Brno. Tenía la sensación de que mis piernas habían desaparecido por encima de las rodillas, y me habría encantado tumbarme y esperar tranquilamente a que llegara el fin del mundo, pero como ya estaba montado en el tren de las grandes ideas de Kosťa, no me quedaba otra que ir a por la penicilina atravesando valles y montañas, hasta la guarida de un dragón si fuera preciso. Así que de nuevo anduvimos, anduvimos, anduvimos y anduvimos hasta el atardecer. Y, por supuesto, en vano. No nos cruzamos con la moto con sidecar, y tampoco encontramos el susodicho pino con la mochila. A cambio, vimos la frenada ancha y larga de un tanque que se había resbalado por la pendiente empinada y mojada hasta caer en el embalse. ¿Ruso, alemán? En la superficie había tablas, maderos, arbustos arrancados, barriles y quién sabe qué más cosas, y en medio de todos esos cachivaches, cadáveres hinchados. El embalse, con esos objetos flotando y coloreado por las nubes rojizas del atardecer, parecía, desde esa distancia, como enorme cazuela de estofado.

Al volver nos enteramos de que nadie había visto ni oído nada sobre el paracaidista ni sobre la tripulación de la moto.

Será porque se les ha acabado la gasolina, sugirió Stopka. Recuerdo que me dije a mí mismo que, si ese pino quedaba muy lejos, estaría todo perdido porque no nos llegaría la gasolina. Amigos, vivimos unos tiempos en los que el combustible es un líquido más valioso que la sangre. Así que probablemente vuelvan andando con la mochila en ristre. Calculo que llegarán hacia el amanecer.

Estábamos sentados en el restaurante vacío bajo un candelabro anticuado y chisporroteante, sorbiendo café frío, mientras Stopka caminaba a nuestro alrededor de puntillas. Y después tuvo una idea.

Tengo aquí una cazuela enorme ¡con un estofado estupendo! En la estufa hay aún fuego, lo voy a calentar.

Nos dieron ganas de vomitar. Nos levantamos pues de las sillas y, sin decir una palabra, nos largamos.

(Aquí, de nuevo un paréntesis: Cuando los motoristas volvían de los bosques de Adamov con la mochila, rodearon Řečkovice, pero, entretanto, los alemanes habían minado el acceso a Řečkovice, en

un radio bastante amplio. Y supongo que ahora no quieren que les describa cómo la moto con el sidecar, el paracaidista, la mochila y dos tíos equipados con cadenas de las que se fijan en las botas para trepar a los árboles saltaron por los aires y después llovieron en pedacitos sobre un amplio radio de terreno. Supongo que esto prefieren no saberlo.)

Anochecía rápido y, en esas calles tan oscuras, por fin y absolutamente, se terminaba ese día tan tonto. Entonces Kosťa sucumbió a su nostálgico ruso: *Vot Tat'yana upala v sneg, medved' provorno yeye zhvatayet i nesut, ona bezchuvstvenno pokorna, ne shevel'notsya, ne dokhnyot.*[41]

¡Ay, déjese de torturas!, suspiré.

Cuando después bajamos por la calle Orlí, nos acordamos del detective privado. Y, de pronto, vimos que, tras la ventana del cuarto piso, ardía una vela y, a su lado, había (parecía que sentada) una gran nutria disecada.

CAPÍTULO X

LA VANESIADA Y EL TEATRO AMBULANTE

Ay, el sarcasmo no te pega nada, se rio Kaňka, y acto seguido nos pusimos a buscar el licor de junípero. En cuanto brindé con mi acompañante, el día comenzó a parecerme algo más clemente. Después de comer, el melancólico, que, mientras buscábamos el licor en cada armario y también detrás de cada libro en la estantería de caoba, se había topado con *Crimen y castigo*, de Dostoievski, se sumergió en esa historia que acontece en San Petersburgo durante un terrible bochorno en junio. No se enfaden conmigo, nos explicó, pero hoy no conseguirán sacarme de aquí para ir a esa ciudad mutilada. Así que lo dejamos en compañía de Raskolnikov en esa ciudad ideal de novela, en la que todas las casas permanecían intactas, y solo las de las esquinas estaban meadas por los *sobaky*[42] vagabundos… En esa ciudad extremadamente dichosa en la que durante quinientas páginas solo aparecían dos cadáveres…

Rodeamos con cuidado los escombros de la casa de la esquina de la calle Mečová que, antes de ser barrida por una bomba, había sido el Registro Central Municipal (aunque ahí podía esconderse aún alguna bomba sin explosionar, esperando su oportunidad desde noviembre del año anterior), y enseguida comprendí adónde nos dirigíamos. Y Kaňka también.

Sé lo que te lleva ahí. Y te prometo que hoy mismo haremos algo al respecto.

Yo también sabía lo que me llevaba allí. Y también sabía que la hora de la funámbula aún no había sonado ni de lejos.

Y, sin embargo, Kaňka, que de nuevo me leía el pensamiento, me advertía de que me estaba equivocando.

La calle Veselá ya se estaba llenando de espectadores impacientes; algo que el día anterior habría resultado impensable. El día anterior la gente solo había salido por la noche, pues únicamente en la oscuridad se sentían a salvo de los francotiradores. Pero como el tiempo corría y todo cambiaba en un

abrir y cerrar de ojos, aquel día en la calle Veselá ya no había francotiradores. O bien se habían largado de allí, o bien los rusos los habían derribado de los tejados o convertido en humo en los desvanes. Entre las ruinas se abría paso el pequeño desfile. Kaňka se deslizó hacia la entrada de una de esas casas derrumbadas de la que no quedaba más que la entrada, pero, cuando la seguí, me ordenó, bueno, me pidió, que me largara y que no la mirara. Yo entendí que esa petición se debía a la vergüenza, la vergüenza humana que ahora la acompañaba en sus tareas gatunas más íntimas.

Después maulló: ¡Ya!, y entonces me volví, pero en vez de Kaňka me encontré con el minotauro, al que ya había tenido el honor de conocer. Este se colocó en la nariz sus gafitas de oficinista, en las que se reflejaban las ruinas de las casas, pero también la bandera tricolor de la blusa de una niña que estaba por allí cerca. El minotauro, vestido con esa americana casi nueva, con un pañuelo en el bolsillo y unos pantalones blancos de gala, de esos que llaman «de porcelana», no pegaba en absoluto con ese entorno, en el que se levantaba un polvo asfixiante con cada leve movimiento.

Perdón por haberme puesto este disfraz, que tú conoces como de minotauro, dijo Kaňka, pero de momento no controlo ninguna otra forma humana. Yo también quiero disfrutar de la exhibición de la funámbula y no solo enredarme entre las piernas de la gente.

Eso no me lo tragué. Sabía muy bien que en su forma gatuna le bastaba con encaramarse ágilmente a un enorme montón de escombros para observar desde allí el número de la funámbula como desde un palco. Tenía que albergar alguna otra intención oculta.

La multitud que se había reunido para esperar a la funámbula que iba a hacer su número a plena luz del día no había sido atraída por ningún cartel colocado por la ciudad, sino por la misma intuición, esa brújula que poseían todos los que vagabundeaban por aquellas calles dejadas de la mano de Dios.

El gentío taconeaba el suelo ligeramente, pero no lo hacían por frío, ya que era un día cálido de abril, ni por impaciencia, pues soportar el Protectorado había servido para enseñarnos a ser pacientes. En realidad, eran la alegría y la libertad, la igualdad y la fraternidad recuperadas las que taconeaban. Entonces Kaňka-minotauro se sacó del bolsillo de la pechera una pitillera y repartió entre todos los que allí taconeábamos (y ahora hay que sorprenderse) ¡unos cigarrillos americanos!

El pequeño desfile había hecho por fin su aparición: lo abría el domador de osos, lo cerraba el oso y, en medio, lo adornaba la

funámbula ciega, esa joya que brillaba con luz propia, y no solo entre las funámbulas. Yo era consciente de que la conocía desde hacía unas horas escasas, pero esas horas tenían un peso enorme, y hasta entonces desconocido, para mí.

Apenas aparecieron los artistas, el gentío rompió en aplausos y los tres se inclinaron ante el público. La funámbula lanzó a todas partes besos ciegos, lo que intensificó la ovación hasta el punto de levantar una cortina de polvo. A través de ella, como a través de un telón ceremonioso, vimos que la muchacha cogía de las manos del domador una larga pértiga, con ayuda de la cual mantendría el equilibrio sobre los tejados. Y después se perdió por la entrada de la casa desde cuyo tejado estaba tendida una cuerda que pendía sobre el desfiladero de la calle.

En ese momento, a plena luz del día, esa cuerda tendida no me pareció tan larga ni el abismo entre los tejados tan profundo. Pero aquel día todo el mundo debía de tener esa impresión. Yo me sentía paralizado, creo que era un síntoma de angustia. Y entiendo que eso mismo les pasaba a los demás, no querría agraviar a los que me rodeaban. Debían de sentir una ardorosa simpatía por la funámbula y, al igual que yo, habrían gritado de horror si se hubiera resbalado y se hubiera precipitado al abismo. Pero, a la vez, sabía que con ello se habría cumplido lo que en el fondo todos esperaban, aunque en ese momento lo habrían negado con vehemencia. Sin embargo, cuando miré a mi alrededor, vi esa ansia por algo sensacional que acechaba siempre en cada muchedumbre, hasta en la más pequeña. Las masas de gente están siempre hambrientas por devorar algo, e inmediatamente sentí hacia ellos un odio salvaje, y tuve ganas de saltar y de ir pasando de uno a otro para estamparles unos mamporros. Conseguí contenerme.

En cuanto la funámbula ciega apareció en el tejado, la muchedumbre estalló de nuevo en aplausos. Y después, cuando comenzó a deslizarse por una cuerda atada a una chimenea hasta encontrarse en el alero, y luego subirse a ciegas a dicha cuerda, uno de los instantes más peligrosos, la gente allí congregada inspiró y espiró profundamente. Y cuando estuvo de pie en la cuerda, se la comieron con los ojos mientras, debajo, el oso hacía de red de seguridad. Pero entonces ocurrió algo inesperado. La funámbula se quedó de repente como paralizada, sin moverse del sitio. Yo también me quedé inmóvil. Todos nos quedamos inmóviles. Mirábamos hacia arriba, y supe, todos supimos, que iba a ocurrir algo. Y después, tras una pausa, la muchacha hizo una cosa que nos dejó a todos sin respiración. Se pasó la pértiga a una mano y con la

otra se quitó el pañuelo blanco, su venda de ciega, y, desde aquella altura, sonrió a los que estábamos abajo.

Hasta ahora era la funámbula ciega, pero ya no lo soy. He recobrado la vista, porque quiero ver con ustedes, quiero compartir con ustedes, este mundo libre tan hermoso que nos espera.

La muchedumbre contuvo la respiración aún durante unos segundos y después estalló en un gran ¡hurra! Entonces sentí un amor salvaje hacia todas aquellas personas y me entraron ganas de saltar y de ir pasando de uno a otro para estamparles unos besos. Conseguí contenerme.

La funámbula lanzó al aire su pañuelo de ciega, que, como era de un tejido muy fino, se elevó sobre nuestras cabezas como si fuese una gran mariposa blanca, pero alguien saltó y cogió el pañuelo al vuelo, lo cazó como un halcón a una paloma. Entonces la muchacha, que ya no era ciega sino vidente, asintió con la cabeza desde arriba, diciendo que sí, que se podía quedar tranquilamente con el pañuelo.

Pero eso fue solo el comienzo de todas las cosas que tenían que ocurrir ese día. La funámbula vidente seguía sonriendo y, con la sonrisa en los labios, caminaba por la cuerda mientras el oso salvador le seguía el paso abajo con los brazos abiertos. Y, aunque la muchacha le hizo una seña para que se apartara sin miedo, pues ahora que ya no era ciega no necesitaba ninguna red, el oso continuó haciéndolo testarudamente, y entonces ella simuló que se enfadaba con tan obstinado animal e hizo un gesto como si le lanzara la pértiga a modo de jabalina, y el oso hizo como que se apartaba con agilidad y se quedó mirando a ese montón de ladrillos y tierra donde se había clavado la pértiga. En realidad, ella no había tirado la pértiga, todo había sido una pantomima. Y, suponiendo que no lo hubieran ensayado antes, eso significaría que el animal tenía una inteligencia inimaginable para muchos de nosotros. Pero incluso si lo habían ensayado, incluso así, era la manifestación de una inteligencia bastante excéntrica.

Cuando la funámbula estuvo como a mitad de camino, bueno, a mitad de la cuerda, se detuvo de nuevo y de nuevo hizo algo muy peculiar. Otra vez se pasó la pértiga a una mano y con la otra desenrolló un tejido, que hasta ahora todos, la muchedumbre y yo, habíamos pensado que llevaba enrollado para poder agarrar la pértiga más cómodamente. Pero, y en ese instante lo vimos todos con claridad, la muchedumbre y yo, se trataba de una bandera que ella estaba desenrollando con lentitud. Resultó ser checoslovaca, una gran bandera checoslovaca, que, por un instante, a todos, a mí

y a la muchedumbre, nos tapó el cielo por completo, mientras la funámbula nos saludaba bajo un ensordecedor aplauso. En medio de la cuerda, con las dos manos y bajo una reconfortante oración, la artista saludaba a los tejados con una gran bandera checoslovaca extendida.

Sin embargo, incluso bajo ese reconfortante aplauso, oí a mi lado algo como un ruido de alarma, una estrepitosa y obscena ventosidad… No sé cómo describirlo mejor. Al volverme hacia Kaňka-minotauro, que indudablemente había hecho ese ruido tan desagradable, me invadió el pánico. El minotauro sostenía en la mano un revólver y apuntaba a la funámbula. No lo dudé y me abalancé de inmediato sobre esa mano que empuñaba el arma y se la arranqué. El minotauro disparó, pero la bala voló sobre nuestras cabezas sin acertar en su objetivo. Después, todo sucedió a una velocidad vertiginosa. La funámbula se asustó, soltó la bandera y salió volando tras ella, aunque aterrizó en los velludos brazos del oso.

No se quedó allí mucho rato, porque el oso, a petición de la chica, enseguida corrió hacia mí y la lanzó a mis brazos. Entendí que desde arriba había visto cómo con mi intervención le había salvado la vida, y que quería demostrarme así su agradecimiento. Pero yo no estaba preparado para algo semejante, ni psíquica ni físicamente. Doblé las rodillas, y cuando después saltó con agilidad de mis brazos, me dio la mano y me ayudó a levantarme, me puse como un tomate.

Me ha salvado la vida poniendo la suya en peligro. Es usted un hombre valiente, y su valor roza la locura. Eso me gusta.

Entonces todos se amontonaron a nuestro alrededor. Alguien recogió del suelo el revólver y se lo entregó a la persona que estaba a su lado, y así el arma fue pasando de mano en mano, hasta que uno de los que lo recibió dijo que era un Walther del calibre 7,56 mm, y lo dijo tan alto que lo escuché como si saliera de un altavoz situado sobre nuestras cabezas. Yo ya sabía que el revólver era lo único que había quedado del minotauro. Tenía bien claro de qué modo se había esfumado, cómo había desaparecido, pero no entendía para nada por qué Kaňka había hecho algo así. ¿Por qué quería disparar a la funámbula y por qué, para hacerlo, se había convertido de nuevo en el minotauro? ¿Quería decir eso que su metamorfosis cambiaba también su esencia y su personalidad, y que su alma blanca encerrada en un pelaje negro se ennegrecía cuando se encontraba en el interior de los pantalones blancos del minotauro, esos que se denominaban «de porcelana»? ¿O tal vez su

alma siempre había sido negra, siempre la del minotauro, y solo transitoriamente habitaba el cuerpo gatuno? Pero no tuve la posibilidad de pararme mucho tiempo a reflexionar sobre ello, solo fue un pensamiento que se me pasó por la cabeza.

En ese instante, la funámbula asintió y la pequeña muchedumbre se echó hacia atrás, obedeciéndola. Después se dirigió al domador de osos, le dijo algo y a continuación se volvió hacia mí: Me gustaría saber si dispone de algo de tiempo para mí.

A esas alturas yo ya sabía que siempre tendría tiempo para la funámbula, incluso el resto de mi vida, si fuera necesario. Pero no fui capaz de articularlo en forma de palabras.

El domador de osos, entre tanto, recogió la bandera, la enrolló y se colocó después al lado del oso, sumándose a esa pequeña procesión en la que ahora faltaba la estrella. Ambos saludaban a la funámbula, y ella, por supuesto, les devolvía el saludo. El pequeño gentío, a su vez, se iba apartando, abriendo paso al oso y al domador, que se dirigían hacia una calle aledaña. Cuando ya estaban lejos de su vista, la muchedumbre allí congregada concentró su atención en nosotros, mirándonos fijamente a la funámbula y a mí. Pero bastó que la muchacha agitara la cabeza para que el grupo de gente comprendiera y se dispersara.

Le voy a enseñar algo, dijo cogiéndome de la mano.

Antes de irnos me volví una última vez. Allí donde los escombros de una de las casas bombardeadas formaban una especie de isla elevada, algo así como un alto pedestal de vigas y ladrillos chamuscados, allí arriba, sobre esa plataforma, estaba sentada Kaňka. Solo alcancé a entreverla, pero al momento volví la cabeza. No quería volver a saber de ella nunca más, porque me había dado cuenta de que desconocía qué o quién era en realidad (aunque no lo había sabido nunca). Y lo que era bastante peor: ahora me daba miedo. Sin embargo, a pesar de que el contacto fue breve, tuve la sensación de que me decía algo sin palabras, de que me gritaba sin que se oyera: ¡Corre con la funámbula, te pongo en sus manos!

Juntos caminan por la calle Veselá hasta Solniční, esquivando las casas derruidas que intentan tabicarles el camino. Jindřich aún está algo aturdido. Al final llegan a la calle Solniční, a una casa en la que tras la guerra se ubicará el restaurante búlgaro Vana, que será muy famoso durante un tiempo. Vanesa y Jindřich trepan por unas vigas que han caído del ático de la casa de al lado y atraviesan un frontispicio relativamente bien conservado, una fachada agujereada por la viruela de una lluvia de ametralladora, para acceder a un corredor largo al final de cual se abre una estancia

más grande con el techo hundido. Se encuentran en una habitación en la que ya desde la puerta se ven las nubes de abril, que se deslizan en la misma dirección hacia la que todavía huyen las unidades de élite del ejército nazi, y también algunos alemanes de Brno.

Pero aquí, en medio de una estancia con dos techos hundidos, hay un Panzer, un coche blindado de los que llevaban los canallas nazis de élite. Tras el atentado a Heydrich se habían empezado a fabricar copias alemanas de los fiables Lincoln, unos vehículos que habían sido creados originariamente para proteger a los gánsteres americanos en sus guerras particulares. El coche estaba colocado como entre dos jorobas de camello. Pero qué culpa tenía el vehículo si descansaba sobre los escombros procedentes de los techos de dos viviendas… No conseguía explicarse cómo había llegado hasta allí. El Panzer ocupaba toda la estancia, de modo que el morro tocaba las vitrinas rotas que había junto a una de las paredes y el culo se le había encajado en la de enfrente, aplastando una mesita de tocador. Por el estrecho pasillo no había podido entrar; eso, por descontado. Estaba claro que a veces las explosiones de las bombas ocasionaban auténticos números de circo. Eran capaces de arrancar adoquines y lanzarlos tan alto que después caían sobre los tejados como una lluvia de pétreos granizos. Es posible que aún sigan con vida algunos de los que recuerdan aquella explosión de la cervecera Starobrno, que recogió en sus brazos un montón de barriles de cerveza y los levantó sobre Mendlovo náměstí para jugar con ellos un rato al billar. Así que puede que otra detonación similar hubiese levantado un coche blindado de las SS y lo hubiese colocado sobre aquellos escombros. O tal vez incluso hubiese sido el Panzer el responsable de haber hundido los dos techos. Claro que, en este caso, las cosas habrían sido diferentes. Si el vehículo hubiese salido volando por los aires, aunque fuese blindado, lo más probable es que se hubiese partido por la mitad. Estaba preparado para aguantar los tiroteos callejeros, pero no para ser lanzado sin más sobre unos tejados. Así que, llegados a este punto, al narrador no le queda más remedio que reconocer que ha sido él el que ha colocado el coche, lo ha colocado con sumo cuidado sobre los tejados hundidos, matando de ese modo dos pájaros de un tiro, pues ha evitado que los nazis huyeran en él y, a la vez, ha preparado el decorado para el primer acercamiento entre Vanesa y Jindřich.

Al narrador le gustaría también añadir aquí que poco después de quedarse ciega (lo que había ocurrido, les recuerdo, el 12 de abril, cuando los soviéticos bombardearon Jundrov y alcanzaron el

campamento de invierno del circo), Vanesa apareció por casualidad en la calle Solniční justo en el momento en que los Shturmovik lanzaban sus bombas de racimo sobre la plaza de al lado. Y fue a refugiarse en el preciso lugar en el que se encontraba el coche blindado. Recordaba la imagen del Panzer a la perfección, incluso en la negritud de sucámara oscura, durante ese tiempo en que su visión estuvo apagada.

El interior del Lincoln resultaba increíblemente acogedor. Hasta contaba con un cómodo sofá, parecido al que Vanesa solía admirar en el escaparate del centro comercial JEPA, antes de que el edificio ardiera tras un bombardeo. Y aquí el narrador se ve obligado a reconocer de nuevo que no solo ha llevado allí el sofá del centro comercial, antes de que ardiese en el incendio, sino también un gramófono y unos discos de jazz americanos, como la balada *Moonlight Serenade*, interpretada por la Big Band de Glenn Miller. Vanesa y Jindřich están ahora pues dentro del blindado, sentados en el sofá, cogidos de la mano y mirando cómo el disco gira y cómo el brazo con la aguja se balancea con suavidad. Ya se tutean y se llaman por sus nombres de pila.

Jindra, dijo Vanesa, mira lo que voy a hacer…

Y cogió una de las manos de él y la colocó sobre uno de sus pechos.

¿Qué cosa, eh?

Jindra sintió cómo le atravesaba la luz. Se iluminó totalmente por dentro, pero como era la primera vez que albergaba tal intensidad lumínica, el resplandor se deslizó por las salidas de emergencia de su cuerpo. Unas graciosas lucecitas aparecieron en la punta de su nariz y en los lóbulos de sus orejas. Vanesa no pudo reprimir la risa y estalló en carcajadas.

Perdona, Jindra, perdona… Creo que mejor lo dejamos por ahora. Pero te esperaré justo aquí dentro de cinco horas contadas a partir de este mismo instante, no lo olvides.

Ni Vanesa ni Jindřich tenían reloj de pulsera, y el reloj de la torre de San Jacobo hacía tiempo que no funcionaba. Gracias a Dios, en la catedral de San Pedro y San Pablo, en la cima de la ciudad, los mismísimos Pedro y Pablo se preocupaban por turnos (ahora tú, ahora yo) del funcionamiento del reloj.

Jindra no se quería ir por nada del mundo. Vanesa tampoco. Pero ambos tenían sus obligaciones y no podían ignorarlas.

El minotauro se metió la mano en el bolsillo de la pechera de su larga americana y le tendió a Jindra una daga con una afilada hoja

(esto ya nos lo conocemos, ¿verdad Jindřich?), y después se le aproximó unos pasos para que pudiera apuñalarlo con más facilidad. Pero Jindra volvió a soltar el puñal. El oficinista asintió, apartó la daga con el pie, resolló, se volvió y levantó la escopeta que estaba a sus espaldas. Después se la dio a Jindřich y se colocó apoyando el cañón en su pecho.

La escopeta está cargada; yo mismo le he quitado el seguro. Me estás apuntando justo al corazón, basta con que aprietes el gatillo…

Es posible que permanecieran todo un minuto así, uno frente al otro. Esta vez Jindra tenía la sensación de que estaba muy muy cerca de apretar el gatillo, pero al final dejó la escopeta en el suelo.

¡Vaya, vaya! Así que ¿ni ahora me disparas? Pues esta vez tendrías una buena razón, ¿no? He estado a punto de liquidar a Vanesa. ¿Ni con esas conseguiré provocarte?

Y el minotauro asintió: Mira, voy a tirar las gafas al suelo y a pisarlas. Ya sabes que no soy ni un minotauro ni un oficinista. Sabes que siempre estoy de tu lado. ¿Es que aún no lo has entendido? Cuando te provoqué la primera vez te dije que, si no me matabas, el mundo sería mi presa. Por supuesto, estaba echándome un farol. Y ahora también. Jamás habría herido a Vanesa. No habría disparado si no hubiera tenido la completa certeza de que te abalanzarías sobre mi mano. En realidad, lo estaba preparando todo para acercarte a ella, para que, al convertirte en su valiente salvador, te ganaras su simpatía. ¿Es que te lo tengo que repetir una y otra vez? Acéptalo ya: ¡estoy aquí solo por ti! Había multitud de posibilidades, pero elegimos a un gato hablador que pudiera acompañar a un chico judío hipersensible. Aunque si tuviera que definirme, diría que en realidad soy algo así como tu sirviente. Tengo la obligación de conducirte paso a paso hacia el conocimiento. Y he de confesarte que eso a lo que llamamos misión no tiene nada que ver contigo, sino más bien con tu hijo. En fin, te lo voy a contar todo, hasta esto… De aquí a quince años, en el año 1960, te nacerá un hijo. Tendrás treinta y dos años, y tú le vas a influenciar no solo con eso que se llama carga genética, sino también con la educación que le vas a proporcionar, pues le otorgarás cualidades que a la fuerza necesitará para cumplir su tarea. Aunque a nosotros eso no nos preocupa, ya que vendrá dado. Sin embargo, sí hay un obstáculo que tenemos que retirar para que las cosas discurran como tienen que discurrir. Cuentas con una cualidad de un tremendo valor, una de las que le vas a dar a tu hijo, pero esa misma cualidad entraña un peligro mortal para ti. No me cansaré jamás de repetirte, hasta que se grabe en tu cerebro que tú

no tienes nada que ver con lo que les ocurrió a tus padres, aunque te culpes por no haber ido con ellos. Y por no haberte despedido. Y no deberías pensar que renegaste de tu familia.

El minotauro se volvió y se dirigió a la ventana, pero enseguida regresó y durante largo rato se quedó mirando a Jindřich en silencio. Mira, añadió, no pudiste decirles adiós porque en ese instante nosotros te pisamos la lengua y nos quedamos encima de ella todo el tiempo necesario, hasta que hubo pasado el peligro. Tú tenías que sobrevivir para poder tener un hijo. Por eso también hicimos que Tomáš Peterka te sacara de allí delante de las narices de los de la Gestapo. Tan solo se requería un poco de niebla para enturbiar a esos nazis. Te preguntarás si no habría resultado más fácil evitar que fueran a por tus padres. Amigo, ¡si hubiéramos podido…! Pero no debemos influir en el devenir del mundo. Como seguramente ya sabes, porque me repito sin parar, solo podemos hacer pequeños cambios. Somos como unos correctores de la historia que únicamente son capaces de corregir errores mínimos; los gordos no debemos tocarlos. Así que no pudimos evitar los campos de concentración ni muchas otras de las cosas que llevaron al mundo a estos abismos de maldad. No pudimos evitar que se llevaran a tus padres, pero sí intentamos borrar tu sentimiento de culpa. Así que te dimos, como ya sabes, el poder de experimentar, bajo circunstancias excepcionales, un sugestivo sueño en el que te fuiste con tus padres y permaneciste con ellos hasta el último momento. *Desde arriba persistentemente, alguien mira al agua, mientras oscurece*.[43] Eso es de algún poema, ¿verdad? En fin, ahora el asunto es: ¿qué esperamos de tu hijo?, ¿qué misión tendrá en ese futuro lejano?

Pero entonces el picaporte de la puerta bajó y el melancólico entró en la buhardilla. En cuanto nos miró, comprendió que había llegado en un mal momento y quiso volverse hacia la puerta, pero el minotauro lo detuvo levantando la mano. Ya nos había interrumpido, ya no se podía volver atrás, y aquello que el minotauro pretendía confiarme se quedó de momento sin pronunciar en ese futuro cercano.

Acaban de llegar tres actores, nos informó. Están recorriendo Brno, casa por casa, y ofrecen representar su función. Me atrevo a afirmar que reparten alegría. Así que me he tomado la libertad de hacerlos pasar al comedor. ¿Los traigo aquí o bajan a verlos ustedes? Como yo era el dueño de la casa, el minotauro me hizo un gesto para que diera mi opinión. Yo decidí que iríamos a verlos al comedor. En esto, el melancólico hizo un saludo de tipo militar y,

cuando parecía a punto de marcharse, dijo: Tal vez deberían saber que esos actores… Bueno, ya lo verán.

Los actores en cuestión se levantaron de las sillas donde los había sentado el melancólico, y se presentaron. Cuando Stella me tendió la mano, vi que el anular y el meñique no estaban. Dalibor había salido peor parado, pues le faltaba la mano entera, así que me tuvo que dar la izquierda. Finalmente, con ayuda de unas muletas, se levantó Hans. Habían perdido los dedos y las extremidades durante el bombardeo de agosto del año anterior, cuando los aliados partieron por la mitad la casa de la calle Údolní. Dos de sus dedos, una mano y una pierna se quedaron en la mitad que acabó convertida en escombros. Pero Stella, que, como sabemos, quiere decir «estrella», no pretendía entretenernos con el relato de sus invalideces. Gracias al sanatorio Laguzhin nos recuperamos rápido, dijo dando por terminada su triste historia. Y cuando nos dieron el alta comprendimos, añadió, que solo nos quedaban dos opciones: o bien sucumbíamos a la desesperación y la más negra de las amarguras, o bien sucumbíamos al teatro.

¿Cómo se llamaba el sanatorio?, pregunté, y lo anoté en un trozo de papel, por si acaso. Después nos enteramos de que Hans y Stella eran unos alemanes de Brno que, a pesar de su invalidez, habían agradecido la caída del Reich. Dalibor era amigo de Žabovřesky.

Adivino que tras esta peregrinación por Brno les habrá entrado hambre, así que me gustaría invitarles a un almuerzo tardío, o a una cena temprana, según cómo lo miren ustedes. Después, le dije sonriendo a Stella, podrán tocar el tambor y dar comienzo a la función.

Aquí debería añadir que Stella llevaba al cuello, en vez de un collar, una cuerda de la que pendía un tambor. Los tres iban vestidos con unos harapos que se caían a pedazos.

La cena no fue nada del otro mundo. Mi mochila había llegado al final de sus paupérrimas posibilidades, así que hasta que no cambiara algunas pertenencias de la Gestapo en el vestíbulo de la estación no podía ofrecer nada más que huevos duros, regalo de las gallinas de Peterka. Pero incluso esa nimiedad era una delicia en esos tiempos en que la gente atrapaba perros y gatos callejeros con sacos y trampas. Stella, Hans y Dalibor agradecieron los huevos duros como si fueran deliciosos manjares. Stella, que parecía la portavoz de esa pequeña asociación teatral, pelaba los huevos y se los daba a Dalibor, que, solo con una mano, difícilmente habría podido hacerlo, y mientras tanto nos instruía sobre lo que nos esperaba a continuación. Así nos enteramos de que estos actores

habían llegado a tener cierto éxito.

Entre nuestro repertorio se cuenta *El rey Lear*, una representación de varias horas que logramos interpretar entre los tres. Y *Medea*, de Eurípides, en su versión íntegra. Son perlas dramáticas que apelan a la tragedia del destino humano con una fuerza enorme. Hemos pasado cientos de horas ensayando estas obras, para nosotros no son solo textos, pues las vivimos de verdad… ¡Somos Medea y somos Lear!

Pero también tenemos que reconocer que hasta ahora no hemos conseguido representar ni *Medea* ni *Lear*, el público siempre quiere algo más alegre… De modo que recorremos la ciudad interpretando una pieza cómica, una tontería que hemos escrito nosotros mismos. Y cosecha unas ovaciones del todo inmerecidas. Seguro que se debe a que esa bromita está inmersa en un contexto ideal donde no ocurre absolutamente nada. Los personajes permanecen sentados al calor de la chimenea después de una opípara cena y parlotean sin parar en una perfecta armonía, durante la que no sucede nada. Lo que el público quiere es del todo idílico. Y no es de extrañar. La obra está repleta de un humor tan tonto que los espectadores se caen de la silla de la risa, literalmente. La gente copia nuestro texto y se lo pasan unos a otros. Una versión más larga ya está dando vueltas por ahí.

¿Así que van a ser famosos?

Para nada, protestó Stella. Nosotros lo representamos, pero no reclamamos su autoría. Preferimos decir que es anónimo.

Pero ¿y si en el futuro alguien se apropia de su obra y la firma con su nombre?

¡Qué tontería! Ni siquiera soy capaz de imaginarlo… La fuerza de esta obra no reside en el texto, sino en el contexto en el que la representamos. Nosotros nos limitamos a ofrecer una divertida islita de ínfima paz en una triste ciudad bombardeada que ha atravesado todos los círculos del infierno. Pero en cuanto pasen estos convulsos tiempos que nos ha tocado vivir, la obra caerá en el olvido… De hecho, me disculpo por haberla mencionado aquí. Seguro que ustedes se merecen *El rey Lear*. Y nosotros estaremos encantados de haber encontrado al fin un público adecuado.

Entonces habló el minotauro: No se enfaden, pero la verdad es que no tenemos tiempo para las cuatro horas que dura la representación de esa pieza. Aunque nos encantaría ver la de la chimenea, ese parloteo que sucede tras una opípara cena.

Durante un instante, las caras de los actores reflejaron una profunda decepción, incluso dolor, por la elección del minotauro,

pero cuando ya estaba a punto de echarme atrás y dar preferencia a *Lear*, Kaňka-minotauro me propinó un fuerte puntapié en el tobillo. Stella estaba limpiando del tambor las cáscaras de huevo. Para un texto idiota hemos escogido un título estúpido. La obra se llama *La cantante calva*,[44] dijo, y a continuación hizo sonar el tambor. Ya no podía dar marcha atrás: la función había empezado.

La obra tenía lugar en el interior de una especie de casa medieval inglesa con butacas inglesas en una idílica tarde inglesa. Dalibor interpretaba al señor Smith y Stella a la señora Smith, y Hans al que llegaba de visita después. Dalibor hizo como que abría un enorme periódico inglés medieval de doble hoja y se sumergió en su lectura, mientras Stella, ahora su esposa, despacio y con tranquilidad comenzó a desgranar su monólogo:

Vaya, son las nueve y media. Hemos comido sopa, pescado, patatas asadas con tocino y ensalada inglesa. Los niños han bebido agua inglesa. Esta noche la comida era excelente. Eso, es porque vivimos en unos suburbios londinenses y porque nos llamamos Smith.

Dalibor, en su papel del señor Smith, sigue leyendo, masticando ruidosamente:

Las patatas con tocino son excelentes, el aceite de la ensalada no estaba rancio.

El aceite del vendedor de la esquina es de mucha más calidad que el aceite del vendedor de enfrente. Incluso es mejor que el aceite del vendedor de abajo, el que vive junto a la colina.

No digo que su aceite sea malo.

Dalibor sigue leyendo, masticando ruidosamente:

Pero el aceite del vendedor de la esquina es siempre el mejor.

Dalibor sigue leyendo, masticando ruidosamente:

Mary ha cocido las patatas de maravilla esta noche.

Últimamente no las cocía del todo.

Solo me gustan cuando están bien cocidas.

Dalibor sigue leyendo, masticando ruidosamente.

El pescado estaba fresco. Lo he saboreado con gusto. Me he servido dos veces. No, tres. Eso me va bien después para las deposiciones. Tú también te has servido tres veces. Pero la tercera vez te has puesto menos que la primera y la segunda, mientras que yo me he echado mucho más…

La obra duraba su buena hora. Jindřich sabía que ese día no podía permitirse perder el tiempo, pero actuaban de un modo tan excepcional que resultaba imposible quitarles la vista de encima. Aunque llevaban puestos sus harapos, durante la representación

estos se transformaron en vestidos ingleses medievales. Jindřich y el melancólico se morían de la risa y hasta llegaron a caerse de las sillas. El pobre melancólico, que no estaba acostumbrado a reírse así, comenzó en un determinado momento a asfixiarse, como cuando alguien que empieza a patinar se cae después de un rato sobre el hielo, y Stella se vio obligada a tocar el tambor e interrumpir la obra durante unos instantes. Dalibor, Hans y Stella interpretaban aquella farsa idiota, aquella idílica y deliciosa conversación, con un nervio tan intenso que nadie habría averiguado que en realidad se sentían profundamente asqueados por no poder representar *Medea* o *Lear*. Jindřich y el melancólico (Kaňka-minotauro se había apartado a un lado y durante la función ni pestañeó), muy ocupados subiéndose a sus sillas cada vez que la risa les hacía caerse de ellas, no se percataban del disgusto escénico que en los intérpretes había provocado la obra escogida. Ellos, como buenos profesionales, ocultaban su decepción tras su virtuosismo escénico.

El intenso aplauso, que se prolongó durante los saludos, cuando Stella, Dalibor y Hans terminaron la versión recortada de *La cantante calva*, consiguió que los tres se sintieran incómodos. En su opinión, solo *El rey Lear* o *Medea* merecían semejante ovación. Pero Jindřich estaba convencido ya de que estos actores ambulantes se merecerían todo lo que pudieran acarrear. Por eso les abrió las puertas de sus armarios y cómodas y los animó a que cogieran lo que quisieran. Su arte era un regalo del cielo, solo comparable con —se le ocurrió— la función funambulesca de Vanesa. Así que los tres se marcharon con los brazos llenos. Mientras, el melancólico y Jindřich se quedaron aún un rato sentados, paralizados por la magia embaucadora de su talento, que había abierto ante ellos unas maravillosas alas que habrían sido la envidia de la misma *Abraxas grossulariata* —si nos ceñimos a mariposas nocturnas, con las que los tres tenían en común el valor de volar durante la densa noche del Protectorado, que durante esos días se estaba transformando en un amanecer adormilado—. Pero basta de comparaciones floreadas, digamos solo que eran unos actores profesionales, genuinos, de esos que, si tuvieran que interpretar a una jirafa, serían capaces de estirar el cuello hasta el techo. A la única que no consiguieron impresionar fue a Kaňka-minotauro, que se dedicaba a hurgarse entre los dientes con un palillo y luego escupió un trozo de cáscara de huevo sobre las perneras de los horribles bombachos del melancólico. Y entonces salté: Escuchad, Melón y Kaňka, ¡la hemos cagado! ¡Teníamos que haberles dicho que se quedaran! Aquí

podrían haber vivido a cuerpo de reyes. ¡Y por Dios que se lo habrían merecido! Y encima nos habrían interpretado a diario *La cantante pelona*.

Salí volando de la casa y miré a derecha e izquierda. Entre las muletas y con todo lo que tenían en los brazos no podían haber desaparecido tan rápidamente. Pero habían desaparecido. Debían de haber entrado en alguna casa de los alrededores para ofrecer su *Cantante pelona* a otros interesados. Pero no hay nada tan urgente, lo dejamos por hoy… Mañana iré a buscarles. Basta con ir de casa en casa por toda la ciudad pegando la oreja a las paredes, y donde oiga caerse las sillas…

El melancólico y el minotauro jugaban a las palabras encadenadas. *Niebla*, soltó justo el melancólico; *blanco*, dijo el minotauro; *coronación*, rebotó el melancólico, muy interesado en ver cómo se las iba a arreglar ahora el minotauro con ese *-ción*. Pero, en cuanto me vio, este último se levantó y se disculpó con Melón.

Anochece, dijo, enseguida se va a acabar el tiempo cero. Ya no podemos retrasarlo más. Tenemos que irnos.

Asentí, indicando que lo entendía.

CAPÍTULO XI

MR. PENICILIN

La llamita de la vela que se encontraba junto a la nutria disecada se balanceaba ligeramente. En ese momento, apareció tras la ventana Daniel Kočí e hizo una seña para indicarnos que enseguida bajaba. Mientras esperábamos en el portal, descubrimos seis surcos profundos que discurrían uno junto a otro, como si la pata de acero de un lagarto de seis dedos hubiera arañado la madera rojiza de la antigua puerta. Kosťa, fastidiado por no tener seis dedos, introdujo sus cinco dedos en los surcos, y yo aproveché para plantearle de nuevo la al parecer delicada cuestión del cuadro de Repin.

Sepa, mi queridísimo Jakub, dijo Kosťa, que se trata de una larga historia, y lamentaría mucho tener que trocearla y desmigarla aquí y ahora. Además, creo que lo más adecuado sería que se la contara delante del lienzo de Repin. Pero le prometo que cuando regresemos a mi casa, al sanatorio, nos sentaremos delante del Repin acompañados por una copa de buen vino y le confiaré de buena gana todo lo que me une a esa escena del lienzo.

Entonces el detective privado abrió la pesada verja de la casa y, tras los saludos de cortesía habituales, nos puso al tanto de que el esperado cornudo que tenía para nosotros la más esperada de las noticias vivía a un paso de allí, en la calle Janská. Y después, Daniel Kočí completó esta información con el detalle de que se trataba del «cornudo por excelencia», ya que su mujer era una golfa bien conocida por los alrededores que se estaba tirando a toda una corte entera de sementales, entre los que no faltaban, al menos hasta anteayer, ni siquiera dos alemanes de esos a los que llamaban Feldwäbels,[45] aunque estos ya debían de haberse largado a Teutonia con sus mujeres. Aunque esto a ustedes no les incumbe, reconoció el detective, lo importante es que este cornudo cornudísimo ha descubierto a Mr. Penicilin, como le llaman ustedes, y les va a llevar hasta él. Pero no, no se apresuren, que va a venir él aquí…

Aparecerá en cualquier momento.

Daniel Kočí avanzaba delante de nosotros y nos iluminaba el camino con una gran linterna, de esas a las que llamaban *midaska* en tiempos del Protectorado y que se intercambiaba hasta por cuatro cabezas frescas de col en los mercados negros.

Cuesta mucho trabajo subir estos escalones si uno no entrena a diario, como hacemos todos en este edificio, reconoció el detective privado mientras nos observaba con paciencia desde cada peldaño. Pues han de saber que, hace más o menos una hora, se ha arrastrado por esta escalera un soldado muy malherido, un maestro de Rostov en Don, según me contó el cornudo que lo encontró, pero después ha caído en el limbo, en ese primer círculo del infierno. Así que espero que nos permita trasladarlo a su sanatorio, dijo guiñándonos un ojo.

Kosťa asintió: Por supuesto… Aunque el traslado será complicado, pues no tenemos ningún vehículo que funcione.

Vuelve usted a olvidar que yo cuento con un rebaño de leales cornudos, y cada uno de ellos sobresale en algo. Entre ellos hay, y tómenlo al pie de la letra, expertos para cada cosa que se les ocurra. Seguro que alguno puede encontrar un coche de gasógeno.

La pared del descansillo de la escalera, en el que nos encontrábamos, parecía firmada por unas balas. A la luz de la linterna daba la sensación de que el monstruo que abajo había arañado la verja hubiera intentado aquí arañar la pared. Daniel Kočí respondió a nuestras miradas inquisitivas: Hace unos cinco días ocurrió algo por la noche. Pero nadie se atrevió a asomar la nariz para averiguar quién ajustaba cuentas con quién. Ya saben, hace cinco días las cosas eran diferentes. Mientras los de las SS recogían sus bártulos, la Volkssturm y la Hitlerjugend aún hacían de las suyas. A cualquiera le podía ocurrir cualquier cosa. Cuando salimos por la mañana encontramos solo estas marcas de bala, pero nada de sangre ni casquillos de munición. Más tarde nos enteramos de que el bondadoso gendarme del Protectorado que vive en el segundo se había casado. Durante su despedida de soltero se había emborrachado de lo lindo y le había dado por disparar con su pistola de gendarme. Su madre bajó después con una linterna y se dedicó a recoger los casquillos con su delantal antes del amanecer. Por la tarde llamó a todas las puertas para disculparse diciendo que ella misma se encargaría de arreglar la pared con escayola y la mandaría pintar de nuevo. Y desde entonces nos trata en palmitas, ya que de momento nadie sabe cómo van a acabar los gendarmes del Protectorado.

Pero en el siguiente descansillo el detective privado volvió a sus queridos cornudos: Tal vez no lo sepan, pero ellos son la sal de la tierra. Solo los tontos y esos que se follan a sus mujeres los desprecian. Cada vez que caigo en la desesperación y en la náusea por el estado en que está el mundo, me encuentro a algún cornudo que me saca del pozo. Tienen un endiablado sentido del humor. En esto también los iniciaré algún día.

La puerta del piso del detective privado se había quedado entreabierta. Nos deslizamos dentro, y la amabilidad de Daniel Kočí, junto con la armonía que creaba a su alrededor, hizo que nos sintiéramos como en nuestra propia casa. Por todas partes ardían velas, esas almas titilantes de nuestro apagado Brno.

El soldado herido de Rostov estaba tendido en una cama plegable en la pequeña habitación trasera, que normalmente debía de servir para almacenar todo lo imaginable. Había allí gran cantidad de cajas y arcones, montones de folletos y revistas apilados contra la pared y, junto a la cama, una silla, y sobre ella, unos objetos que evidentemente procedían del bolsillo del soldado. Kosťa se acercó a la cama, colocó los objetos en una de las cajas que estaban contra la pared, se sentó y esperó a ver qué pasaba. Solo escuchó unos gemidos y percibió unos espasmos de dolor.

Tenemos que llevarlo al sanatorio cuanto antes, decidió. Rajmund Forejt, uno de los mejores doctores del hospital, además del único que quede, es lo que este hombre necesita. Pero seguimos necesitando algo para transportarlo hasta Židenice.

Antes no he hablado por hablar, dijo el detective. El coche de gasógeno ya está en camino.

Cuando nos quedamos solos con el maestro de Rostov, observé un estado peculiar en Kosťa. Ese día ya habíamos tenido un encuentro con unos soldados rusos, con aquella patrulla cosaca a la que Kosťa había obsequiado con una rebanada de pan con tocino, y después nos habíamos alegrado al ver los traseros de sus caballos. Pero ahora Kosťa demostraba un interés inusitado. Vi cómo se esforzaba por salvar la vida de ese soldado ruso. Por lo que sabía, él no había estado nunca en Rusia. A Rusia lo unía solo la lengua de Pushkin. Sin embargo, como pude comprender, se trataba de un vínculo muy poderoso.

¿De verdad era solo la lengua de Pushkin? Mira, Kuba, estás olvidando al padre de Kosťa. ¿Cómo es que nunca te ha hablado de él si era ruso? ¿No te resulta extraño? ¿Cómo es que el padrastro de Kosťa ha desplazado por completo a su padre? ¿Quién fue el padre

de Kosťa? Se lo pregunto a Kuba, aunque es una pregunta que no puede llegar hasta él a través de esa pared impenetrable que desde tiempos inmemoriales se erige entre el narrador y sus personajes. Incluso si llegara hasta él, no sabría responderla, porque es más bien una pregunta para Kosťa, ¿verdad? Pero volvamos al piso de Kočí.

Kosťa sigue sentado junto a la cama de Vasiliyi Stepanovich, cuyo nombre aún desconoce (a diferencia de nosotros). Sin embargo, está intentando averiguar su identidad estudiando esas cosillas, esos objetos que tenía el soldado en los bolsillos. Kuba permanece de pie junto a la puerta, apoyado en el marco, mientras Kosťa levanta uno por uno dichos objetos y se los enseña:

Una lata para tabaco, pero sin tabaco. Tiene una especie de monograma, pero tan desgastado que no se ve si está escrito con letras latinas o cirílicas. También hay una cadenita con un colgante, una cruz dentro de un triángulo, que no sé si será el símbolo de una secta religiosa. Kosťa levanta la mano y la cadenita se le escapa entre los dedos. Esto es interesante: un trozo de lápiz y unos papeles. Uno esperaría que un maestro tuviera una letra de caligrafía, pero ¡qué va!, vaya garabatos más feos. ¡Un momento…! Aquí leo algo como *ne teryaya prisutstviya dukha*.[46]

Además, encontró un trozo de tela ensangrentada, que en su día seguramente había formado parte de un pañuelo más grande, y una cajetilla aplastada con una especie de grasa dentro, o lo que fuera. Entre dos cajas, junto a la pared, estaba apoyada la ametralladora del maestro, con el cargador lleno.

Pero ahora obviemos su nerviosa espera, durante la cual ya solo se escucharon las cuatro frases sin importancia que Kuba y Kosťa intercambiaron, y sin las que tendremos que pasar, porque el detective acaba de regresar, y no está solo.

Mirek Šůra. Así les presentó el detective al dueño —o al que había alquilado— del coche de gasógeno que ya esperaba abajo. El coche permanecía bajo la vigilancia de otro de los cornudos, porque dejar sin más un automóvil junto a la acera habría sido una golosina demasiado apetecible para ese ejército de birladores que trabajaba por todo Brno.

Los cuatro cargan la camilla con el maestro de Rostov: Kosťa y Kuba lo cogen por los hombros; el detective y el cornudo, por los pies. Van atravesando con hábiles maniobras varias puertas del piso. El camino por la escalera empinada, cargados con una camilla, no tiene nada que envidiarle a un descenso por una pared de piedra escarpada y resbaladiza. Han atado al maestro al armazón metálico

de la camilla plegable, pero cada tropezón podría hacerlo saltar, y al igual que cae el pan con mantequilla (ahora, durante la guerra, con margarina Kunerol) indefectiblemente con la cara untada hacia abajo, la cama se daría la vuelta y resbalaría por la escalera también por su lado untado… Supongo que me entienden.

El transporte en automóvil desde la calle Orlí hasta Židenice no fue para nada fácil. Primero intentaron ir por Orlí, pero allí se acababa de derrumbar una casa, y su fachada quemada, que ya desde hacía un tiempo resonaba con cada temblor que se producía en los alrededores, se había despedido ruidosamente levantando una pesada cortina de polvo. Solo se podía pasar por las calles más anchas, donde ya habían apartado a los lados los escombros de las casas derrumbadas. Así que fueron por las calles de arriba, por Masarykova y Křenová. Pero en el puente sobre el río Svitava había que pagar un «peaje». A la guardia revolucionaria le hacían la competencia otras «secciones revolucionarias», que en realidad eran pandillas de ladrones que también llevaban bandas en las mangas y banderas tricolores cosidas en el pecho.

¡En nombre de la Generalidad Mayor de la Checoslovaquia Libre, salgan del coche!, nos ordenó la patrulla del puente agitando un fusil.

Estamos trasladando a este soldado ruso malherido, dijo el cornudo.

¡Y una mierda!, contestó el cabecilla de la patrulla del puente. Salgan o hacemos de este coche un ataúd con ruedas.

Al momento tuvieron claro que el peaje, o sea el precio por pasar el puente, era precisamente el coche de gasógeno. Pero también quedaba claro que no podían prescindir de él, pues sin el automóvil no conseguirían llevar la provisional camilla con el maestro herido hasta Karáskovo náměstí, donde estaba el sanatorio de Kosťa. El cornudo lo comprendió al instante y, veloz como un rayo, sacó por la ventanilla la ametralladora del maestro y soltó una ráfaga de advertencia justo sobre sus cabezas. Los miembros de la patrulla de peaje saltaron al río.

Cuando al fin entramos en el patio del sanatorio, Kosťa llamó inmediatamente al médico, al único que quedaba trabajando allí.

Creo que no es tan grave como parece, dictaminó Forejt. Pero llévenlo adentro.

Allí averiguó que el maestro de Rostov tenía ya cicatrizada la herida del disparo y que la bala había evitado el corazón y los pulmones. Tras su estado de inconsciencia, ese que nos había

asustado tanto, había solamente un cansancio mortal. Ese primer círculo del infierno, ese limbo real, era solo producto de un sueño abismal.

Uno de los cornudos del detective, que había participado en una brigada de recogida de cadáveres en Králova Pole, había encontrado al maestro junto a un todoterreno quemado. Se había sentado junto a él, pero en cuanto hubieron intercambiado un par de frases en ruso-checo, el maestro había caído en ese sueño abismal que se había tragado todo el camino que había hecho por un país devastado tras un ejército alemán en retirada que aún se defendía colocando minas y bombardeando repetidamente con los Shtuk de la Luftwaffe de Göring. El maestro de Rostov era un soldado de a pie que avanzaba tras los tanques, algunos de los cuales ardían delante de sus propios ojos. De hecho, el *druzya*[47] con el que hasta ayer había dormido bajo el mismo toldo se había transformado en una papilla ensangrentada en los hoyos que dejaban las granadas de los cañones. Había sido una larga marcha por Ucrania, atravesando pueblos quemados. Las divisiones en retirada de las SS se vengaban con los aldeanos. Los huertos de frutales estaban repletos de ahorcados. En los *derevney*[48] ya no quedaban gallos que dieran la bienvenida al nuevo día ni perros que aullaran a la luna. El día no seguía a la noche y el sol no salía ni se ponía. El mundo estaba hecho solo de gritos, detonaciones y rugidos de acero rodando por franjas estruendosas. El cielo sin estrellas estaba cubierto por una niebla negra que solo atravesaban los relámpagos. Y por todos lados había paredes de fuego y la tierra temblaba bajo los pies. Ya no era tierra firme, sino placas arrancadas sobre un mar en llamas. El ejército al que pertenecía el maestro de Rostov era el vencedor, pero a la vez estaba medio muerto, y según iban avanzando, el milenario imperio se agitaba ante sus ojos entre espasmos mortíferos y peligrosos. Al final de este viaje interminable el maestro había participado en la batalla para liberar Brno, para arrancar a la ciudad del caos indescriptible por una orden directa de Stalin. Se acercaban a Brno y de nuevo se alejaban, intentaban acceder a la ciudad por diferentes lados, por Lanžhot y Hodonín, pero Brno estaba rodeado por un infausto anillo de aldeas y pueblos ardiendo. La Wehrmacht y las SS se defendían con una tenacidad desesperada. El segundo frente ucraniano también llegó a un cansancio frenético, así que los soldados ahogaron en alcohol la incesante muerte, ese morir de gente y de caballos. Sí, esa desgraciada fábrica de cerveza ha jugado su papel en esa furiosa batalla de tanques. Nadie ha podido impedir que los soldados

pasaran de ese infierno de la guerra al paraíso dichoso del olvido alcohólico, en el que después también se muere, pero con mucha más calma. El maestro había participado en la liberación del centro de Brno, bajo el patrocinio de la lluvia de las bombas de racimo voladoras, y sorprendentemente habían conquistado con bastante facilidad el castillo de Spilberk y después habían avanzado en un anillo que se estrechaba y se iba cerrando hasta que el centro estuvo limpio, excepto por un par de francotiradores de las filas de la Hitlerjugend. Pero el maestro de Rostov había sido trasladado después a un destacamento que tenía como misión exterminar el último bastión alemán en la periferia de Brno, en Řečkovice y Medlánky, donde la división de las SS se resistía con uñas y dientes. Y fue entonces cuando uno de los cornudos, que estaba asignado a los servicios de saneamiento, le encontró en el borde del abismo de un profundo sueño mortal e intercambió con él un par de frases tras las cuales el ruso cayó en ese limbo en el que había llegado hasta el sanatorio de Kosťa.

Estábamos sentados alrededor del catre y lo alimentábamos cuidadosamente, con escogidos manjares de la despensa del sótano del sanatorio. Le dábamos de beber té ruso bien cargado y, sobre todo, le dejábamos hablar, le dejábamos que nos contara todo ese viaje tan largo. Kosťa nos lo traducía, aunque a veces ni siquiera tenía que hacerlo, pues le entendíamos. No es que comprendiéramos su ruso de Rostov, sino más bien su voz, sus ojos, los movimientos de sus manos y cómo estas se entrelazaban mientras hablaba.

Pero me estoy adelantando. Discúlpenme, me he precipitado de nuevo. Porque antes de que nos sentáramos alrededor del lecho del maestro y lo alimentáramos y le diéramos de beber, antes de eso, nos esperaba nuestro viaje en busca de Mr. Penicilin.

Bueno, por suerte no tuvimos que ir muy lejos a por el yanqui. El cornudo conocedor del asunto nos llevó solo hasta el borde de Zábrdovice, a una calle perdida detrás del río donde no había caído ninguna bomba de los regimientos aéreos que habían bombardeado la fábrica de armas. Allí, en una casita pequeña y agradable, nos esperaba impaciente Mr. Penicilin, vestido con su favorecedor uniforme americano. Una manga desgarrada y ondeante daba fe de que no había venido de ningún baile de graduación en West Point, sino que lo habían dejado caer con un paracaídas sobre los bosques de Bilovice. Debía de haberse quedado enganchado en la copa de un frondoso árbol planifolio y habría tenido que cortar las cuerdas de su paracaídas para acabar cayendo sobre unos matorrales, supongo.

El checo del yanqui era bastante aceptable, por no decir estupendo. Se notaba la intervención de los patriotas checos del otro lado del charco. Era aún un jovencito, seguramente el hijo de un granjero de Tennessee o por ahí, concluyó Kosťa. Pero tienen que haber lanzado a más de esos Mr. Penicilin, mencionó, porque ese al que acompañé desde el restaurante U Stopky no era ningún jovencito. Aunque es mucho mejor así.

Les doy cuarenta cartones de cincuenta dosis. No tengo más, dijo el yanqui abriendo los brazos. Y tendrán que compartirlos con otros hospitales.

Los compartiremos, prometió Kosťa. Así que nos llevamos los cartones. Ya los teníamos bajo el brazo, cuando no pude resistirme y le dejé caer si no podría darnos también algunos *chewing gums*. El yanqui nos miró sorprendido, después retrocedió un par de pasos hasta una cortina de cebra, ante la cual había estado de pie todo el rato, se agachó como si lo consultara en voz baja con alguien invisible y, tras un rato, dijo: Me temo, guapos, que os habéis confundido de dirección.

Bueno, pues nada, se disculpó Kosťa. Solo era una pregunta, no se enfade.

Pero con eso de *guapos* nos había conquistado. Después, nos acompañó hasta la puerta y nos despidió con su manga ondeante.

Veo que ha ido bien, sonrió el cornudo, la particular buena estrella dotada de cornamenta que iluminaba nuestras vidas.

Cuando Kuba, Kosťa y el cornudo atravesaron los adoquines que seguramente había arrojado a aquel lugar la explosión de la fábrica Zbrojovka, estuvieron a punto de darse de bruces con una bomba aérea: U. S. Army, Air Force, GP 1000 lb, según ponía en el casco.

¡Cuidado, seguro que esa perra tiene temporizador!, advirtió Kosťa. Un detonador con un temporizador a largo plazo. A lo mejor lleva aquí medio año y no ha explotado. Desde el bombardeo de noviembre del año pasado. Y puede hacerlo en cualquier momento.

El cornudo se agachó y pegó la oreja derecha a la cubierta de la bomba, y después la izquierda.

No hace tic-tac.

En las de largo plazo el temporizador no está ajustado a los segundos sino a los meses, explicó Kosťa. Esa perra no hace tic-tac, pero al comienzo de cada mes ladra. Mañana es 1 de mayo, así que mañana tal vez ladre.

¡Ah!, dijo el cornudo, y entonces levantaron los cartones con la penicilina y se pusieron en marcha. Pero, antes de dar un paso,

Kuba se paró delante de aquel hoyo gigantesco y aquellas ruinas, que eran lo único que había quedado de su fábrica de Zábrdovice, y se quedó contemplándolas piadosamente durante un rato.

El doctor Forejt se hizo cargo de la penicilina, que venía en forma de pastillas e inyecciones. Aunque se hablaba de ella como de un medicamento de uso milagroso y universal, Forejt, al igual que el padrino de Kosťa, conocía los efectos y las contraindicaciones de aquel milagro, que paraba estreptococos, estafilococos y gangrena, y sabía a qué pacientes podía salvar y a cuáles no. Se llevó pues sus diez cartones y se puso manos a la obra, mientras Kosťa le pedía al cornudo que repartiera los treinta cartones restantes por los otros hospitales de Brno.

Así que Kosťa y Kuba se quedaron a solas con el maestro de Rostov en la unidad de vigilancia adonde lo habían llevado.

Vasiliy Vasiliyevich Kanin, se llamaba. Cuando Rostov fue ocupado por el ejército alemán, Vasiliy fue convocado a alistarse en uno de esos regimientos que fueron a defender Stalingrado. Y solo al llegar a Stalingrado se enteró por unos refuerzos llegados de Rostov de que una división de las SS había hecho de las suyas allí y de que habían asesinado a su mujer y a sus hijos y quemado su casa.

Vasiliy, ahora sentado en una cómoda butaca sueca —delante tenía una jarra llena del mejor vino moravo refrigerado en el sótano del sanatorio—, les narraba su lago calvario, es decir, el avance victorioso del Ejército Rojo desde Stalingrado, a través de Ucrania hasta Moravia. A Kuba le habría gustado enterarse de muchos más detalles de esa marcha *pobedonosna*,[49] pero Kosťa lo cortó con brusquedad, pues ya no quería saber nada más de la guerra.

Teper o Donie, proshu,[50] le pidió Kosťa a Vasiliy Vasiliyevich. Y entonces le interesó todo: el contacto de la ciudad con el río, los malecones, el muelle, los puentes —los de madera y los de hierro—, el alfiletero de los mástiles en el puerto, el chirrido de las quillas de los barcos rozando el dique de piedra, pero también el río Don tras la ciudad, la apariencia de ese río imponente en primavera, en verano, en otoño y en invierno, por la mañana en la neblina vaporosa y por la tarde justo antes de la puesta del sol…

Yo sabía que Rusia no era el país natal de Kosťa, que había nacido en Finlandia, pero, en ese momento, mientras le pedía al maestro de Rostov tantos detalles, como si sacara piedritas de un mosaico gigante, comprendí cuánto lo fascinaba ese país. Nunca había estado allí, conocía Rusia solo por los recuerdos de su

padrastro y, por supuesto, por Pushkin, Chéjov, Dostoyevski y Gógol, y se había creado un sueño doloroso sobre esa tierra que jamás conocería. A pesar de que en medio de ese alud de ruso que hablaba Vasiliy, que cada vez cogía más velocidad, yo no tenía ninguna posibilidad de entender nada, sentía cada vez más la intensidad explosiva de esa lengua. La fiebre de Kosťa pasó al maestro de Rostov y minutos después ambos ardían ansiosamente, llameaban, flameaban con Rusia… Esa enorme e inmensa tierra comenzó a emerger en el hospital, yo percibía su materia omnívora, sabía que eso era el *gospodin*,[51] un cachalote que con solo un coletazo podía… Pero entonces, de golpe, sonó un ¡pum! y todo, como si solo hubiera sido un monstruoso e hinchado globo de feria, se acabó. Uno de los cornudos entró en la unidad de vigilancia. Justo ese que tenía que repartir la penicilina por los hospitales de Brno.

¡Me ha robado el coche y la penicilina!, gritó el cornudo, que estaba que echaba chispas.

Kosťa se asustó, pues lo primero que se le pasó por la cabeza fue que el cornudo se había topado con un destacamento de las SS huyendo de Brno, con esas bestias inmundas a las que ya todo les daba igual.

Pero en la puerta estaba de pie un oficial ruso que debía de pertenecer a una de esas patrullas que ahora vigilaban el centro de Brno.

Echó un vistazo a la escena, fijó la vista durante un momento en cada uno de nosotros y luego se detuvo, como paralizado. Después gritó algo que no entendí, entró como una exhalación y corrió hacia la butaca sueca, tirando con su ímpetu la jarra de vino. Para entonces el maestro se había levantado y ambos cayeron uno en brazos del otro, se agarraron sin mediar palabra y, durante trece segundos (no pude resistirme a contarlos), se abrazaron.

No hay nada sorprendente en que el maestro de Rostov y el starshiy leytenant[52] Nikolai Platonovich Chmelin se conocieran. Ni en que se abrazaran calurosamente durante trece segundos. Hasta hacía solo un momento, Nikolai Platonovich estaba convencido de que Vasiliy Vasiliyevich ya no vivía, de que había caído en el tiroteo de Řečkovice o en Králova Pole. Los dos pertenecían al mismo regimiento, el que intentaba conquistar la zona de Řečkovice, bien vigilada por los alemanes. Pero si se hubieran conocido solo de allí… A lo que me refiero es a que, en todo el Ejército Rojo, no había un soldado más famoso que el maestro de

Rostov. Todos sabían de él, desde Stalingrado, pasando por el Kursk y el Dnieper, hasta los soldados que participaban en las batallas más feroces de los frentes ucranianos, donde había demostrado un valor increíble, porque no se lo pensaba dos veces ni cuando había que ir de reconocimiento, incluso bajo el fuego más intenso. Iba, sin el menor miedo, al encuentro de ametralladoras y Tigers y Panters arrolladores, sacaba a los heridos del campo de batalla, no temía zigzaguear por los campos minados… Se decía que, tras la muerte de su mujer y sus hijos, su propia muerte le era ravnodushna, se cagaba en ella, tal vez incluso la buscaba con prezrenii.[53] Sin embargo, por alguna razón se volvió intocable. Solo le alcanzó un balazo limpio y al día siguiente ya estaba en pie, y siguió avanzando con el enorme ejército que presionaba en retirada a la Wehrmacht y a la división de las SS, sich zurückbegeben, zurückkehren,[54] hacia su victoriosa Germania, mientras miles de soldados soviéticos morían. El ejército se renovaba a diario con otros miles que iban a buscar su muerte, pero el frente era un cementerio vivo que fecundaba y fertilizaba la tierra quemada una y otra vez. El maestro de Rostov despreciaba a la muerte desde lo más profundo de su alma, y ese desprecio era, a todas luces, su escudo protector. Todos lo tenían por inmortal y corrían leyendas sobre él a lo largo y ancho del frente. Todos lo conocían. Hasta en las divisiones de las SS habían oído hablar de ese bogatyr de Rostov y enviaban francotiradores especiales para acabar con él, aunque a la vez sabían muy bien que ni el mejor de los francotiradores tenía la más mínima oportunidad.

Sin embargo, cuando Vasiliy desapareció repentinamente durante los tiroteos de Králova Pole, alguien pronunció en voz alta el pensamiento pecaminoso de que estaba muerto, algo que tuvo unas consecuencias catastróficas para todo el frente: la lucha se detuvo, las divisiones de las SS en Řečkovice y Medlánky se «enquistaron»; parecía que ya nadie las iba a mover. Por eso se había alegrado tanto el Starshiy *leytenant* cuando vio al maestro con vida. Aunque no solo por eso. Los soldados soviéticos admiraban al maestro de Rostov, pero también lo querían. Era para ellos la persona más cercana, el *lyubimyy paren*[55] de esos terribles días victoriosos. Kosťa recogió la jarra volcada y al momento mandó al cornudo al sótano a por más vino.

Según me explicó Kosťa, el maestro era solo sargento, o sea un suboficial, mientras que el soldado que nos había interrumpido tenía el rango de teniente mayor, Starshiy *leytenant*. Conté esos

trece segundos durante los cuales el maestro de Rostov permaneció aferrado calurosamente a los brazos de su superior, pero después ya no quedó tiempo para más demostraciones afectuosas. El cornudo trajo del sótano una jarra llena del mejor vino moravo, aunque ya nadie lo tocó. Entre el teniente y el cornudo trajeron a los soldados soviéticos heridos que habían llevado hasta allí en el coche de gasógeno, y nos dividimos en dos grupos para dedicarnos a ellos. Kosťa, el doctor Forejt, el teniente y el maestro de Rostov trasladaban a los soldados desde el coche al sanatorio, mientras el cornudo, una de las enfermeras y yo preparábamos las camas abatibles y, donde era posible, colocábamos unas literas. El sanatorio estaba ya atestado de pacientes y la llegada de unos cincuenta soldados soviéticos heridos (que solo habían cabido en el coche colocados unos encima de otros) era una catástrofe, pero el hecho de que tuviéramos la penicilina en nuestro poder hacía que esa catástrofe se convirtiera en una situación difícil, algo más manejable. En cualquier caso, lo peor eran los gemidos. En el sótano, que estaba aislado acústicamente, retumbaba un generador. Habríamos agradecido que hubiese hecho ruido suficiente para tapar la voz del dolor humano, pero el generador se limitaba a zumbar como un diapasón grande, haciendo resonar ligeramente el piso. De vez en cuando, hacía que la luz de las bombillas se debilitara para encenderse de nuevo enseguida. La enfermera dirigía nuestras maniobras con las camas, y yo resulté ser mucho más torpe que el cornudo, que se ayudaba con sus cuernos sin ningún pudor a colocar las camas.

Ahora debería contar esto: Kosťa no estaba nada contento de haberse encontrado con el *leytenant*. A Kuba no le tuvo que explicar nada, pero ustedes quizá hayan olvidado su encuentro con unos cosacos, cuando Kosťa ocultó que sabía ruso y dejó hablar a Kuba. Kosťa sabía, o más bien sospechaba, que para el paranoico Estado soviético los emigrantes son unos enemigos mucho peores que todo el ejército de Hitler. Así que tenía que andarse con cuidado delante del oficial ruso para que no se le escapara ninguna palabra en ruso ni ninguna onomatopeya en ruso ni ningún suspiro en ruso; un idioma que presume de su amplia escala de suspiros.

Sin embargo, en un fogonazo de intuición, se había dado cuenta de que no había nada que temer del maestro de Rostov, que no era ningún traidor, sino todo lo contrario, una criatura muy amistosa y comprensiva. De hecho, Vasiliy, aunque no entendía por qué de pronto Kosťa no hablaba ruso, por qué en presencia del *leytenant*

evitaba de golpe su idioma como un lobo los cepos (*kak volk kapkanom*), decidió no preocuparse por ello y desterrar de su mente toda sospecha repudiando ese pensamiento sobre el lobo.

Kosťa no hablaba ruso en presencia del *leytenant*. Yo sabía por qué lo hacía, pero estaba seguro de que exageraba. En sus temores había algo incluso maléfico, aunque no tenía tiempo de entretenerme en semejantes reflexiones. De momento, me bastaba con contemplar los algodones que sobresalían de los agujeros de su nariz convirtiéndome en un testigo de cómo así, en medio de los agresivos olores del hospital, se cerraba el paso a su órgano olfativo, ese frágil cazador de experiencias únicas. Esa fue solo una de las manifestaciones más visibles de ese ser extraordinario, aunque también bastante intranquilizador, que era Kosťa. Lo cierto es que supongo que debe de ser bastante normal encontrarse criaturas semejantes, con Kosťas de dos, cuatro o seis patas, en ese coto de fábula al que pertenece la fauna rusa.

Estaba yo agachado en el suelo, de rodillas, y armando con cierta dificultad los distintos componentes de una cama plegable un poco complicada, cuando Kosťa y el doctor Forejt me trajeron a un soldado soviético malherido. Entonces me pareció escuchar cómo Kosťa mascullaba unas palabras en ruso para tranquilizarlo. Pero en ese preciso instante, metí el dedo corazón en una tenaza metálica de la cama que estaba armando y aullé como un animal. Mi grito, como si de un interruptor acústico se tratara, elevó de inmediato el volumen de todos esos gemidos y gritos que me rodeaban.

El sanatorio Laguzhin no estaba equipado como un hospital de campaña, aunque Kosťa a veces hablaba de él como si lo fuera. Y tampoco contaba con acoger a semejante número de pacientes. Hacía mucho que ya no quedaban reservas de nada, porque el bombardeo del final de la guerra se había encargado, con suma eficacia, de llenar todas las camas del hospital. El doctor Forejt y Kosťa iban recogiendo heridos por todo Brno desde los primeros bombardeos del año anterior. Los sacaban de debajo de las ruinas de las casas, los cazaban en los profundos cráteres dejados por las bombas aéreas y en los sótanos, cuyos techos se habían hundido enterrando a los que buscaban refugio.

También había algunos que llegaban al sanatorio renqueando solos o acompañados por sus parientes o conocidos. Así que esa porción de cincuenta soldados rusos heridos colmó las tripas del hospital, hasta que estas reventaron. Las camas plegables se

hacinaban incluso en los pasillos, y el problema había llegado hasta la unidad de cuidados intensivos. Por no hablar de que las reservas de camas plegables estaban disminuyendo a toda velocidad y el doctor Forejt y la enfermera habían llegado a ofrecer incluso sus propias habitaciones y camas de servicio. Las mantas gruesas y los edredones que quedaban en los armarios estaban ahora extendidos por el suelo, de modo que había que caminar evitando las cabezas de los pacientes. Corríamos el peligro de que el generador dejara de funcionar en cualquier momento y todo quedara sumido de pronto en la oscuridad. Así que Kosťa, casi sin querer, asintió con la cabeza.

Kosťa decidió dejar a disposición del hospital su piso privado, el apartamento de la planta de arriba, el apartamento de sus padres. Necesitaban discriminar los casos más urgentes, los pacientes que necesitaban ayuda médica inmediata, y trasladarlos al piso superior, donde el doctor Forejt se dedicara por completo a ellos. Así que fue visitándolos uno a uno, inclinándose sobre ellos, agachándose ante los que yacían en el suelo sobre las mantas. Durante esa cuidadosa selección, averiguó que dos de los soldados gravemente heridos habían fallecido. Y como el depósito de cadáveres estaba lleno, los levantaron de sus lechos y los trasladaron en unas mantas al atrio del hospital. Una vez allí, los lanzaron sobre las baldosas para devolver luego las mantas al circuito del sanatorio. Uno de esos muertos era un chico de unos dieciséis años que llevaba el uniforme soviético. Y entonces ocurrió algo curioso. El *leytenant*, del que nunca nadie hubiera esperado algo así, cogió una almohada grande de una de las habitaciones del hospital, regresó al atrio y se la puso al chico muerto debajo de la cabeza. En medio de esa oscuridad de abril agujereada por las estrellas, la almohada relucía sobre el suelo negro como un reproche lanzado hacia el cielo por el ángel de la guarda del chico. (A esos fanáticos chicos de las Hitlerjugend, a esos bobos francotiradores derribados a tiros de los tejados, nadie les había colocado una almohada bajo la cabeza.)

El doctor Forejt escogió pues a los heridos más graves, a los que necesitaban su ayuda inmediata pero aún podían ser trasladados. Y como la escalera era muy empinada, igual que en el edificio de la calle Orlí, tuvieron que atar a los pacientes a sus respectivas camas. Por desgracia tampoco disponían de muchas cuerdas, así que se vieron obligados a apañárselas con sábanas y toallas del hospital. Y al final la escalera resultó ser aún más empinada que la de la calle Orlí.

Cuando al fin conseguimos subir a un paciente atado por la empinada escalera y colocar la cama en el suelo, levanté la cabeza y me percaté de que lo habíamos colocado justo debajo del cuadro de Repin.

El *leytenant*, que había subido al paciente conmigo, se quedó con la boca abierta y después suspiró: *Repin! Yob tvoyu mat, ved Repin*!

Tochnoye otkrytiye, tovarishch leytenant,[56] suspiró a su vez Kosťa a nuestras espaldas. Cara a cara con el cuadro de Repin, se olvidó totalmente de su discreción. Y eso tenía que deberse a que en ese cuadro estaba escondido algún secreto, *glubokaya tayna*, que ahora mostraba su poder, una *yurodiva*[57] brizna de ese poder. Pero entonces el *leytenant* se volvió y, de repente, fue como si ambos olvidaran por completo dónde estaban y por qué.

Kosťa y el *leytenant* parecían haber olvidado por qué se encontraban allí. Kosťa estaba terriblemente interesado en saber cómo el *leytenant* había podido reconocer a Repin en un cuadro tan atípico en él. Pero el *leytenant* se limitó a encogerse de hombros y quedarse quieto en el sitio. Después pasó por encima del paciente para acercarse todo lo que pudo al lienzo y, tras una vacilación, señaló con el dedo índice los árboles del fondo del cuadro, rodeó su contorno y dio un golpecito en el *karman*[58] de una de las figuras, un gran bolsillo del que asomaba la larga cánula de una pipa. *Net, sovsem net,*[59] Kosťa negó con la cabeza, y pasó luego por encima del paciente y señaló otros detalles que según él certificaban su autenticidad. Y de repente se sumergieron en una discusión sobre Repin y los ojos se les llenaron de algo distinto al brillo de la batalla.

De pronto, y sin venir a cuento, el *leytenant* preguntó: *Vy emigrant*? Pero también enseguida añadió para tranquilizarle: *Ne nado trusit, moy brat tozhe emigrant. A Repin razumyeyetsya tozhe emigrant.*[60] Y dio un paso hacia Kosťa, lo abrazó con fuerza y lo besó apasionadamente.

Mierda, ¿es que van a acaramelarse aquí?, aulló el cornudo a la vez que escupía. Por entonces aún no estábamos del todo acostumbrados a semejantes demostraciones de fervor eslavo, y el pobre cornudo, después de lo que le había regalado el destino (¿y quién se lo podía tomar a mal?), veía sexo pecaminoso en todas partes.

Mierda, ¿es que van a acaramelarse aquí?, explotó el cornudo, y lanzó un enorme escupitajo. La saliva me salpicó la mano y, como había oído que la saliva de los cornudos suele ser venenosa, me la

limpié rápidamente. Le dije al cornudo que en vez de prestar atención a Kosťa y al *leytenant* debía atender al herido que acabábamos de traer cuanto antes, porque estaba claro que sufría. El herido, sumido en una enfermiza y terrible pesadilla, jadeaba. Tal vez hubiera caído preso de los hitlerianos o se encontrara en algún lugar de Siberia atado con cadenas al tronco de un árbol, a merced de los lobos siberianos que ya se le acercaban salivando, como si hubieran escuchado la campanita de Pavlov.

Conseguimos colocar a un gran número de pacientes en los aposentos privados de Kosťa. El doctor Forejt y las enfermeras tenían allí espacio suficiente para realizar sus maniobras curativas y terminar antes de que el generador del sótano se apagara.

Finalmente, un poco antes de la medianoche, el generador se apagó. El suelo dejó de vibrar y la más absoluta oscuridad, *yegipetskaya tma*,[61] como la llamó Kosťa, se apoderó del lugar. Alcanzábamos a escuchar al *leytenant*, que descendía por la empinada escalera, pero en un momento dado algo debió de ocurrirle, porque oímos un juramento (*Khuy morzhovyi*!)[62] y luego, durante mucho rato, reinó el silencio. Kuba y Kosťa se quedaron sentados, en medio de la oscuridad y el silencio, bajo el cuadro de Repin. Al poco rato, también los gemidos de los heridos se acallaron.

Bueno, pues ya estamos bajo el lienzo de Repin, le recordé a Kosťa, y usted me prometió que cuando tal cosa ocurriera me contaría qué es eso que le une con la escena del cuadro.

Estamos sentados bajo el Repin sí, pero *mandavoshka*,[63] ahora no vemos nada, así que eso no cuenta, dijo Kosťa enfriando mi ardor.

Es imposible sacarle a usted una palabra, me quejé. Así que no se enfade si me muestro un poco grosero. *Khuy morshovyi*!, maldije, intentando imitar la voz cazallera del *leytenant*.

Me acusa falsamente, apreciado Jakub. ¡Pero si ya le he confiado de todo! Y, por cierto, *khuy morshovyi* quiere decir *khuy* de morsa, y no de marzo, como debe de creer.

Tras la aclaración, permaneció callado durante un buen rato, y yo ya no me metí más con él. Era la última noche de abril y no se oía nada en la lejanía. Por primera vez en mucho tiempo el mundo a nuestro alrededor se sumergía en un misericordioso y profundo sueño sin sueños.

Y luego Kosťa comenzó, despacio y en voz baja:

En noviembre del 44 ya sabíamos que Alemania y su Hitler se

iban directamente a tomar por culo y que el fin de la guerra pululaba por alguna parte del horizonte. Era domingo 19 de noviembre, no olvidaré ese día hasta que me muera. Ese día vi a mis padres adoptivos, mi padrastro y mi madrastra, por última vez. Mi padrastro y mi madrastra, a la que llamaba a lo ruso Hanička Petrovna, porque su padre, el dueño de un salón de costura en Černá Pole, se llamaba Petr… En fin, pues el caso es que mi padrastro y mi madrastra se marcharon a ver a sus amigos más queridos, los Horákovi, a los que mi padre de broma llamaba Leopardi, porque él se llamaba Leopold y su mujer Leona, de Leonora. Bueno, pues se fueron a visitar a los Leopardi para celebrar con ellos el trigésimo quinto cumpleaños de mi madrastra y de paso unirlo a la celebración de la caída del Tercer Reich. Yo me tuve que quedar en casa, porque al día siguiente era lunes y trabajaba en una pequeña fábrica de Husovice que hacía piezas para motores de avión en la que controlaban mucho los horarios. Entonces había en muchos lugares de Brno gran cantidad de pequeñas fábricas, como esa de Husovice, que eran más bien talleres para fabricar piezas de aviones, cañones y ametralladoras. Y es que los alemanes, tras el bombardeo de Brno, intentaban dispersar todo lo posible la producción de armas. El conocido de mi padre, el alemán de Brno Horst Görlich, intentó mantenerme entre el personal del sanatorio, pero el todopoderoso *arbeitsamt* lo decidió de otra forma. Y aquí debo decir que Görlich al menos sí consiguió evitar que me mandaran de *totaleinsatz* a trabajar a las ciudades bombardeadas alemanas. El turno de trabajo en la fábrica de Husovice comenzaba a las seis de la mañana. Nuestro sanatorio quedaba a un paso de Husovice, pero terriblemente lejos de la calle Veselá, donde vivían los Leopardi. Con esto quiero decir que no tenía ninguna posibilidad de participar en las celebraciones en casa de los Leopardi, porque la Gestapo insistía en que, temprano por la mañana o tarde por la noche, antes de amanecer o después de atardecer, ningún ciudadano del Protectorado debía andar lejos de su casa. Además, el Instituto de Empleo recolectaba a sus fuerzas de trabajo dentro del círculo más cercano posible a la fábrica o taller de armas pertinente, o en su defecto aseguraba un alojamiento común a sus trabajadores. Por supuesto, nosotros habíamos celebrado el cumpleaños de mi madrastra en casa el día anterior, así que la celebración en la calle Veselá era un extra, algo especial para los Leopardi. Pero hoy lo tengo claro: ¡Al diablo con los Leopardi! Y aquí Kosťa enmudeció. Fue hasta la ventana, miró hacia la oscuridad estrellada y tamborileó con sus dedos en el cristal. Kuba

esperó con paciencia.

Y cuando Kosťa terminó de tamborilear, acabó su relato:

Nunca más volví a ver a mis padres, ni vivos ni muertos. Se quedaron en casa de los Leopardi hasta el día siguiente, cuando las bombas borraron del mapa esa casa de la calle Veselá. Como cuando uno coge un trapo húmedo y borra una frase de una pizarra.

¿Qué frase?, pregunté en voz baja.

¿Qué, Jakub? ¿De verdad lo quiere escuchar? ¿En serio lo tiene que oír? Y después emitió, masticando cada palabra, lúgubremente, con dificultad, *otchayanno*,[64] pero despacio y con claridad, el peor juramento ruso que se le ocurrió en ese momento: *Pizda yedet na kobyle!*[65]

Y, justo entonces, desde la oscuridad de la escalera nos llegó un eco aún más vulgar que no me atrevo a repetir. Ay, el cerdo del *leytenant*…

Y con eso se agotó el repertorio de tacos de esa noche.

El *leytenant* estaba sentado bajo la escalera con el zapato quitado, intentando reparar de algún modo su tobillo torcido mientras nosotros estábamos con Kosťa debajo de un Repin invisible. Desde la lejana torre de San Pedro y San Pablo, sobre las alas de un pájaro nocturno, llegaron hasta nosotros las campanadas de la medianoche.

En ese preciso instante se acababa aquel largo día de abril.

CAPÍTULO XII

AMOR Y MUERTE

Estaba oscureciendo. Ante nosotros se abría una larga calle vespertina, cuyo final no se distinguía ni siquiera de día: Cejl. Nos encontrábamos junto a un gran edificio con ventanas oscuras que parecían parches negros sobre la oscura fachada. Solo en dos de ellas se veía la luz de unas velas, o tal vez de unos quinqués. En la mayoría de los pisos debían de mantener el régimen de oscurecimiento decretado por el Protectorado.

Mi tiempo se acaba, amigo Jindřich. En menos de dos horas te encontrarás fuera de este espacio en el que todavía te puedo guiar y proteger, dijo Kaňka. E hizo resonar una cuerda lastimera: Después desapareceré de tu vida y ya no nos volveremos a encontrar jamás. Se cumplirá lo que se tiene que cumplir.

Me miraba a través de las segundas gafitas de ese atildado oficinista, el falso minotauro (recordemos que las primeras las había pisoteado). Era consciente de que no sabía adoptar otra apariencia humana, y de que incluso tenía que hacer grandes esfuerzos para no perder esta.

Una patrulla militar rusa que pasó en una motocicleta nos iluminó con su faro y me di cuenta entonces de que llevaba una corbata distinta. Esta tenía otros dibujos, unas hiedras que no pegaban nada con su traje de oficinista.

Por eso me gustaría, dijo el minotauro, que, antes de despedirnos, realizáramos algo de provecho.

¿Hablas de la misión?, pregunté.

De la misión ya hablaremos más tarde. Ahora tengo en mente algo que los humanos llamáis una «buena acción».

Entiendo, asentí. Como ayudar a un ciego a cruzar la calle o quitarse la comida de la boca para dársela a un indigente. Pero ¿puedo confesarte algo, Kaňka?

¡Suéltalo!

Esa corbata no pega nada con ese traje.

¿Qué? Pues ¡vamos a hacer unos pequeños arreglos!

De repente, una muchedumbre apareció desde la calle Ponávka, pero, al vernos, se detuvieron, se quedaron de pie un rato y después retrocedieron. Kaňka se quitó la corbata, la enrolló, se la metió en un bolsillo y se desabrochó la camisa.

¿Y se puede saber dónde vamos a realizar esa buena acción?

En el tercer piso de la casa de enfrente se abrió con brusquedad una ventana oscura y algo restalló sobre la acera. Kaňka silbó, hizo un gesto de aviso y corrió a mirar. Se puso en cuclillas y enseguida se volvió. No era nada. Como en algunas casas no funcionan los desagües, la gente caga en una bolsa que después tira por la ventana. Pero habías preguntado algo, ¿no?

Sí. ¿Dónde vamos a realizar esa buena acción?

Desde Cejl torcieron a Zábrdovice y se encaminaron al río. Y allí, cerca de la fábrica Zbrojovka, los cráteres dejados por las bombas formaban una suerte de constelaciones oscuras, bastante parecidas a Géminis y Escorpio, aunque también se podía distinguir el cúmulo de las Pléyades.

Al menos así me lo parecía desde la altura a la que este narrador se puede elevar sobre la historia de esta novela.

Jindřich se paseó entre los cráteres, contemplándolos con curiosidad; la oscuridad se le antojaba rellena de algo.

¡Ten cuidado, Jindra!, le advirtió a voces el minotauro. Si te rompes ahora una pierna, no podrás realizar la buena acción.

También junto al río se elevaban las sombras de algunos bártulos que las explosiones de las bombas habían amontonado allí y que después ya nadie se había molestado en quitar de en medio. Kaňka se dirigió hacia una casita pequeña, pero a primera vista muy conveniente, y se apoyó sobre la puerta para esperar a Jindřich mientras se quitaba las segundas gafitas de oficinista e intentaba limpiarlas. Por alguna parte del horizonte ardía aún algún fuego, lo que no resultaba chocante, porque en los alrededores de Brno aún se luchaba con fiereza. Lo que sí resultaba bastante chocante era que a Kaňka le brillaran los ojos en aquella densa oscuridad, pues ese brillo felino no casaba en absoluto ni con su apariencia de oficinista ni con sus gafitas. Sin embargo, por otro lado, era imprescindible para que Jindra se orientara entre aquellos capciosos y profundos cráteres.

No tenemos mucho tiempo, aparecerán en cualquier momento, advirtió en cuanto cruzó la puerta.

Entonces Jindřich observa sorprendido cómo el minotauro,

poniéndose de puntillas, saca un paquete en el que hay un uniforme militar de un armario alto y acto seguido lo tira al suelo, lo extiende, lo pisotea y salta sobre él.

Póntelo rápidamente. ¡Claro que es americano! Y te sienta de maravilla. Pero, espera, tengo que desgarrarte la manga.

Jindřich intenta protestar… Es una pena, un uniforme tan chulo, y ahora está arrugado y desgarrado.

No puede parecer que acabas de venir de un baile de graduación en West Point. Eres un soldado americano que ha sido arrojado sobre los bosques de Bilovice con un maletín lleno de penicilina. Tu uniforme se enganchó en la rama donde te quedaste colgado y después tuviste que abrirte paso entre los densos matorrales. Pero serás incapaz de aprender a hablar inglés, y encima con acento americano, en estos diez minutos que nos quedan. Tenemos que hacerlo de otro modo. En vez de un inglés perfecto te voy a dotar de un checo vergonzoso, para que se note a ojos vista, o más bien a oídos vista, que eres extranjero. Te enseñaré tres expresiones que se te van a descolgar de la boca como si fueran unas ramas rotas.

Hala, venga. Aquí va la primera: *¿Dónde tanto tiempo estar?, yo aquí esperar mucho. Y la segunda: Yo aquí darles penicilina verdadera, para arreglar el morir de sus enfermos*. Y la tercera: *Hola, ahora vosotros huir de aquí, y cuidado, no caer por estos caprichosos y profundos váteres que haber por aquí.*

Jindřich repitió esas tres frases obedientemente, a pesar de que le parecieran engendradas por el cerebro de un pájaro bobo extinto y torpe. Después preguntó si podría añadir otra: *Yo ser muy triste soldado, porque un idiota peludo rascarme manta de uniforme*. Pero su frase no tuvo una buena acogida.

Aquí están los cartones de penicilina, y aquí, ya lo ves, una cortina con un estampado de cebra. Me voy a esconder ahora detrás de la cortina y, cuando no sepas qué hacer, no tienes más que acercarte a ella y yo te aconsejaré cómo salir de cualquier situación peliaguda. Pero te tendrás que agachar un poco, porque detrás de la cortina adoptaré de nuevo mi apariencia gatuna. Esta del oficinista minotauro ya me tiene harta.

Con permiso, me gustaría hacer constar, notificó Jindřich, que en este uniforme americano falta esa boina tan chula que los soldados usan para saludar.

Bueno, pues no saludes, dijo el minotauro cerrando el asunto. Entonces se oyeron unos golpes en la puerta y el oficinista saltó a esconderse tras la cortina de cebra. Una vez allí, se encogió hasta adoptar de nuevo su forma gatuna.

Tras la puerta había dos tipos. El de la derecha era delgado y alto, con una napia extraordinariamente grande y peculiar, y el de la izquierda, pequeño y gordo. Me recordaban a mis queridos Gordo y Flaco. Me quedé mirándolos embobado durante un rato, incapaz de hablar. No soy actor, y en el papel de soldado americano me sentía como Jesucristo con dos pistolas. Y además me había olvidado por completo de las tres expresiones en ese checo vergonzoso, aunque tampoco estaba seguro de que fuera el momento idóneo para utilizarlas. Intenté sisear un poco para que se notara que era extranjero.

Les doy cuarenta cartones de penisilina de sincuenta dosis. No tengo más, dije abriendo los brazos. Y tendrán que compartirlos con otros hospitales.

Los compartiremos, aceptó el alto, que llevaba una americana de pana. Un segundo después ya tenían los cartones bajo el brazo. Pero entonces el flaco, que llevaba un jersey adornado con unos ciervos berreantes, me preguntó si además podría darles algunos *chewing gums*. Retrocedí hasta la cortina de cebra, me agaché, le pregunté a Kaňka y luego regresé con su respuesta: Me temo, guapos, que os habéis confundido de dirección.

Bueno, pues nada, se disculpó el alto. Solo era una pregunta, no se enfade.

Los acompañé hasta la puerta y los despedí con la manga desgarrada y ondeante.

Ya nos hemos quitado de encima la buena acción, decidió Kaňka, transformada de nuevo en el minotauro. Dediquémonos ahora a las preguntas y las respuestas. Pregunta, amigo Jindřich, porque supongo que habrá muchas cosas que no tendrás muy claras.

Kaňka puso a calentar una jarra de agua sobre un calentador de alcohol y señaló a Jindřich un armario con unas tacitas de porcelana. Colocó las tacitas casi con la respiración contenida. ¿Cómo era posible que en su casa de Mečová la detonación de la bomba que cayó en la casa de al lado estropeara el juego de café de su madre y, aquí, a un paso de la Zbrojovka, donde había caído una granizada de bombas, estas frágiles tacitas no tuvieran ni un rasguño?

No solo tenemos café auténtico, reconoció Kaňka, mientras llenaba las tazas, también tenemos *chewing gum*, pero no para unos don nadie. Las buenas acciones tienen sus límites, recuérdalo. Y, mira aquí, nos han dejado asimismo esta pequeñez, y le metió a

Jindřich en el bolsillo de la camisa dos paquetitos pequeños. Es todo de la remesa americana.

Jindřich levantó la mano y se tocó el bolsillo.

Perfecto, asintió Kaňka. Auténticos condones americanos. Unas elegantes cositas que tal vez necesites hoy. En el paquetito hay unas instrucciones en inglés, aunque, para cabezas cuadradas como tú, se completan con unas ilustraciones de lo más instructivas.

Y, ahora, quítate el uniforme, que lo tenemos que dejar aquí.

El olor del café era tan intenso que hasta Kaňka se calló durante un rato.

La casita en la que se habían acomodado provisionalmente estaba como hecha a medida para pasar una cómoda tarde en el centro de la ciudad, a pesar de que a veces aún explotaban bombas con temporizador o minas antipersonas, y de que en los refugios sepultados y en los sótanos derrumbados aún quedaban difuntos en descomposición a la espera de un entierro digno.

Venga, es la hora de las preguntas y las respuestas, recordó el minotauro. Te daré una pista: puedes preguntar, por ejemplo, de dónde han salido la penicilina, el uniforme americano, los chicles americanos y los condones americanos, cuando no hay ni rastro de los yanquis por aquí.

Dos terrones, por favor.

El minotauro cogió solamente un terrón y medio del azucarero dorado.

Eso no es verdad del todo. Sí que nos han lanzado a algún yanqui en paracaídas, pero justo ese que nos tenía que regalar la penicilina tuvo la mala suerte de pisar una mina. De modo que tuve que encargarme yo sola de todo.

Tú solo, corrigió Jindřich a Kaňka. Llevo ya un rato queriéndote decir que recuerdes que cuando eres el minotauro perteneces al género masculino. Decide primero quién quieres ser en ese momento, o Kaňka o minotauro, y después elige en consecuencia el género de las palabras que empleas.

¡Vaya rollo, el género!, suspiró el minotauro. ¿Sabes qué? Tal vez ahora, después de la guerra, sea el momento de hacer una gran reforma gramatical y suprimir los géneros. Las guerras siempre van seguidas de revoluciones o reformas. Y la gramatical no sería tan sangrienta. Pensad en ello cuando yo ya no esté aquí.

¿Quieres decir que tienes la capacidad de fabricar penicilina, *chewing gums* y también esto? Y se tocó el bolsillito de la camisa.

Bueno, sí, poseo algunas habilidades, pero tampoco es para tanto.

Puedo hacer mucho menos de lo que sería necesario. Pero dejémoslo estar. Mi principal obligación es la de grabarte en la memoria tu misión. Lo de la buena acción era solo un aperitivo para prepararte para ese lejano banquete humanitario que será tu misión.

Y, ¡¡¡BUM!!!, explotó una bomba con temporizador. (Co-mo pueden ver, queridos, no he olvidado que al otro lado del río había una bomba aérea con temporizador, esa junto a la que se agachó el cornudo y puso la oreja derecha y después la izquierda.) El minotauro y Jindřich se encogieron esperando lo peor, pero al final solo llovió algo de tierra, que también golpeó los cristales de las ventanas, sobre el techo de la casa.

¿Qué estaba diciendo?, preguntó el minotauro. Ah, sí, ¡tu misión! En el año ٦٠ nacerá tu hijo.

Eso ya me lo has dicho. O sea, dentro de quince años. ¡Vaya cosas! Tendré treinta y dos años. ¿Y qué más? ¿Qué le tiene el destino reservado a mi hijo?

Eso hasta a mí misma me gustaría saberlo. Perdona, hasta a mí mismo. Solo sé que durante el próximo siglo este país necesitará a tu hijo de verdad.

¿Qué?, ¿en el siglo xxi?

En ese tiempo lejano, sin tu hijo, el platillo de la balanza tal vez se incline hacia el lado del mal. Y él será el único capaz de evitarlo.

Así que ¿eso es lo que va a pasar?

El minotauro negó con la cabeza. No existe ninguna garantía. El futuro es algo abierto, no sabemos nada de él, como diría Melón. Pero yo he venido para tratar de que se cumpla la variante más favorable. Si es que está dentro de mis posibilidades de gata. Perdona, quería decir de minotauro. Tu misión es tener un hijo y mi obligación era llevarte a salvo por el tiempo cero.

¿Y la madre de mi hijo?, quiso saber Jindřich.

Ya está elegida, se rio el minotauro. Y la conoces. Eso es lo que querías saber, ¿no?

Eso quería saber, asentí. Pero he de irme. Tengo una cita con Vanesa. Y hay un buen trecho desde aquí hasta el centro de la ciudad.

No te preocupes, todo está arreglado. Y el minotauro me llevó a una descuidada caseta, de la que sacó un flamante triciclo nuevo a motor con dos asientos de piel.

Olía a gasolina, un olor con el que la gente ni siquiera soñaba desde hacía mucho.

¡Sube al caballo, chico! Íbamos zigzagueando entre los cráteres dejados por las bombas; el triciclo estaba equipado con un potente faro y no corríamos peligro de caer en ellos.

Pero por aquí no se va al centro de la ciudad, le advertí al minotauro.

Sube, dijo él. Y volvió el reflector hacia un maravilloso jardín. El palacio al que pertenecía estaba en ruinas, pero el jardín delantero permanecía intacto.

Qué hermosura, ¿eh? ¡Las primeras rosas del año! Las llamaron Magallanes por el navegante portugués. Igual que él navegó a lo largo y ancho del mundo, estas rosas florecen durante casi todo el año, desde abril hasta finales de noviembre.

Metí la mano entre la reja de bronce y arranqué dos flores. El minotauro dio la vuelta y seguimos serpenteando entre los cráteres y los hoyos, para después lanzarnos a través de la ciudad sin luz evitando con habilidad todo lo que se interponía en nuestro camino. Y, cuando no podíamos esquivar algo, lo sobrevolábamos con un arco encantador. El minotauro era un piloto extraordinario.

Al llegar a nuestro destino, nos despedimos.

¿No nos veremos nunca más?, pregunté. Y de pronto se me llenaron los ojos de lágrimas.

(Porque ese día que habíamos pasado juntos, no había sido un día, había sido ¡una vida entera!)

Y no es que tuviera los ojos llenos de lágrimas, las lágrimas se me escapaban a borbotones, como la sangre que mana de un cerdo abierto.

¡Mierda!, dijo en voz baja Kaňka, que no sabía llorar. Lo siento.

Y me quedé allí, con las dos rosas bautizadas con el nombre del navegante portugués.

Eres un buen chico, se rio Vanesa, y cogió las rosas. ¿De dónde las has sacado? ¿De algún invernadero?

No, son las primeras rosas. Allá, dije señalando a lo lejos, hay un jardín enorme y precioso en el que ya han florecido.

Miró hacia esa oscuridad a la que yo había señalado y exclamó: ¡Ah!

Se llaman como un navegante portugués que fue el primero en dar la vuelta al mundo y florecen durante casi todo el año: las primeras en abril y las últimas en noviembre.

¡Ah!, dijo de nuevo. Para entonces yo sabía que no íbamos a hacerlo en esa limusina americana, en el Lincoln, como había supuesto en un principio, sino que ella había encontrado un sitio

mejor. Pero no dudaba de que lo íbamos a hacer. Lo sabía ya por Kaňka-minotauro, estaba implícito en sus palabras como un muñeco de muelle en su caja.

En la calle Veselá nos estaba esperando el oso. Me dio su beneplácito con un ligero movimiento de cabeza que interpreté como: Vale, jovencito, ya veremos qué pasa contigo.

Y ahora, silencio, me advirtió ella, cuando entramos en el edificio y pasamos al lado de las puertas de los vecinos, que a esas horas estarían sumidos en sus dulces sueños. Atravesamos la buhardilla por la que ella solía subir para realizar su actuación funambulesca, así que los trastos del desván ya estaban retirados para facilitar el camino hacia el tejado. La luna se escondía tras las nubes, y las estrellas relucían con sobriedad, sin derrochar su luz.

Quítate los zapatos, me dice a modo de invitación. Los zapatones fuera, lo digo en serio. Con ellos puestos no es posible.

Me siento en el tejado y me quito los zapatos gastados que me habían regalado los Peterka por Navidad.

No temas, no les va a pasar nada. Y me los quita de la mano y los deja tras la chimenea.

Estoy allí de pie, descalzo.

Venga, vamos.

Y me lleva de la mano hasta el borde del tejado. Sé que hasta ayer todavía era la funámbula ciega, que caminaba por esa cuerda con una venda en los ojos, de modo que eso de moverse en la oscuridad es para ella un juego de niños. Pero, para mí, desde luego, no lo es en absoluto.

Y ahora te voy a contar lo que vamos a hacer. Me pondré las dos rosas entre los dientes, para dejar libres las manos, y te daré una mientras con la otra guardo el equilibrio. Y tú vas a mover el pie derecho hacia delante y tantearás la cuerda y después la pisarás y luego depositarás todo tu peso sobre ella. No hay nada que temer, yo ya estaré sobre la cuerda, y te guiaré, y abajo estará el oso, que tiene un gran corazón y unos brazos aún más grandes.

Toda la ciudad está sumergida en una oscuridad impenetrable, así que no veo ni delante ni debajo de mí, no veo ni el abismo sobre el que estoy, ni veo al oso. Solo siento esa cuerda, se me clava en las plantas de los pies, pero Vanesa me guía y quiere que coloque mi pie izquierdo delante del derecho, y sé que lo tengo que hacer si después quiero algo a cambio. En ese preciso momento, aunque a regañadientes, sería capaz de renunciar a la recompensa, lo reconozco, pero ya es tarde para eso, y miren: lo increíble se hace realidad y yo camino por la cuerda, aunque no lo comprenda, no

entiendo cómo puedo andar así, y adivino en la oscuridad que Vanesa camina de vuelta para llevarme de la mano, para poder guiarme, y a la vez estar preparada para agarrarme con la otra mano si fuera necesario, y sé también que el oso está preparado allí abajo para agarrarnos a ambos como un portero que fuera a parar dos balones lanzados a la vez.

El camino por la cuerda de un lado al otro me resulta infinito. Es, sin duda, el viaje más largo de mi vida, y después, en esa oscuridad impenetrable, con la luna oculta, solo distingo una ventana iluminada, o más bien una vela detrás de una ventana. No logro orientarme y saber si ya estamos sobre la calle Česká o aún en la calle Veselá, pero me aferro a esa luz, miro hacia ese punto brillante, imagino quién está sentado junto a esa vela y trabajo sistemáticamente para dejar salir toda esa escena alrededor de la llama, todo lo que abarca esa pequeña esfera de luz en mi visión interior. Lo dibujo en mi imaginación centímetro a centímetro con cuidado, empezando por una mano rugosa colocada junto a la vela sobre una mesa. Me encuentro, sin duda, bajo el influjo de los maestros holandeses, que por desgracia conozco solo a través de reproducciones. Mi trabajo pictórico me mantiene ocupado durante todo el largo trayecto, y así me olvido del abismo que se abre a mis pies y, mira por dónde, de repente estoy al otro lado, descalzo sobre el tejado de la casa de enfrente. Aunque, por desgracia, con esto no termina todo.

Solo un poco más, me insta Vanesa.

Hemos atravesado el tejado de la casa de enfrente y ahora nos encontramos en el otro extremo. De nuevo estoy asomado al borde, pero esta vez no tanteo ninguna cuerda con el pie, esta vez tengo que atravesar el abismo entre este tejado y el siguiente, un espacio que no llega ni a la distancia de unos brazos abiertos, como me explica Vanesa, sin ayuda. Todavía me tiene cogida la mano, aunque ella ya está inmersa en esa oscuridad abierta entre los dos tejados. Desde abajo me llegan los resoplidos del oso, que nos sigue con los brazos abiertos. Me apoyo en la mano de Vanesa, doy un paso todo lo grande que puedo en la oscuridad y piso el tejado de enfrente, descalzo.

Bajamos por un tragaluz a la buhardilla de esa casa y después dos pisos más abajo y nos paramos delante de una puerta. Extiendo la mano y toco una placa de metal con el ojo de una mirilla debajo. Vanesa empuja la puerta hasta que chirría desagradablemente.

¿Estás segura de que no hay nadie dentro?

No hay nadie en ningún piso de esta casa. Durante el bombardeo

de noviembre del año pasado todos huyeron al sótano. Y, con las prisas, los inquilinos de este piso se dejaron la puerta abierta. La bomba atravesó la fachada y explotó en la parte inferior del edificio. Y por eso todos los pisos han permanecido intactos; solamente la entrada quedó sepultada y el sótano derrumbado. Los inquilinos llevan medio año enterrados en el sótano. Al principio se pensó que se podía acceder a él con una excavadora… Estuvieron intentándolo, pero enseguida se dieron cuenta de que los cimientos estaban tan deteriorados que, si hubieran continuado, las cuatro plantas de la casa se habrían derrumbado sobre el edificio de enfrente, que sí está habitado, y habría sido peor el remedio que la enfermedad.

Entramos en el piso. Intento sacarme ese sótano de la cabeza. No tengo miedo a los muertos que esconde. Hace tan solo unas pocas horas que estaba recogiendo cadáveres con el carro en Králova Pole. Pero me asusta la idea de la gente muriendo lentamente en un sótano derrumbado. Esta habilidad que he adquirido durante mi largo paseo por la cuerda se está vengando de mí, pues mi imaginación ha empezado a pintar con detalle ahora ese sótano en los instantes posteriores a la explosión, dibujando a las personas en diferentes fases de su muerte: algunos están tumbados y solo levantan las cabezas; otros permanecen agachados junto al muro con la frente apoyada en la pared de cemento, ¿estarán rezando?; una familia se ha agrupado para fundirse en un tierno abrazo y los hay que van caminando a cuatro patas, con una expresión de locura en sus rostros.

¿Qué te pasa, Jindřich? No te duermas, muévete.

Empujo una puerta con la rodilla y la sigo, y después oigo a Vanesa agitar una cajetilla de cerillas. Enciende una, veo una llamita, y yo lo contemplo todo sin salir de mi asombro. Estoy en una habitación de matrimonio con las camas hechas, rodeado de velas. Vanesa ha venido antes para prepararlo todo, y recorre la habitación encendiendo las velas y, cuando están todas encendidas, es como si fuera un *panychida*, por todas las almas que murieron en el sótano. No, esa no era su intención, ese no era el fin que tenían esas velas. Coloca las rosas de Magallanes en un jarrón.

Bueno, chico, ¿qué tal si te quitas la ropa tú también? ¿No ves que te estoy esperando totalmente desnuda?

Se acerca a mí y me toca ahí donde me da más vergüenza.

Así que una, dos, y me lo quito todo.

Mientras me desvisto se me caen del bolsillo los dos paquetitos. Vanesa los recoge y los observa con curiosidad.

Vaya, vaya… ¿Ya sabes lo que son? ¿De dónde los has sacado? ¿Quién te ha equipado así? ¡Artículos americanos genuinos! ¿Un regalo del presidente Roosevelt? El chico parece que no sabe contar hasta cinco y, sin embargo, ¡va a resultar que es un invitado de la Casa Blanca!

Y después abre uno de esos paquetitos, se agacha ante mí y me coloca eso que saca del envoltorio en eso que está erecto en mi cuerpo.

No pasa nada, principito. No te preocupes, delfín. La primera vez siempre ocurre esto. El expreso de la estepa silba y enseguida llega a la estación. Ahora será más largo, ya lo verás.

Me quita la goma, me limpia y al poco me introduce en su boca y después me coloca la segunda goma.

Continuamos el viaje, Jindřich… ¡Rápido, a montar!

Esta vez dura interminablemente. Nos damos la vuelta y giramos como en un asador, nos agitamos como peces fuera del agua, entro y salgo de Vanesa de muchas maneras diferentes. Tienes talento, chico, suspira. Nos bañamos en sudor, dura tal vez una hora, lo increíble se ha hecho realidad, y vaya, he tomado el mando y ahora yo guío a Vanesa sobre un abismo oscilante y de pronto todo tiembla bajo nosotros, ahora no-no-no-no pares, Jindřich. Los españoles aseguran que durante un gran polvo la ti-ti-ti-erra tiembla y ya está a-a-a-aquí, pero no sabía que, mientras, los muebles ta-ta-ta-también iban a sa-sa-sa-saltar. ¡Ay, oradora mía!, grito y entonces rompo la goma y después estallo en su boca y a ella le salen unas pompas por la nariz.

Luego yacemos el uno junto al otro, pero el mundo aún tiembla… ¡Esto sí que es un amor como una catedral! ¡Hemos balanceado el universo entero como si de una campana de iglesia se tratara! De repente Vanesa salta, corre desnuda al armario y lo abre de par en par. ¡Vaya con las mujeres!, pienso, un segundo después de ser alcanzadas por el amor les alcanza la curiosidad ¡con la misma intensidad!

Es un armario de hombre, constata decepcionada, y entonces agarra un bombín negro y se lo coloca. Y se pone a buscar un ropero de mujer.

La habitación ya no late, no tiembla, sino que se agita como en sacudidas. Desde abajo nos llegan unos rugidos de advertencia del oso. ¡Y al final comprendemos! Ya haya sido provocado por nosotros o por cualquier otra cosa, los cimientos de la casa, dañados por el bombardeo, se han puesto en movimiento.

Vanesa, agarra su ropa y la mía, me coge otra vez de la mano y

de un tirón me saca del piso para salir a través de la buhardilla. Justo en el momento en que me encuentro a salvo en el tejado de enfrente, gracias a la ayuda de Vanesa, el edificio que acabamos de abandonar se derrumba a la sombra de nuestros talones. Adiós a la casa de los muertos, la casa del amor, la casa de los Usher… Corremos por el tejado de la casa de al lado. Una nube se ha abierto dando paso a la luz de la luna, que nos ilumina como si fuera un foco.

Los dos caminan desnudos sobre la cuerda. Y Vanesa lleva en la cabeza el bombín negro que no ha tenido tiempo de quitarse con las prisas.

Y según nos deslizamos por la cuerda, me percato de que estamos representando la mejor actuación, el mejor número funambulesco, que el mundo haya visto jamás. Deberíamos tirarle el bombín al oso para que lo pasara entre el público. Porque en todas las ventanas de alrededor deben de estar apretujándose los espectadores, despertados por el ruido de la casa al derrumbarse. Solo que la casa, aunque se ha portado bien y no se ha caído sobre el edificio de enfrente, sino sobre un lado, recostándose con delicadeza sobre la calle, ha levantado una cortina de polvo a través de la cual
nuestros espectadores no pueden vernos. Así que nada. Quizá la próxima vez, cuando hagamos un bis.

Estamos sentados tras la chimenea, medio asfixiados por el polvo, y nos vestimos y nos calzamos.

Tú no lo sabes, Vane, pero vamos a tener un hijo.

¡Qué tontería! Esas gomas americanas son del todo fiables. Yo no me preocuparía.

No digo ahora, sino en el futuro. Dentro de quince años.

Se ríe. ¡Vaya cosas!, dice ella. Lo mismo que yo le dije a Kaňka hace unas horas.

¡Dios mío!, añade al rato, si es verdad que vamos a tener un hijo, aunque sea, como dices, dentro de quince años, ya va siendo hora de que me presentes a tus padres. (Pausa.) ¿O no? ¿Es que he dicho algo que no debía?

Y entonces se queda mirándome, sorprendida.

Me callo. No sé cómo responder. Perdona, digo finalmente. Después me despido y me apresuro a regresar a casa.

Jindřich retrocede desde la calle Veselá, que ya no se puede

atravesar porque está taponada con el edificio derrumbado, regresa hasta Česká y se apresura a volver a su casa atravesando la ciudad de noche. Pero es como si en su cabeza hubiera un tren desviado. Se desplaza un poco a la derecha, después recorre otras vías, a la izquierda, haciendo sonar sus frenos. Pero las campanas de la catedral de San Pedro y San Pablo le hacen la competencia. Y también las de San Jacobo. (Los relojes y la maquinaria de las campanas no dependen de la corriente eléctrica: en caso de que se produzca un corte en el suministro pueden pasar al clásico mecanismo de tracción con tres pesas de latón y cables de acero.) Justo en el momento en que atraviesa Dominikanské náměstí, Jindřich sufre unas alucinaciones y escucha las voces de unos mercaderes. Al instante ve la plaza llena de puestos y siente el olor del pescado: es la viva imagen del viejo Fishmarkt, el mercado de pescado, que ha brotado en su mente desde tiempos lejanos e inmemoriales. Parpadea con rapidez y las alucinaciones desaparecen, la plaza está de nuevo vacía, solo queda algún barril tirado por la acera. Jindřich echa a andar por la calle Dominikanská, en la que más allá despunta el cañón de un tanque ruso incendiado, al que hace cuatro días le prendió fuego un chico de la Hitlerjugend. Y, de pronto, se encuentra delante de la entrada de su casa, que se le antoja un poco irreal, en compañía de las ruinas del desgraciado edificio de la esquina. En la planta baja, el piso del administrador está oscuro; los Hlavička y su hijo, el guardia revolucionario, duermen el sueño de los justos. Sube deprisa y en silencio por la escalera, pero después, en la oscuridad, se tropieza y manda a ese escalón estúpido hacia las entrañas humanas por la puerta de atrás, despertando así a Melón. Y es que ya se sabe que los melancólicos suelen tener el sueño tan ligero como la pelusilla de los dientes de león.

¿Qué le ha pasado, Jindřich?, pregunta el melancólico, de pie ante la puerta del piso de Jindřich, con el quinqué encendido. ¿Es que querían hacerle una máscara mortuoria?, pregunta Melón cuando ve la cara de Jindřich, totalmente cubierta por una densa capa de polvo.

No es nada, solo que se ha derrumbado una casa, le cuenta Jindřich, y se pasa la mano por la cara. Y después le pide a Melón que lo deje solo.

Tiene algo dándole vueltas en la cabeza, ¿eh? Ya me lo conozco, a veces pasa. Pero tal vez yo pueda resultarle de ayuda. Podríamos separar el grano de la paja. O sea que…, ¿no? Melón se quita el guante de piel y se lo pasa a Jindřich y, cuando este se lo coloca, le

pasa también el quinqué, y después, tras un breve titubeo (se queda quieto mirando a Jindřich durante un par de segundos) se vuelve a la cama a continuar con su ligero sueño de pelusilla. Pero, al quedarse sin el quinqué, también él se tropieza con una banqueta y esta sale volando hasta una vitrina de cristal con adornos de porcelana. Jindřich, de pie en la entrada, espera a que todos los sonidos y los ruidos resonantes vuelvan a sus guaridas y agujeros. Pero no le sirve de mucha ayuda, porque en cuanto se hace el silencio, escucha de nuevo ese tren que todavía traquetea en su interior. Y después vuelve a percibir el olor a pescado.

Se dirige, pues, hacia un ventanuco desde el que se puede ver la plaza, convencido de que va a contemplar de nuevo la imagen de los relieves antiguos: puestos con cestos de pescado y grupos de vendedores y clientes. Pero la plaza está desierta. Ese que está jugando con sus sentidos ha debido de apostar ahora por el juego de la esperanza decepcionada y rota. Jindra se vuelve hacia la puerta del pasillo. Y de pronto se da cuenta de la procedencia del olor. Ese olor a pescado de las profundidades marinas llega desde debajo de la puerta, se cuela por la rendija que queda entre la puerta y el dintel. Sale del piso, aunque no sabe para qué, qué podría hacer de noche por allí. Se queda otra vez en el pasillo un rato largo con el quinqué humeando como una locomotora (esa que tira de sus vagones espirituales) y después se decide a bajar siguiendo el rastro del olor a pescado.

De nuevo pasa junto al piso del administrador, pero se detiene, titubea ante la empinada escalera que conduce al sótano, esa que parece descender por el interior de una columna hueca de una catedral gótica. Ya ha bajado otras veces y sabe lo peligroso y largo que es ese camino, y también sabe que no le queda otra opción, que tiene que bajar. Así que deja la lámpara en un escalón, se quita el guante de la mano derecha y se lo coloca en la izquierda, y agarra con ella el quinqué, mientras usa la mano derecha para apoyarse en la pared durante el descenso. Las piedras húmedas siguen colocadas de modo que crean una especie de relieve de caras.

Y baja.

Se encamina con cuidado por ese esófago ansioso (en su alma el tren está detenido, inmóvil por un instante, y espera preparado cuando…, vaya, aparecen unos vagones de ganado) y, al llegar al final de la interminable escalera, se encuentra, como ya sabemos, con una losa circular y, en medio de ella, como también sabemos, una tapa de metal.

Jindřich deja de nuevo la lámpara para poder levantar la tapa.

Debajo hay un anillo de granito, el camino continúa por un pozo de muros de piedra húmedos, donde, como sabemos también, hay una escalerilla metálica. Desde abajo sube, además del olor del agua, el frío y la gelidez que provoca la escarcha de los muros.

Jindřich prueba a pisar el primer peldaño de la escalerilla y después regresa a por la lámpara y trata de continuar su camino, y desciende durante un buen rato de espaldas al abismo, hasta que baja el último peldaño y se encuentra ante algo que después, como ya nos apresuramos a adivinar nosotros, resulta ser una orilla. Camina por esa orilla unos doscientos metros y se topa cara a cara con un inmenso y frío lago subterráneo cuya negra superficie se extiende hacia lo invisible. (También todos conocemos ese lago, por eso no vamos a perder ahora el tiempo con su descripción.)

Hace un frío helador, y ese tren de vagones de ganado parado en el alma de Jindřich se empieza a llenar de gente. Baja los tres escalones de una especie de muelle y entra a un barco, que estaba allí, anclado, y, con los dientes castañeteándole, iza el ancla y se sienta en la cabina de proa.

El barco se pone en movimiento de inmediato y se aleja de la orilla, donde ha quedado el quinqué abandonado. Al final, se ha alejado tanto que no distingue ni su luz.

Salgo de la cabina. Todo está sumergido en una oscuridad impenetrable (pero yo, en ese momento, entre esos que atestan los vagones, vislumbro a mi madre y a mi padre). ¡¡Diablos, ¿dónde está ahora Kaňka?!! Me quedo de pie un momento y espero, pero luego salto al lago helado, mis extremidades se endurecen a toda velocidad (entre ellas ese endiablado apéndice que hoy ha tenido su estreno y también su última función) y aspiro el agua gélida profundamente, hasta el fondo de mis pulmones.

Es como la radiactividad, que al final acaba matando también a los que sobrevivieron a la explosión. Algunos de los que volvieron de los campos de concentración, o de los que tuvieron la suerte de no llegar a ellos, al final eligen el suicidio, pues no consiguen reconciliarse con el hecho de que ellos sobrevivieron mientras que allá perecieron millones de sus padres, madres, hermanos y hermanas.

(¡Pero eso no es en lo que habíamos quedado, minotauro! Tenías que vigilar a Jindřich, salvarlo para que cumpliera su misión. ¿Dónde está el error?, ¿cómo es que de nuevo nos hemos quedado solos? ¡Tú sabes mejor que nadie la falta que nos va a hacer el hijo

de Jindřich! ¡Lo terriblemente que echaremos de menos al hijo de Jindřich! Incluso a través de ese abismo de tiempo que hay ahora entre nosotros…, ¡seguro que nos escuchas! ¡Siempre echaremos de menos al hijo de Jindřich! Siempre estaremos solos… ¡Mierda!, como diría Kaňka.)

CAPÍTULO XIII

SVOBODNAYA STIKHIYA[66]

Querido Jakub:

Estoy sentado en un camarote que se encuentra en las entrañas de un barco llamado *Magallanes*. Y este barco está esperando en el muelle de un puerto. Y ese puerto está en una ciudad llamada Constanza. Y esa ciudad está en un país llamado Rumanía. Y ese país está en Europa, en nuestra desgraciada, bombardeada y asolada Europa, donde unos usurpadores se reemplazan por otros. Es hora de desaparecer de aquí, créame, Jakubek. Este barco es, por supuesto, americano, a pesar de que lleve el nombre españolizado de un navegante portugués, que fue el primero que dio la vuelta al mundo, para después, en la isla filipina de Mactán, pasar también por los intestinos de los aborígenes. Esto no lo supe hasta hace poco, no soy tan erudito en travesías marinas… Es que comparto camarote con el periodista americano Nathan Corwin, al que el *New York Times* ha enviado a nuestro continente para realizar un amplio reportaje sobre la Europa de la posguerra. Y este Nathan es un cerebrito con tantos conocimientos como hormigas hay en un hormiguero. El *Magallanes* forma parte de la ayuda que los americanos han enviado a los países europeos asolados. De hecho, está a punto de zarpar con un cargamento de refugiados, un cargamento de peregrinos. Pero, un momento, algo pasa. Dejo la carta a medio escribir bajo un cenicero de hierro y salgo deprisa a cubierta. No era nada, solo nos han colocado un remolcador, que después nos va a sacar del muelle a mar abierto. Los motores del barco ya roncan prometedoramente. Pero para acabar la historia, mientras que el navegante Magallanes al final pasó por los intestinos de los aborígenes, nosotros vamos a pasar por el mar Negro, el Bósforo y los Dardanelos hasta el mar Mediterráneo, desde donde el estrecho de Gibraltar nos escupirá al océano Atlántico, y después solo habrá tormentas, tifones y huracanes, y tal vez incluso olas de varios metros y remolinos, Jakubek, también vientos alisios

y al final la calma chicha del Atlántico hasta el Nuevo Mundo. Mi segundo compañero de viaje, con el que también comparto camarote, es el sabio monje ucraniano Stefan Žyla. Pero este no huye de Ucrania. La familia Žyla vive desde hace tres generaciones en tierras checas. El abuelo de Stefan procedía de Halice, que entonces era un hervidero de pueblos: polacos, ucranianos, rusos, rutenos y también hebreos, que hablaban un dialecto del *yiddish*. Se fue a Praga como obispo ortodoxo y después su hijo llegó a ser, imagine, Jakub, comisario de policía en Loretanské Náměstí, y su nieto, bueno, sus dos nietos, Stefan y Stanislav, dieron la espalda a la vida mundana y se convirtieron en frailes, pero ya no ortodoxos, sino católicos, capuchinos, hermanos de hábito. Ya sabe, Jakubek, esos del monasterio de Kapucínské náměstí, donde está la famosa cripta del barón Trenck.

Tengo que contarle tantas cosas… Además, le debo una explicación de cómo y por qué de pronto me encuentro navegando a través del Atlántico. No nos hemos visto desde hace casi un cuarto de año. Ese día de finales de abril nos reunió, pero el destino se encargó después de separarnos. Me parece increíble que ahora sea usted un patrono, Jakub. Si no me equivoco, su familia compró en el barrio de Cejl una fábrica de tejidos, cuyos propietarios judíos jamás regresaron de los campos de concentración. La sacaron bastante barata de unos parientes lejanos que durante el Protectorado habían huido a tiempo y ya no tuvieron ganas de regresar a la Checoslovaquia libre. Yo, durante esa época, también estuve ocupado tratando de encontrar los medios económicos para realizar este viaje. Y es que este viaje a través del Atlántico forma parte de una especie de acción caritativa, los billetes son gratis, y además nos alimentarán las latas de conserva de la UNRRA y lo que nos ofrezca la generosa mesa del océano. Aunque tuve que equiparme un poco para viajar con Nathan a través de Hungría, Transilvania y los Cárpatos rumanos. Además, cuando llegue, ¿qué voy a hacer en Nueva York, suponiendo que no me esperen allí el arco del triunfo y unos pichones asados? Ya lo he hablado con Nathan. Podría enseñar ruso y alemán impartiendo algunos cursos para periodistas y hombres de negocios. Después tal vez ocurra un milagro y consiga una plaza en la cátedra de Filología Rusa o Germana de la Universidad de Columbia. Nathan me ha explicado que debería utilizar esta coyuntura: América aún tiene complejo de culpa porque solo accedió a participar en la guerra cuando vio salir humo de su propio culo, y porque la guerra no llegó hasta sus ciudades, mientras que en Europa ardían iglesias y escuelas. La

madre de Nathan, que es también una inmigrante, de Hungría, de cerca de Debrecín, me ha explicado cómo ordeñar hábilmente a la vaca de la administración americana. Todo esto suena muy bonito, demasiado bonito… Es una tierra de inmigrantes, de peregrinos, pero durante las primeras semanas, hasta que encuentre algo y hable con los de las oficinas, no quiero vagar entre los indigentes o vivir en asilos, pues me temo que tengo una naturaleza demasiado esnob para eso. Por ese motivo vendí el sanatorio Laguzhin, ese complejo de edificios que se quedaron intactos tras los bombardeos, aunque me costó bastante encontrar a un comprador serio. Quería que cayera en buenas manos. No quería que después me despertara el fantasma de mi padrastro, paseándose antes del canto del gallo en las almenas de mi conciencia. Pero, Jakubek, esto que oigo ahora mismo, creo que no es el canto del gallo sino la sirena del barco. Igual que en el teatro, donde antes de levantar el telón suena tres veces una campanilla, aquí, antes de levantar el ancla, suena tres veces la sirena. Tengo que ir a buscar a mis compañeros de camarote; un camarote en el cual, por cierto, tenemos catres y literas de lujo.

Ah, pero no hay de qué preocuparse, aún no hay prisa. Solo están colocando la grúa con la que van a cargar el *jeep* todoterreno de Nathan. Igual aún me da tiempo a describirle el viaje en el *jeep* de Nathan por Hungría y Rumanía, que ahora tienen estatus de países vencidos y están ocupados por el Ejército Rojo. Allí me atreví a usar mi ruso y a hacer de traductor oficial para Nathan, ya que este, como periodista extranjero, disponía de unos documentos que le había proporcionado el Gobierno soviético y que le permitían ir a la zona ocupada por los rusos.

He ido a ver cómo la grúa subía el *jeep* de Nathan. Este corre por la cubierta, hace señas al conductor de la grúa y busca un sitio para colocar su *jeep*. Y cuando oscila colgado sobre nuestras cabezas nos percatamos de que está todo embarrado por nuestro vagabundeo por las selvas carpáticas. Después Nathan se pierde en la bodega del barco y regresa con una manguera para darles un agua a los bajos del *jeep*, pero cuando está a punto de hacerlo, aparece un oficial y le quita la manguera. No es aconsejable jugar con los oficiales de la Marina, pues llevan pistolas cargadas, porque entre tal cantidad, y tan variada, de pasajeros no se puede excluir la posibilidad de que algo se salga de madre. Alertado por la experiencia del *Titanic*, recorrí la cubierta para comprobar que contamos con suficientes botes salvavidas. Y también recorrí la bodega para constatar que no hubiera paredes recubiertas de madera de nogal, ni ninguna sala

para deportes de pelota, ni ningún comedor con lámparas de araña, ni ninguno de esos lujos por el que el *Magallanes* se merecería ir al fondo del mar. No, no, aquí es todo sencillo y simple como el mugido de una vaca. Se trata de un discreto alojamiento con los accesorios justos para un buen montón de emigrantes. Solo cuentan con un club de ajedrez, al que acude Stefan cuando termina de rezar sus maitines, y una biblioteca babilónica con libros en todos los idiomas existentes y no existentes.

Bueno, pues ¿cómo me encontré con Nathan?, se estará usted preguntando, Jakub. Por descontado, mi exclusivo olfato jugó un papel esencial en nuestro encuentro. Después de vender el sanatorio de mi padrastro, me instalé en Žabovřesky. Y allí, un día, iba caminando por la plaza U Kapličky, cuando se apoderó de mi nariz un aroma increíble. Al otro lado de la calle, enfrente de la capilla, había una verja abierta y, en el pasillo de la casa, una larga cola de gente, con latas en ristre. Estaban repartiendo ¡sopa de menudillos! Corrí a por mi lata y mis vales de comida sin esperanza de llegar a tiempo, pero lo logré. Delante de mí había alguien vestido con parte de un elegante uniforme, pero con una lata no muy grande. Cuando le llegó el turno no pagó con vales de comida, sino con un billete de un dólar. La señora que servía la comida del balde le dio la vuelta al billete en la mano, pero se mostró conforme con el pago. Después él se sentó en los escalones de la capilla y sacó del bolsillo de su pechera una cucharilla corta de la Armada y enseguida se concentró en su sopa. Me acerqué a él e intenté hablarle en inglés. Pero él sabía, además, alemán, húngaro y hasta un poco de checo. Se dedicaba a recoger con suma diligencia todo el material que caía en sus manos para escribir un amplio reportaje que aparecería en el *New York Times*. Había llegado hasta Brno porque le había prometido a alguien de la comunidad checa en Nueva York que iría a ver a sus parientes de Králova Pole. Pero regresaría, en breve, en el barco de los emigrantes, porque quería escribir sobre ellos también: el paseo en barco y el buen humor entre los peregrinos de esta nueva era pertenecían a la recta final de su reportaje, al igual que el sabor de esa sopa de menudillos. Mostré interés por el barco. ¡Ah, pero yo voy a ese puerto en *jeep*, no con un camión de mudanzas!, me advirtió.*Omnia mea mecum porto*, le expliqué. Ah, entonces sí, asintió Nathan. Al final me llevó, junto con dos morrales grandes y un maletín negro. Y también a un monje capuchino con un saco en el que tenía sus utensilios de aseo, un breviario, una Biblia, unos rosarios para repartir, unas vinajeras y una botella de vino para la misa.

Este barco, como todos, tiene un aforo limitado de pasajeros, pero yo diría que hace mucho que lo hemos sobrepasado. Vaya por donde vaya me topo con alguien… Es un arca de Noé abarrotada y a la vez una monstruosa torre de Babel de idiomas. Un barco de sueños y esperanzas, esos dos pilares en los que descansa América. Cargado con toneladas de carne humana, soñando con un mañana mejor, con salir fuera de esta jodida Europa aunque sea pagando el precio de que al final con esa carne humana se alimente toda esa fauna marina que de un amanecer a otro acompañará a nuestro navío. Este es un barco muy peculiar. En vez de azafatas tenemos artificieros. Bueno, tal vez sean azafatos que han recibido un curso de pirotecnia. Aunque seguramente sea al revés. El Atlántico está todavía plagado de minas y nos esperan, sin duda, tramos en los que los azafatos-artificieros tendrán que recorrer la zona en un bote. Este viaje no es ninguna fiesta. La guerra con Japón aún no ha terminado y dicen que se puede prolongar todavía incluso varios años, porque los japoneses se han puesto tercos y no se puede negociar con ellos. Al difunto *Titanic* lo amenazaban solo los icebergs, pero el Atlántico está plagado de minas colocadas por los alemanes, y además podemos toparnos con algún que otro submarino japonés perdido.

¿Qué probabilidades tenemos de llegar a puerto?

Bastantes, me tranquilizó Nathan. Un setenta por ciento.

Lo del consuelo lo pensaba totalmente en serio, porque como reportero de guerra había participado en la batalla de Midway y también en la de Guadalcanal en las islas Salomón, así que ese setenta por ciento le debía parecer una seguridad fantástica.

Se conoce la localización aproximada de las minas en el Atlántico, pero, claro, las corrientes marinas las mueven y las pueden llevar hasta el otro extremo del océano como si fueran trenes rápidos. Eso prolongará notoriamente nuestro viaje a Nueva York. A principios de siglo, un transatlántico de Banda azul lo hacía en cinco días, pero nosotros, por causa de esas minas, llegaremos a Nueva York en una semana o así.

Si es que llegamos.

Exacto. Si llegamos.

La sirena del barco se dejó oír por segunda vez. Y después también un gong. Yo estaba un poco confundido por estas señales acústicas, pero Nathan me explicó que mientras la sirena avisaba de que se acercaba la zarpa del barco, el gong nos llamaba al comedor para cenar. Y además estaban los tañidos de la campana del barco, que señalizaban el cambio de guardia en el puesto del vigía. El

puesto del vigía está en el palo mayor, ¿lo ves?, me dijo señalándolo. Pero la guardia sube solo tras la última sirena. Y no confundas el alzamiento del telón en un teatro con el zarpar de un barco. La sirena de un barco tiene que sonar cuatro veces antes de que este zarpe.

El *jeep* de Nathan se posó suavemente sobre la cubierta. Nathan fue a liberarlo de la cadena, a aparcarlo y a atarlo de nuevo. Y yo me he venido a escribir las últimas líneas de esta carta y también a coger los cubiertos que tengo en el morral.

Es de noche, un poco antes del amanecer. Tengo que confesarle, Jakub, que justo después de cenar (unas judías de lata con carne ahumada, o ¿fueron esos famosos frijoles americanos?), antes de la puesta de sol, me fui a dormir. De repente me cayó encima un cansancio mortal, provocado por ese viaje tan largo en el *jeep* de Nathan a través de los páramos rumanos (con un desvío a Debrecín, a ver a los parientes de la madre de Nathan) y más tarde atravesando la salvaje Transilvania y los Cárpatos rumanos. Y cuando salí a cubierta después de largas horas de profundo sueño, nos balanceaba ya el inmenso Atlántico. Y esta sensación enseguida me la confirmó Stefan Žyla, que me esperaba apoyado en la barandilla.

¿Cómo lo sabe con tanta seguridad?, pregunté. ¿Y si todavía estamos en el mar Mediterráneo?

El mar Negro y el Mediterráneo nos los hemos dormido dulcemente, Kosťa Maximovich, como si nos acunara el agua. Sé que es el Atlántico por un oficial del barco. Pero lo sabría incluso sin que me lo hubiera dicho. Es mi primer encuentro con el océano. Y para este primer *vstrech* tenía que venir, claro, el monarca, el Atlántico y no alguno de sus *krepostnoy*,[67] ningún mar Mediterráneo.

Me reí de semejante comparación con el monarca y el siervo. Y después simplemente nos quedamos allí de pie callados; yo dentro de eso a lo que llamaba piel de zorro y Stefan con su sempiterno hábito de monje que había despertado el interés no deseado de unos soldados soviéticos que se nos habían cruzado de camino por Hungría y Rumanía.

Después ocurrió. El amanecer. Primero solo fueron unos carbones humeantes sobre la masa negra de agua, pero cuando después levanté la vista hacia el sol naciente, me di cuenta, Jakub, de que estaba mirando hacia el Este, a ese mundo que voy a abandonar para siempre, y después de un momento le di la espalda al Este y me quedé de frente, contemplando esta misteriosa majestad sin horizonte, cuyas aguas ahora nos van a rodear por

largo tiempo, y también de frente al futuro. Me ahogó un poco la angustia, lo reconozco, aunque a la vez también una especie de patética y torturante solemnidad de la que normalmente huyo a toda velocidad. Había visto el mar en mi temprana infancia, aquella vez en Trieste, pero por mucho que lo intente no me convenzo de que conservo algún recuerdo de cuando tenía dos o tres años. Eso sin contar con que solo fue el manso Mediterráneo, encerrado por las orillas de todos sus ribetes, un siervo prisionero del soberano Atlántico, desenfrenado y libre. Navegando hacia el océano Atlántico me encontré cara a cara con ese elemento divino. *Volshebnoye, chudesnoye*,[68] dijo el monje capuchino a mi lado, y su ruso enseguida me puso en marcha; así que continué con el mismo espíritu: *Zdravstvuy, svobodnaya stikhiya, v pervyy raz peredo mnoy, ty katish volny golubyye i bleshchesh gordoyu krasoy*.[69] El famoso adiós de Pushkin al mar lo convertí en el primer saludo al elemento marino, esa encarnación, le confieso, Jakubek, de la misma esencia de la poesía, porque la palabra rusa elemento, o sea *stikhiya*, sin los versos, o sea *stikhi*, simplemente no existiría.

Ay, cómo son ustedes los rusos, nos dijo Nathan, que también al final había salido de su madriguera. ¿Le dan la bienvenida al mar dando toques al tambor del patetismo?

Pero enseguida tuve claro que incluso este reportero de guerra, que ya había cruzado el Atlántico en incontables ocasiones y había visto hasta el Pacífico, aunque seguro que no a menudo sumergido en el fuego del amanecer, estaba ahora bajo el maná de este elemento acuático, frente al que solo éramos unas ladillas en el áspero monte de Venus de la madre Tierra.

No seas tonto, Nathan, nosotros no somos rusos, como ya deberías saber. Yo me apellido Pakkala, así que soy finlandés… Bueno digamos que ruso-finlandés, y aquí, Stefan, es ucraniano.

Nathan iba a añadir algo cuando, de repente, nuestra atención se volvió hacia cuatro tipos que en ese momento bajaban un bote a la superficie aún tenebrosa del agua. Al principio pensamos que querrían pescar algo para amenizarnos el desayuno. Como es sabido, es en las tempranas horas de la madrugada cuando mejor es la pesca, y eso debe de ser válido tanto en el mar como en las aguas de un brazo muerto del Dyje. Pero después vimos cómo lanzaban al bote un cable en cuyo final había un foco, un reflector, y enseguida desechamos la idea de que fueran a pescar deslumbrando a los peces y, una vez ciegos, cogiéndolos a mano. Comprendimos que eran los azafatos-artificieros, esos que por la noche nos habían abierto y servido las *american canned beans* y las habían

complementado con lonchas de carne ahumada. Habían sido ágiles, rápidos y bastante amables con nosotros. Y por eso deseamos que durante la búsqueda de las minas fueran igualmente ágiles y rápidos, y, por el contrario, bastante antipáticos con las minas. El bote se alejó despacio y, arriba, se quedaron otros dos azafatos que soltaban cable de un rollo y se esforzaban bastante para mantener dicho rollo en la cubierta. El bote con el foco se marchó muy, muy lejos, y fue iluminando la superficie en un amplio círculo alrededor de nuestro navío que había aminorado la marcha.

Le pregunté a uno de los azafatos que sujetaban la bobina por qué se realizaban esas búsquedas durante el amanecer. ¿No es la noche igual de peligrosa que la madrugada? ¿O tal vez incluso más peligrosa?

El azafato se rio: ¿Y qué se cree que hacemos durante toda la noche? Nos levantamos hasta cuatro veces, como viejos prostáticos, mientras ustedes se quedan aquí roncando tranquilamente.

Querido Jakub, ¿es que es posible olvidar aquel día en que hicimos tantos disparates, corrimos como locos con aquella escalera y participamos en la boda de los enanos? Y ¿cree que puedo olvidar que me tomaba por un tarado, o la sorpresa que se llevó después, cuando al final encontramos a nuestro yanqui Mr. Penicilin? Fue solo un día, pero como para enmarcarlo en nuestras vidas, porque ya al día siguiente cada uno siguió su camino. Sin embargo, creo que a usted se le va a quedar para siempre anclado en la memoria. Aunque ese no es el motivo por el que le garabateo esta carta en este camarote penosamente iluminado.

No conseguí encontrarle antes de mi partida a Constanza, creo que por entonces estaba usted negociando la compra de las fábricas textiles en Cejl, y Nathan y yo ya no podíamos retrasar más el viaje. Así que aprovecho ahora para animarle a que haga un viaje parecido. Quiero prevenirle para que no se deje llevar por esos sueños de que nuestra querida nación va a entrar en el paraíso después de que el caballo cosaco haya bebido del Moldava, y de que ahora será un país seguro si se expulsa ricamente a todos los alemanes, y de que reinará la justicia y la paz social, y de que la penicilina va a curar todas las enfermedades para siempre… Solo son infelices y dulces sueños, Jakubek.

No va a disfrutar mucho de esas fábricas, ni va a conseguir renovar la fama textil de Brno, como si fuera el Manchester del Este, porque enseguida hará de las suyas por ahí el duro puño del pueblo trabajador y Stalin lo ocupará todo con su culo *octobrista*[70] y con su cancioncita. Ha llegado el momento de largarse. Hace ya

mucho que mi padrastro me hizo partícipe de todo y ya he tenido en cuenta los inequívocos signos de eso que va a suceder en poco tiempo. He visto con mis propios ojos eso que se llama «éxodo masivo». Cuando encontré a un comprador adecuado para el sanatorio de Židenice busqué enseguida una casa de alquiler para poderme mudar del sanatorio cuanto antes. Me enteré por un conocido de que había un piso vacío en Žabovřesky, en la calle Eliška Machová. Había pertenecido a la familia Roth, unos judíos que nunca regresaron de los campos de concentración. Acordé con los que me lo alquilaron, unos parientes lejanos de los Roth, que, si por casualidad volvían, ya que nada estaba descartado, dejaría de inmediato el piso. No era ningún problema, porque contaba con marcharme a no mucho tardar y para siempre; si no, no habría dejado el sanatorio. Parte de mis cosas la vendí y parte la dejé en el sanatorio, y me quedé solo con lo que pude meter en dos morrales grandes y un pequeño maletín negro. Pero gracias a haber alquilado ese piso conocí a Žyla. El segundo día después de mudarme se me estropeó la cerradura. Y alguien me dijo que en la casa de al lado vivía el cerrajero František Žyla. Así que conocí a la familia Žyla. El que me informó después de todo fue el padre Stanislav Žyla, guardián de la orden de los capuchinos, que a veces iba a visitar a su hermano. El lío de posguerra ocurrió porque todos los Žyla, es decir, los hermanos Stefan, Stanislav y František, tomaron la nacionalidad alemana para proteger la obra de amor seráfica de la orden capuchina (Seraphisches Liebeswerk der Kapuziner), un hogar para niños abandonados levantado en Brno-Komarov. El hogar era parte de una cadena de hogares para niños pobres y abandonados, erigidos desde 1899 por iniciativa de un monje capuchino de Bavaria, el padre Cyprian Frölich. Los ocupantes cuidaban mucho de la educación de la juventud alemana y checa en el Protectorado y, como no confiaban en las órdenes religiosas, se interesaron también por el Liebeswerk. Los constructores y propietarios del hogar, o sea la familia Žyla, habían adquirido la nacionalidad alemana, de modo que el hogar se encontraba pues en manos de una familia alemana, y permaneció a salvo durante un tiempo. Qué habrían hecho los ocupantes con el hogar tras la victoria del Reich es otra historia. Pero esa santa mañana del jueves 31 de mayo, los Žyla, el cerrajero František Žyla y su mujer Emilie Žylová, fueron arrastrados al éxodo masivo, organizado por la fábrica Zbrojovka de Brno, que se dedicaba a fabricar armas para el ejército de Hitler. No entendí bien lo que pasaba, me recordaba demasiado a las actuaciones de la Gestapo, cuando cuatro hombres

armados entraron en la casa de al lado a altas horas de la madrugada. Y me limité a atisbar con cobardía desde la ventana. Los primeros días todo salió bien, porque el marido de la hija de los Žyla, si recuerdo bien un maestro llamado Kratochvil, tenía conexiones entre los partisanos, así que se atrevió a buscar a los padres de su mujer y demostró que haberlos incluido en el lote del exilio había sido un error, ya que ellos solo habían adquirido la nacionalidad alemana para salvar el hogar de Komarov de la vigilancia nazi. Pero, por desgracia, volvieron enfermos de fiebres tifoideas. Tuve pues la oportunidad de redimir un poco mi cobardía poniéndolos en manos del doctor Forejt en el sanatorio y al final salieron del aprieto. Pero enseguida me di cuenta del destino que iban a correr los alemanes de Brno, sin que se tuviera en cuenta su condición ni su comportamiento durante la ocupación, y por eso ya no me sorprendió que fueran incluidos en los lotes del exilio hasta algunos judíos que regresaron de los campos de concentración. Les quitaron las estrellas amarillas, figuradamente, les pusieron bandas blancas y los expulsaron de sus hogares únicamente porque su lengua materna era el alemán. No dudo de que todo se hiciera con una crueldad animal ni de que el instinto mortífero alemán encontrara su equivalente checo. Odio por odio, un relevo de odios, querido Jakub, y eso ya no lo detiene nadie, ya se ha colado en el airecillo de renovación del país. Por cierto, el jefe de la Gestapo de Brno, el *oberSturmbannführer* Wilhelm Nölle, desapareció misteriosamente. He oído que los soviéticos se lo llevaron en secreto, aunque no como criminal de guerra, sino como agente doble. Y también se llevaron a todos los constructores de la fábrica Zbrojovka a la *Soyuz*, la industria de armas soviética.

Mi padrino también me había instruido sobre lo que nos esperaba si, en vez de los yanquis, nos hubiera liberado el Ejército Rojo. Así que hacía tiempo que ya sabía de la existencia del SMERSH, una facción especial desgajada del NKVD soviético, el acrónimo ruso para el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos. El SMERSH es, Jakubek, un acrónimo que los checos leen como «Muerte a los Espías». Y el SMERSH no se queda lejos del Sicherheitsdienst alemán, el Servicio de Inteligencia de las SS. Poco después, en mayo, el SMERSH reclutó a emigrantes rusos y los mandó a los campos de prisioneros cercanos a Siberia. Y aquí contaron con una gran riqueza de presas, ya que como sabe por mí, Jakubek, la república de Masaryk y la de Kramář se ocuparon de los emigrantes rusos como ningún otro país en el mundo. Pero, por lo que sé, se llevaron también al legionario checo de origen ruso

Sergej Vojcechovský, ya que en su minuciosa memoria encontraron que hacía treinta años había luchado en el frente transiberiano contra el Ejército Rojo. Y así, con el beneplácito de Beneš, enviaron a sus campos de concentración a ciudadanos checos de origen ruso. Y justo el 13 de mayo, un día después del discurso de Beneš en Dominikánské náměstí, donde habló sobre la necesidad de exterminar el problema alemán, me visitó el doctor Forejt en mi piso de Žabovřesky para anunciarme que habían ido al sanatorio Laguzhin a por mi padrastro. Pero se tuvieron que ir de vacío: la muerte se había adelantado al SMERSH. Y, como toda esa violencia ocurrió con el consentimiento, incluso con el apoyo del actual Gobierno checoslovaco, y como, según dicen, se están haciendo listas de colaboradores y delatores, con los que se cuenta para formar los órganos gubernamentales, no tengo la más mínima esperanza, Jakub, en el futuro de Checoslovaquia. Los yanquis ya han intuido lo que está pasando en nuestro país y por eso nos han ofrecido esta posibilidad: pedir asilo en el mundo libre. Y me disgustaría mucho, Jakub, que no aprovechara la ocasión y se quedara allí, encerrado en esa trampa. Hasta esos incautos de los Žyla creen todavía que bajo esa estalinocracia van a conservar su Hogar de Komarov. De los dos hermanos con hábito de fraile solo Stefan decidió unirse a nosotros, y únicamente porque deseaba ampliar su seráfica obra de amor en los Estados Unidos. Pero, después, Nathan maldijo mi idea de llevarlo con nosotros. Y es que, mientras atravesábamos Transilvania, nos quedamos atrapados en medio de la garganta del río Bicaz. Fue entonces cuando nos topamos con un vehículo militar volcado lleno de cadáveres y Nathan quiso dar marcha atrás por el cañón lo más rápido posible, pero Stefan insistió en que había que enterrar con dignidad a los muertos, porque si no se los iban a llevar los lobos de los Cárpatos. Nathan decidió que no teníamos tanto tiempo, que el barco no nos iba a esperar, y empezó a dar marcha atrás, pero Stefan agarró su saco y saltó del *jeep*. *Fuck you*! blasfemó Nathan. Paramos y nos pusimos a cavar, bueno, a excavar tumbas, con esas palitas de campo que llevaban en su equipo los soldados rumanos muertos. Y, después, sudados como dos transportistas tras haber acarreado dos docenas de pianos de cola, todavía tuvimos que participar en las ceremonias fúnebres que Stefan no renunció a celebrar. Nathan y yo nos pasamos el resto del viaje por los Cárpatos rumanos rezando para no toparnos con más difuntos.

Querido Jakub, estábamos en el cuarto día de viaje. Me he acostumbrado a levantarme antes del amanecer, cuando solo tengo

por compañía, además de a los vigías en el nido y a la tripulación en el puente, a los azafatos-artificieros. Estos utilizan el lento navegar del barco para rodearlo por completo y con su intenso foco recorrer todas esas aguas oscuras, y a mí me gusta contemplar esas pequeñas olitas en la superficie peinada por la brisa. Dicen que tenemos una suerte excepcional por llevar ya tanto tiempo navegando a través de un Atlántico tan pacífico. Así que por un momento me hermano con las olas y después todo se hunde en la oscuridad, y solo oigo, o tal vez solo me imagino que oigo, chapotear los remos del bote que ya ha salido de mi ángulo de visión periférica. Y entonces, Jakub, mi hipertrófico órgano olfativo trabaja al máximo. Cuanto menos veo, más entra el océano en mí a través de mi ansiosa napia, y yo leo en el mar como en un libro abierto. Entra en mí con su realidad maléfica, con sus alucinaciones y sus millones de animales que no me gustaría nombrar aquí, y me envía sus señales. Percibo, por ejemplo, caballas, bacalaos, arenques, atunes, sardinas, y también tiburones y mantas… Cualquier cosa con aletas. Otras veces experimento con todo mi ser a los pequeños cangrejos que se esconden en el plancton, pero siento también a los gasterópodos y a los crustáceos, a los centollos y a las langostas, y sé de los sargazos y me ataca la esencia del agua marina en la que está, espesado y salado con precisión, ese «estofado» de flora y fauna.

¿Ya estás olfateando, narcómano?, dice Nathan al descubrirme, cuando se coloca a mis espaldas con su primer cigarro matutino. El telón del humo de su cigarro me separa de mis sensaciones paradisíacas. Y también le encanta tomarme el pelo por mi «excesiva»cautela, como la llama él. Siempre llevo conmigo mi maletín negro, lo coloco en la oscuridad de modo que quede a mis pies como un perro rozándome el tobillo. Como me apoyo en la barandilla y cada balanceo de la cubierta puede lanzar el maletín a ese estofado marino, lo mantengo atado a mi tobillo con una cadenita. Dentro de él está todo lo que me dieron por la venta del complejo de edificios del sanatorio de Židenice. Y evidentemente no lo vendí por dinero, ¿qué dinero?, sino por joyas, preciadas monedas y oro de ley. Se lo tengo que repetir a Nathan muchas veces: no quiero vagabundear en Nueva York esas primeras semanas como un indigente hambriento.

¿Qué es eso?, me había preguntado Nathan al ver, en la habitación de mi piso de alquiler de Žabovřesky, un gran mástil que atravesaba el suelo diagonalmente.

Pues por esto te he traído aquí. Es un lienzo muy grande, pero

en esta habitación con todos estos muebles de alquiler llenos de esquinas puntiagudas no me atrevo a desplegarlo. Tenemos que ir afuera, al pasillo… Lo mejor es hacerlo en el rellano.

Pero Nathan no estaba seguro de si de verdad necesitaba verlo. Solo me preguntó de quién era el cuadro.

Así que… ¿Repin? Y durante mucho rato buceó en su memoria de elefante y después me preguntó si en ese cuadro había unos cosacos.

Es un retrato de grupo de unos tipos bigotudos con un bosque esmeralda al fondo. En Nueva York tendría más probabilidades de venderlo, pero no puedo ir cargando con esto a través de los Cárpatos y Transilvania y después navegar con él por todo el Atlántico…

No te prometo nada, pero dentro de dos semanas debería aparecer por aquí mi colega de Londres, el del semanario *Illustrated London News*, y él colecciona cuadros. No me lo creí mucho, pero realmente ocurrió así. Ese periodista inglés de origen sueco, Olof Radner, también se estaba paseando por Europa tras la guerra, buscando alguna gran historia para el célebre semanario londinense, y ahora se dirigía a Polonia, a visitar Auschwitz. Por supuesto no habría asomado ni la nariz, dicho con mi diccionario olfativo, por Brno si no hubiera tenido una reunión con Nathan, con el que quería tomarse unos buenos tragos y brindar por su común peregrinación a través la devastada Europa.

Esto lo hicieron después, en el hotel Pasáž de la calle Lidická, que solo hacía un par de meses se llamaba todavía Reinhard-Heydrich-Strasse. Allí, Olof guardó el Repin, que tenía intención de recoger al regresar de Auschwitz. Tuve una suerte increíble, ¡Olof había conocido personalmente a Repin! Había estado en Finlandia para hacer un reportaje antes de la guerra ruso-finlandesa, y cuando vio el cuadro quiso hacerse con él de inmediato, incluso a sabiendas de que sería dificultoso llevarlo a Londres. Pero dijo que le gustaría que algún experto viera el cuadro antes, y claro, cómo encontrar a un experto en falsificaciones esos días en Brno, o en cualquier parte, después de que Göring fuera llevándose a esos historiadores del arte con estudios para evaluar sus cuadros robados y después se olvidara de devolverlos. Yo defendí la autenticidad del cuadro alegando que un supuesto falsificador de Repin no se habría metido a pintar un lienzo tan grande, y menos con un tema tan alejado de los habituales en él. Y añadí la opinión de mi padrastro, un experto en Repin: le llame la atención a Olof sobre unos detalles inconfundibles en Repin. No me apetecía despedirme de ese lienzo, porque algo

muy personal, algo íntimo, me ata a él con un lazo irrompible, pero, de todas formas, algo tan personal e íntimo no debería transformarse en un fetiche en forma de cuadro. Por el Repin recibí un reloj de oro, un cronógrafo suizo de bolsillo con maquinaria de percusión y una capa doble de oro de la marca Jacot Houriet Locle, sin duda una chuchería terriblemente valiosa fabricada en los años ochenta del siglo xix. Seguramente durante la guerra ese reloj habría pasado de un propietario a otro, y adiviné que Olof estaba contento de librarse de él, porque sabía algo de su primer propietario que yo, desde luego, no quería averiguar.

Y aquí, Jakub, me desviaré del tema, aunque no tanto como parece, ya lo comprobará después.

Este viaje en el barco de las esperanzas y los sueños, este extraordinario peregrinaje al imperio de las aguas interminables y esta extravagante mezcla de refugiados de todos los rincones de Europa, me acercó durante un momento a una albanesa, Fatmira, si es que entendí su nombre correctamente, aunque las lenguas con las que nos entendíamos eran sobre todo esas dos que se introducen en orificios ensalivados y después se entrelazan con gusto dentro de ellos. Esa noche, Nathan y Stefan me dejaron libre el camarote. Stefan de todas maneras siempre prefería rezar con su breviario en cubierta, cara a cara con esa viva metáfora de la Eternidad que el Atlántico se atrevía a ser.

Yo ya llevaba un rato arrebujándome con Fatmira en la estrechez de la litera del camarote, cuando tuve la sensación de que pasaba algo. Fatmira empezó a gritar entrecortadamente algo en albanés: *kar-kar-kar-kar-kar-kar*, y todo el camarote se empezó a agitar a nuestro ritmo. Recordé que había leído una vez, no sabía dónde, que, cuando la tierra se mueve con uno, eso quiere decir que ese amor es enorme como una catedral, un amor eterno. Y, en este momento, se bamboleaba con nosotros no solo el camarote, sino todo el barco, y luego incluso el mar entero. Ese mar, después, nos arrojó bruscamente del catre y nos caímos al duro suelo, y entonces yo descubrí, para mi tranquilidad, que, gracias a Dios, se trataba solo de una tormenta. Se lo conté después a Nathan y le pregunté si eso le había ocurrido alguna vez con alguna mujer, o sea, no el follar durante una tormenta en el mar, sino esa sensación fuerte y tormentosa que evidencia que uno se encuentra ante un amor como una catedral.

Con una mujer, no, me respondió Nathan.

Al principio eso me confundió, pero después recordé un detalle muy extraño que había percibido una vez entre Nathan y Olof y que

entonces no había entendido bien. Y en ese momento tuve claro por qué Olof se había molestado en ir hasta Brno… Sí, lo había llevado allí el huracán de la pasión… Algo que después me posibilitó vender bien el Repin… Por lo demás, el asunto me importaba un pito.

Esa tormenta no tenía la fuerza de un huracán, pero me hizo comprobar que no era tan inmune a la enfermedad del mar como había tratado de creer los días anteriores. Por otro lado, tampoco era el único. Los azafatos-artificieros nos mandaron formar pelotones de limpieza en la cubierta y la bodega, y las mangueras se llevaron minuciosamente los contenidos regurgitados de los estómagos de los futuros habitantes de Nueva York. Al día siguiente era domingo, y Stefan celebró en la cubierta una misa náutica dando gracias porque todos hubiéramos sobrevivido a la tormenta. Y cuando levantó un trozo de tostada americana transformado en el cuerpo del Señor hacia las nubes níveas que flotaban sobre esa superficie marina todavía oscura, por primera vez en mi vida sentí, al escuchar ese mensaje sobre la salvación del mundo, un ahogo sincero en el pecho.

El quinto día del periplo, poco después de que mi cronógrafo de bolsillo diera las doce del mediodía (aunque quién sabe qué hora era de verdad, es solamente un cronógrafo suizo conservador, que no tiene ni idea de los husos horarios), apareció a estribor un remolino plateado de peces voladores. Mientras que el avispado Nathan los fotografiaba con afán, me encaminé al club de ajedrez a recoger a Stefan. Y así tuve la oportunidad de comprender por qué Stefan había caído deslumbrado bajo el encanto de las combinaciones ajedrecísticas.

Juega, o mejor, digamos que juega, además de hacer otras cosas, ya que entre el enorme montón de mirones que rodean el tablero siempre pesca a algunas almitas. Y es que aquí también realiza su servicio espiritual ininterrumpido. En ese justo momento, lo pillé llevándose aparte a uno de los refugiados, a una esquina, para ablandarle el oído y el cerebro. Le desempolvaba el alma, con su labia monjil, antes de entrar al Nuevo Mundo. Jakubek, Stefan es un políglota genial que colecciona pecados en todos los idiomas existentes, a pesar de que para entender el significado semántico preciso de algunos pecados tendrían que abrir una cátedra específica en las facultades de Filosofía y él debería dar clases allí. Aunque adivino, o más bien sé con seguridad, que rechazaría de modo categórico algo semejante. Por cierto, Stefan también tiene su mérito en el hecho de que la epidemia de claustrofobia, que no

logró eludir del todo esta bodega rebosante de emigrantes, al menos no estallara del todo. Siempre logró extinguir a tiempo esos conatos de intranquilidad. Con todo lo que Nathan y yo maldijimos a Stefan durante el camino por Transilvania (Dios nos perdone), durante el viaje por el Atlántico ha sido al revés; de hecho, los oficiales del barco nos han hecho venerarlo porque gracias a él no tuvieron que sacar las pistolas de sus fundas. Cuando por fin subí a Stefan a la cubierta, Nathan agitó la mano, como diciendo que ya se había acabado la exhibición piscícola; el mar estaba de nuevo desierto, solo unas olas jugueteaban con otras olas. Pero en el instante en que íbamos a dar la espalda a ese escenario vacío, apareció un pez volador, ¡menudo ejemplar!, y sin duda en honor a Stefan ejecutó sobre nuestras cabezas unas cabriolas plateadas.

Querido Jakub, llevamos ya seis días en el mar, y por lo que sé no nos hemos encontrado con ninguna mina ni ningún submarino japonés que pudiera retrasar nuestro viaje por el Atlántico. Pero aquella sexta tarde, Nathan se inclinó sobre mi hombro y miró a eso que no dejo de escribir bajo la luz miserable de nuestro camarote, eso que me ocupa la mayor parte del tiempo. No eran, Jakubek, las líneas de esta carta, sino un texto en inglés: sí, se trata de una novela.

Llevo dos meses escribiéndola, curioso Nathan.

Y ¿cómo te ha dado por escribir una novela, si no eres escritor? ¿O sí lo eres? ¿Cuántas novelas has escrito? ¡Y encima en inglés!

En americano, le corregí. Pero una cosa detrás de otra. Esta es mi primera novela. He decidido no esconder mi talento.

¿De dónde has sacado que tienes talento de escritor?

Lo he heredado. Si en el hotel Pasáž hubieras tenido un momento para que Olof te enseñara el cuadro de Repin, podrías haberte dado cuenta de que en ese retrato de grupo está también Maxim Gorki. En aquella época, aún no estaba seguro de si la Revolución de Octubre era lo correcto, así que esperaba en Finlandia. Y además ahí tenía a su mejor amigo, que también aparece en ese retrato de grupo, el escritor Leonid Andreyev. Y también a su amante del momento, que desgraciadamente falta en el cuadro, Marja Pakkala. Mi madre. Soy Pakkala por mi padre y Maximovich por mi padre: Maxim Gorki. El cuadro está fechado en el año de mi concepción en Finlandia, y por eso me resulta tan cercano.

Nathan de nuevo buceó en su memoria de elefante y después dijo: Así que eres un seguidor del realismo socialista.

No hay nada que me sea más lejano que el realismo socialista.

Si es así, tu papaíto te excomulgaría de la literatura.

Veo que no sabes nada. Bajo la bandera oficial del realismo socialista, mi padre en realidad se preocupaba por la literatura como un protector y cazador de talentos: tenía un gran olfato —y se tocó su napia— para percibir su maravillosa variedad. Por eso al final se lo cargaron, para después en su nombre poder unificar toda la literatura en un realismo bobalicón, literatura para cientos de miles de lectores. Esto que escribo yo lo entendería muy bien mi padre, estoy completamente seguro: no copio la realidad, sino que medito sobre ella mediante la historia. No soy un sudoroso transcriptor de la vida, sino un fabulador en busca del misterio de nuestra existencia.

Ajá, asintió Nathan, eso es muy bonito y sin duda también meritorio, solo que, por lo que sé, entre los escritores americanos de origen ruso o finlandés, no están esos buscadores del misterio de nuestras existencias.

Eso está por llegar, impaciente Nathan. Para mi padrastro era algo obvio que yo recibiera la educación tradicional de los intelectuales rusos. Desde los cuatro años conté con una institutriz inglesa, voluminosa y adicta a los puros, que se encargaba de ello, pero, por otro lado, me «nabokovisionó» lo suficiente.

¿Qué?, se extrañó Nathan, ¿nabokoqué?

No merece la pena preguntar, venerable Nathan.

No lo haré, prometió Nathan, y luego sugirió: Pero ¿qué tal si me enseñas un trozo de esa novela?

¿De qué va esto?, preguntó Stefan, que regresaba de sus horas de oración, y tras dejar su breviario en la estantería, se sentó en su catre a la espera. Así que cogí el fajo de papeles que contenía mi novela americana, los hojeé y empecé a leer despacio y en voz alta. Nuestro navío se balanceaba ligeramente con su barriga repleta de peregrinos, buscadores de una existencia terrenal mejor y más feliz, y, como un cascarón flotante, se dirigía hacia su ansiado destino, una milla marina tras otra. Nathan, con su típico calmado *tempo*, dejó correr una botella que en principio había querido abrir ante las puertas de Nueva York para brindar en honor de la Statue of Liberty. Terminé la lectura poco antes de la luz del alba y dejé los papeles.

Un momento, un momento, ¿qué pasa con el hijo de Jindřich?, se enfadó Nathan. Has jugado mucho con la misión de Jindřich en la novela. No lo puedes dejar así. Me encantaría echar un vistazo a ese pequeño y perdido país en unos sesenta o setenta años. ¿Qué va a pasar y por qué les va a hacer falta el hijo de Jindřich?

Para desayunar nos pusieron un pescado muy grande y no identificado. Los azafatos-artificieros lo habían pescado en una de sus patrullas nocturnas, pero no se tomaron el trabajo de ponerle nombre. Así que Stefan fue el encargado de bautizarlo. Y le puso de nombre Kaňka. Eso lo entendimos solo nosotros tres, pero a ninguno de los peregrinos le quitó el apetito.

Y con esto casi he llegado, querido Jakub, al final de esta epístola. Nos acercamos irremediablemente hacia nuestra soñada meta y ahora me invaden otras preocupaciones, aparte de la novela y esta carta. Nathan me está instruyendo sobre todo lo que me espera en cuanto el *Magallanes* eche el ancla en el puerto *cunardo* de Nueya York. (Cunard Line es, Jakubek, una famosa compañía naviera que tras el naufragio del *Titanic* de la White Star Line se volvió muy popular.) Tendré que pasar un reconocimiento médico minucioso en Ellis Island, que es una estación de control y cuarentena para inmigrantes. En los últimos años se han puesto a buscar síntomas de tracoma, una enfermedad infecciosa causada por unas clamidias que se contagia sobre todo en alojamientos y transportes colectivos. Pero también les parece asimismo indeseable el contagio de las ideas bolcheviques, así que, Konstantin Maximovich, será mejor que ocultes a tu padre. Claro, seré aplicado y ¡negaré a mi papaíto!

Durante la séptima noche arribamos finalmente a Nueva York. Abandonamos el elemento marino y libre del océano Atlántico y entramos de nuevo en el mundo de la libertad humana, siempre tan incierta. Es la hora del alba, de la noche del 6 de agosto. Y a esa misma hora vuela con destino a Hiroshima un avión especial con su *little boy* a bordo. Pero sobre eso, querido Kuba, nosotros todavía no sabemos nada, pero nada de nada. Así que buenas noches Jakub, y dulces sueños, en este siglo nuestro tan extraño, tan generoso con las novelas y tan mezquino con las personas.

Siempre suyo,

Konstantin Maximovich Pakkala
A bordo del barco *Magallanes,*
del 31 de julio al 6 de agosto de 1945

NOTAS

1 Traducción inédita al castellano de Jesús García Gabaldón. (*Todas las notas son de la traductora.*)

2 «Caballero, guerrero medieval.»

3 «Terrateniente.»

4 Verso de «Fuga de la muerte», de Paul Celan.

5 «¡Vete al diablo!»

6 «Un murciélago a un granero.»

7 «Donde duermen el sueño de los justos para su eterna memoria.»

8 «Alegres muchachos.»

9 «Bobadas, tonterías.»

10 Composición poética malaya.

11 Plato tradicional consistente en *dumplings* rellenos de carne picada, similares a los ravioli. Suelen servirse hervidos y con crema agria.

12 «Bien, ahí están los cosacos, de guardia.»

13 «Saludos, estimados amigos.»

14 «Héroe de la guerra civil.»

15 Avión de ataque a tierra.

16 Símbolo de la nación checa.

17 Se refiere a los huevos pasados por agua.

18 «Buenas, venimos a recoger los cadáveres y a los muertos.»

19 «Estupendo, muchachos, es lo que deben hacer.»

20 «Bienvenidos, camaradas, ¡viva la amistad entre los soldados soviéticos y los ciudadanos checos!»

21 «El trabajo os hará libres.»

22 «Vaguear os hará libres», «Reír os hará libres», «Oler os hará libres», «Charlar os hará libres», «El pipí os hará libres» y «La libertad os hará libres».

23 «Campo de concentración con rostros humanos.»

24 En este párrafo: «Salir por piernas» y «Alemania triunfa en todos los frentes europeos».

25 «Terrateniente.»

26 «Desinteresado.»

27 «Perro.»

28 «Tesoro mágico.»

29 «Refugio antiaéreo.»

30 Las expresiones de este párrafo significan, por orden: «Desesperadamente», «realmente encantadora», «furia», «beber alcohol», «tabernas» e «inquebrantable».

31 «El entorno desapareció en medio de una niebla turbia y amarillenta, a través de la cual volaban blancos copos de nieve; el cielo se fundió con la tierra.» Fragmento del relato «La tormenta de nieve», del libro *Relatos de Iván Petróvich Belkin*, de Aleksándr Pushkin.

32 «Espantada.» La troika es un trineo tradicional ruso, tirado por tres caballos.

33 «Encuentros amorosos.»

34 «Desafortunada patria.»

35 En este párrafo, en orden: «Ponerse de los nervios» y «camarada».

36 Traducción de la conversación: «¿Verdad, muchachos», «Exactamente».

37 Literalmente, «todo es salchicha», expresión en alemán que viene a significar «es todo lo mismo».

38 «Dios con nosotros», lema nacional del reino de Prusia.

39 «Ejército Rojo.»

40 «Ciudad encantada.»

41 «Entonces Tatiana cayó en la nieve; el oso, hábilmente, la coge y se la lleva; ella, dócil, como inerte, no se mueve, no respira», fragmento de *Eugenio Oneguin*, de Aleksándr Pushkin.

42 «Perros.»

43 Verso del poema «Peces», de Josef Kainar.

44 Se refiere a *La cantante calva*, de Ionesco, y lo que sigue es un fragmento de esta obra.

45 «Sargentos.»

46 «Sin perder su presencia de ánimo.»

47 «Amigo.»

48 «Aldeas.»

49 «Triunfal.»

50 «Ahora cuéntanos algo sobre el Don, por favor.»

51 «Caballero, amo, señor.»

52 «Teniente primero.»

53 En esta frase, por orden: «indiferente», «desdén».

54 «Devolver lo devuelto», expresión que significa «lo que va, vuelve».

55 «Chico favorito.»

56 Traducción de la conversación: «¡Repin! No me jodas, ¡pero si es un Repin!», «Un hallazgo acertado, camarada teniente».

57 En esta frase, por orden: «Profundo misterio» y «descabellada».

58 «Bolsillo.»

59 «No, en absoluto.»

60 Traducción de la conversación: «¿Es usted emigrante?», «No hay nada que temer, mi hermano también es emigrante. Y Repin, por supuesto, también es emigrante».

61 «Oscuridad egipcia», expresión que significa «muy oscuro».

62 «Polla de morsa», expresión vulgar que denota indignación.

63 «Ladilla.» De nuevo, expresión vulgar de indignación.

64 «Desesperadamente.»

65 «El coño monta en yegua», expresión vulgar que hace referencia a una rima popular.

66 «Libre elemento.» Hace referencia al primer verso del poema de Aleksándr Pushkin «Al mar».

67 En este párrafo: «Encuentro» y «siervos».

68 «Mágico, maravilloso.»

69 Variación de unos versos del poema «El mar»: «¡Hola, libre elemento! Por primera vez ante mí haces rodar olas azules y brillas con altiva hermosura».

70 Juego de palabras, como decembrista, referido a Octubre, por la revolución.